

A. S. LEFEBRE

MI JUGADA

perfecta

Selecta

Mi jugada perfecta
Apostando al amor 2

A. S. Lefebre

Selecta

*Cuando el corazón elige amar
no se fija en estatus sociales o en sus orígenes,
simplemente en quién cree indicado.*

Prólogo

Londres, 1835

Había jurado no enamorarse nunca y mucho menos sentirse cómo se sentía al observar aquella mujer e imaginarse una vida junto a ella; aún no había conocido el amor, no obstante, tuvo una gran desilusión hacía unos años, motivo por el cual había hecho ese juramento, ya que no solo había sido traicionado por una mujer, sino que había sido con su hermano y tal cosa terminó en tragedia, una de la cual aún no era perdonado.

No obstante, ahí estaba embelesado con la ternura, sensualidad y belleza que esa muchacha poseía, había bastado una mirada a aquellos ojos grises, a su níveo rostro cubierto por una melena rubia para que Andrew Miller no quitara sus ojos de ella y se sintiera como un completo estúpido a punto de poner el corazón en las manos de ella. A pesar de la situación.

Desde aquella mañana que había salido a reunirse con su mejor amigo, Sebastián Beckham, después de convencer a su padre para que lo hiciera partícipe de uno de sus negocios, se sentía muy feliz. Lo que no imaginó fue que en aquella cafetería en donde sería aquella reunión encontraría al amor de su vida; desde ese día no había cosa que Andrew no deseara más que volverla a ver, cosa que le resultó sencilla al ser la mejor amiga de la prometida de Sebastián. Días atrás se había negado a asistir al baile de compromiso de su amigo, pero al enterarse de que ella también asistiría no lo dudó y aceptó, se había sentido como un chiquillo cuando le regaló la rosa que había comprado en su recorrido por el mercado de Worcestershire, gracias a ello, tuvo un motivo para pasar el resto de la velada junto a ella, razón por la que no pudo concebir el sueño durante algunas noches.

Algunos días después Sebastián lo había invitado a asistir al teatro, cosa que no era de su agrado, siempre odió asistir a eventos

sociales, pero al mencionar el nombre de ella, no lo pensó dos veces, y dio gracias a su amigo por haberle dado privacidad, gracias a la broma que le iba a dar a su prometida y pudo pasar tiempo a solas en el carruaje con ella, sentía mucha curiosidad por aquella bella muchacha de nombre Clara Williams; no sabía nada de su familia o sus orígenes, aun así, esa salida al teatro le confirmó lo que ya pensaba, estaba enamorado de ella, por lo cual iba a conquistarla y luego buscaría el momento para declarársele.

Algunos días después, recibió la invitación para asistir a la fiesta de máscaras que se realizaba en celebración del cumpleaños de la madre de Sebastián, la condesa de Whistport. Iban caminando por las calles del distrito comercial de Hampshire cuando Andrew se detuvo frente a un ventanal y, al ver aquella máscara e imaginarse los hermosos ojos de Clara a través de ella, no lo dudó dos veces, estaba decidido que ese día, en el baile, le confesaría sus intenciones para cortejarla.

-¿Por qué compraste esa máscara? -quiso saber Sebastián. Luego de seguirlo y observarlo comprar la máscara.

-Pensé en alguien, solo espero que también haya recibido una invitación.

Sebastián entendió enseguida la indirecta de su amigo.

-La recibirá, yo me encargaré de eso y, ya que estamos aquí, aquella me encanta para mi prometida. -Se dirigió a una vitrina en donde había más máscaras.

Los días se le habían hecho eternos y, para hacerlo más difícil, su padre lo había enviado unos días antes a Hampshire para verificar unos asuntos con la finca. Había optado por oponerse, pero, debido a la relación que tenía con su padre, pensó que lo mejor era obedecer.

«No llegaré a tiempo», pensó.

Llegó a la hacienda de los Beckham una hora antes del inicio de la celebración, con el tiempo justo para prepararse, minutos antes de que Sebastián apareciera con su prometida y Clara, quien lo dejó

una vez más hechizado con su sencilla belleza -ya que era la mujer más hermosa que había visto en su vida-. Se presentó en el salón, acercándose a ellos, saludó a la prometida de Sebastián y besó sus nudillos.

-Lady Katherine, luce muy bella esta noche.

-Gracias, lord Miller, usted no está mal -lo saludó con una sonrisa pícaro. Le gustaba el humor pícaro de la muchacha, era el complemento perfecto para su amigo.

-Señorita Clara, déjeme decirle que está muy hermosa.

Clara se sonrojó y le regaló una sonrisa tímida. Andrew le tomó la mano y la saludó.

-Gracias, milord, está usted muy apuesto -susurró lo último.

Andrew notó que estaban solos, momento que aprovechó para ponerle la máscara a Clara.

-Si me permite. -Le enseñó la máscara.

Clara se dio la vuelta colocándosela. Andrew tomó la cinta y sintió su cabello suave y su aroma a vainilla, no pudo evitar la sensación que recorría por su cuerpo cuando la tenía cerca, lo había dejarlo sin aliento; con mil y un pensamientos, ató las cintas de seda y la hizo darse la vuelta.

-Listo, hermosa. Se colocó el antifaz y entró en su compañía tomados del brazo.

Andrew había evitado esa clase de eventos por años, la última vez que había asistido a uno había sido acosado por las matronas, madres y debutantes en busca de un marido. Debido al título que iba a heredar, que si bien no lo quería, él era uno de los mejores partidos, aunque no sentía interés por esas falsas mujeres que solo buscaban una posición social o un título.

Se reunieron con Sebastián y Katherine mientras bebían algo esperando el comienzo del baile. Podía notar el brillo en los ojos de Clara, y la sonrisa que dibujaban sus labios; era la mejor que había visto, era real e inocente.

Habían bailado un par de veces juntos y no quería acapararla toda la noche, ya que, según las reglas, no era correcto. No

obstante, no quería dejarla sola ni por un segundo, aun así, cuando un caballero la había invitado a bailar y no tuvo más que resignarse, se dirigió a la mesa de las bebidas y se tomó una copa de vino. Mientras la esperaba, en el momento que la música terminó, tomó una copa con cóctel de frutas y se la entregó a Clara apenas ella se acercó a él, y le puso la mano en la cintura haciéndole entender que era suya, aunque no lo fuera y la alejó del caballero, lanzándole una mirada fría y amenazante; minutos más tardes la volvió a sacar a bailar.

-Clara... -titubeó-. Quisiera saber si podría en algún momento visitarte.

-Sabes que no soy de Londres, solo visito a mi amiga, no creo que quieras viajar.

-No me importaría, lo que sucede es que.... -Tenía las palabras atoradas en la garganta y ella intuía qué sucedía.

-Hablaré con mis padres y para la boda de Kathy te daré una respuesta.

Andrew le sonrió nervioso; eso era una esperanza para él.

Minutos más tarde no sabía si era por haberse sentido feliz, que se encontraba con el ceño fruncido y una copa de whisky vigilando a Clara quien bailaba por tercera vez con ese imbécil. Había permitido que bailara nuevamente con él y no es que él pudiera prohibirle nada, aun así, Clara era suya y quería descuartizarlo vivo. Las burlas de Sebastián no ayudaban. Estaba ¿celoso? Lo que más le llenaba de satisfacción era que su amigo estaba en la misma situación, no obstante, tuvo que llegar Katherine para hacerlo reaccionar, dejó la copa, y le arrebató a Clara de las manos a aquel caballero que quería robarle a su chica, en medio del baile.

-¿Podemos hablar, hermosa?, quisiera decirte algo.

Claro lo observó con sorpresa por su acto y le sonrió.

-Por supuesto.

-Sé que no es correcto, ¿te importaría si es en el jardín?

Clara dio una vista al salón, sabía que no era correcto encontrarse a solas con un caballero. «Qué puedo perder», pensó.

-No tengo ningún problema.

La madre de Sebastián era aficionada de las flores, por lo tanto, su jardín era inmenso. La guio hacia uno de los invernaderos, y lo primero que hizo fue apretarla contra su pecho en un cálido abrazo, el cual ella no dudó en responder, luego se separó, se quitó el antifaz y le quitó la máscara, en ese instante el cielo empezó a llenarse de colores y estallidos; ambos observaron hacia arriba y segundos después Andrew la llevó a afuera en donde pudiera disfrutar del espectáculo de pólvora.

Clara sonreía, se comportaba nuevamente como una niña chiquita, su inocencia, su ternura, su belleza, cautivaron a Andrew. Este no lo pensó más: le dio la vuelta, tomó su rostro en las manos y pegó sus labios a los ella. Clara se mostró tímida, pero no demoró en corresponderle a un beso suave en donde Andrew poco a poco fue pidiendo el permiso para explorar su boca; ella no lo negó y sus lenguas danzaron junto a las luces que se desprendían del cielo, ambos se saboreaban con ternura y con deleite, las manos de Andrew exploraron su cuello, su espalda, su cintura y suavemente sus pechos sobre la tela. Cuando escucharon un par de voces, Andrew la soltó llevándola nuevamente adentro del invernadero, se miraron a los ojos y sonrieron como un par de chiquillos haciendo una travesura. Andrew probó nuevamente los labios de Clara hasta que ambos quedaron sin aliento, y escucharon nuevamente voces. Ya era momento de regresar al salón.

-Prometo que te daré una respuesta en la boda -le aseguró.

-Estaré esperando ansioso, ¿segura de que no podré volver a verte antes?

-No lo creo -titubeó-, viajaré pronto.

-Quisiera que te quedaras más tiempo.

-Solo son un par de semanas, si quiero hablar con mis padres debo hacerlo. -Clara lamentó la mentira, no quería engañarlo de esa forma.

Y con aquella promesa se habían separado esa noche, y no había vuelto a saber de ella hasta que Clara, muy preocupada y asustada,

había llegado a la casa de Sebastián en busca de ayuda; por suerte todo se había solucionado. Y Andrew necesitaba respuestas, ¿por qué le había mentido? Además de eso necesitaba ser sincero con ella, tenía la impresión de que Clara no creía que sus intenciones fueran reales; estaba lleno de rabia, ya que aquel muchacho que era el cochero no hacía más que intentar llamar la atención de Clara y eso lo tenía celoso a rabiar.

-Clara, debemos hablar.

-Andrew, yo....

-Pensé que no estarías en Londres -la interrumpió.

-Andrew, es complicado....

-Pues dímelo. -Le tomó el rostro y la hizo verlo a los ojos-. Clara, te voy a ser sincero, estoy sintiendo muchas cosas por ti desde el primer día que te vi y esto no lo había sentido nunca antes, así que quiero cortejarte, quiero tener una relación contigo y si es posible que seas la madre de mis hijos, simplemente dime: ¿dónde tengo que ir a pedir tu mano? -Andrew no entendía qué lo había motivado a decir todo eso.

Joan abrió la puerta del carruaje, Andrew se levantó, le dio un golpe en la mano y la cerró nuevamente no sin antes decir:

-Es un asunto privado, no te metas ni interrumpas!

Clara abrió los ojos y no dijo nada. No podía creer todo lo que Andrew le acababa de decir, se sentía en el cielo y deseó decirle sí a todo, ella también sentía todo eso por él, estaba enamorada de él, pero Andrew estaba prohibido para ella, ya que ella era una simple doncella y él un noble, ante la sociedad no estaba bien visto, por lo que temió decirle lo que sucedía. Kathy le había dicho que Andrew no era un esnob y que la aceptaría, pero Clara conocía los escándalos sociales y no quería eso para él, por mucho que lo amara. Lo tomó de la chaqueta para atraerlo hacia ella y besarlo.

Abrió la puerta del carruaje y, con la promesa de una respuesta, bajo de este. Andrew estaba desconcertado y así volvió a casa, tenía una esperanza, la respuesta de ella, sentía que ella sí le correspondía y tenía los mismos sentimientos por él. ¿Cuál era su

secreto? Debía averiguarlo.

Un mes después, sin obtener las respuestas que tanto anhela Andrew, tomó un barco con destino a Norteamérica. Necesitaba poner distancia entre ellos.

Capítulo 1

Londres, 1837

Katherine se sentó en uno de los sofás de la sala y sostuvo su barriga y su espalda, aún no podía creer lo mucho que había crecido y apenas tenía seis meses. Clara corrió a ayudarla y puso una almohada en el respaldo del sofá; era muy común verla en esas labores.

-Deja, Clara, puedo hacerlo sola -le afirmó-, el hecho que mi barriga sea así de grande no quiere decir que no pueda sentarme sola.

-Te ves tan cómica con esa barriga y todas las cosas que haces solo para poderte sentar -le dijo con una sonrisa.

-Disfrutaré verte con una gran barriga algún día, así como lo haces tú conmigo.

-Kathy, sabes que eso no va pasar, no pienso casarme con nadie, ya mi corazón le pertenece a alguien -bisbiseó.

-¿Lo extrañas? ¿Aún lo amas? -No necesitaban decir el nombre para saber de quién hablaban.

-Sí, aún lo amo y de cierta forma lo extraño, aunque después de dos años apenas puedo recordar su rostro y no tengo más recuerdo de él que la carta que me dejó. -Suspiró recordando la carta.

-¿Qué harás si vuelve? -preguntó con curiosidad.

Clara negó con la cabeza, de cierta forma ya había perdido toda esperanza de volver a verlo.

-Nada, lo más seguro es que él ya se ha casado y tiene familia allá.

Katherine sabía que no había sido de esa forma, de hecho, Andrew se mantenía en constante comunicación con Sebastián, no solo por ser amigos, sino por ser socios y, a petición de Andrew, Sebastián le había pedido que no le dijeran nada a Clara. Andrew aún la amaba y, cuando se marchó, estaba dispuesto a volver para

conquistar su corazón, pero lo tenía muy desconcertado no saber realmente cuál era el motivo de la distancia de Clara y Sebastián no quería verla sufrir, si es que ella realmente tenía algún sentimiento por él.

Luego de que Andrew se alojara nuevamente en Norteamérica, había pasado el primer año bebiendo, tratando de olvidar el maltrato de su padre, la desgracia del pasado y principalmente a Clara, la que no había podido sacar de su cabeza. Después de una visita sorpresa de Sebastián, y de que le diera no solo una regañada sino una tunda para hacerlo reaccionar y que comprendiera que estar en ese estado no le iba a ayudar en nada, Sebastián le había dicho que esa no era la forma de enfrentar a su padre y que bebiendo no iba a borrar el pasado y mucho menos ganarse nuevamente el cariño de su padre, sino demostrándole que él era mejor de todo lo que le había dicho, así como también le dijo que un corazón roto no se curaba bebiendo. Por lo cual, Andrew se motivó, dejó la bebida y se había empeñado en hacer unos succulentos negocios para que su capital creciera. Clara no lo sabía, pero Andrew realmente había estado muy mal.

-Solo te diré una cosa, Andrew aún te ama, y créeme, he dicho más de lo que puedo decir. -Katherine aún lamentaba que su amiga se hubiera enamorado de Andrew por ella. Ya que gracias a ella fue que se conocieron.

Katherine gestaba el sexto mes de embarazo de su primer hijo y, tal como se lo había prometido, Clara permaneció trabajando con ella en su nueva casa desde el matrimonio. Al principio, Katherine le había ofrecido el puesto de ama de llaves, el cual se negó a aceptar, diciéndole que no estaba preparada para tal puesto y, con el tiempo, Katherine se dio cuenta de que había sido lo mejor, ya que Clara era más su dama de compañía que su doncella, ya que sus labores como doncella personal fueron reducidos a llevar el té. Sebastián era quien ayudaba a vestir a Katherine por la mañana y por la noche él se encargaba de desvestirla, al igual que con los baños. Para nadie era un secreto que él disfruta de cada momento con Katherine, así

había sido desde el primer día de casados y hasta el momento, aunque luego de la primer perdida de Katherine, se habían unido mucho más por lo era muy común ver a Sebastián hablándole y acariciándole la barriga por horas, debido a que la mayoría de los negocios de Sebastián no necesitaban mucha disponibilidad de su tiempo más que un par de horas revisando y firmando papeles en el estudio y una que otra reunión durante la semana. Sebastián siempre se mantenía en casa y los únicos viajes que hacía eran a Worcestershire o Hampshire, aunque esos solo lo ausentaban una noche o dos y la única vez que se ausentó por más de un mes fue cuando viajó a Norteamérica y, durante ese tiempo, Katherine se había trasladado a Worcestershire. Aun así, Clara era quien se encargaba de que todo estuviera en orden en la casa junto a Nicolás, el mayordomo.

Clara se sentía de cierta forma aburrida aunque pasaba la mayor parte del día con Katherine y la acompañaba a hacer las compras y visitar a la modista, cosa que era un fastidio para ella, ya que después de que empezó a trabajar en casa de Sebastián, Katherine la había obligado a dejar el uniforme, comprándole una extensa cantidad de vestidos sencillos para que los usara a diario e incluso se negó a que las demás doncellas usaran uniforme con tal que Clara utilizara los vestidos, cosa que no sucedió, ya que el personal siguió utilizando su uniforme, y no es que tuviera muchas empleadas, de hecho, su personal era muy poco, además de Clara solo contaba con dos empleadas, un cocinero, un mayordomo, tres lacayos y uno de ellos hacía de ayuda de cámaras de Sebastián, que únicamente se encargaba de tener la ropa de su señor preparada. Por lo tanto, Clara no evitó tener una extensa colección de vestidos en su armario; era de esperarse que siempre que iban donde la modista, Clara se iba del lugar con algún encargo o prenda nueva, bien decía Katherine: "No he podido encontrar un mejor cómplice que la señora Clarit", ya que ella siempre sabía persuadir a Clara para tener vestidos nuevos, algunas otras prendas más y zapatos, incluso habían insistido en realizarle un vestido nuevo cuando estuvieron ahí

para entallar un vestido de Kathy, y la señora Clarit le mostró las telas nuevas provenientes de la India.

-¿Para qué quiero un vestido de ese tipo si ni siquiera asisto a bailes? -Había argumentado Clara.

-Lo necesitarás e irás a un baile -le aseguró Katherine.

-Y vas a encontrar el amor -le había dicho la señora Clarit.

-No, no lo necesito -negó- y no iré a un baile y tampoco encontraré el amor ahí, ya que lo encontré y lo dejé ir. -Les había dicho Clara; ambas hicieron caso omiso y empezaron a planear el vestido exponiendo sus ideas.

Desde que Clara se había mudado con Katherine, la pareja insistía que cenara con ellos, aunque Clara no se hacía la idea y al principio siempre ponía una excusa para no entrometerse entre ellos, luego terminó aceptando. Sebastián tenía mucha empatía por ella y no solo por ser la amiga de su esposa, sino porque ella realmente se había ganado su afecto el día que acudió a él, cuando secuestraron a Katherine, así que para Sebastián tampoco era una sirvienta sino una amiga de la familia. Incluso le dijo que si ella así lo quería le compraba el boleto y la enviaba con Andrew a Norteamérica; la idea la tentó mucho, pero Clara se negó, ya que no sabía si los sentimientos de Andrew por ella habían cambiado y al verla solo la rechazaría, aunque Sebastián le había asegurado que eso no iba a suceder, conocía a su amigo e iba a estar feliz de verla. Después de un tiempo el tema se olvidó.

-Kathy, yo ya no me hago esa idea y de cierta forma yo tuve la culpa. -Se sentó junto a Katherine-. Me negué a hablar con Andrew y decirle la verdad e incluso me escondí y lo evité, tenía miedo y lo dejé ir por ello.

-Pensaste que te rechazaría al saber la verdad -la justificó.

-Sí, y aún pienso que así hubiera sido.

-No me di cuenta de tus sentimientos hacia Andrew, en ese entonces siempre lo negaste, pero después del cumpleaños de mi suegra y tu negación de verlo me hizo comprender que así era y me sentí culpable.

-Tú no tuviste la culpa de nada, Kathy.

Clara no había confirmado sus sentimientos por Andrew hasta en la fiesta de máscaras que habían realizado como celebración del cumpleaños de la madre de Sebastián. Después que un tal lord Mondragón la había cortejado arduamente pensando que era de una buena familia de sociedad y reclamado en el salón, Andrew se sintió impulsado por los celos y unas cuantas palabras de Katherine hicieron que le reclamara en el salón de baile, dejándole claro al lord ese que Clara le pertenecía y que si le había permitido bailar con ella era por cortesía. Andrew le había insinuado durante el baile que la pretendía, aprovechó el momento y la llevó al jardín donde compartieron algunas sonrisas, caricias y besos que habían sido el detonante y los que habían hecho que Clara se diera cuenta lo que sentía por Andrew; esos besos le confirmaron que estaba enamorada de él.

-Siempre lo negaste, ambos lo negaban y era tan confuso tanto para Sebastián como para mí, intentamos no meternos por eso.

-Y te lo agradezco.

En ese momento, Sebastián entró a la sala y dibujó una sonrisa al ver a su esposa.

-¿Ahora en qué problema me he metido?

Katherine sonrió y le hizo señas para que se acercara rápidamente a tocar su barriga. Curiosamente, siempre que Sebastián hablaba, el bebé se movía y él disfrutaba acariciando y hablándole a la pancita.

-Insisto, es una niña -les dijo Clara contemplado aquella escena.

-Sería hermoso -dijo Sebastián con una sonrisa soñadora-. Otra hermosa mujercita de ojos esmeralda. ¡Dios, qué suerte sería!

-No entiendo por qué no puede ser un varón -inquirió Katherine.

-Lo digo por la forma de reaccionar al escuchar a Sebastián.

-Ya veremos, mientras tanto tráeme un poco de té, por favor, y dejemos la conversación para después. -Le sonrió cómplice.

-De igual forma, no pensaba seguir con esa conversación, ya es pasado -le aseguró.

Clara mandó a un lacayo a que le sirviera el té a Katherine en la sala y ella se retiró al jardín, en compañía de su libro favorito, para darle a la pareja intimidad. Se sentó en un banco, abrió el libro y sacó una rosa seca que observó con nostalgia -todo había comenzado con esa rosa-. Si Andrew no hubiera insistido en regalársela, tal vez ella no hubiera empezado a tener sentimientos por él. «Qué idea más tonta», pensó. Ya sentía atracción por él cuando se la había dado, solo era cuestión de tiempo para que sus sentimientos aumentaran. Aún conservaba la rosa, la máscara y la carta que leía en algunas ocasiones cuando más nostalgia sentía por haber sido tan cobarde y dejarlo ir. Aunque había sido una carta de despedida, Andrew le decía que la amaba y que tal vez no la merecía, exactamente lo que ella pensaba. Le daba la esperanza de que, si algún día volvía y sentía lo mismo por ella, iba a luchar para estar juntos; le hubiese gustado contarle todo y sentirse rechazada, pero hubiera sufrido de la misma forma. Sin embargo, guardaba las esperanzas de que Andrew un día volviera por ella.

Capítulo 2

Bridgeport, Connecticut

Andrew se encontraba completamente aburrido, estaba frente a su escritorio repasando nuevamente unos documentos que ya había leído unas cinco veces. El primer año se le había hecho fácil estar ahí, lejos de Inglaterra, ya que la mayoría del tiempo se la pasaba ebrio, y no le daba tanta importancia a las cosas y, a pesar de que ahí había pasado casi gran parte de su vida, ya que sus estudios universitarios los hizo ahí y luego había residido por un tiempo, la vida sin Sebastián no era la misma, ya que algunos de sus compañeros y viejos amigos se habían casado y tenían familia, por lo cual las visitas se remontaban a reuniones familiares o reuniones de negocios; de vez en cuando asistía a alguna sala de juego, pero le parecía aburrido. Y en cuanto a buscar compañía femenina para satisfacer sus necesidades, no le servía de nada, ninguna cumplía sus expectativas, y llegó a la conclusión de que el motivo era que ninguna de ellas era Clara.

Aun así, había mantenido una relación con una joven hermosa y su relación no duró ni un mes, la dejó en el momento en que se había dado cuenta que por muy parecida que fuera a Clara, no era ella.

Desde la noche que había besado a Clara, hacía dos años, ninguna mujer llenaba sus expectativas, al contrario, cada vez que estaba con alguna pensaba en ella, se la imaginaba a ella, ninguna boca tenía su sabor, ningún cuerpo su esencia, motivo por el cual no concedía hacer gran cosa en la cama y desistió de la idea de buscar una mujer para que lo complaciera. Pensó en volver a Londres y buscarla, ya que Sebastián le había confirmado que Clara seguía soltera y no se le conocía ningún pretendiente, pero de cierta forma él sentía que estaba maldito, y lo acompañaba la desgracia, como le decía su padre, y no quería que Clara se viera arrastrada a un fatal

destino. Sebastián más de una vez lo había regañado para que dejara de pensar así, y hasta se había ganado un ojo morado.

Desistió volver a Londres nuevamente, en ese momento no estaba preparado para un nuevo rechazo, mientras tanto se encargó del negocio naviero. Luego de que Andrew se instalara en Bridgeport para hacerse cargo de la naviera, habían conseguido tener el mando total del negocio, pero no la compra total de las acciones, ya que, debido al miedo de los proveedores, por tener nuevos dueños, se reusaban a seguir trabajando con ellos. Y, por otra parte, Henry Jones, el cuñado del señor Scott, no estaba totalmente seguro de vender, y las acciones de Jones pasaron a su hija, Elizabeth Jones, tomando él todas las decisiones del negocio con la única condición de que Elizabeth recibiera mensualmente su parte de las ganancias. Andrew había realizado diferentes cambios que lo mantuvieron lo suficientemente ocupado, también pudo realizar algunos negocios más a su beneficio, como comprar acciones en una empresa tabacalera. Por fin ya no iba a depender de su padre, incluso desde que había llegado Bridgeport no había dispuesto del dinero que recibía mensualmente de él.

Andrew levantó la vista de los documentos al escuchar que alguien tocaba la puerta de su oficina e indicó que la persona entrara.

-Señor Miller, le ha llegado esta carta desde Londres -le dijo su asistente.

Andrew tomó la carta.

-Gracias, Tom, ¿ya ha llegado el barco que esperamos?

-Sí, señor, acaba de llegar.

Andrew llevaba algunos días esperando un barco proveniente de Inglaterra, ya que este traía una mercadería muy importante para uno de sus clientes.

-En un momento bajo -le dijo al joven, al ver que la carta era de su madre.

-No se preocupe, señor, llenaré los papeles para comprobar que todo está bien. -Andrew asintió, y el joven salió de la oficina.

Andrew miró por unos minutos la carta, le era normal recibir una carta de su madre cada cierto tiempo, ya que gracias a Sebastián su madre se mantenía en comunicación con él. Su madre siempre le preguntaba cómo se encontraba y le hablaba de lo mucho que lo extrañaba, ya que era la primera vez que se ausentaba por tanto tiempo, también lo mantenía informado de la salud de su padre. La última visita que Andrew les había hecho a sus padres fue en Hampshire, donde se trasladaron, ya que a su padre le habían diagnosticado una enfermedad en los pulmones y el aire de Londres no le era bueno. Pensando exactamente en eso, en la salud de su padre, abrió la carta.

Mi querido hijo:

Tal vez te tome por sorpresa el hecho de que te esté escribiendo nuevamente, ya que solo hace un par de días te envié la última carta, lo que debo decirte no puede esperar, por lo cual le pedí a tu amigo que te enviara esta en motivo de urgencia.

La salud de tu padre ha decaído en estas semanas, según lo que dice el médico no le da mucha esperanza de vida, sus pulmones se han agravado y le cuesta en gran manera respirar. La noche anterior cuando me disponía a darle de cenar me preguntó por ti y por qué no lo habías visitado recientemente y le recordé que seguías en el extranjero, pese a sus insistencias de preguntar por ti, presiento que quiere verte, a lo mejor siente que sus días están contados y quiera hablar contigo, creo que está arrepentido. Acepto tu decisión si no quieres volver a verlo, aunque no niego que me gustaría mucho que volvieras.

Te quiere, Marian Miller.

Andrew dobló la carta, luego la desdobló y nuevamente volvió a leerla. No podía creer que su padre quisiera verlo y menos para darle una disculpa, no era propio de su padre, no desde el día que había muerto su hermano, menos porque toda la furia y el odio de Anthony Miller había recaído en él, así que lo mejor era no volver a Inglaterra para ver a su padre, esperaría la triste noticia de su muerte, cosa que le dolería mucho y no solo a él. "Si mi padre muere, mi madre no tendrá quién la consuele si estoy lejos, ya que soy su única familia", pensó. Eso sí que le hizo querer volver a Inglaterra, su madre iba a estar muy sola. Debía volver a Inglaterra, una imagen le llegó a la mente, la sola idea de volver a ver a Clara le hizo sentir el corazón acelerarse. "¿Y si ella no quiere verme?". Andrew admiró la carta una vez más intentando despejar la mente para tomar una decisión.

Llevaba alrededor de tres horas encerrado en la oficina desde que había llegado la carta de su madre, aún tenía dudas sobre la decisión que había tomado, pero si de algo estaba seguro es que no iba a abandonar a su madre en un momento así y si su padre moría, cosa que esperaba que no fuera así, estaría destrozada. Lo que más lo llevó a pensar su decisión fue el buscar a Clara nuevamente y aclarar las cosas, en la carta le había dicho que un día volvería a ella dispuesto a todo y ese era el momento, y si era rechazado, podría sacársela de una vez de su corazón o al menos lo intentaría, otro motivo para volver fue Sebastián, ahí estaba su mejor amigo, su casi hermano quien no lo iba a abandonar en cualquiera de las situaciones.

-Thomas, ¿puedes subir ahora? -le gritó Andrew a su asistente desde la baranda.

-Enseguida subo, señor -le replicó.

-Señor Miller, ¿necesita mi ayuda? -preguntó Thomas al entrar.

-Sí, Tom, siéntate. -Le señaló la silla frente a su escritorio.

Thomas Westher era un joven de unos veinte cinco años y había sido asistente de Andrew desde que se había hecho cargo de la naviera. Thomas conocía cada uno de los detalles de la naviera, incluso lo había ayudado a conseguir nuevos contratos para aumentar las ganancias. Cuando Andrew conoció a Thomas, recién se había graduado de la universidad y, por recomendación del antiguo dueño, el señor Scott, ya que anteriormente también lo había ayudado en algunos trabajos, Andrew lo contrató como su asistente. Y resulta que el señor Scott no se había equivocado en sus recomendaciones, el muchacho había sido un excelente empleado, había resultado de muy buena ayuda para Andrew, por lo cual lo mantenía junto a él en todo momento.

-He recibido noticias de mi madre, al parecer mi padre está en sus últimos días, por lo cual he decidido hacer un viaje precipitado a Inglaterra. No sé cuánto tiempo voy a permanecer allí, por lo que he tenido que pensar en dejar a alguien a cargo de la empresa por un periodo de tiempo durante mi ausencia.

-¿Desea que yo asista y ponga al día con todo al que deje a cargo?

-Algo así, Tom. -Lo observó serio-. Más bien, quiero pedirte que te quedes tú a cargo de la empresa.

-Oh, ¿yo, señor? No, no podría, apenas...

-Sí -lo interrumpió-, eres al único que le tengo la confianza suficiente para hacerlo, has estado trabajando junto a mí desde que adquirí la empresa y me trasladé aquí.

»Te has puesto al día de todo lo que hay que hacer incluso antes que yo lo hiciera y cuando... -pensó las palabras e hizo un gesto de desagrado- estuve ausente, tú te las ingeniabas para sacar adelante el negocio, incluso te atreviste a hablar con Sebastián al respecto. Por lo cual, no podría dejar la empresa en mejores manos.

Thomas se encontraba muy sorprendido, nunca imaginó que Andrew le tuviera tanta confianza.

-Es un honor para mí -balbuceó-, cuidaré de ella en su ausencia, señor.

-Como no tengo idea de por cuánto tiempo estaré fuera, puedes buscar quien te ayude, le informaré a Sebastián apenas esté por allá. Mientras tanto, dejaré algunos documentos listos que requieran mi firma, para que no tengas tanto trabajo los siguientes meses. Si necesitas localizarme, no dudes en comunicarte con Sebastián o conmigo -le informó.

No había cosa que más deseaba Andrew que viajar inmediatamente, no solo por la salud de su padre, sino porque desde hacía mucho tiempo quería hacerlo, pero se negó a viajar de momento y pensó en hacerlo cuando naciera el hijo de Sebastián, de esa forma tendría una excusa para hacerlo, aunque en realidad no necesitaba una excusa, pero temía por el rechazo de Clara si la llegaba a volver a ver, por lo que de cierta forma se sentía agradecido con su padre por brindarle la motivación que necesitaba. Lo único que lamentaba era la complicación de su salud. Se encontraba impaciente debido a que el próximo barco hacia Inglaterra no partía hasta dentro de tres días, por lo que los

siguientes días de espera se dispuso a dejar algunos asuntos y negocios concluidos, dándole algunas órdenes y consejos a Thomas para que este tuviera un mayor desempeño en el mando. Andrew realmente no sabía por cuánto tiempo estaría fuera, ya que su estadía en Inglaterra iba a depender únicamente de Clara y de la respuesta que pudiera darle, sabía que su madre se recuperaría de la pérdida de su padre, si eso sucedía, así como también estaba la opción de llevarse a su madre con él, el único inconveniente sería el maldito ducado, solo de pensarlo se le helaba la sangre.

-¡Señor Miller!

-Thomas, te he dicho que me llames Andrew, no necesitas tantas cortesías.

-Está bien, señ... Andrew, mi amigo me ha dicho que el encargo está listo, por si gusta pasar por la tarde para verlo.

Andrew asintió con la cabeza y le dio unos documentos para que los revisara.

Por la tarde, Andrew se dispuso a visitar al amigo de Thomas, Robert Carson, quien era un excelente ebanista. Andrew le había pedido que le hiciera una cuna para su futuro sobrino, en realidad no era así, pero no tenía dudas de que se encargaría luego de que así fuera, ya que Sebastián era como su hermano. Iba caminando por las distintas tiendas y, cuando se detuvo, se encontró de pie frente a una joyería, algo ahí había llamado su atención, impresionado, clavó su mirada a la vitrina. Vio una sortija de oro blanco con un hermoso diamante gris cuadrado rodeado de pequeñas piedras azules y recordó los ojos de Clara y el destello de su mirada a través de la máscara cuando la besó en el baile. Esa sortija se veía exactamente igual a sus ojos.

Luego de subir a bordo de uno de sus barcos, Andrew no pudo evitar sentirse ansioso y muy nervioso y no podía hacer más que contenerse. El viaje duraría aproximadamente una semana, si no había ninguna complicación en el trayecto, debido al mal tiempo que podía hacerlo demorar más. Andrew se había mantenido en constante comunicación con Sebastián, pero en esta ocasión no le

había informado sobre su repentino viaje, tampoco a su madre, debido a las circunstancias, solo esperaba que cuando llegara su padre aún estuviera con vida y así por lo menos iba a llegar a tiempo para escuchar sus últimas maldiciones, ya que se quedaría con el ducado que tanto odiaba. De hecho, Andrew odiaba todo lo que tenía que ver con la nobleza, desde la muerte de su hermano había pasado a él el título de vizconde de Bathampton y hasta la fecha lo único que había hecho fue firmar el documento cuando lo recibió. Dejó a cargo al administrador y al abogado que trabajaba para su hermano de las únicas dos propiedades que poseía, una en Londres y otra en Hertfordshire, una pequeña hacienda campestre; no se quejaba, había una gran fortuna que hasta el momento no había tocado, ya que creía que nunca le había pertenecido.

Capítulo 3

-Milady, su hijo está aquí, acaba de llegar -le anunció una de las doncellas a Marian Miller, duquesa de Richmond, quien se encontraba en su habitación tomando un descanso.

-Dile que venga a mi habitación, por favor.

La doncella asintió y salió de la habitación; unos minutos más tarde Andrew entró.

-¡Hijo! -exclamó alegre-. No esperaba verte tan pronto.

Andrew caminó hasta la cama en donde se madre estaba apoyada sobre unos almohadones, y se inclinó para darle un beso en la frente y un pequeño abrazo.

-¿Estás bien, madre? ¿Por qué estás en la cama?

Andrew no esperó encontrar a su madre con claros signos de agotamiento.

-Estoy bien, hijo, solo un poco agotada, tu padre tuvo una mala noche y me encargué de velar su sueño -le respondió restándole importancia.

-¿Cómo se encuentra él?

-El médico no le da más de un mes de vida. -Andrew notó la tristeza en sus ojos.

-¿Qué piensas tú, madre?

Marian le regaló una pequeña sonrisa; estaba llena de esperanzas.

-Una de las muchachas de servicio me habló de una gitana que vive cerca del pueblo, me dijo que sus remedios eran muy buenos y había curado a uno de sus hermanos de una dolencia similar.

»Luego de recibir la noticia del médico, le pedí que la fuera a buscar, desde la semana pasada le he estado dando algunos brebajes y ha mejorado un poco.

-Madre, sabes que mi padre no se dejará morir tan fácilmente, aún debe tener alguna que otra cosa que decirme.

-Hijo, tu padre te quiere, es solo que...

-Me culpa de la muerte de Antonio -terminó Andrew.

-No, no lo hace, hijo, él no te...

-Descuida, madre. -Andrew le besó la frente nuevamente y se sentó junto a ella en la cama.

-¿Te quedarás? -preguntó esperanzada, estaba muy feliz de tener a su hijo ahí.

-De momento sí -le aseguró-, mientras tanto tomaré un baño y un descanso, madre, el barco atracó en Southampton hace apenas unas horas.

Clara no pudo evitar abrir los ojos y dibujar una gran "o" en su boca al ver a Sebastián llegar a la casa con un gran paquete dentro de una caja; era tan grande que era necesario que unos cuantos lacayos tuvieran que ingeniárselas para poder meterlo por la puerta.

-¿Qué se supone que es eso? -preguntó Katherine al ver a los lacayos.

Tanto Clara, que estaba tratando de guiar a los lacayos, como Katherine estaban muy sorprendidas.

-Un regalo para su futuro sobrino o sobrina dice la nota, lo ha enviado Andrew.

El corazón de Clara palpitó más rápido al escuchar su nombre.

-Ahora será su tío -dijo con ironía-, un tío que no verá a menudo o que no conocerá.

-Andrew se ha mostrado muy interesado en nuestro hijo, mi amor, incluso me ha dicho que vendrá a visitarnos en cuanto nazca.

Ambos escucharon el ruido de vidrios rotos y fijaron su vista en los vasos rotos en el suelo.

-Yo lo...

-¿Te encuentras bien? -Se apresuró a preguntar Katherine.

Ni Katherine, ni Sebastián se habían dado cuenta de que Clara había regresado al vestíbulo con la limonada para los lacayos.

-Sí, lo siento. -Se agachó para recogerlo, pero Sebastián la detuvo.

-Déjalo, le pediré a Nicolás que lo limpie, ve por más bebidas, esos pobres hombres están sedientos.

Clara asintió y se dirigió nuevamente a la cocina. Al entrar, no pudo evitar sonreír como boba y el cocinero la observó extrañado.

-La noticia la ha impresionado -comentó Katherine.

-Eso veo, no sabes la rabia que me da ese par de tontos.

-No solo a ti, pero no hablemos más del tema, Clara volverá en cualquier momento.

Clara entró nuevamente en compañía de Nicolás quien rápidamente recogió los vidrios rotos.

-Apenas pongan el regalo para el bebé en su habitación, subiremos a verlo -le informó Kathy a Clara.

Clara se había llevado una gran sorpresa al escuchar tales palabras. Andrew iba a volver, ¿lo iba a hacer por ella? ¿O solamente sería para conocer al pequeño Beckham? Realmente no le importaba cuál fuera el motivo, el hecho de verlo nuevamente la llenaba de felicidad.

-Si es que logran hacerlo, pobres hombres -le comentó a Kathy.

En ese momento Sebastián ya se había quitado el chaleco, subido las mangas de la camisa blanca y los estaba ayudando.

-Espero que sí. -Kathy sonrió al ver a su marido ayudando.

Luego de arduas horas intentando subir el paquete hasta la habitación del bebé, Clara llevó nuevamente limonadas a los agotados lacayos mientras se tomaban un descanso junto a Sebastián, sentados en el pasillo frente a la habitación. Katherine ya se encontraba dentro de la habitación examinando el regalo.

-Clara, ven, ayúdame a quitar la caja.

Clara se acercó a Katherine que se encontraba desgarrando la gran caja.

-¿Qué se supone que es eso, Kathy? -quiso saber Clara.

-Aún no lo sé, Sebastián tampoco, suponemos que es un mueble por el peso y tamaño.

Luego de unos minutos y las habilidosas manos de las damas, el regalo por fin había sido descubierto, dejando a la vista una enorme

y fina cuna elaborada en madera de cerezo, llevaba el apellido Beckham tallado en el respaldo, y a su alrededor tenía algunos detalles infantiles de animalitos.

-¿De verdad Andrew la envió?

-Sí. -Clara estaba sorprendida-. Me ha sorprendido mucho -le dijo Kathy.

Sebastián entró en la habitación, se detuvo frente a la cuna y la admiró.

-Vaya, realmente Andrew se lució con este regalo.

-Realmente lo considera ya su sobrino -le dijo Kathy-, no me imagino qué clases de cosas les comprará a sus hijos.

"¿Hijos?", pensó. ¿Andrew ya tenía hijos? Y si fuera así, ¿por qué no le habían dicho? La mención hizo que le doliera el pecho, aunque muchas veces se había hecho la idea de que Andrew se pudiese haber casado en Norteamérica, ya habían pasado dos años. Se preguntó si Andrew alguna vez preguntaba por ella, y recordó que Katherine hacía unos días le había asegurado que Andrew aún la amaba. ¿Qué sabía su amiga que no le había dicho? Debía admitirlo, aún mantenía la esperanza de que si Andrew volvía estarían juntos, no le importaba bajo qué condición, se había decidido a amarlo si el aún la amaba. Al menos ese era uno de sus pensamientos al leer la carta.

Clara había salido al mercado, junto a uno de los lacayos para realizar algunas compras. Debido al poco personal, era muy común que ella fuera la encargada de realizar las compras y el cocinero siempre estaba feliz con eso, ya que siempre escogía los mejores víveres para su cocina.

-Señorita Williams. -Clara escuchó una voz muy familiar.

-Señorita Clara, el joven Joan la llama -le dijo el lacayo pensando que Clara no lo había escuchado.

-Gracias, John, ¿podrías ir a la quesería por lo mismo de siempre? -le pidió deteniéndose a esperar que Joan se aproximara a ella.

-Desde luego, Señorita Clara.

Clara asintió y le regaló una sonrisa, luego desvió su mirada al joven muchacho que la había llamado. Joan venía acercándose rápidamente a ella.

-¡Por Dios, muchacho, respira! -le dijo Clara.

Joan se inclinó y tomó aire, estaba jadeando. Clara supuso que por la carrera de alcanzarla.

-Lo siento -balbuceó-, la vi cuando dejé a uno de mis clientes y la he seguido, camina rápido.

Joan McClaus era un joven de veintiún años, alto, delgado, cabello rojo, ojos oscuros, piel blanca y pecosa. Tenía aspecto de niño a pesar de su edad, ya que seguía manteniendo ese aire de inocencia. Había sido el eterno pretendiente de Clara, ya que estaba enamorado de ella desde hacía dos años, ellos se conocieron cuando a Katherine se le ocurrió la genial idea de salir a apostar para ganar dinero y ayudar un orfanato. Clara había buscado un coche de alquiler y Joan fue quien le brindó el servicio. Clara le aseguró que el trabajo iba a ser bien pagado mientras él fuera discreto y les guardara el secreto, aunque a Joan no le importó la paga, ya que quedó perdidamente enamorado de Clara desde que la vio y prácticamente se puso a los pies de ella, incluso había algunas veces en que Clara lamentaba no haberse fijado en aquel muchacho, solamente lo veía como un amigo, aunque él llevaba ya más de dos años intentando enamorarla y todas las semanas hacía su intento fallido para invitarla a salir.

-¿Y puedo saber cuál es el motivo para que me persigas?

Joan le obsequió una sonrisa de niño.

-Había pensado ir a visitarte al rato, pasé por la pastelería y compré un trozo de pastel de chocolate para ti.

Clara observó la caja que tenía en una de sus manos. Desde que había decidido conquistarla, era muy común que le llevara algún pastel, tarta o golosina, incluso una vez le regaló un clavel.

-Muchas gracias, Joan. -Le sonrió-. Creo que insistes en que engorde -bromeó.

Joan bajó la vista con un sonrojo en sus mejillas.

-Realmente esa no es mi intención, es solo que...

-Solo bromeo, me encantan los dulces y tú eres quien cumple mis caprichos. Gracias, Joan.

Joan le regaló una gran sonrisa.

-¿Pu-puedo acompañarte? -aventuró con timidez.

-Sí, claro, me reuniré con John en la quesería, aún me faltan algunas cosas más por comprar.

-Ya sabes, siempre disponible para ser tu compañía. -Joan le dio el brazo y Clara se lo tomó.

Era muy común ver a Joan acompañando a Clara por el mercado durante las compras, parecía que el muchacho ya se conocía los horarios de ella.

-¿Cómo se encuentra tu padre?

-Mucho mejor, ayer volvió a trabajar algunas horas, ya que se cansa muy rápido.

-Al menos ya está bien de salud, poco a poco volverá a su rutina de trabajo.

-Sí, aunque mi madre le insiste en que aún debe quedarse en casa, cosa que mi padre odia. -Rio.

-Supongo que tu madre no cuida de él.

-Todo lo contrario, mi padre se queja de que mi madre lo ahoga.

-Hizo una mueca, y Clara no pudo evitar reír.

Joan ayudó a John a llevar las compras al carruaje y acompañó a Clara hasta ahí para despedirse de ella.

-Clara, yo... me pre-preguntaba si-si te gustaría salir a dar un paseo conmigo -balbuceó.

Clara no sabía qué decirle; no era la primera vez que Joan la invitaba y ella se negaba.

-Joan, yo creo que no sería correcto.

-No entiendo por qué siempre te niegas a mis invitaciones.

Clara notó la mirada de tristeza de Joan y quiso recompensarlo, él siempre había sido muy bueno con ella.

-Joan -le dijo Clara con una sonrisa-, la semana que viene tendré

unos días libre, tal vez acepte tu invitación, solo si me gusta el pastel -bromeó levantando la cajita que contenía el pastel.

La cara de Joan se llenó de emoción.

-¿Realmente aceptarás salir conmigo?

-Sí, aunque de momento no te puedo afirmar nada, ya que puede suceder cualquier cosa.

-De igual forma me has hecho feliz, Clara -le dijo con una enorme sonrisa.

Clara no quería darle falsas esperanzas a Joan, aunque sentía que ya era momento de tratar de olvidar a Andrew, o al menos intentarlo, últimamente no podía sacárselo de la cabeza, deseaba verlo y si era posible besarlo nuevamente. Pensó que un poco de entrenamiento con un amigo no le iría mal, sería un paseo de amigos, de cierta forma Clara extrañaba los paseos al parque por la tarde con Katherine, los cuales se habían acabado hacía unas semanas cuando a Katherine se le había empezado a inflamar los pies y se agotaba más de lo debido, así que, ¿por qué no salir de paseo con Joan?, pensó Clara. Aunque era algo que aún estaba analizando, primero debía hablar con Joan y dejarle claro que solo lo consideraba un amigo, sabía que él no la iba a ver como una amiga, pero con el tiempo tal vez llegara a quererlo, pero nunca como a Andrew.

Para Clara Joan no era atractivo, lo veía como un chiquillo y es que su aspecto no le ayudaba mucho, y no es que ella se fijara mucho en eso, sino que Andrew era totalmente lo opuesto a este: alto, de espalda ancha y cintura angosta, brazos gruesos, cabello castaño oscuro y ojos verdes. Además, Joan era un año menor que ella, y la verdad es que no era como Andrew, no se parecían en nada, ese era el problema, ya que Clara a quien quería era a Andrew Miller.

-Está bien, te enviaré una nota para confirmarte.

-Si no llega, lo volveré a intentar -le dijo el chico con una gran sonrisa en el rostro-. Ha sido un placer verla -se despidió.

-Lo mismo digo, Joan.

Cuando regresó a la mansión, se dirigió a la habitación del bebé para verificar que se había limpiado; solo había dos sirvientas en la casa, las cuales se repartían las labores y una de ellas ayudaba al cocinero y los lacayos estaban agotados, a excepción de John, que la había acompañado al mercado. Clara debía admitir que el poco personal asignado por Kathy y Sebastián era muy eficiente y le ahorran trabajo a ella, no solo porque Kathy no le permitía trabajar de más sino porque los empleados no la veían como una compañera de trabajo, sino como una patrona más o como la protegida de Kathy. Debido al trato especial de sus amigos, los demás empleados le tenían mucho respeto, incluso algunas veces la trataron de lady, aunque ella siempre les dejó claro que no lo era, ya que simplemente era la hija de un cocinero y un ama de llaves y doncella personal de Kathy. Y gracias a los caprichos de Katherine, poseía una habitación en la planta alta y no en el área de servicio y sus comidas las realizaba junto a sus amigos. Solo en escasas excepciones comía en la cocina.

Al entrar en la habitación de bebé, pudo sentir el olor a madera que emanaba la cuna; realmente era hermosa, sus acabados y detalles la hacían única. Se acercó a ella y empezó a observarla con cuidado examinando cada detalle. Las letras del apellido estaban talladas casi a la perfección, realmente era un buen regalo, imaginó qué hubiera sido si en vez de huir y esconderse de Andrew le hubiera dicho la verdad, y él la hubiera aceptado, tal vez esa cuna hubiese sido para sus hijos o hubiera mandado a hacer una diferente. El pensar en un hijo de Andrew y ella la llenó de ilusión. Pero no, eso no podría pasar, no sería posible, sacudió la cabeza para dejar de pensar en eso. Salió de la habitación con la idea de decirle a su amiga que debían comprar algunas sábanas y otras cosas más para el bebé, ya que Katherine aún no se había preparado.

Como notó la casa silenciosa, Clara supuso que sus amigos se habían encerrado en su habitación después del desayuno, como era costumbre en ellos. Realmente no comprendía cómo era que

Katherine no había salido embarazada antes, ya que desde antes de su matrimonio se la pasaban horas en la habitación y no precisamente durmiendo, así como le decía Katherine luego del secuestro, habían tardado más de un año desde que se casaron para que Katherine concibiera y el primer embarazo lo había perdido. Sebastián se había tomado la molestia de secuestrarla a Katherine algunos días a la semana y a ella le tocó la dura tarea de ser cómplice en eso. No era una tarea difícil, Kathy solo se ausentaba un par de horas a excepción de algunas veces que no llegaba en toda la noche y la condesa tenía un sexto sentido, ya que se la pasaba preguntando por ella a primera hora de la mañana o aprovechaba el amanecer para ver su jardín. Clara siempre pensó que los condes estaban enterados de sus escapadas nocturnas con Sebastián y, como se iban a casar pronto, lo ignoraron, más sabiendo que Kathy se había negado al principio al matrimonio.

Clara entró en su habitación y se dejó caer en la cama. A diario pensaba en Andrew, principalmente por las noches, ya que así podría soñar con él. Desde su partida su nombre no se había mencionado mucho al menos no en presencia de ella, la única que rara vez lo hacía era Katherine y había dejado de hacerlo luego de que Clara le había confesado que estaba enamorada de él y estaba sufriendo por la partida. Clara aún no había olvidado la conversación que tuvo unos días atrás con Kathy y, con todo el alboroto del regalo, lo habían mencionado muy seguido.

Fuera el motivo que fuera, el nombre de Andrew se había vuelto a nombrar en su presencia y su corazón había vuelto a latir con fuerza por él.

Capítulo 4

Los rayos de sol se filtraban por las cortinas de lino de la habitación de Andrew cuando este despertó. Aún se sentía agotado debido al viaje, ya que había dormido poco, debido a su ansiedad no lograba pegar un ojo durante la noche. El día anterior había llegado por la tarde y apenas arribó en Southampton se dirigió a la casa de sus padres, después de ver a su madre y tomar un largo y relajante baño, se acostó en su antigua cama, no tardó mucho tiempo cuando Morfeo lo llamó. Después de días, al fin, había dormido. Se levantó de la cama y se colocó la bata que encontró junto a la cama, Andrew odiaba dormir con ropa por lo cual estaba desnudo, se dirigió a la ventana y abrió las cortinas, notó que ya pasaba del medio día por la posición del sol y perdió la vista en el paisaje. Desde su habitación podía observar gran parte del bosquecillo que se encontraba en Richmond Manor, la propiedad en la que había nacido y vivido desde que era un niño.

Los recuerdos junto a su hermano, de las travesuras que hacían y lo bien que la pasaban juntos cuando eran niños se le clavaron en el corazón como si lo hubiesen apuñalado; lo extrañaba, había sido su compañero de aventuras, su confidente y su mejor amigo, recordó las escapadas al río, cuando se infiltraban sigilosamente en la cocina para robarle las galletas a la cocinera y como esta les daba un par de galletas a cada uno luego de que los amonestaba, de las veces que hacía guarda cuando su hermano se había enamorado de Kathleen, nieta de la señora Reid, y estos se escondían en las caballerizas para besarse. Tenía tantos recuerdos que dolían; su padre tenía razón, si no hubiese sido por su culpa Antonio Miller estuviera vivo y todo fuera diferente.

Andrew suspiró agotado y triste, se dirigió a la mesita que estaba junto a la cama y se sirvió un vaso de agua, necesitaba bajar el nudo que se le había creado en la garganta. Desde que su hermano

murió, Andrew no había sido capaz de derramar una lágrima, el dolor de su pérdida fue tan grande que quedó destrozado y marcado por la desgracia, según decía su padre, y no solo eso, debía vivir con la maldición de heredar todo lo perteneciente a su hermano, como el ducado, para recordarlo siempre. Bebió todo el contenido del vaso, algo más fuerte no estaría mal, ya que debía enfrentar a su padre, para eso había ido ahí, entre más pronto sería, mejor, luego viajaría a Londres para aclarar las cosas con la mujer que amaba y tomar una decisión definitiva.

Los suaves golpes en la puerta lo hicieron salir de sus pensamientos, indicándole a quien estuviera al otro lado que pasara.

-Hijo, espero no haberte despertado -Escuchó a su madre entrar en la habitación, subió la vista para recibirla con una sonrisa.

-Hace un momento me desperté, madre.

-Pensé que descansarías un poco más, pediré que te traigan algo de comer.

-He descansado lo justo y me gustaría almorzar con mi hermosa madre, si ella aún no lo hace.

-Estaré encantada con tu compañía, el almuerzo se servirá dentro de media hora.

-Perfecto -le sonrió con coquetería-, el tiempo justo para prepararme y deslumbrar a esta hermosa dama.

La duquesa le regaló una mirada llena de cariño.

- No sabes cuánto te he extrañado, hijo.

-Yo también, madre.

-El señor Potter hará de tu ayuda de cámara, si no te molesta, hijo.

-¿iEse viejo gruñón sigue aquí!? -Sonrió divertido-. Claro que no, madre, será un placer ser atendido por él. -Bajó la mirada-. ¿A mi padre no le molestará?

-No te preocupes por eso, hijo.

-Debería ir a verlo, madre -bisbiseó.

-Deberías -afirmó-. Está dormido en estos momentos, uno de los brebajes que le dieron lo hace dormir, es tan obstinado que se niega

a permanecer en cama, más desde que ha mejorado.

-Ya sabes cómo es, madre, no podía esperarse menos de Anthony Miller. -Sonrió melancólico-. ¿Sabe que he vuelto?

-Sí -le aseguró-, se puede decir que percibe tu presencia y ha preguntado por ti.

-¿Algún día dejará de culparme?

-Andrew, tu padre no te culpa y, si insiste en buscar un culpable, lo somos todos -justificó-, pero si así lo crees, tu padre lo hará, aunque sea en su último aliento. Ahora prepárate o llegarás tarde al almuerzo con esa hermosa dama de la que hablas.

Andrew sonrió. Sí, su madre era una hermosa dama, pero esas palabras le recordaron a otra dama y deseó hablar con su madre de ella y que algún día Clara la conociera; su madre era la mujer más maravillosa que había conocido en el mundo.

La duquesa de Richmond, Marian Miller, era una mujer muy bondadosa, de buen corazón, amorosa y siempre sonreía. Pese a que hacía algunos años atrás la tragedia llegó a su vida cuando su hijo mayor murió, Marian mantenía su alegría y dulzura, especialmente con Andrew y siempre estar junto a ella llenaba de felicidad el corazón de Andrew. La duquesa era una mujer hermosa, su rostro juvenil engañaba a cualquiera, se casó con el duque antes de cumplir los diecisiete años y quedó embarazada casi de inmediato de su primer hijo, un año después del nacimiento de Antonio, nació Andrew. De cabello color castaño claro casi rubio, piel blanca, ojos azules, nariz respingada, de baja estatura, que a pesar de sus dos embarazos mantenía la misma figura de cuando era joven. Andrew no se parecía a ella, solo en el carácter o al menos cuando era un niño, ya que era un niño muy alegre y dulce, físicamente Andrew era la copia de su padre, su cabello era castaño oscuro, su piel era blanca ligeramente bronceada, ojos verdes, alto, de hombros anchos y buen físico, la única diferencia entre Andrew, su hermano y su padre eran las facciones de su rostro, las de Antonio eran muy parecidas a las del duque; todos eran muy apuestos.

Tras el almuerzo en compañía de su madre, Andrew pensó salir a

cabalgar, pero al instante se retractó al ver el cielo, todo indicaba que se aproximaba una tormenta, no era momento para un paseo, y decidió ver a su padre. Caminó por el pasillo hasta llegar a la puerta de la habitación del duque, ahí se detuvo unos minutos, sosteniendo la manilla de la puerta, no se sentía capaz de escuchar otro de los desprecios de su padre, tomó aire y giró la manilla, al entrar en la habitación todo estaba silencioso, su padre seguía dormido, pensó que no era momento de molestarlo, se quedó unos segundos observando desde la puerta, estaba delgado, pero aun así lucía tan tranquilo; su semblante era sereno y, aunque se podía notar que estaba envejeciendo por las arrugas que se mostraban alrededor de sus ojos y su cabello color plata, su rostro ya no presentaba la amargura que había mostrado en los últimos años, ese de ahí era el mismo Anthony Miller que Andrew recordaba, de cuando era un niño, y de cuando la familia estaba completa.

-¿Andrew, eres tú? -Escuchar la voz de su padre lo sorprendió, no supo en qué momento se había despertado, aunque seguía con los ojos cerrados.

-Disculpa, pa... -titubeó- no quise molestarlo, solo pasaba a ver cómo se encontraba.

-Andrew, hijo, acércate -le ordenó.

Andrew caminó los pasos que lo separaban de la cama y se detuvo junto al duque.

-A-aquí estoy, pa-padre -balbuceó.

-No sabes cuánto me alegro de que estés aquí, quería verte, Andrew, hijo. Siéntate.

Andrew estaba muy sorprendido por la actitud de su padre, hacía mucho que no era tan amable con él. Acercó la silla que estaba más cerca y tomó asiento. Anthony extendió la mano y Andrew se la tomó; la mano de su padre estaba helada.

-Andrew, siento que la vida se me escapa de las manos poco a poco -se quejó.

-No digas eso, padre, mejorarás pronto, ya lo verás.

-Quisiera que así fuera, pero me temo que no será de esa forma

y que mis días están contados, por lo cual quería ofrecerte una disculpa, he sido...

-Descuida, padre -lo interrumpió, sentía dolor en el pecho solo de pensar que su padre moriría.

-Hijo, fui muy duro contigo, ahora comprendo que no solo perdí un hijo sino dos, entiendo que ya es muy tarde para lamentarme.

-Nunca me perdiste, padre, aquí estoy junto a ti.

-Eso es lo más irónico, que tú no me odias. -Apretó su mano-. Andrew, quiero que tengas hijos, que me des nietos, los que algún heredaran todo esto y, aunque no llegue a verlos, sé que madre sí lo hará y será muy dichosa y feliz, así como también quiero que te cases, que encuentres una mujer que te ame y de la cual tú llegues a confiar y amar también, quiero que seas feliz, Andrew.

Andrew sintió un hueco en el estómago con las palabras de su padre. Sentía que era una despedida, que su padre se estaba despidiendo de él, pidiéndole que fuera feliz. ¿Realmente su padre moriría pronto?

-No te preocupes por eso, en algún momento lo haré, padre. - Los ojos le comenzaron a picar, ¿lágrimas? Hacía mucho no sentía esa sensación.

-Andrew, tal vez ya no creas en las mujeres, pero ten por seguro algo, no todas se fijan en riquezas o un título -le aconsejó-, hay mujeres que aman con el corazón, sin impórtale quienes seamos, son pocas, sí. Veras que algún día llegará una de ellas a tu vida y, cuando lo haga, no la dejes escapar, así como lo hice con tu madre.

Era cierto, Andrew no confiaba en ninguna mujer desde la traición de Victoria en el pasado, ella había sido su primer amor, y lo traicionó. Andrew no había sentido interés por ninguna otra mujer durante años, hasta que conoció a Clara, ella había sido diferente, al menos él lo creía, no se dejó encantar por su título, ya que nunca lo mencionó, o por la fortuna que él pudiera tener, al contrario, siempre hacía comentarios extraños, insinuando que poseer dinero no era gran cosa para ella ni se dejó encantar por un lord pretencioso. Si Clara realmente tenía sentimientos por él o lo amaba, era por quien

era realmente.

-Padre, podrías contarme cómo fue que no dejaste escapar a mi madre.

-Ella te lo contará en algún momento, solo te diré una cosa, no me arrepiento de nada, no pensé en las consecuencias, ya que ella realmente me ha hecho un hombre muy feliz.

Escucharon la puerta y Andrew fijó su mirada en ella. Lady Marian entraba en ese momento con una bandeja en las manos.

-Andrew, hijo, no sabía que estabas aquí.

-Déjalo, cariño, estamos hablando -le explicó el duque.

-Querido, no debes esforzarte tanto, Andrew va quedarse una temporada. -Lo observó con una súplica en sus ojos y Andrew asintió-. Cuando te encuentres más recuperado van a poder hablar.

-Descuida, madre, solo me dijo unas pocas palabras.

Andrew ayudó a su padre a apoyarse en el respaldar de la cama para beber el brebaje y las medicinas que traía su madre, y luego se marchó de la habitación dejando a su madre en su compañía, para que descansara. Realmente era cierto lo que le había dicho su padre acerca de su madre, ya que ella, ni en sus peores momentos, lo abandonó, siempre estaba junto a él, y lo amaba de verdad. "¿Será que Clara me llegue a amar de la misma forma?", se preguntó mientras se marchaba nuevamente a su habitación.

Al llegar a su habitación, Andrew se dirigió a la ventana y observó el cielo que se encontraba oscuro, aún no llegaba la tormenta, pero todo indicaba que estaba próxima. Tuvo la intención de viajar a Londres, ya que su padre le brindó las palabras necesarias que le terminaron de dar la valentía para buscar a Clara y amarla para siempre si ella lo aceptaba. Las palabras de su padre lo convencieron y rogó que si había un Dios en el cielo lo sanara, no soportaría la pérdida de su padre y mucho menos el dolor que esto pudiera causarle a su madre. Escuchó algunas voces en el pasillo y salió a ver de qué se trataba, pensó que quizás su padre estaba mal otra vez y se dirigió a su habitación. Al llegar a la puerta, se encontró al médico, el señor Stund, saliendo de esta, lo escuchó

hablar con su madre, diciéndole que todo iba a estar bien.

-Señor Stund -lo saludó Andrew.

-Qué agradable verlo aquí, milord.

El médico le hizo una reverencia de despedida y su madre lo observó con una sonrisa.

-¿Alguna novedad, madre?

-El médico me ha dado buenas noticias, Andrew, te las contaré en la cena, de momento estaré junto a tu padre.

Andrew asintió con una sonrisa.

-Está bien, madre -le besó la coronilla-, estaré en mi habitación por si me necesitan.

Capítulo 5

-Kathy, he hablado con mi madre y le he pedido ayuda para que me envíe algunas muchachas para contratarlas.

-Clara, no es necesario, la casa está bien con los pocos empleados que tenemos.

-Kathy, hace falta al menos dos empleadas para las labores de limpieza. No entiendo por qué te reúsas, la señora Dolly y Rita necesitan que las ayuden y el pobre Nicolás ya no sabe si es mayordomo o don todo y ni hablar de Robert, Tony o John. El único que solo hace lo que realmente es suyo es el señor Michael en la cocina, ya que tú no lo dejas abandonar su labor con tus antojos.

Kathy bufó, realmente comía mucho con su embarazo.

-Sabes que no quiero poseer un gran personal, Sebastián me ha dicho un millón de veces lo mismo, que debemos contratar más y que por el dinero no tengo que preocuparme.

-Kathy, es muy necesario y más con la llegada de tu bebé, los primeros meses y años va ser más arduas la labor, toma en cuenta que se van a necesitar más manos para la lavandería y para mantener limpio el lugar cuando el bebé ande por ahí.

-Tienes razón, Clara -reflexionó-, deberíamos contratar unas cuantas manos más, hasta el momento la casa se ha manejado bien, pero en el futuro sí lo vamos a necesitar.

-También buscaré una ama de llaves, ahora que el nacimiento del bebé se aproxima vas a necesitar más de mi ayuda.

Kathy negó con la cabeza.

-Solo confío en ti para dar las órdenes aquí y en Nicolás, ambos llevan muy bien el control de la casa, y tienes razón, te voy a necesitar a mi lado estos meses y cuando el bebé nazca.

-Bueno, con respecto a dar órdenes yo podría dárselas a la ama de llaves y, si ella me desobedece busquemos otra, de igual manera yo llevaré el control con Nicolás.

-Ya veremos, Clara, mientras solo encárgate de buscar unas cuantas empleadas.

-Está bien, Kathy, así será, de momento, ya que seguiré insistiendo.

-Respecto al cocinero, Clara -dijo Kathy mientras se sobaba la barriga.

Clara enmarcó una ceja.

-¿Hay algo mal con él? ¿Piensas despedirlo? -preguntó alarmada.

-Oh no, nada de eso, solo dile que muero de ganas por comer un pastel de manzana con canela, ya sabes, le queda tan delicioso -dijo saboreándolo.

Ambas se echaron a reír.

-Ay, lady Katherine Beckham, tú no cambiás.

Clara se dispuso a entrar en la habitación de Katherine, como era de costumbre, nunca tocaba cuando sabía que Katherine se encontraba sola. Llevaba una bandeja con tostadas, frutas y té, ya que Katherine había dormido hasta tarde nuevamente; era común que algunos días se despertaba al medio día, y aún no entendía si el motivo era su embarazo o las largas horas atendiendo a su marido por las noches o un poco de ambas, eso seguiría siendo un misterio. Clara simplemente evitaba preguntarle.

-Nuevamente descansas hasta tarde, dormilona -se burló.

-Lo sé, Clara. ¿Sebastián? -dijo con un bostezo.

-Se marchó temprano, me dejó dicho que te dejará descansar un poco más y subiera el desayuno, él no vendrá hasta la tarde, me dijo algo de una reunión.

-Cierto, algo así me dijo anoche, algo con el ferrocarril. -Después de un bostezo, frunció el ceño-. Este patán de Sebastián me deja dormir hasta tarde para que pueda perder el tiempo con él por la noche.

Clara se rio a carcajadas.

-Lo que hace es preocuparse por tu salud y la del bebé, sabe que debes descansar. -Clara abrió las cortinas de la habitación luego de dejar la bandeja cerca de la cama de Kathy-. Por la tarde vendrán

dos muchachas enviadas por mi madre, una es hija de Martha y la otra no la conozco, pero mi madre conoce a su familia.

-¿Martha, la doncella de mi madre?

-Sí, creo que no la conoces, ¿me acompañarás en la entrevista?

Kathy devoró un trozo de manzana.

-Confío en ti para eso, pero sí que lo hare, será muy divertido y haré poner mi autoridad como señora de la casa -se burló.

Andrew fue llamado al comedor para la cena, tal y como se lo había dicho su madre. Al llegar al comedor, encontró a su madre con una reluciente sonrisa, se veía muy feliz.

-Madre, no tengo dudas que soy el hombre más dichoso al compartir la mesa con tan hermosa dama esta noche.

-Ay, hijo, no puedo imaginar a cuantas muchachitas haces suspirar y sonrojar con tus halagos, además se me nota el cansancio por velar el sueño de tu padre.

-En realidad hace mucho que no le hago halagos a una dama, aunque en mi época rompí varios corazones. -Sonrió con picardía-. ¿Madre, a qué se debe que no lo dejes solo por las noches? -preguntó con curiosidad.

Una de las empleadas, con la ayuda de un lacayo, comenzó a servir la cena.

Andrew tomó un sorbo de su vino, esperando la respuesta de su madre.

-Amor -respondió-, cuando tu padre enfermo y el médico me informó que no tenía probabilidad de sobrevivir, sentí un vacío en el alma y quería estar junto a él en cada momento y acompañarlo hasta en su último aliento.

-Realmente lo amas tanto, a pesar de que se convirtió en un ogro.

-Tu padre no siempre fue así y lo sabes, hijo, es cierto que se llenó de amargura después de la muerte de Antonio.

-Lo sé, madre, y extraño a mi padre, el que iba de pesca o a cabalgar, sé que está ahí escondido, lo he comprobado esta mañana.

-Fue amable contigo, ¿verdad? -Quiso saber la duquesa.

-Sí, más de lo que esperé, de cierta forma me ha dicho lo que necesitaba escuchar, me dio un buen consejo.

-Ese es Anthony Miller, hijo.

-Por cierto, madre, ¿a qué ha venido el médico?

-La última vez que vino me prometió que vendría esta semana y así fue, estaba muy sorprendido, me dijo que tu padre había tenido una notable mejoría y, si seguía así, para las próximas semanas estará bien, ya que no tiene tanta dificultad para respirar y los ataques de tos han disminuido. Sus pulmones van sanando lentamente.

-Esas son muy buenas noticias, madre. -Se levantó y la abrazó.

-Sí, hijo, ¿te marcharás ahora que sabes que tu padre se encuentra mejor?

Andrew negó con la cabeza.

-Al extranjero aún no, iré a Londres, necesito aclarar algunas cosas que dejé pendiente hace dos años, cuando me marché.

-Hijo, ¿hay alguna dama entre eso que dejaste pendiente? - indagó.

-¿Por qué crees eso, madre?

-Te conozco, Andrew, por mucho tiempo no vi ese brillo en tus ojos, lo vi unos meses antes de que te marcharas y lo he vuelto a ver. Espero que esa muchacha no te rechace y no se fije en ti por lo que posees.

Andrew sonrió.

-No estoy seguro si ya lo hizo, uno de los motivos de mi partida fue por ella, debo hablar unas cosas, realmente no sé si me ama o si me amó en algún momento.

-Para no estar seguro, estás muy decidido, lo vi en tu habitación, solo espero que sea una buena mujer y que realmente te ame como amo a tu padre, quiero verte feliz.

-Madre, eso solo fue un impulso -aclaró-, solamente necesito verla y aclarar todo con ella, la última vez no nos dijimos algunas cosas que eran necesarias, luego veré qué sucede.

-Te deseo suerte y no dudes que tienes mi bendición para lo que sea y, si esa muchacha logra que no vuelvas a marcharte, no tengas dudas en que la adoraré.

-Oh, madre, te ganan con tan poco -bromeó.

-Nada es poco si te voy a tener cerca y feliz.

Andrew apenas había dormido durante la noche, luego de las palabras de aliento de su madre, que habían sido la última gotita que faltaba. Decidido a viajar al amanecer, quería llegar con buen tiempo para localizar a Clara. Se preguntaba una y mil veces qué reacción tendría ella al verlo, y no quería esperar. Andrew tomó su bolsa de viaje, ordenó que ensillaran su caballo y se dirigió hacia Londres. Después de pensarlo un poco, decidió que lo mejor era viajar a caballo, ya que se iba a demorar menos que en carruaje; realmente estaba ansioso, aunque no tenía ni idea de dónde encontrar a Clara, ni siquiera sabía si que encontraba en Londres, ya que ella le dijo que vivía lejos, por lo tanto, iría a casa de Sebastián. Katherine sí le podría dar razón de dónde vivía Clara. Era la primera vez que iba a visitar a su amigo desde que se casó. Andrew dibujó una mueca al pensar en este. Sebastián se iba a enfadar por no haberle avisado que había regresado a Inglaterra y, si era así, no iba perder el tiempo con él dándole explicaciones, ya después tendrían tiempo.

Luego de llegar a Londres, Andrew se dirigió directamente a South Audley, donde se ubicaba la mansión de Sebastián. Faltaban algunas horas para que anocheciera cuando Andrew llegó. Había galopado tan de prisa que en cualquier momento se pudo haber roto la cabeza si tenía algún accidente. El viaje demoró menos de lo que pensó, estaba agotado, pero no lo suficiente para no ir donde Sebastián, entre menos demorara más rápido encontraría a Clara, por lo cual amarró su caballo a la verja de la mansión, ya que ningún lacayo salió a recibirlo, se dirigió a la entrada y llamó a la puerta.

No tardó mucho en que escuchara pasos llegar a ella. Esperó ver a su mayordomo, pero no fue así, quien abrió la puerta fue una

mujer de cabello rubio claro y ojos grises, los que cuando lo miraron se abrieron muy sorprendidos. Estaba más hermosa de lo que podía recordar, llevaba uno de esos vestidos sencillos que le hacían ver tan bien y sus labios, recordó la sensación que le hizo sentir al besarla por primera vez, la que buscó en otros labios y no encontró. La miró nuevamente a los ojos para perderse en su mirada, Clara lo observaba de la misma forma que él la había examinado.

Capítulo 6

Luego de tomar el té de la tarde, Katherine se había quedado junto a Clara en la sala a la espera de las muchachas que enviaría Natasha para entrevistarlas, ya que estas en cualquier momento llegarían.

-Kathy, deberíamos ir pronto a buscar las cobijas para el bebé, creo que ya es momento para decorar y preparar la habitación.

Luego de la pérdida de su primer embarazo, Katherine y Sebastián decidieron no comprar nada hasta estar seguros de que todo estaba bien.

-Puede que mañana vayamos, quiero ir a visitar a la señora Clarit.

Clara puso los ojos en blanco.

-¿Más vestidos? Espero que esta vez no sean para mí -protestó.

Katherine dibujó una sonrisa pícaro, luego recordó el motivo de la visita y la borró.

-Solo si quieres, realmente lo que voy a buscar son algunos camisones, aunque Sebastián insista en que siga durmiendo desnuda ya no me siento cómoda con mi barriga y mi cuerpo y la mayoría de mis camisones me quedan muy apretados.

Clara se ruborizó con el comentario, no era desconocido para ella que su amiga durmiera así, al igual que Sebastián, por ellos la entrada a su habitación era prohibida hasta que alguno de los ya hubiese salido de ella.

-Está bien, pero si a Sebastián no le desagrada no tienes por qué no seguir haciéndolo.

-Ya lo entenderás cuando estés casada y en mi situación.

Justo cuando Clara iba a replicar, escucharon que llamaban a la puerta, y supusieron que eran las muchachas. Clara había visto a Nicolás en el piso superior ayudando a la señora Dolly, y John y Rita estaban en la lavandería. Robert tenía el día libre y Tony no se

encontraba, por lo cual ella se levantó para atender la puerta; era común que lo hiciera cuando ninguno de los de servicio no estaban cerca.

Se dirigió a la entrada y abrió lentamente la puerta. Observó el ancho pecho de un hombre y alzó su rostro para mirarlo a la cara y se encontró con quien nunca hubiese esperado, el dueño de sus noches de desvelo estaba frente a ella mirándola fijamente con sorpresa, de la misma forma que ella lo observaba. Estaba más guapo o así lo vio Clara, en su rostro se reflejaba un toque más de madurez y su piel estaba levemente bronceada, el cabello lo llevaba más corto de lo que recordaba y sus ojos tenían ese brillo que solo aparecía cuando la miraba a ella. Clara intentó pronunciar palabras, pero no le salieron, se quedó congelada frente a él. Se le pasó por la mente cerrar la puerta y correr a esconderse en su habitación o en cualquier rincón de la casa, así como también creyó que estaba soñando.

-Señorita Williams, nunca imaginé llegar a encontrarla aquí -le dijo con una sonrisa en sus labios.

En ese momento Katherine se asomaba a sus espaldas.

-Clara, quién es que demoras tan.... -Se detuvo en seco-. ¿Andrew, eres tú? -preguntó con sorpresa.

-Oh, ¿lady Katherine Beckham?

Katherine apartó a Clara de la puerta, sabía que estaba en shock, por lo cual la tomó del brazo y le lanzó una mirada para que se tranquilizara.

-Sí, no esperaba verte tan pronto por aquí y nada de formalidades, sabes que soy Kathy para los amigos, ipasad! -lo invitó-. Sebastián no se encuentra en este momento, no creo que demore.

Andrew entró sin quitarle la vista a Clara, pero la desvió para llevarse la gran impresión de ver a Katherine y su enorme barriga frente a él. Katherine era hermosa y de cierta forma la barriga iba perfectamente con sus voluptuosas caderas.

-Te ves hermosa, Kathy, no te queda mal el embarazo y no he

venido a ver a Sebastián, en realidad era a ti, pero ya encontré lo que estaba buscando. -Fijó su mirada nuevamente en Clara.

-No necesitas mentir, me veo enorme. -Luego de que Kathy reflexionara lo que le dijo, se percató que no le quitaba la vista a Clara-. ¿Has venido en busca de Clara?

Andrew asintió.

-Sí, bueno, no sabía que eras la única que podría decirme dónde estaba, nunca imaginé encontrarla aquí.

-¿Quién te asegura que te lo hubiera dicho? A lo mejor ella no quería verte.

-Tienes razón, nada perdía intentando. -Fijó la mirada en Clara-. ¿No quieres volver a verme? -aventuró.

Clara seguía sin palabras, y la pregunta tan directa la había desconcertado, no sabía qué contestar. Sí quería verlo, era su sueño hecho realidad y que fuera con el fin de buscarla a ella la dejaba aún más desconcertada, aún no se sentía preparada para enfrentarlo, y la tomó por sorpresa encontrarlo frente a ella de repente. Mentalmente analizó si su aspecto era el favorable: llevaba un vestido sencillo y una trenza en el cabello que recién se había hecho. Pensó que su aspecto no era el mejor como para recibir a Andrew, aun así, en ese momento, agradeció a Katherine por obligarla a usar esos vestidos. Mientras pensaba en la forma que le iba a contestar, miró a Andrew que estaba esperando su respuesta. Desvió su mirada hacia Kathy para pedirle ayuda y corrió escaleras arriba y se encerró en su habitación. Lo mejor era huir y así lo hizo.

Andrew no terminaba de entender la reacción de Clara cuando escuchó que Katherine le decía que fuera tras de ella, ¿acaso no lo había rechazado nuevamente?

-Mira, pedazo de tarado, con esta barriga no puedo ir tras ella, así que, si quieres hablar con ella, no la dejes huir -fue lo que le dijo Katherine.

Andrew no lo pensó más, subió los escalones de dos en dos y la siguió, aun así, la vio cerrar la puerta casi en su cara. Tocó la puerta e intentó abrirla sin obtener respuesta.

Katherine se quedó en la sala esperando alguna respuesta de lo que sucedía arriba, sabía que Andrew no la tendría fácil. Clara estaba sorprendida y muy asustada, ese había sido el motivo de su reacción. Katherine escuchó pasos y subió la mirada, vio a Sebastián entrar.

-Mi hermosa, se puede saber por qué... caballo. -Sebastián observó la cara de su esposa, acaso estaba ¿asustada?, ¿preocupada?, ¿ansiosa?, ¿enfadada?-. Kathy, ¿qué sucede? -Sebastián también observó un reflejo de felicidad en sus ojos.

Katherine corrió hacia Sebastián y lo abrazó.

-Andrew está aquí -le anunció.

-No comprendo, mi hermosa.

-Hace unos minutos llegó buscando a Clara y ella no supo cómo reaccionar, así que subió a esconderse a su habitación, le pedí a Andrew que la siguiera, aún no bajan.

-Iré a ver qué sucede.

Andrew seguía insistiendo en la puerta, no sabía cuánto tiempo llevaba ahí pidiéndole a Clara que abriera la puerta para hablar.

-Clara, no pienso moverme de aquí hasta que me digas que no me quieres ver, o lo que sea, solo sal del ahí, abre la maldita puerta.

Clara se limpió las lágrimas de las mejillas, estaba sentada tras la puerta, con la espalda apoyada en ella, no se había dado cuenta en qué momento había empezado a llorar. Moría de ganas por lanzarse a los brazos de Andrew, y eso significaba que debía confesarle la verdad de quién era ella; era lo mejor que podía hacer, así aclaraban las cosas de una vez. Escuchó la voz de Sebastián, este después de amonestar a Andrew se dirigió a ella.

-Clara Williams, si no abres esta puerta y hablan como los adultos que son, la tiraré abajo.

Clara suspiró, tenía razón, ya era momento de dejar ese juego del gato y el ratón y enfrentar la realidad. Se levantó, se dirigió a la jofaina de porcelana y se lavó la cara, luego de secársela con una toalla de algodón y darse un vistazo en el espejo, se dirigió a la puerta y la abrió.

Tanto Andrew como Sebastián la observaron con curiosidad.

-Va-vamos a la biblioteca -murmuró.

Andrew asintió.

Luego de entrar en la biblioteca, Andrew esperó a que Clara dijera o hiciera algo.

No sucedió nada.

Luego de unos minutos de silencio, Andrew caminó hacia Clara, la cual estaba dándole la espalda, con las manos sobre el escritorio. Andrew le tomó una mano, le dio la vuelta y la atrajo a su pecho en un abrazo. En ese momento no pensó cómo iba a reaccionar Clara, pero necesitaba hacerlo, necesitaba sentirla cerca de él, inhalar su aroma a vainilla que tanto recordaba y le gustaba. Clara se quedó muy quieta al sentir esos grandes y fuertes brazos rodearla, hacía mucho quería sentirlos otra vez, su cercanía hizo que su corazón se acelerara aún más de lo que ya estaba, y de sus ojos comenzaron a brotar lágrimas. No pudo, ni quiso contenerlas, ya no podía, ya no tenía fuerzas para hacerlo, estaba rendida en sus brazos, estaba feliz de estar ahí.

Cuando Andrew sintió la humedad en las mejillas de Clara por las lágrimas, acercó su boca a su oreja y le susurró:

-Perdóname, Clara, si te he hecho sufrir, he sido un tonto y también he sufrido, en todo este tiempo no he podido olvidarte. Te amo, Clara, cada día que he pasado sin verte ha sido una tortura, una maldita tortura que no pienso volver a vivir.

-Andrew, yo también te amo y no he dejado de amarte durante todo este tiempo, siempre te he amado, pero no podemos estar juntos.

Andrew acunó sus mejillas en sus manos y la besó. Primero suavemente y con miedo, pero, al notar su respuesta, luego la besó con dulzura, lentamente.

-No entiendo, Clara -le dijo cuando soltó sus labios-. Si me amas, ¿por qué no podemos estar juntos? ¿Estás casada o comprometida? Porque si es así...

Clara lo calló con un beso.

-No, no me he casado y no estoy comprometida.

-Entonces dame una razón por qué no podemos estar juntos si ambos nos amamos, ¿fue porque te abandoné? ¿Porque no luché por ti? Clara...

Clara negó con la cabeza.

-No me abandonaste, yo te deje ir, y no podías luchar si yo me negaba a que lo hicieras. Andrew, tú no sabes quién soy, mis orígenes y sé que cuando lo sepas vas a pensar lo mismo, que nuestro amor no es correcto.

-No habrá nada en el mundo que me haga pensar eso, te amo y no...

Clara lo interrumpió.

-Déjame que te lo explique todo, Andrew.

Andrew se sentó en el sofá, y atrajo a Clara para sentarla en su regazo, ya que quería tenerla muy cerca de él. Clara no opuso resistencia.

-Dime eso tan importante que crees que nos impide estar juntos.

-Andrew, yo no soy lo que tú crees, es cierto que me has visto siempre junto a Kathy, incluso he asistido a los diferentes eventos con ella, en los que coincidimos. -Hizo una pausa-. Andrew, yo no soy hija de una familia importante y mucho menos pertenecen a la alta sociedad londinense, he permanecido junto a Kathy porque hemos sido amigas desde niñas, prácticamente nos criamos juntas y llevé la misma educación que ella. Andrew, yo -titubeó- soy la hija de un cocinero y un ama de llaves, mis padres no poseen fortuna, ya que trabajan para los padres de Katherine y, por lo que sé, tú heredarás el título de tu padre algún día y...

Andrew acarició su rostro y movió sus dedos hasta su boca para callarla.

-Es cierto que poseo y heredaré un título el cual nunca me ha importado, y respecto a que no seas una muchacha de sociedad no me importa, te amo por quien eres, no por lo que tu familia me pueda dar.

-Andrew, tus padres no te lo permitirían, incluso podrías perderlo

todo, si así lo deciden.

-Si heredé el título es porque mi hermano murió, siempre me he reusado a heredarlo y mi padre lo sabe, así que no me importaría perderlo todo, no lo necesito.

-Andrew...

-Clara, solo dime una cosa, si yo fuera simplemente el hijo del lechero, ¿me amarías?

-Sí, ya que yo no te amo por todo eso, te amo por ser tú y por eso me alejé de ti, no quería que pasaran por un mal momento gracias a mí.

-Y yo fui un estúpido al dejar que te alejaras de mí, créeme, Clara, no me importa absolutamente nada, solo estar contigo.

-¿Qué dirán de mí las demás personas? Solo se burlarán cuando sepan quién soy, además, sé muy bien que ante la sociedad aristócrata no es permitido.

-Clara, no pienso dejarte y, si es necesario, viajamos a Norteamérica. Ahí no importa si tienes un título o no, o si eres parte de la aristocracia o la alta sociedad.

-Sabes que gracias a Kathy soy lo que soy, además de ser mi amiga, nunca la abandonaría, Andrew, y no me gustaría marcharme a un lugar desconocido para mí.

-Entiendo, Clara, solo dime que sí, que me aceptarás, que te quedarás junto a mí, yo me haré cargo de todo lo demás, buscaré una solución.

-Andrew, yo te amo con todo mi corazón y sí, quiero estar contigo, no me importa la forma que sea.

-Clara, ¿te casarías conmigo?

-Andrew, no podríamos...

-Sí, sí podremos, serás mi esposa, de eso no tengas ninguna duda.

-No encuentro la forma de negarme, Andrew, no quiero volver a alejarme de ti, te amo, pero aún no estoy segura con esto del matrimonio.

-Clara, te amo, te amo tanto que duele, amor sé mi esposa.

Clara llevó sus labios a los de Andrew y lo besó.

En los labios de Andrew se dibujó una enorme sonrisa que dejó a un lado besándola. La besó con dulzura, con cariño, y con amor hasta que sus besos se hicieron más intensos y la besó con pasión y con deseo, ya que él no solo la amaba sino la deseaba, la había deseado desde siempre. Andrew soltó su boca y descendió a su cuello donde la besó suavemente.

-¿Se puede saber por qué se demoran tanto? -Escucharon la voz de Katherine al otro lado de la puerta y a Sebastián intentando tranquilizarla. Ambos se habían olvidado de sus amigos.

-Andrew, una cosa más, soy la doncella de Katherine, en realidad soy más su dama de compañía.

-No me importa, amor mío, pronto solo serán amigas. -Sacó una cajita de su chaleco y se la dio a Clara.

Clara estaba a punto de abrir la pequeña caja cuando escuchó la puerta abrirse y ambos fijaron la vista en ella, en donde entraba Katherine.

-Katherine Beckham, te ordené que no entraras -bufó Sebastián.

-Me tienen sin cuidado tus ordenes Sebastián Beckham, puedes irte al diablo. -chilló.

-Katherine, ¿qué demonios te sucede? -Clara nunca había visto a Sebastián enfadado con Katherine.

Katherine arqueó una ceja al ver a Clara sentada en los regazos de Andrew a quien fulminó con la mirada.

-Kathy... eh... estoy bien -balbuceó.

-No lo creo, ¿por qué estás llorando? -preguntó furiosa.

Clara se limpió las lágrimas, se levantó y caminó hacia su amiga.

-Tranquila, Kathy, esto le puede afectar al bebé.

-Eso es lo que intento decirle hace rato, pero no me escucha, es una tozuda.

-Kathy, creo que deberías descansar un poco -le aconsejó Clara.

-No quiero descansar, además hay dos muchachas esperándote y Nicolás se está volviendo loco con ese maldito caballo, y si tanto les preocupa mi salud o la del bebé, no entiendo cómo pueden tenerme

tanto tiempo a la espera de noticias, me he comido una bandeja entera de pastelillos, ¡entera! -Hizo énfasis en la palabra-. ¿Saben cuántos pastelillos son?

Todos observaron a Katherine y comenzaron a reír. Estaba molesta por no saber qué estaban hablando.

-¡Cierto, el caballo! -exclamó Sebastián-. ¿Es tuyo, Andrew?

-Sí, cuando llegué no encontré quién lo recibiera y bueno.

-Descuida, le diré a Nicolás que lo guarde, por cierto, ¿te gustaría tomar algo? -le dijo mientras se acercaba a la repisa de tragos.

Kathy frunció el ceño.

-¿Acaso no te has dado cuenta qué paso aquí? Lo recibes así como si nada después de tanto tiempo de ausencia.

-Así es como se recibe a los amigos. -Se encogió de hombros mientras se servía un trago de oporto.

-Kathy, las muchachas esperan -le dijo Clara sacándola a rastras de la biblioteca antes de que iniciase otra de sus tantas peleas tontas con Sebastián.

Capítulo 7

Luego de que Clara le preparara un té a Katherine para tranquilizarla -las hormonas pensaron todos-, se sentó en la sala a la espera de las muchachas que se encontraban en la cocina, esperando a ser recibidas.

-¿A qué ha venido?

-A decirme que me ama y que se quiere casar conmigo.

Katherine abrió los ojos. ¿Casarse? Se le haría realidad su más oscuro sueño de ver casada a Clara con un noble.

-¿No me estás mintiendo, Clara Williams?

-No, Kathy, me ha pedido matrimonio.

-¿Le dijiste que sí? ¿Le contaste todo sobre ti? -pregunto ansiosa.

-Sí, le hable de mí y me ha aceptado, incluso me dijo que no le importaría perder todo si esas son las consecuencias por estar junto a mí.

Katherine dibujó una "o" en los labios.

-Realmente estoy sorprendida, bueno, ya sabía que Andrew te aceptaría, no es como la mayoría de los caballeros estirados.

-Tengo miedo, Kathy -confirmó Clara.

-Andrew sabrá solucionarlo, ten fe. -Kathy observó que Clara guardaba algo en su mano-. ¿Qué tienes ahí?

Clara abrió la mano y le mostró la cajita.

-Ah, esto me lo dio Andrew justo cuando entraron. -Clara abrió la cajita, la cual contenía una sortija de oro blanco con un diamante gris cuadrado decorado con pequeñas piedras azul.

-¿iEs una sortija!? -Chilló entusiasmada.

-Sí -asintió mostrándole la cajita.

-Lady Katherine, ¿hago pasar a las muchachas? -Escucharon la voz de Nicolás en la puerta de la sala, mientras admiraban la sortija.

Andrew estaba sentado frente a Sebastián en su escritorio, con un vaso de brandy en su mano. Sebastián lo observaba con su típica

sonrisa burlona.

-Nunca termino de sorprenderme contigo, Andrew, primero esa enorme cuna y ahora te apareces sin avisar, ¿algo más por lo que deba sorprenderme?

-Si te digo que me voy a casar, ¿te sorprendería?

-Por supuesto que me sorprendería, realmente sería una gran sorpresa.

-¡Sorpresa! Me voy a casar con Clara -exclamó burlón.

Sebastián nunca había esperado tal afirmación y menos que ellos hubieran llegado a esa conclusión tan fácil, definitivamente su amigo nunca paraba de sorprenderlo.

-¿Te lo ha contado todo? Digo, sobre ella y quién es.

-Sí y le he hecho saber que nada de eso me importa.

-¿Tus padres no se opondrán?

-No lo sé, y tampoco me importa, sabes que eso nunca me ha importado, aunque creo que he hecho las paces con mi padre.

Eso fue otra sorpresa para Sebastián.

-¿Cuándo regresaste de Norteamérica? ¿Y por qué crees eso?

Andrew le contó a Sebastián sobre la carta que le escribió su madre y el repentino viaje debido a la salud de su padre, temiendo lo peor, sobre la conversación que tuvo con el duque y su mejoramiento. También de lo que habló con su madre. Andrew sabía que su madre aceparía a Clara, pero dudaba que su padre lo hiciera, ya que suponía que el comportamiento de su padre se debía a su estado de salud y que apenas mejorara iba a ser el mismo que había sido siempre con él, pero eso no le importaba y estaba muy feliz para pensar en ello, solo le importaba el hecho de que formaría su propia familia con la mujer que amaba.

-¿Dónde piensas quedarte y por cuánto tiempo vas a permanecer en Londres?

-Si no es mucha la molestia, ¿podría quedarme esta noche aquí? Ya mañana me haré cargo de ver dónde quedarme. No sé en qué condiciones se encuentra la casa de mis padres, ya que ha permanecido cerrada por mucho tiempo, mi apartamento de soltero

lo vendí luego de llegar al extranjero y mi casa no ha sido habitada por mucho tiempo y ni siquiera cuento con personal.

-Tú nunca cambias, Andrew, siempre haces las cosas sin planearlo.

Andrew se encogió de hombros.

-También está la opción de hospedarme en un hotel.

-Cómo crees, quédate aquí, apenas regrese Clara le diré que pida que te tengan lista una habitación, a menos que quieras dormir con Clara, aunque eso no sería buena idea, Katherine nos mataría.

-Nada me gustaría más que eso, aunque debo admitir que Kathy me da un poco de miedo, pero estoy seguro de que después de matarme no se opondría, aunque no creo que pueda hacer mucho con esa barriga. Sebas, es enorme.

-Qué va, mi amigo, ahí te equivocas, Katherine es capaz de hacer muchas cosas con esa enorme barriga.

-¿Se puede saber qué tanto hablan de mi barriga? -preguntó Katherine sorprendiéndolos.

-Que tú haces maravillas en la cama con ella -le respondió Sebastián.

Katherine se sonrojó.

-Sebastián Beckham, si no quieres que te saque a patadas de la casa ahora mismo y no te reciba hasta que nazca él bebé, es más ni cuando nazca, deja de decir esas cosas.

Clara entró junto a Nicolás que llevaba la bolsa de viaje de Andrew, que había quedado en el caballo.

-Déjalo aquí, Nicolás -le pidió Clara.

-Espera, Nicolás -ordenó Sebastián-, ¿podrían prepararle una habitación a lord Miller? Deja la bolsa ahí, por favor. -Nicolás asintió y se retiró-. Clara, si quieres dormir con Andrew no hay ningún problema.

Clara se ruborizó y Katherine chasqueó los dientes.

-Sospecho que serás tú quien dormirá con Andrew -lo amenazó- y Clara conmigo.

-Me encantan tus bromas, mi amor. -Sebastián se puso de pie y

se acercó a ella para abrazarla, luego de resistirse Katherine se acurrucó en su pecho.

-Se ven tan adorables -anunció Andrew, lo que hizo ganarse una mirada matadora de parte de Katherine.

-Somos la pareja más tierna y adorable que puedas ver -anunció Sebastián y se llevó a Katherine para sentarla en su regazo.

Andrew no perdió el tiempo e hizo lo mismo con Clara, quería tenerla junto a él en cada instante.

-Dentro de una hora se servirá la cena -anunció Clara.

-Sospecho que mi hermosa esposa pidió los mejores platos.

Clara sonrió.

-Sospechas muy bien.

Katherine al fin había salido de su estado eufórico -llamado también crisis hormonal-. debido a lo sucedido en las anteriores horas, y principalmente por la noticia de que su amiga se iba a casar con Andrew. Clara le ordenó al cocinero una gran cantidad de platillos para la cena; todos eran antojos de Katherine, ya que según ella el enfado le abrió el apetito, aunque ya todos sabían que no era más que una excusa, siempre había sido de buen comer y con el embarazo comía aún más. La cena fue tranquila, durante la conversación que se mantuvo, Andrew le aseguró y juró a Katherine que iba a proteger a Clara como a su propia vida y no iba a permitir que pasara por malos ratos ni nada por el estilo y principalmente nunca le iba a romper el corazón o hacerla sufrir, porque la amaba, y que si había regresado había sido por ella. Sebastián se lamentó porque Andrew no estuviera cuidando de la naviera, pero solo lo hizo en broma, realmente estaba muy feliz por su amigo. Al fin ese par había dicho lo que se necesitaban decir y estaban juntos. Clara aún no estaba completamente segura si realmente se casaría con Andrew, aún tenía muchas dudas, pero estaba muy feliz y no dejó de demostrar su felicidad en la cena.

Luego de que Katherine comiera hasta el cansancio, ambas parejas habían pasado a la sala para tomar el té y, mientras Sebastián planeaba ayudar a Andrew con el asunto de su propiedad

y su estancia, Katherine y Clara hablaban de las labores de las nuevas empleadas, ya que ambas habían sido contratadas, y sobre su cita con la modista al día siguiente. Después de un par de horas, Sebastián aprovechó que Katherine se quejaba de sus zapatos y la subió en brazos hasta la habitación, dejando a Andrew y Clara solos.

-Escuché que debes viajar a Hampshire.

Clara había escuchado a Andrew cuando le decía que debía regresar a la finca familiar.

-Sí, mi padre enfermó.

-Oh, ¿cómo se encuentra?

-La última vez que lo vi estaba muy mejorado y eso fue ayer.

Clara bostezó. Andrew, que la tenía acurrucada en su pecho, sentada en su regazo, le dio un beso en la sien.

-Deberías ir a descansar, cariño.

Clara asintió.

-¿Tomarás un baño antes de descansar?

-Me sentaría muy bien -sonrió-, con todo lo sucedido olvidé que lo necesito.

-Pediré a John que te lo prepare, ve a descansar, yo aún debo resolver algunos asuntos en la cocina con los empleados, luego me retiraré a mi habitación.

-Mi amor, no quiero dejarte ir, no sabes cuánto te extrañé y cuánto añoré un momento así contigo. -La apretó a su pecho.

-Si por mi fuera me quedaría así toda la noche.

-¿Y si dormimos juntos?

-Andrew, yo...

-Solo dormiremos, mi amor, así abrazados.

-Déjame pensarlo.

Andrew se apoderó de su boca y la empezó a besar suavemente. Con besos suaves poco a poco fue pidiendo el permiso para que su lengua pudiera deleitarse con su sabor. Clara aceptó gustosa su invitación y ambos se deleitaron con sus sabores, con aquellos labios que ambos llevaban meses deseando y que al fin estaban juntos.

Capítulo 8

Sebastián observó a Andrew con una ceja enmarcada y con cara de sorpresa; su amigo, nuevamente sin ser consciente de ello, lo había sorprendido cuando lo llevó a la mansión que poseía en Londres, la cual se encontraba a algunas calles muy cerca de la de él.

-¿Por qué no me comentaste que tu propiedad está tan cerca de la mía? Andrew se encogió de hombros.

-Recuerda que solo fui un par de ocasiones a tu casa y bueno, francamente, solo vine a verla el día que me la entregaron, nunca visité a mi hermano aquí, cuando él era el propietario.

Andrew había heredado la mansión que anteriormente había pertenecido a su hermano como parte del título de vizconde de Bathampton.

-Si me lo hubieses dicho antes, me habría hecho cargo de ella o al menos hubiera mandado a un par de empleados para que estuvieran dándole mantenimiento.

-Sabes que no pensaba vivir aquí, aunque no tengo ningún recuerdo de mi hermano en ella, fue suya.

-Comprendo -le dijo Sebastián con pesar.

-Realmente no estoy del todo seguro en vivir aquí, aunque sería un desperdicio y bueno, es algo que heredará mi hijo, si llego a tener un hijo varón, por lo cual sería mejor que se crie aquí.

-En eso tienes razón, de igual forma pienso que es un desperdicio que no la utilices.

Andrew sonrió.

-Bathampton House me está haciendo millonario o a mi abogado, ya que es alquilada por largas temporadas durante el año -le dijo refiriéndose a la otra propiedad que le pertenecía.

Sebastián negó con la cabeza.

-Ya deberías empezar a interesarte por tus propiedades y todo lo

que corresponda al título.

-Lo sé, Sebas, aunque es algo que he estado evitando desde hace mucho tiempo, supongo que ya llegó el momento.

-Espero conocer la hacienda en Hertfordshire.

-La conocerás, y ahora que lo pienso, puede ser un buen lugar para pasar una temporada ahí con Clara. Luego de casarnos -le aseguró antes de que Sebastián le regalara uno de sus comentarios pícaros.

-También puede ser un buen lugar para una reunión de amigos, ya sabes, Kathy, Clara, tú y yo.

-No está mal la idea, luego hablaré con el abogado a ver en qué fechas está desocupada.

Andrew abrió la puerta y junto a Sebastián entraron. Ambos abrieron un par de cortinas viejas de lino oscuras, y la luz se filtró por las ventanas; los muebles estaban cubiertos por sábanas que estaban totalmente sucias, con el fin de protegerlos contra el polvo. Notaron algunas telarañas por las paredes, el olor a polvo y humedad se hizo más fuerte cuando se adentraron más en la casa. Al subir a la planta alta, se percataron que el tejado necesitaba algunas reparaciones, ya que el piso mostraba algunas marcas de goteras, y una de las habitaciones tenía un vidrio roto, supusieron que algún bribón travieso o un intento de robo, del que no habían tenido suerte, ya que las habitaciones estaban cerradas y aseguradas.

Andrew revisó todas las habitaciones, y por última abrió la que fue la habitación principal, donde en medio de esta se situaba una enorme cama de dosel de postes grueso, y a cada lado de ella una mesita de noche. Andrew se adentró más en la habitación, a un costado cerca de la ventana se encontraba un escritorio, junto a él un diván bajo la ventana, un lugar perfecto para leer, se imaginó a Clara leyendo un libro ahí, una gran cómoda estaba situada en una de las paredes, frente a la cama se situaba la chimenea y a un costado un mueble, en la otra pared había una puerta y junto a ella un ropero. Andrew se dirigió al ropero de doble puertas y lo abrió,

algunas prendas pertenecientes a su hermano aún estaban ahí, las observó con nostalgia mientras las rozaba con su mano, recordó cuando su hermano le había mostrada esa chaqueta en especial.

-Mira, hermanito, ¿qué tal me veo?

-Como todo un dandi -se burló.

Ambos estaban en la habitación de Antonio en Richmond Manor, habían llegado de dar un paseo a caballo y Antonio escogía la ropa que quería utilizar para luego dársela a su ayuda de cámara para que la preparara.

-Más apuesto, por supuesto -afirmó-, ya desearás tú ser la mitad de apuesto que yo.

Ambos rieron a carcajadas.

-¿Saldrás con Kathleen hoy?

-Sí, la llevaré a la feria que se realiza en el pueblo, el año pasado la llevé, y Kay quedó encantada con la obra de teatro al aire libre que realizan.

-No me sorprendería, Kathleen se deja impresionar fácil, solo mira que fijarse en ti.

Antonio hizo un puchero y luego le sonrió con picardía.

-Más que impresionar diría que lo nuestro fue amor a primera vista.

-De eso no me cabe duda, una sola mirada y a la semana ya se estaban besando. Aunque debo admitir que te costó conquistarla esa semana.

Antonio dibujó una sonrisa soñadora.

-Ella es el amor de mi vida, mi alma gemela, Drew, la amo como nunca pensé amar a una mujer.

-¿Piensas casarte con ella?

-Sí -le aseguró-, ese es mi mayor deseo.

-¿Y si padre se opone?

-Drew, estoy dispuesto a renunciar a todo por ella, por eso empecé a invertir en algunos negocios, cuanto tenga los resultados me casaré con ella, y tendrás los sobrinos más hermosos del mundo.

Andrew sonrió, en ese momento deseó llegar a conocer a una

mujer que lo hiciera sentir tal como su hermano lo hacía en ese momento; estaba muy enamorado.

Un años después de esa conversación, su hermano murió, de eso ya habían pasado seis años, seis años de ausencia de su mejor amigo, su hermano, y él había sido uno de los causantes de su muerte.

Andrew salió de sus recuerdos cuando escuchó la voz de Sebastián. Lo buscó con la mirada cerrando el ropero y lo encontró en la puerta que estaba junto a él. Sebastián abrió la puerta.

-Había jurado que era otra habitación.

-¿No lo es? -Quiso saber Andrew acercándose a ella.

-Es un cuarto de baño, y bastante amplio.

Andrew entró en la pequeña habitación junto a Sebastián. En el centro de esta había una bañera de porcelana, a un costado una jabalina, y en la pared del fondo se topó con un ropero enorme, también había una silla, un biombo y un par de espejos.

-Supongo que el antiguo vizconde era muy vanidoso, o muy complaciente con su esposa.

-¿No la habías visto antes?

Andrew negó.

-El día que vine no revisé ninguna habitación, solo di un recorrido rápido.

Al terminar de revisar las habitaciones y los pisos superiores, bajaron nuevamente, aún no habían revisado los salones y la cocina y ese fue el primer lugar donde se dirigieron. Al entrar escucharon los ratones chillar y rebotar por la despensa llena de ollas que estaban llenas de polvo. Terminaron el recorrido en la biblioteca, en donde Andrew se encontró con un viejo libro que le había regalo a su hermano, supuso que los primeros días ahí iban a ser dolorosos.

-¿Por qué no lo visitabas aquí?

-Luego de que me fui a Norteamérica, cuando venía de visita, Antonio se quedaba en casa de mis padres, usualmente estábamos en Hampshire. En realidad, mi hermano prefería estar allá.

-¿Qué piensas hacer con ella?

-Empezar por hacerla habitable, contratar algunos empleados que se encarguen de la limpieza, reparar lo que sea necesario y comprar algunos muebles y todo lo que sea necesario.

-Yo podría ayudarte con las reparaciones, hablaré con el arquitecto que remodeló mi casa.

-¿Crees que demore mucho eso?

-No lo creo, solo deben reparar cosas sencillas. ¿Estás ansioso de vivir aquí con Clara?

-Por mí lo haría hoy mismo, pero dadas las circunstancias no se puede, además quiero firmar ese maldito certificado de matrimonio primero y hacer las cosas como son correctas, no quiero rumores que digan que es mi amante.

Sebastián se echó a reír.

-Te diría que por lo menos demora un mes. Respecto a contratar el servicio, podemos ir a una agencia o hablar con Clara, más exactos con tu futura suegra, ya que ella ha sido la que nos ha recomendado el personal de la casa.

"Suegra".

Esa palabra resonó en la cabeza de Andrew, y recordó que aún no conocía a la familia de Clara.

-Creo que debo pedir la mano de Clara a sus padres -balbuceó-, me temo que no lo tomarán bien.

-Mi querido amigo, por lo que sé, el padre de Clara es dueño de un enorme cuchillo, así que te aconsejo que busques la forma de persuadirlo. -Le dio unas palmaditas en el hombro.

Andrew abrió los ojos.

-Espero que su madre sea más fácil de convencer, sería de gran ayuda.

Sebastián sonrió.

-De momento te llevaré a la oficina del arquitecto para agilizar las cosas, luego hablaré con Natasha.

Sebastián se encargó de llevar a su amigo primero donde el arquitecto, para que se encargara de la reparación del techado, las goteras y de una que otra cosa que también necesitaba reparación.

De ahí se dirigieron a la mansión familiar de los Richmond, que estaba ubicada en Knightsbrige. Durante dos años la mansión había estado desocupada, ya que los duques se habían trasladado indefinidamente a Hampshire, y decidieron cerrar las puertas, ya que ni ellos ni Andrew iban a alojarse ahí. El mayordomo, el señor Crog, fue quien lo recibió, además de él en la vivienda se encontraba su esposa y ama de llaves, quienes eran los únicos que permanecían en la vivienda, el resto del personal se había trasladado a Hampshire.

-Milord, no lo esperábamos.

-Lo sé, señor Crog, solo venía a ver si puedo quedarme unos días aquí.

-Milord, eh.... bueno.... -titubeó.

-¿Sucedde algo?

-Vera, mi esposa, que es la que se encarga de la limpieza y todo el funcionamiento de la casa, ella no se encuentra, se fue a quedar unos días a casa de su hermana que acaba de dar a luz, de igual forma, yo podría preparar su habitación, pero no sé si la tendría lista para esta noche.

-Andrew -lo llamó Sebastián-, dile que no se preocupe, puedes quedarte en mi casa.

Andrew asintió y se dirigió nuevamente al mayordomo.

-No se preocupe, señor Crog, me quedaré en casa de lord Sebastián.

-Lo lamento, milord, realmente no lo esperábamos, cuando lady Marian nos visita nos envía una nota algunos días antes -se disculpó.

Al entrar a la tienda de la modista, la señora Clarit fue quien las recibió, ya que en ese momento se encontraba en el recibidor, junto a una de sus asistentes.

-Milady, señorita, ¡qué gusto verlas! Lady Katherine, está muy linda.

-Señora Clarit, no tiene que mentirme, últimamente todos lo hacen, mi barriga es enorme.

-No miento, milady, le sienta muy bien esa barriguita, tiene ese

brillo especial que solo poseen las embarazadas.

Kathy sonrió.

-Será porque es una de las cosas más hermosa que puede existir, aún no comprendo cómo abandonan tantos niños.

-Almas sin corazón, milady, ya sabe, tenemos de todo en este mundo. Señorita Clara, ¿cómo se encuentra?

-Muy bien, gracias.

-¿Ya lució el último vestido en uno de los salones londinenses?

-Aún no, pero tengo la impresión que pronto lo hará y con un apuesto caballero -replicó Katherine.

-Eso sin dudarlo, la señorita Clara es muy hermosa, no hay duda que podría conquistar a cualquier caballero.

-En eso tiene toda la razón, señora Clarit -la apoyó Katherine.

-Supongo que el motivo de su visita es encargarme un nuevo vestido.

-En realidad no, vengo para que me confeccione unos camisones.

-Claro, vamos al taller, tengo unas telas que son perfectas para usted.

Clara admiraba unas telas nuevas que la señora Clarit había encargado de Marruecos, y se encontró con una en tono crema que le gustó mucho. Kathy, que la estaba observando, pensó que si le daba la idea podría encargarme un vestido con esa tela.

-Señora Clarit, pronto le tocará lucirse con uno de sus vestidos de novia.

Clara desvió su atención en Katherine.

Desde el matrimonio de Katherine y el espectacular vestido de novia que confeccionó la señora Clarit, su reputación como modista había ascendido, era muy común que las damas que pronto se casarían visitaran su tienda para que le confeccionara el vestido de novia, aunque no era para lo único que la visitaban, ya que desde que Katherine la había recomendado con las amigas de su madre, las clientas de la señora Clarit habían aumentado.

La señora Clarit observó a Clara con una sonrisa.

-Querida -como las trataba cuando estaban solas-, ¿ya hay un

muchacho tocando las puertas de tu corazón?

-No solo las tocó, ya las abrió desde hace mucho tiempo - exclamó Kathy.

-¡Kathy! -la amonestó, y desvió su mirada a la señora Clarit-. Es el mismo caballero del que hablamos hace un tiempo.

-¿¡El muchacho volvió!? -chilló-. Eso es una excelente noticia, ¿te propuso matrimonio? Me imagino que sí, ya sabía yo que se daría cuenta que sin ti no podía vivir y volvería por ti. -La señora Clarit estaba muy emocionada y no paraba de parlotear.

-Señora Clarit -atrajo su atención-, sabe que será un honor lucir uno de sus diseños, pero de momento no hay planes de boda.

-Eso no es problema, podemos elegir el modelo y la tela, esa que te gustó sería perfecta. Cuando esté la fecha, que tengo la impresión que será muy pronto, lo confeccionaré.

Luego de que Clara le diera algunas ideas para el diseño del vestido y de que Katherine encarga algunos camisones y un vestido el cual se decidió a última hora ya que se había quedado enamorado de las telas, se despidió de la señora Clarit, pero no sin antes aconsejarle a Clara que encargara un par de vestidos para lucírselos a Andrew y por primera vez en la vida Clara no se negó, todo lo contrario, gustosa eligió los diseños y las telas.

Capítulo 9

Andrew estaba ansioso por estar a solas con Clara, durante el día solo había tenido unos momentos después del desayuno, ya que debía salir con Sebastián. Desde la noche anterior acordaron en ir a Bathampton Manor. Andrew aprovechó la compañía de Sebastián para resolver algunos asuntos que aún tenía pendientes, y ponerse al día sobre la empresa ferrocarril que en los últimos años prosperaba rápidamente, ya que cada día iban creando nuevas rutas.

La noche anterior Andrew planeó escabullirse en la habitación de Clara, quería estar mucho más tiempo con ella, y si era sincero moría de ganas por hacerle amor, y perderse en ese cuerpo que tanto lo atormentaba, aunque no era algo de lo que estaba seguro que llegara a pasar, ya que tenía que tener en cuenta de que Clara no era igual a las mujeres con las que había estado acostumbrado a estar, y también estaba el hecho de que era virgen, así que cuando le hiciera el amor debía ser especial. Aun así, lamentó despertar y darse cuenta de que apenas había tocado cama se había dormido, ni siquiera se había quitado la bata o metido entre las cobijas, simplemente se tumbó en la cama y Morfeo se apoderó de él.

Se había reunido con Clara después de la cena en el jardín y aprovechó la luz de la luna para besarla junto a la pequeña fuente, y ahí Clara le había prometido ir a verlo antes de irse a dormir, ya que no podía estar mucho tiempo ahí. Con lo de las nuevas empleadas, Clara se había puesto de acuerdo con Nicolás para que las muchachas se fueran adaptando y conociendo sus labores, por lo que durante la noche se sentaba con Nicolás a planearles el siguiente día.

Por lo tanto, en ese momento, después de un placentero baño, Andrew esperaba a Clara con impaciencia caminando por toda la habitación. Andrew había escuchado a Nicolás que había apagado

las luces del pasillo, eso había sido hace media hora, ¿acaso Clara no iría? La habitación de Clara estaba a dos puertas de la de él, y decidió ir a buscarla. Cuando estuvo frente a la puerta tocó, no hubo respuesta, así que giró la manilla y esta se abrió, asomó la cabeza, y la habitación estaba apenas iluminada con una lámpara y la luz de la chimenea, no vio a Clara por ningún lado, observó la habitación y notó la luz que se filtraba de una puerta, por lo que entró, cerró la puerta tras él y se dirigió hacia la otra puerta. Cuando se dirigía para ahí, algo llamó su atención: en una mesita de noche estaba la caja que contenía la máscara, supuso que aún la conservaba y sonrió. Al llegar a la puerta y dar un vistazo, observó a Clara en la bañera, tenía los brazos cruzado en el borde y la cabeza sobre ellos. Andrew notó que estaba dormida, ya que su respiración era acompasada, supuso que luego del baño iría a verlo como lo prometió, se acercó a ella y se puso de cuclillas, acarició suavemente su mejilla y la observó dibujar una sonrisa en sus labios. Andrew notó que ya el agua estaba fría, por lo cual la despertó.

-Clara, amor, despierta.

-¿Andrew? -susurró.

-Sí, amor, despierta, debes salir de ahí o te vas a enfermar. -Se levantó y cogió una toalla que estaba junto a la bañera.

Clara abrió los ojos lentamente y, al ver a Andrew, se puso de pie.

-Andrew, ¿qué haces aquí? -preguntó sorprendida; recordó que estaba en la bañera e intentó taparse con las manos, mientras un tono escarlata se apoderó de sus mejillas.

Las pupilas de Andrew se dilataron con la vista, mientras que su erección no demoró en llegar, provocándole un ligero dolor, soltó un gruñido.

-Cl-Clara...

Clara le arrebató la toalla de la mano y resbaló. Andrew se movió rápido y la tomó en brazos.

-¡Demonios, mujer! Ten cuidado, preciosa, no me perdonaría si te pasara algo, pudiste romperte la cabeza.

-Lo-lo siento... ¿Por qué estás aquí?

-Te demorabas mucho y pensé que ya no irías a mi habitación, así que vine a buscarte.

-Andrew... ¿me podrías cubrir, hace un poco de frío? -susurró.

-Realmente estoy fascinado con la vista y más por tenerte en mis brazos, pero no quiero que enfermes. -Tomó la toalla que había caído al suelo y se la puso.

-Creo que sería mejor si me bajas.

Andrew le regaló una sonrisa coqueta y luego la besó, y caminó hacia la cama en donde la depositó despacio.

-Te deseo -le susurró-. No sabes cuánto, amor mío, y verte desnuda es una tortura.

Clara sintió las mejillas arder. Andrew devoraba su cuerpo con la mirada, y sintió un cosquilleo en el vientre, de alguna forma la mirada hambrienta y cargada de deseo que le brindaba Andrew la excitaba y sintió la necesidad de él, de pegar su cuerpo con el de Andrew, de entregarse a él.

Andrew se deleitaba examinando cada rincón del cuerpo de Clara, desde sus pequeños pechos de botones rosados, sus risos rubios, sus proporcionadas caderas y piernas; todo en ella era perfecto, y la deseaba tanto que dolía, cómo dolía, se inclinó frente a ella y la tentó con un suave beso, esperaba su respuesta, no la iba a tocar sin que ella se lo permitiera, y llevó su mano hasta su nuca.

Clara atrajo a Andrew hasta que este se acostó sobre ella, llevó sus brazos a su cuello y se pegó a ella, profundizando más el beso.

Andrew la besó con pasión, se deleitó explorando su boca. Cuando Clara se le permitió, le soltó el cabello y sus dedos se hundieron en su melena rubia, las manos de Clara empezaron a moverse torpes por sus brazos, hasta meterlas en la abertura de la bata y palpar su pecho que estaba cubierto por finos bellos. Andrew besó la comisura de su labio, su mejilla, su cuello con suaves besos hasta llegar a sus pechos, contuvo el aliento y suspiró, besó uno de sus pechos y luego lo lamió hasta endurecer su pezón, lo mordió suavemente y lo sopló. Clara gimió y se arqueó; eran perfectos.

Mientras se deleitaba con ellos una de sus manos bajó hasta encontrarse con sus risos, Clara dio un respingo al sentir la exploración de la mano de Andrew, y este se detuvo para mirarla a los ojos, lo que vio en ellos le gustó, estaban cargados de deseo.

Deseo por él.

-Mi amor, si no quieres me detendré, solo di...

-No te detengas -le susurró.

-Déjame tocarte, hermosa.

Andrew siguió con la exploración de su mano, metió la rodilla entre las piernas de Clara y ella las abrió. Andrew nuevamente se apoderó de su boca, y sus lenguas danzaron buscando un ritmo entre el frenesí de sus labios. Andrew encontró su botón, lo rozó y torturó, Clara soltó algunos gemidos que Andrew bebió entre besos y siguió tocándola, tentándola, hasta que la sintió humedad y la penetró suavemente con uno de sus dedos. Clara soltó su boca y gimió, mientras su cuerpo se estremeció, bajo el de Andrew, arqueó las caderas y Andrew agregó un dedo más a la deliciosa tortura que siguió mientras Andrew seguía deleitándose con sus pechos.

Clara sentía su corazón bombear más rápido; su cuerpo estaba rendido y entregado a las caricias de Andrew. Se estremeció y su interior se contrajo llevándola a un éxtasis de placer, donde no supo por cuánto tiempo su mente abandonó su cuerpo. Andrew sacó la mano y se arrodilló frente a ella para quitarse la bata. Clara protestó por la pérdida de calor, pero Andrew la besó nuevamente y se colocó en medio de sus piernas, y se deleitó nuevamente con sus pechos, luego subió hasta su boca dejando un camino de besos por su cuello, y llegó hasta la oreja de Clara, en donde le mordió suavemente el lóbulo.

-¿Estás segura?

Clara asintió y Andrew guio su erección hacia la entrada en donde la rozó hasta humedecerla, la distrajo con besos mientras la penetró con una certera estocada, en donde la vio abrir los ojos. Se quedó quieto unos minutos para que el cuerpo de Clara se adaptara a él y luego inició un suave vaivén de caderas, mientras se deleitaba

con sus pechos, la sintió arquear las caderas y moverse; Andrew se detuvo.

-Por favor...

-Mi amor, se paciente...

Reanudó el vaivén de cadera aumentando el movimiento, penetrándola con estocadas cada vez más rápidas y más profundas, arrancándole fuerte gemidos entre jadeos y besos. Las manos de Clara se perdieron entre el cabello de Andrew en donde con un fuerte jalón, y la succión de su miembro le indicaron que Clara llegaba al éxtasis de placer. Clara soltó su boca y luego de gemir su nombre se estremeció bajo de él. Andrew besó sus pechos, buscó nuevamente su boca y minutos después explotó en una placentera sacudida, se dejó caer suavemente sobre ella y besó con ternura los labios de Clara. Se levantó de la cama, tomó la toalla, la humedeció y limpió a Clara entre las piernas, luego se acostó junto a ella y la acurrucó en su pecho mientras sus piernas se entrelazan; besó su frente mientras acariciaba su cabello.

-Te amo tanto, amor mío -le susurró al oído.

-Yo también te amo, Andrew.

Andrew entrelazó los dedos con los de Clara cuando ella puso una de sus manos en su pecho y sintió que llevaba la sortija, recordó que él no se la había colocado.

-Lamento no haberla puesto yo. -La movió con sus dedos para que supiera de qué hablaba.

-Es hermosa, me la coloqué antes de darme el baño. La estaba admirando.

Andrew pensó que debía hacerle una mejor proposición de matrimonio, algo más romántico y sin la interrupción de Katherine.

Clara cerró los ojos y se fue quedando dormida, se sentía segura y protegida por sus brazos. Minutos más tarde, cuando Andrew la sintió dormida, cerró los ojos y se durmió con una sonrisa en sus labios, como había añorado tiempo atrás.

Clara abrió los ojos y observó a Andrew junto a ella, estaba en sus brazos y ambos estaban desnudos.

"No lo soñé", pensó.

Una sonrisa se dibujó en sus labios mientras lo admiraba, se veía mucho más guapo dormido, lo vio arrugar suavemente la nariz y sonreír, se veía tan tierno. ¡Dios, cómo amaba a ese hombre! Lo amaría por siempre, y en ese momento no deseaba otra cosa más que poder llegar a ser su esposa y estar junto a él por el resto de sus días; apartó suavemente el cabello que tenía en su frente y Andrew se movió como un gatito ronroneando y abrió suavemente los ojos.

-Mi amor, ¿ya es de día?

-No, aún falta para que amanezca. Andrew, no creo que esté bien que te quedes aquí.

-Sebas me dijo que podía dormir contigo, si así tú lo querías y estoy dispuesto a morir asesinado por Katherine, si tú me permites amanecer a tu lado.

Clara sonrió coqueta.

-Me siento tan bien en tus brazos que no tengo intenciones de dejarte ir.

-Entonces no lo hagas. -La besó y la provocó con caricias explorando todo su cuerpo y deleitándose con él, hasta que la sintió rendida en sus brazos y le hizo nuevamente el amor.

Clara intentó escabullirse de los brazos de Andrew cuando volvió a despertar y vio que ya había amanecido. Andrew la tomó con fuerza y la atrajo nuevamente hacia su pecho, después de un rato de ponerse cariñosos y deleitarse haciendo el amor, la dejó escapar. Andrew acababa de descubrir una nueva droga y era adicto a ella, ya que cada vez que le hacía el amor, más la deseaba, más deseaba sus besos, sus caricias, sus suspiros y la forma en que susurraba y gemía su nombre cada vez que llegaba al orgasmo. Estaba embriagado de su entrega, de su dulzura y timidez, de toda ella.

-Andrew, debo salir ya de la cama -protestó.

-Mi amor, un ratito más -suplicó con un puchero.

-Recuerda que yo trabajo aquí y que en unas cuantas habitaciones están mis patrones.

-Sebas tiene todo bajo control, puedes estar segura de eso.

-Puede que sí, aun así, debo bajar.

Andrew le llenó el rostro de besos.

-Andrew, para, no vas a lograr retenerme en la cama.

Andrew le regaló una sonrisa llena de coquetería.

-Lo haré, haciéndote el amor.

-¡Por dios, Andrew! Acabamos de hacerlo. -Se sonrojó-. ¿No estás satisfecho?!

-Me temo, preciosa, que de ti nunca lo estaré. Entre más te tengo más te deseo. Nunca me cansaré de ti, te lo puedo asegurar.

Clara se sonrojó y le regaló una sonrisa coqueta.

-Sospecho que causas el mismo efecto en mí.

-¿Ya te dije que eres perfecta?

Clara negó.

-Lo eres, amor mío.

Luego de que Andrew volviera a su habitación, Clara bajó a la cocina, estaba famélica y ya pasaba del medio día; era la primera vez que salía de la cama a esas horas, ni siquiera cuando enfermaba lo hacía, deseó pasar el resto del día con Andrew en la cama, pero no lo creyó correcto, aun así lo deseaba, aunque los empleados la vieran como una dama de compañía para Katherine, sabía que el hecho de que permaneciera en la habitación con Andrew provocaría cotilleos, especialmente porque habían dos muchachas nuevas en la casa.

Al bajar las escaleras sintió un leve dolor en las piernas, tal parecía que tantas horas de placer tenían consecuencias. Recordó los besos y las caricias de Andrew y sus mejillas se calentaron, enrojecidas, por lo que evitó pensar en ello. Estudió mentalmente lo que había hablado la noche anterior con Nicolás y recordó que una de las muchachas nuevas le ayudaría en la cocina a Michael, el pobre bien que lo necesitaba con todo lo que Katherine lo ponía a trabajar. Anabel había trabajado anteriormente como ayudante en la cocina y, aunque su madre la había recomendado para la limpieza, traía muy buenas referencias de su antiguo patrón, y Clara

personalmente junto a Michael habían evaluado su trabajo la tarde anterior luego de que regresaron de hacer las compras; el cocinero no podría estar más que feliz.

Entró en la cocina en donde encontró a Nicolás comiendo pastel de calabaza y a Michael preparando el almuerzo y dándole órdenes a Anabel que gustosa las acataba.

-Buenos días, dormilona -la saludó Nicolás con una sonrisa pícara.

-Buenos días, Nico, Mai, Anabel.

Tanto el cocinero como la muchacha respondieron el saludo.

-¿Queda algo de desayuno?

-Pastel de calabaza -le dijo Nicolás metiéndose un trozo a la boca.

-No creo que lord Andrew quiera desayunar eso, ¿los señores ya desayunaron?

-No sabe lo que se pierde -le dijo saboreando otro trozo de pastel-. El señor pidió el desayuno hace un poco más de media hora.

Clara sonrió.

-¿Tú comerás algo?

-Ni lo dudes, estoy famélica, así que dame un poco de ese pastel.

Luego de rellenar una bandeja con frutas, bollos de pan, mermela, huevo, jamón, café, té, pastel de calabaza y unas galletas, subió a la habitación de Andrew; él también debía estar famélico. Antes de llegar a la cocina le había pedido a John que subiera por si Andrew iba a necesitar de su ayuda. Sintió curiosidad de saber por qué Andrew no llevaba consigo un ayuda de cámara, aunque Sebastián tampoco lo tenía, por ello John era quien se encargaba de prepararle la ropa. Tocó la puerta y escuchó la voz de Andrew indicándole que pasara.

Andrew estaba sentado en la cama, ya estaba vestido, con un traje gris; se veía asustado. Clara colocó la bandeja en la mesa y se dirigió a él.

-He traído el desayuno -le anunció con una sonrisa que borró al ver la cara de Andrew.

-Gracias, mi amor.

-¿Sucedde algo?

-No, preciosa, es solo que... me preparo para mi muerte.

-¿Por qué lo dices? Kathe...

En ese momento se escucharon los gritos de Katherine.

-Ese pobre hombre la debe estar pasando mal y sospecho que seré el siguiente.

Clara se echó a reír.

-Ese hombre la pasa mal todos los días, y créeme, lo disfruta, en este momento le debe estar ayudando a vestir y, desde que su barriga creció, Kathy se niega a que Sebastián lo haga, ya sabes lo obstinado que es tu amigo, prefiere sus gritos a negarse a vestirla, así que esas discusiones se dan casi a diario y Sebastián las disfruta, no te preocupes.

Andrew soltó un suspiro de alivio, atrajo a Clara a su regazo y luego de deleitarse con sus labios se fijó en el desayuno que ella le había llevado.

-¿Comerás conmigo?

-Sí -le respondió con una sonrisa.

Esa mañana nuevamente Katherine durmió hasta tarde y, después de una pequeña escapadita de Sebastián a la habitación de Andrew, donde se dio cuenta de que su amigo no había dormido en ella, regresó a su habitación, en donde permaneció en cama junto a su esposa hasta que ella despertó. Sebastián se encargó de persuadir a su amada esposa con besos y caricias para que siguiera junto a él en la cama, cosa que resultó muy tentadora para Katherine. Sebastián pidió que el desayuno fuera llevado a la habitación, en donde él se encargó de dárselo. Luego se encargaría de ayudarle a vestir como lo hacía cada mañana.

No iba a impedir que el encuentro de los tortolitos no fuera provechoso, aunque después tuviera que enfrentarse a la ira de su esposa, pero a ciencia cierta él tenía el don de someterla, así que no quería que nada interfiriera en la felicidad de sus amigos; era

momento de que ambos fueran felices. Y él los apoyaría en todo.

Capítulo 10

Sin entender cómo o en qué momento se había dejado convencer por su amigo, Andrew se encontraba junto con Sebastián en la puerta de los condes de Rosethon tratando de buscar una forma en la que pudiera pedirle ayuda a su futura suegra sin que ella o el padre de Clara lo mataran, o incluso Clara, por estar ahí sin que ella hubiera hablado con ellos primero. Aunque Andrew no le había dicho nada a Clara de que tenía las intenciones de ir a pedir su mano, supuso que ella debía de intuirlo.

Aun así, el día que lo hiciera, iba a ser formal, una cena en donde estuviera ella presente y si era posible su madre también, ella le podría ayudar a convencerlos. Y si todo iba bien, su padre también.

-Vamos, Andrew, no resultará tan malo como tú crees -le dijo Sebastián cuando tocó la puerta.

-Como no es tu cuello... -balbuceó.

Andrew no podía conjugar palabra, jamás en la vida se había sentido tan nervioso y no era por el hecho de ir a hablar con ellos, sino porque tenía la ligera sospecha de que se iban a oponer a un matrimonio entre Clara y él, ya que era bien sabido que eso no era permitido ante la aristocracia o al menos no era bien visto. Él era un futuro duque y casarse con una doncella era una vergüenza hasta para la reina, aunque eso a Andrew no le importaba, si tenía que llegar a medidas drásticas y llevársela para Norteamérica lo haría, ahí podrían casarse y vivir sin la carga social, y si tenía que secuestrarla lo haría, no pensaba ni por un instante perderla, ya que era lo único que quería en su vida. Estar con ella, la mujer de su vida. La que había elegido su corazón.

Luego de unos minutos de que Sebastián tocara la puerta, un mayordomo les abrió. Sebastián le informó que estaban en busca de Natasha y el mayordomo los hizo pasar a una de las salas; unos minutos después Natasha llegó.

-Milord, ¿a qué debo su visita, mis niñas están bien?

-Muy bien, Naty, sabes que cuido muy bien de ellas. -Sebastián se acercó a ella y le dio un beso en la mano.

-No tengo dudas de eso, milord. -Le sonrió-. Los señores no se encuentran por si necesita ver a alguno.

-Lo sé, Naty, no te preocupes, he venido a pedirte un favor.

-¿De qué se trata, milord? -preguntó con curiosidad.

-En realidad no es para mí, vera, aquí mi amigo necesita el personal para su nueva casa, desde el mayordomo hasta una cocinera, ya sabe todo lo que necesita mantener las labores de una casa. Ah, y una doncella para su futura esposa.

La señora desvió la vista a Andrew y le regaló una sonrisa. Andrew pudo notar a quién había heredado sus ojos Clara; eran del mismo color que los de su madre. Si la observaba bien, podía notar su parecido, aunque el cabello de la señora Williams era cobrizo, supuso que su padre era el rubio.

-Felicidades, milord -le dijo a Andrew-, ¿para cuándo necesitaría el personal?

Él asintió con la cabeza e intentó sonreír, aún no podía conjugar palabra y lo que era peor, ¿desde cuándo Sebastián tenía tanta confianza con la señora Williams? Parece que la conocía de años, aunque no era de sorprenderse, Kathy mantenía una relación de amistad con Clara y se imaginaba que también con ella, y Sebastián tenía la facilidad para ganarse a las personas, por lo que había escuchado la señora Williams era parte de la familia de los condes. Andrew imaginó que cuando estuviera casado con Clara iba a tener la misma confianza para hablar con ella de la misma forma que lo hacía Sebastián, primero debía demostrarle algunas cosas, principalmente que cuidaría y haría feliz a Clara.

-Disculpe a mi amigo, está un poco nervioso, aún no se ha fijado una fecha, pero le agradecerá si todo está listo en aproximadamente un mes -habló Sebastián por él.

Natasha asintió, analizando la información.

-Milord, ¿por qué no le han pedido ayuda Clara? Ella gustosa

hubiera venido y no usted personalmente, debe estar muy ocupado.

-Veras, Naty. -Sebastián dibujó una sonrisa burlona-. La situación es la siguiente...

Cuando Andrew escuchó esas palabras, sintió como si le hubieran golpeado el estómago y lo hubieran dejado sin aire, por lo cual respiró profundo; no podía creer que Sebastián le diría que con quien pensaba casarse era con Clara, su hija, aunque lo intuyó cuando vio su sonrisa. Y qué bien lo conocía.

-Todos los empleados deben ser de su entera confianza - prosiguió Sebastián-y muy bien recomendados, debido a que Clara esta con la tarea de emplear algunos para la casa. Le sería muy complicado buscar más.

Andrew soltó todo el aire que había estado conteniendo.

-Y también porque es una sorpresa para ella, ya que es la afortunada mujer que le robó el corazón a mi amigo. -Terminó con una enorme sonrisa.

Y con esas palabras Andrew se sintió frente al pabellón de fusilamiento cuando la madre de Clara le clavó una mirada asesina. ¡Maldito Sebastián! ¡Se las iba a cobrar y muy caras!

-¿Qué clase de broma es esa, Milord? -inquirió Natasha con seriedad.

-No es ninguna broma, Naty.

La señora Williams frunció el ceño.

-Eso no puede ser posible, este caballero es un lord y mi niña una doncella, y por lo que tengo entendido su amigo no estaba en Inglaterra.

-Ya ve que sí, es posible, mi amigo regresó hace unos días, y muy dispuesto a convertir a Clara en lady Bathampton.

Andrew, que hasta el momento no había dicho nada y deseaba que la tierra se lo tragara o salir corriendo, Habló:

-Señora Williams, lo que dice Sebastián es cierto, vengo dispuesto a casarme con su hija.

-¿Acaso se ha vuelto loco, milord? Sabe que eso es imposible, jamás una muchacha como mi hija podrá casarse con usted, serían

una burla y una vergüenza y no quiero ni imaginar de lo que puedan hablar de mi niña, la humillaran y la harían sufrir.

Andrew sintió que toda su esperanza de que la señora Williams le diera su permiso se fue al carajo.

-No es imposible, aunque soy consciente que sí sería un escándalo.

-Solo dígame una cosa, caballero, ¿usted ama a mi hija?

Andrew tragó saliva.

-Sí, la amo, y no va a ver nada en este mundo que me haga alejarme de ella, un matrimonio así no sería bien visto y las consecuencias que pueda traer son muchas, pero haré lo que sea por ella.

La señora Williams negó con la cabeza.

-Supongo que tú eres el caballero por el que mi niña estaba sufriendo. Me imaginé que era un lord cuando me preguntó que por qué el amor se tenía que limitar por el estatus social.

-¿Clara le habló de mí?

-No directamente, la encontré llorando en su habitación con una rosa en sus manos, no me dio mucha información, solo me dijo eso, ya luego se fue con mi niña Kathy.

-¿Se opondrá a que me case con ella? -aventuró.

-No, no lo haré aunque lo quisiera, sé que ambos seguirán juntos y prefiero que se case a que se convierta en su concubina. Me imagino que usted hará lo que sea para que ella no sea motivo de burla y con la educación que ha tenido Clara no le será difícil ser una lady, solo le diré una cosa -le advirtió-. En el momento que lastime a mi hija se las verá conmigo y con el cuchillo de mi marido -le dijo en tono amenazante.

Andrew abrió los ojos por la amenaza, luego sintió felicidad, de cierta forma la señora le estaba dando el permiso para seguir con sus planes, aunque sus amenazas no eran alentadoras.

-¿Nos ayudará con los empleados? -preguntó Sebastián desinteresado.

La señora Williams suspiró.

-No debería, pero lo haré, buscaré los mejores, los más discretos. Una cosa más, no estoy de acuerdo con este compromiso y mi marido mucho menos, así que muchacho debes de venir preparado para que te rompa el cuello mi marido, cuando vengas a pedir su mano, porque ilo harás!

-Sí, señora Williams, no tenga dudas en que lo haré, ya había pensado en ello.

-Estaré esperando la visita.

Luego de una cordial despedida, Sebastián y Andrew salieron de la casa de los condes.

-¡Maldición, Sebastián! ¿Acaso te volviste loco? Pensé que iba a morir.

Sebastián se encogió de hombros.

-Conozco a Naty, sé que en el fondo es muy dócil, es una buena mujer, sabía que no se iba a oponer a la felicidad de su hija y, por otra parte, así ayuda a convencer a tu suegro. Créeme, ese sí es un hueso duro de roer.

-No creo que nos ayude, si escuchaste bien, no se opone ni lo apoya, y no sé por qué sospecho que debería de procrear mis herederos antes del matrimonio.

-¿Acaso no es lo que hiciste ya?! Si no, hoy también te quedarás en la casa. ¡Aprovecha! -le dijo con una sonrisa en sus labios.

-No esperaba ese comentario viniendo de ti, Sebas -bromeó, ya que sí lo esperaba.

-¿Qué te diré? -Se encogió de hombros-. Kathy fue muy afortunada de que demorara en quedar en embarazada.

-Supongo que sí, ¿tuviste que ver en eso? Digo, ¿lo evitaron?

-Me temo que no, hace mucho quiero tener entre mis brazos a una pequeña Kathy, con esos ojos y ese cabello, pensábamos que nunca tendríamos hijos cuando llegó el primer embarazo. Demoró y así como llegó se fue, por suerte Kathy volvió a embarazarse y hasta el momento todo va bien.

-Debió haber sido doloroso, lamento no haber estado aquí.

-Lo fue, estábamos muy ilusionados, pero lo más doloroso fue

ver a Katherine devastada, pensé que nunca se recuperaría, que también la perdería -susurró con un deje de tristeza.

Andrew notó la melancolía en los ojos de Sebastián.

-Realmente estás muy enamorado de tu esposa.

-La amo como a nada en el mundo, así como tú lo estarás de tu futura esposa.

-Ya lo hago, mi amigo, por eso regresé.

Luego de que Clara diera un par de instrucciones en la cocina, debido al menú de la cena, subió a su habitación. Al llegar ahí se dejó caer en la cama, se sentía agotada, ya que no había dormido lo suficiente. Andrew le hizo el amor casi toda la noche y lo disfrutó, sentir su cuerpo unido al de Andrew, su aroma el que aún podía percibirlo en las sábanas. Recordó como hacía unas pocas horas le había vuelto a hacer el amor y sintió las mejillas y el cuerpo acalorado, pero realmente quería volver a ser suya. Clara se avergonzó, no era propio de una dama, aunque las conversaciones con Kathy y la señora Clarit decían todo lo contrario, por lo cual dibujó una sonrisa en sus labios.

Deseaba a Andrew.

Se dirigió al lavado para refrescarse, y al regresar a la cama notó sus sábanas con salpicaduras de sangre, lo había olvidado, quitó las sábanas y las llevó a abajo, y le pidió a una de las muchachas que dispusieran de sábanas nuevas en su habitación con una excusa tonta, solo rogó que no notaran la sangre. Le había parecido extraño que aún no había visto a Katherine, ya que no había salido de su habitación en todo el día, por lo cual se dirigió a buscarla. Cuando entró en la habitación de Katherine, la encontró llorando en la cama y se asustó mucho.

-¿Sucedio algo, es el bebé? -preguntó alarmada.

Katherine la observó sin dejar de llorar y negó con la cabeza.

Clara se acercó a ella y la abrazó sin comprender qué le sucedía.

-Kathy, ¿el bebé está bien? ¿Llamo al médico?

-To-to-todo es-está bienn con el be-bebé -balbuceó entre

sollozos.

Clara le limpió las mejillas.

-¿Es Sebastián? ¿Le sucedió algo?

Kathy negó nuevamente mientras intentaba calmarse.

-N-no me ha-hagas caso.

-Cómo no, Kathy, me tienes asustada, entro y te veo llorar así, estás embarazada -le recordó.

-Clara, soy una to-tonta. -Se limpió las lágrimas-. No quiero perderte, no quiero que te vayas.

-No me perderás, Katherine, somos amigas y lo sabes.

-Sí, lo sé. -Se sonó la nariz con un pañuelo que le había dado Clara-. Es solo que si te casas con Andrew te iras a vivir con él y ya no te veré tan a menudo. ¿Quién me va acompañar? Me sentiré tan sola. -Volvió a sollozar.

Clara estaba sorprendida.

-Kathy, ¿por eso estabas llorando? -indagó.

Katherine sollozó otra vez. Clara estaba acostumbrada a sus cambios de humor que eran muy común en las embarazadas, pero nunca la había visto llorar; era más común verla a Katherine enfadada, y eso realmente la conmovió, no lo esperaba.

-Kathy, estaré cuando lo necesites, es más, le pediré a Andrew que compre una casa aquí cerquita así podremos visitarnos a diario.

-¿Y si yo convenzo a Sebastián para que vivan aquí con nosotros? -le dijo ansiosa, intentando controlarse.

-Kathy, sabes que eso no sería posible.

Kathy se limpió la cara con un pañuelo.

-Sí que se puede, yo convenceré a Sebastián, y él a Andrew.

-Me encantaría ver eso, Kathy, pero hablaremos de eso después, aún no es seguro mi matrimonio. Ahora ven y lávate la cara, pronto volverá Sebastián.

Andrew y Sebastián llegaron una hora antes de la cena. Disponían de poco de tiempo para cambiarse, ya que ambos habían tenido un día largo y habían andado más de la cuenta a caballo. Al entrar a la casa, Sebastián le ordenó a Nicolás que le preparara el

baño y Andrew hizo lo mismo, aunque Andrew estaba impaciente por poder ver a Clara nuevamente y estrecharla en sus brazos. Subió rápidamente las escaleras y se dirigió a la habitación de Clara esperando encontrarla ahí, pero la encontró vacía, con la decepción en su mirada dio la vuelta para dirigirse a su habitación y la encontró ahí, frente a él.

-Lo acabo de escuchar a Nicolás que preparará los baños para ambos y así fue que supe que ya habían regresado.

Andrew la tomó en brazos y le dio un suave beso en los labios.

-Moría de ganas por verte, mi amor -le susurró Andrew sin separar sus labios de los de ella.

-Aquí no...

Clara no pudo terminar de hablar, ya que Andrew la arrastraba dentro de la habitación y cerraba la puerta tras de ellos. Clara subió sus brazos y rodeó el cuello de Andrew y respondió apasionadamente al beso, se dejó llevar por cada caricia de las manos de Andrew que exploraban arduamente su cuerpo, hasta que se posaron en la curvatura de su trasero, dejó sus labios y se dirigió con suaves besos al cuello de Clara mientras una de sus manos exploraba bajo su falda. Clara ahogó un gemido mordiendo su labio inferior, y Andrew bajó su escote para deleitarse con sus pechos, la llevó a la cama en donde la colocó y dejándose llevar por el deseo le hizo el amor, olvidándose de que la cena pronto sería servida.

Capítulo 11

-¿Por cuánto tiempo piensas quedarte, Andrew? -le preguntó Katherine.

-No más de una semana, debo regresar a solucionar algunos asuntos con mi padre y ver cómo sigue su salud.

-¿Cuándo piensas hacer público tu compromiso?

-A eso también voy, mi madre ya está más o menos enterada, aún debo hablar con ellos y darles la noticia.

-¿Les dirás que Clara es mi empleada?

-Sí, lo haré -le afirmó Andrew.

-¿A qué se debe este interrogatorio, hermosa? -Quiso saber Sebastián, al ver a su bella esposa interrogando a su amigo.

-Es obvio, Sebastián, Andrew es hijo de un duque, cómo crees que se lo tome su familia.

-La opinión de mi familia me tiene sin cuidado, me casaré con ella con o sin su aprobación -le afirmó Andrew.

En ese momento Clara entró en el comedor. Andrew se levantó para recibirla con un beso y sacar su silla para que se sentara.

Clara se sonrojó.

-Hace unos minutos nos vimos -protestó.

-Para mí son años, preciosa. -Le dio un beso en la mejilla.

Luego de que ambos tomaran asiento, la señora Dolly empezó a servir la cena con ayuda de los lacayos.

-Retomando el tema, Andrew, ¿cómo crees que lo tome tu familia?

-Mi madre sin duda aceptará a Clara, es más, estará encantada con ella. -Andrew le tomo la mano a Clara.

-¿De qué hablan, Kathy? -Quiso saber Clara.

-Andrew piensa casarse contigo, lo que quiere decir que debes conocer a sus padres, así que quería saber cómo se tomarán la noticia.

Clara dirigió su mirada a Andrew.

-Aún no estoy del todo convencida de querer casarme.

-Preciosa, pensé que ya habías aclarado eso.

-Andrew, sí me quiero casar contigo, pero es complicado, hablamos luego.

Sebastián aclaró su garganta.

-Clara, deja de darle tantas vueltas al asunto, ya estuvieron separados por dos años como para que vengas ahora y no quieras estar junto a mi amigo, sea lo que sea lo solucionaremos -le aseguró Sebastián.

-No pienso separarme de Clara nunca más -afirmó Andrew.

-Creo que ya todos sabemos eso menos Clara -comentó Katherine.

Clara sí lo sabía y estaba muy segura, aun así, por la tarde, cuando salió al mercado en busca de carne fresca de cordero, para uno de los antojos de Katherine y se pasó por Bond Street, escuchó una conversación no muy agradable.

-¿Te enteraste? Lord Rochester se casó.

-¿Lord Rochester? ¿Ese apuesto viudo?

-Ese mismo, hace dos años que enviudó y en vez de buscarse una muchachita para que le dé un heredero, a que no adivinas con quién se casó.

-¿Con quién?

-¡Con la niñera de su hija!

-No lo puedo creer, ese hombre se lanzó directo a la ruina social.

-Ni te lo imaginas, no quiero ni pensar lo que será de su pobre hija cuando busque de un marido.

-Supongo que ni con toda la fortuna de lord Rochester como dote tendrá alguna propuesta de matrimonio.

-¿La niñera esa no venía de una familia arruinada?

-Oh no, su padre es un mozo de cuadra y la madre una empleada -dijo con un deje de asco.

-No entiendo por qué lord Rochester se arruinó de esta forma, supongo que la había tenido perfectamente como su amante.

-Y así es, al parecer está embarazada.

-Peor, para esa pobre criatura hubiera sido mejor que fuera un bastardito más.

-De eso ni dudarlo, se ahorraría el escándalo social, el riesgo de que deje de ser recibido en los lugares de prestigio y lo peor la desgracia de sus hijos, pobres niños.

Clara había escuchado la conversación sin querer, había entrado a una tienda para buscar un regalo para su madre que pronto cumplía años, había dado un recorrido y un chal llamó su atención. Cuando se dirigía a pagarlo, escuchó a las dos cotillas y se quedó muy cerca escondida por el tema. Se lamentó haberlo hecho, sabía de algunas de las consecuencias, pero jamás pensó que un escándalo así no se olvidara tan rápido y que los hijos pagarían las consecuencias. Clara no quería eso para sus hijos y, como una de las cotillas dijo, era mejor ser su amante así sus hijos no sufrirían tanto y ante la sociedad era bien visto que tuvieran amantes e hijos con ellas. Con ese pensamiento se había dirigido a la casa.

-Sí, lo sé, es solo que no es necesario que nos casemos para estar juntos. -dijo con seguridad, lo que ocasionó que tres pares de cubiertos quedaron suspendidos en el aire.

-¿Qué quieres decir con eso, Clara? -preguntó Andrew que ya había dejado los cubiertos sobre el plato.

-Creo que ya sabes lo que quiero decir.

-¿Acaso te has vuelto loca, Clara Williams? Esa no es mi amiga - chilló Katherine.

-No, Kathy, y lo soy, es solo que...

-Ni lo sueñes, te casarás conmigo -le afirmó Andrew, ya sabía lo que planeaba Clara.

-Andrew, ¿ya pensaste en todas las consecuencias, en lo que le podría ocurrir a nuestros hijos?

-Claro que lo pensé, y me importa una mierda.

Sebastián carraspeó.

-Lo siento, Sebas, pero creo que entiendes mi molestia.

-La entiendo, amigo. Clara, no sé a qué viene todo esto, pero si

estás pensando en un escándalo social, esas cosas se olvidan con el tiempo, cuando llegue uno mejor.

-¿Y si no es así, si no lo olvidan? -preguntó con angustia.

-Lo harán, eso tenlo por seguro.

-No, no quiero correr el riesgo.

-Estás loca, Clara. ¿No crees que sería peor si te ven como la amante? Aunque Andrew esté contigo, tendrá que casarse algún día y no contigo.

Clara abrió los ojos, no lo había pensado.

-De igual for...

Andrew se levantó exaltado dando un golpe en la mesa, que hizo retumbar los platos.

-Ni una palabra más -dijo apretando los dientes.

-Andrew, tranquilízate -le advirtió Sebastián.

Andrew miró fijamente a Clara a los ojos retándola, y ella le sostuvo la mirada.

-Cariño, no llores.

Ambos desviaron la vista a Katherine, Sebastián la tenía envuelta en sus brazos.

-Oh, Kathy, lo sie...

-Calla, Clara. Sebastián, llévame a la habitación.

-Kathy, yo...

Katherine se detuvo en la entrada del comedor.

-Si vas hacer lo que piensas, puedes ir olvidándote de mí y de mi bebé.

-Por mí no te preocupes, Katherine, Clara se puede buscar otro para jugar a los amantes. -Rugió Andrew.

Sebastián sacó a Katherine del comedor.

-Andrew, yo...

Antes de que pudiera hablar, lo vio salir tras sus amigos.

Clara observó a su alrededor, no se había dado cuenta en qué momento Nicolás había entrado al comedor, y la observaba muy serio. Sintió sus mejillas húmedas y se dio cuenta de que había estado llorando. Observó la mesa y se dio cuenta de que apenas

habían tocado la cena, se lamentó. ¿Cómo se le había ocurrido esa absurda idea? Se levantó y, sin medir palabra, subió hasta su habitación y ahí empezó a llorar, sintió que el corazón se le estaba partiendo en mil pedazos, debía ser realista, jamás sería capaz de ser la amante de Andrew, lo amaba y no soportaría verlo casarse con otra mujer, y podía estar segura de que en ese momento lo había perdido y no solo a él sino a sus amigos, ya que jamás había visto a Katherine así, estaba dolida y Andrew, estaba destrozado, había sido una tonta por ocurrírsele eso, no supo en qué momento se había quedado dormida mientras lloraba y se lamentaba su estupidez.

Katherine nunca había estado tanto tiempo enojada con ella, habían pasado dos días desde aquella discusión y Katherine apenas le dirigía la palabra y Sebastián no la miraba, sabía que ambos estaban decepcionados de ella. Y entendía que lo estuvieran, tenían razón, ya que ella y Andrew habían estado separados el tiempo suficiente para darse cuenta de que no podían vivir el uno sin el otro, habían sufrido y lamentado lo suficiente por su cobardía y, cuando todo había sido resuelto, a Clara se le ocurría la genial idea de convertirse en su amante en vez de su esposa. Clara no había vuelto a ver a Andrew desde ese día, esa noche había salido de la casa y no había regresado, y tampoco tuvo noticias de él. Clara lloró y se lamentó cada noche. Había buscado la forma de pedirle perdón a Katherine y a Sebastián, pero ninguno quería escucharla, ambos le dijeron que a quien tenía que pedirle perdón era a Andrew, pero cómo hacerlo si no tenía ni idea de dónde estaba, y tenían razón, Andrew merecía una disculpa.

Andrew decidió que ya era momento de enfrentar a Clara y hacerla entrar en razón de que debían casarse, ya que eso es lo que él quería y sería la única forma que la aceptaría a su lado, si no, que se fuera olvidando de él, aunque la sola idea le partía el corazón. Había estado en la casa de sus padres, aquella noche después de inscribirse en un club pugilista, para deshacerse de toda la rabia que tenía, se dirigió a la casa de sus padres, y tuvo la suerte de que la

señora Crog ya se encontraba ahí y lo recibió muy feliz. A la mañana siguiente se había reunido con Sebastián, el cual muy gustoso lo acompañó al club y terminó uniéndose también; mientras estuvieron viviendo en Norteamérica ambos habían pertenecido a uno de ellos y habían pasado sus tardes debatiendo cuál de los dos golpeaba más fuerte. Sebastián le había comentado lo afectada que estaba Katherine, y que a pesar de que el enojo ya se le había pasado estaba decepcionada de Clara y prefería no hablar con ella, aunque le doliera lo hacía para que así se diera cuenta de que lo que planeaba no era lo correcto. Sabía que Clara estaba sufriendo, él también había sido duro con las palabras que le dijo, pero debía hacerla entrar en razón para que se diera cuenta que ser una amante no era una solución y que no era lo que él deseaba.

Andrew llegó a la casa de Sebastián un poco antes de que sirvieran la cena, y se reunió primero con él quien lo recibió en la biblioteca en donde le informó que Clara estaba en su habitación y que no bajaría a cenar, ya que había pedido que le subieran algo ligero, por lo que Andrew le pidió a Sebastián si podía subir a su habitación para hablar con ella y este no se opuso, al contrario, le echó porras. Luego de terminar la conversación con Sebastián, Andrew entró a la habitación. Clara estaba sobre la cama con un libro en la mano y la mirada triste perdida en las páginas, no se había dado cuenta de que él había entrado, ya que su mente estaba en otro lugar y tenía los ojos rojos.

-¿Me puedes explicar por qué no te quieres casar conmigo y de dónde salió esa absurda idea de ser mi amante?

Clara dio un respingo y observó de hito a hito a Andrew, ¿en qué momento entró?

-¿Qué haces aquí? Pensé que no querías volver a verme.

-Pensaste mal, cariño, ahora explícate, que no entiendo nada -exigió.

-Andrew, yo... tengo miedo... -susurró-. Si nos casamos, sería un escándalo, en el cual no solo tú saldrías afectado.

-Sigo sin entender -le dijo ladeando la cabeza.

Clara se limpió las lágrimas que sin saber derramaba, se sintió muy feliz de verlo ahí.

-E-escuché una conversación...

Andrew frunció el ceño.

-¿Qué conversación, de quién?

-De-de... no lo sé, nunca las había visto. Hablaban de un lord que se casó con una niñera -balbuceó.

Andrew no lo podía creer, todo aquello por una maldita conversación que había escuchado.

-¿Qué tiene que ver eso con nosotros?

-Que la situación sería la misma... -Clara se dispuso a explicarle lo que había escuchado y las consecuencias que podían tener sus hijos-. Las escuché decir que era mejor que fuera su amante a que se casaran, así ninguno sufriría las consecuencias.

-Par de cotillas sin cerebro -murmuró-. En qué mundo ser la amante es mejor que ser la esposa. Clara, tú, como esposa, ganas muchos privilegios, a diferencia de las amantes que, aunque algunas permanecen muchos años con el mismo hombre, la mayoría las ven como muñecas que solo utilizan para satisfacer sus necesidades carnales, ya que son pocos los que se enamoran o están por amor a ella. Y respecto a los hijos, ¿has pensado qué puede ser de un niño que es conocido como bastardo?

Clara negó.

-Esos niños nacen con la etiqueta de bastardos y nunca son lo suficientemente buenos para la sociedad. Ya que no están calificados ni para ser aristócratas respetables, ni como simples plebeyos.

-Sería lo mismo si nos casamos, nadie los aceptará por ser hijos de una empleada.

-Puede que al principio, aun así, los rumores se olvidan, en algún momento la sociedad te aceptará y nuestros hijos entrarán a ese mundo, de todas formas, son hijos de un matrimonio en donde tú eres la vizcondesa y tienes una posición respetable, aunque no seas aceptada y en todo caso qué más da.

-Yo... yo... Tengo miedo -susurró.

Andrew caminó hacia la cama y se sentó junto a ella y le tomó las manos.

-No tienes nada que temer, te prometí que me haría cargo, y eso haré, además nuestros amigos nos apoyan y espero que nuestras familias también lo hagan.

-Andrew, sabes que te amo y nada me haría más feliz que casarme contigo. Por más que me hice la idea, nunca me conformaría con ser la amante -bisbiseó.

-Mi amor, nunca aceptaría tal cosa, te vas a casar conmigo -afirmó.

-¿Y si tu familia se opone?

-Igual lo haré. Clara, no busques excusa, nos amamos y eso es lo que importa.

-¿Y las consecuencias? -Quiso saber-. Lo que puede pasar si vas en contra la voluntad de tus padres, o peor, ¿si te destierran?

Andrew sonrió con ironía.

-No me importa, creo que es lo que mi padre ha querido hacer desde hace años. -Andrew se acercó a ella y tomó su rostro entre las manos, le limpió las mejillas-. Nada me va impedir estar con la mujer que amo.

-Solo soy una empleada sin título o posición.

-Y la mujer que me puede dar más amor que cualquiera, además recuerda que me he vivido mucho tiempo en Norteamérica y allá no importan los títulos.

-Pero no estamos en...

Andrew la silenció con un beso.

-Serás lady Bathampton, mi esposa y la madre de mis hijos.

Andrew la persuadió con besos lánguidos y suaves caricias, hasta que Clara se entregó con ardor y pasión. Lentamente Andrew le quitó el vestido dejándola solo en camisola y calzones, la acostó en la cama y empezó a quitarle los zapatos, seguido de sus medias, dándole suaves masajes a sus pies, recorrió sus piernas con suaves caricias y besos, le quitó los calzones seguido de su camisola, se incorporó para quitar su ropa y zapatos y recorrer el cuerpo de

Clara, ese que había echado tanto de menos, primero con la mirada, luego con las manos y los labios besando y acariciando cada rincón de ella.

Clara ahogó un gemido, mientras Andrew dejaba un camino de besos por su cuello hasta llegar a sus pechos, ahí tomó posesión de ellos y se deleitó como un niño glotón con su dulce favorito. El cuerpo de Clara se estremeció cuando Andrew la penetró con sus dedos en un vaivén suave y controlado. Clara arqueó sus caderas hacia él en busca de más, buscando su placer Andrew la atormentó, la torturó y, cuando Clara estaba a punto de llegar a su orgasmo, Andrew se detuvo y sacó su mano.

Se apoderó de su boca, hasta dejarla sin aliento y luego se alejó de ella, Clara soltó un gemido de protesta y Andrew sonrió con malicia.

Clara abrió los ojos, iba a protestar, pero Andrew no la dejó, se situó sobre ella y se metió entre sus piernas.

-Aún no, mi amor. -Volvió a penetrarla suavemente, se detuvo y apoderó de su boca con besos suaves.

Clara movió las caderas y él la detuvo.

-Por favor, Andrew -suplicó.

-Me moveré solo si prometes que te casarás conmigo y te olvidarás de esa absurda idea de ser mi amante.

-Andrew...

Andrew movió las caderas y se volvió a detener.

-A-Andrew, por favor... -imploró con un suspiro.

-Promételo, Clara, prométemelo o me iré.

Al ver que no respondía, salió de ella y Clara lo aprisionó en sus brazos.

-Te lo prometo, Andrew, prometo que me casaré contigo.

Dicho esto, Andrew se volvió a introducir en ella, con un delicioso vaivén de caderas hasta que ambos llegaron al éxtasis de su placer.

-Sabía que no te negarías -le afirmó entre besos. Clara descansaba en el pecho de Andrew.

-Fue tan frustrante -protestó con un ronroneo.

-Espero que no quieras volver a ser torturada así.

-Eres malvado.

Andrew notó que Clara no llevaba la sortija.

-¿Te la quitaste?

-Pensé que no volvería a verte.

-¿Dónde la tienes?

-En aquel cofre. -Le mostró un cofre mediano en la cómoda.

Andrew se levantó para buscar la sortija. Al abrir el cofre no solo vio la sortija, ahí también estaba la carta y la rosa. Sonrió con ternura, ella aún las conservaba; agarró la sortija y volvió a la cama, ahí tomó a Clara de la mano y la hizo salir de ella. Clara se envolvió con la sábana y se puso de pie frente a Andrew, lo vio hincar una de sus rodillas y le tomó la mano izquierda.

-Hace más de dos años, cuando te vi por primera vez, no me pasaba por la mente de que pudiera enamorarme y menos de ti, qué equivocado estaba, ya que tu dulzura, tu inocencia y tu belleza me cautivaron y desde el momento que supe que te amaba no he deseado otra cosa más que estar junto a ti por el resto de mi vida. Clara Williams, mi corazón te eligió y no solo quiero que seas mi esposa, también quiero que seas mi amiga, mi cómplice, mi amante, mi confidente y la madre de mis hijos. Cásate conmigo.

Las lágrimas de Clara no dejaban de brotar de sus ojos cuando Andrew le colocó la sortija en el dedo anular.

Clara llevó su boca a la de Andrew y lo besó.

-¿Esto es un sí? -preguntó entre besos.

-Sí, Andrew, sí a todo, me casaré contigo.

Capítulo 12

-¿Dónde estuviste estos días y qué te sucedió el pecho? - indagó curiosa.

-En casa de mis padres y esto -se tocó sin importancia- fue Sebastián.

-¿En Hampshire? ¿Tuvieron una pelea?

Andrew jugaba con su cabello, mientras observaba cómo empezaban los rayos de sol a filtrarse por la ventana.

-No, aquí en Londres -replicó-. Estaba muy enfadado cuando me fui de aquí la otra noche y recordé que hace mucho mi hermano había estado inscrito en un club pugilista, fui y me inscribí, debía descargar todo lo que sentía; Sebastián se inscribió al día siguiente y recordamos viejos tiempo.

-Sí, tuvieron una pelea -afirmó.

-Algo así, cariño, solo hicimos un poco de ejercicio. -Le besó la frente-. Debo regresar a Hampshire -la apretó con fuerza a su pecho- y no quiero alejarme de ti.

-¿Cuánto tiempo te irás?

-Aún no lo sé, aunque no espero permanecer mucho tiempo.

Clara acariciaba su pecho y besó su mejilla.

-Voy a extrañarte.

-No más que yo, preciosa, por mí me casaría ya mismo.

-Eso no es posible.

Andrew besó su coronilla.

-No lo es, podemos viajar a Gretna Green, aunque nos demoraríamos un par de días.

-Andrew, primero me gustaría saber la opinión de nuestros padres.

-¿Y si se oponen?

-Igual lo haré, te lo prometí -le aseguró.

-Entonces, ¿por qué no casarnos primero y luego se lo decimos?

-Porque sería muy precipitado, y también por Kathy.

-Si sabes que seguirán viéndose.

-Sí, lo sé, solo quiero darle un poco más de tiempo, ha estado muy afectada por todo.

-¿Qué te parece si cuando regrese fijamos la fecha? Así hablo con el abogado.

Clara asintió.

-Andrew, ¿qué sucedió entre tú y tu padre?

-Mi amor, eso es algo que de momento no quiero hablar. -Andrew la besó en la coronilla y Clara se quedó en silencio. Andrew creyó que se había dormido, hasta que volvió a jugar con el bello de su pecho.

-Mi amor, no tienes que preocuparte por eso. -Se movió y la acomodó abajo de él.

Clara lo observó con una sonrisa pícara.

-No estás pensando en... -la interrumpió con un beso.

-Mmm... puede que sí, tengo ganas de desayunar. -La besó-. Y tú eres parte del menú. -Recorrió con su boca su cuello, pecho, y abdomen dejando un camino de fuego con sus besos hasta llegar al triángulo de risos rubios-. Eres el plato principal.

-¿Qu-qué haces?

-Shhh... disfruta, amor.

Andrew metió su cabeza en medio de las piernas de Clara en donde saboreó con deleite de su dulce néctar, brindándole una suave y placentera tortura con su boca, en donde la llevó al éxtasis.

Clara escuchó un ruido y despertó, al prestar más atención se dio cuenta de que alguien tocaba la puerta. Andrew estaba profundamente dormido junto a ella y la tenía aprisionada en sus brazos, salió a como pudo de ellos y se puso una bata que estaba cerca, la puerta sonó nuevamente y Clara se dirigió a abrirla, quitó el seguro y se asomó, Nicolás estaba al otro lado y se lo notaba nervioso.

-Lamentó molestarte, Clara, pero es que tienes visitas.

-No te preocupes, Nicolás, debería haber bajado ya -se disculpó.

-Nada de eso, yo me encargo de todo, además no has estado muy bien, milord... anoch...

-Gracias, Nicolás, ¿quién me visita? -lo interrumpió.

-Es la señora Williams.

Clara se puso pálida al escuchar esas palabras y Nicolás lo notó.

-¿Te sientes bien?

-Sí. -Asintió-. ¿Sabes a qué ha venido?

-No, solo me dijo que debía hablar contigo, le dije que no te has sentido bien por lo que seguías en cama, pero insistió en verte, incluso quiso subir, pero le dije que primero vería si ya te encontrabas atendiendo a milady.

-Gracias, Nicolás, haz que le lleven un té, enseguida bajo.

Nicolás asintió y se retiró. Clara cerró la puerta.

-Mi amor, vuelve a la cama -suplicó Andrew.

Andrew estaba cobijado de la cintura para abajo apoyado en el resplandor de la cama.

-No puedo, Andrew, mi madre está abajo.

Clara buscó rápidamente un vestido y lo demás para vestirse.

-¿Sabes a qué ha venido, cariño? -Recordó la visita que le había hecho.

-No, solo espero que no sean malas noticias, no suele venir.

Andrew se levantó de la cama y empezó a buscar su ropa.

-No lo creo, mi amor, igual aquí estoy para apoyarte.

Clara asintió mientras se vestía, Andrew se acercó y le dio un suave beso en los labios. La ayudó a colocarse el vestido.

-Te amo -le susurró.

-También te amo, Andrew.

Natasha se encontraba en el salón de las visitas, sentada en un sofá con la vista en el jardín mientras bebía una taza de té. Clara la notó pensativa.

-Madre.

Natasha llevó su mirada a Clara y sonrió.

-¿Te encuentras bien? Me comentó Nicolás que no te sentías bien.

-Sí, madre, solo he estado un poco agotada.

Clara se acercó a su madre y le dio un beso en la mejilla, luego se sentó frente a ella y se sirvió un poco de té.

-Oh, mi niña, bueno, espero que las muchachas sean de ayuda.

-Lo son, madre, gracias.

-No es nada, sabes que he insistido para que tus patrones contraten más personal.

-¿Todo está bien en casa? -indagó.

-Sí, aunque hay un pequeño problema.

-¿Es padre? -preguntó apresurada.

Natasha negó.

-No, tu hermana.

-¿Anne está enferma?

-No, deja que te cuente lo que sucede, mi niña.

Clara asintió y Natasha dio un sorbo a su té.

-Resulta que tu hermana está enamorada de Paul, el hijo de Peter Hite, el carnicero.

-¿El muchacho de cabello negro y apuesto? -Clara recordó al carnicero al que siempre su madre le compraba y que este tenía dos hijos: uno pelirrojo y otro moreno, el moreno era el menor.

-Sí, ese muchacho.

-¿No es un poco mayor para Anne? -aventuró.

-No, el muchacho acaba de cumplir veinte, son apenas cuatro años de diferencia, pero ese no es el motivo, sé que ambos se han estado viendo, ya que el muchacho habló con tu padre para pedirle permiso para cotejarla.

-Eso es bueno, al menos quiere hacer las cosas bien.

-En parte sí, lo es -le aseguró-, el problema es que la semana que viene Paul viajará a Escocia con su madre, ella es de allá y su padre está enfermo. Anne piensa fugarse tras de él, ya que teme que Paul no vuelva. Dice estar muy enamorada.

-¿Cómo sabes que lo hará?

-Se lo contó a Sarah y ella me lo dijo, encontré una maleta lista bajo la cama de Anne y me preocupé, sé que ese muchacho no le

hará nada, incluso tiene nuestro permiso para cortejarla, pero temo lo que le pueda suceder, ya que Anne piensa fugarse sola.

-¿Y qué piensas hacer, madre? -preguntó preocupada; sabía que el viaje a Escocia era muy largo.

-Quería saber si podría permanecer aquí por unos días mientras ese muchacho se aleja y se le quita la idea de fugarse, tú la podrás vigilar mejor o encerrar.

-Claro, madre, no hay ningún problema.

-Si la niña le pudiera dar trabajo mientras tanto, sería mejor, así deja esas ideas locas.

-Descuida, madre, yo me encargo de eso.

-Por la tarde o mañana la traeré, ahora debo irme, mi niña, debe regresar a las labores.

-Está bien, madre, las espero.

Natasha se puso de pie para irse, Clara la acompañó a la puerta y su madre la abrazó con fuerza.

-Me alegra que estés feliz, ese brillo de tus ojos volvió -le susurró y luego soltó el abrazo.

Clara sonrió sonrojada y se despidió de su madre.

-Clara, lord Bathampton la espera en el comedor -le dijo Nicolás cuando la vio dirigirse a las escaleras.

Clara observó a Nicolás y le sonrió, aún no se acostumbraba al título de Andrew.

-Gracias, Nicolás, por cierto, tendremos una nueva invitada, ¿podrías pedir que alisten una habitación? -Nicolás asintió-. ¿Los señores ya se levantaron?

-No, milord ordenó un poco de fruta hace un rato, supongo que hoy permanecerá en la casa.

-Lo más seguro, ya es medio día.

Andrew se encontraba bebiendo un poco de café y ojeando un periódico, mientras esperaba a Clara para poder desayunar juntos. Nicolás había insistido en que desayunara, pero él le dijo que sin Clara no lo haría. Andrew estaba muy feliz de poder estar al fin con ella, quería compartir a su lado cada momento que fuera posible,

aunque debía volver a Hampshire y no quería separarse de ella, pero si quería hacer las cosas bien debería casarse y llevarla a vivir con él como era debido. No podía andar raptándola.

-Me dijo Nicolás que me estabas esperando, ¿por qué no has desayunado? -Andrew se puso de pie, se acercó a ella y la besó en la frente.

-Mi amor, quería desayunar contigo. -Le dio un beso en la mejilla.

-Debo regresar a mis deberes, estos días los he descuidado.

-Luego, ahora ven a desayunar. -Andrew le sacó la silla para que ella se sentara-. ¿A qué ha venido tu madre?

Clara se sentó junto a él y Andrew le hizo señas al lacayo para que les sirviera el desayuno.

-Quiere que cuide a mi hermana por unos días, ya que pretende escaparse para seguir a su novio.

-¿Qué edad tiene tu hermana?

-Dieciséis, al parecer el muchacho va viajar a Escocia y ella teme que el muchacho no vuelva y la abandone.

Robert les sirvió a ambos un plato con huevos revueltos, tostadas y jamón, le llenó la taza de café a Andrew y le sirvió té a Clara, seguido les llevó un plato con frutas. Clara le dio las gracias y Andrew tomó el tenedor con un poco de huevo y se lo puso a Clara frente a su boca para que la abriera, Clara se sonrojó y abrió la boca aceptándolo.

-Debe estar enamorada y no quiere perderlo, yo haría lo mismo.

-Supongo, pero mi hermana aún es pequeña y piensa viajar sola, es peligroso.

-¿Y si viajamos con ella y así nos casamos en Gretna Green?

Clara sonrió.

-Andrew, no insistas, por más que quisiera casarme ahora mismo aún debo resolver algunas cosas, todo ha sido tan rápido y mi vida es muy distinta a la tuya. Y a eso le agrego que mi amiga aún me odia.

-Mi amor -Andrew tomó otra porción de huevo y se la dio a Clara-, desde que volví de Norteamérica la vida me cambió, y para

bien, me siento feliz, ahora debo terminar de arreglar las cosas con mi familia y voy a tener más responsabilidades. Y Katherine no te odia -le aseguró.

-¿Volverás a Norteamérica?

-No, mi amor, de momento no a menos que quieras viajar conmigo.

-Mi vida siempre ha estado aquí, no creo que pueda vivir en otro lugar, aunque sí podríamos ir a visitarlo en algún momento, me gustaría ir a conocer ahí.

-Estaría muy feliz de llevarte y así conoces a mis viejos amigos y sus familias.

-En algún momento, hasta podremos ir con Kathy y Sebastián.

-Sebastián lleva tiempo posponiendo el viaje y lo seguirá haciendo ahora con el bebé.

-Eso sí, la cuida demasiado e igual va cuidar el bebé.

-Volviendo al tema de casarnos, ¿nos vamos con tu hermana?

-Andrew...

Andrew se acercó y la besó.

-Pronto te convenceré de eso también.

Clara había estado posponiendo hablar con Katherine, desde el día anterior no la había visto, ya se había reconciliado con Andrew y había tomado la decisión de casarse pasara lo que pasara y debía contárselo, pero no sabía si su amiga le iba a perdonar su comportamiento. Sebastián se había reunido con Andrew en el estudio luego de que desayunaran y le aconsejó que subiera a verla, que Katherine la necesitaba, por eso, en ese momento, se encontraba en la puerta de la habitación de Katherine debatiéndose entre entrar o no.

-¿Se puede saber cuánto más te demorarás pensado? -chilló Katherine al abrir la puerta.

-Kathy, yo...

Katherine la abrazó.

-No sabes cuánto odio estar molesta contigo, Clara, no me gusta,

así que por favor no vuelvas a decir estupideces -la reprendió.

-Oh, Kathy, cuánto te he extrañado, prometo no volverlo hacer.

-Eso espero.

-Kathy, Andrew y yo nos casaremos.

-¡Al fin! Aunque hasta no ver al cura decir "puede besar a la novia", no voy a estar tranquila.

Capítulo 13

Katherine no había salido de la cama hasta después del mediodía, así que Sebastián le solicitó a Nicolás que sirviera el almuerzo en la terraza, pensaba pasar lo que quedaba del día con sus amigos, aún tenía muchos temas que hablar con Andrew sobre la navieras y cómo iban a manejar el negocio ahora que regresaba a Inglaterra, aun así prefirió no atosigarlo sabiendo que regresaría a Hampshire pronto, por lo que le dio el día libre a Clara para que estuviera con Andrew y él se ocuparía de su esposa.

-Sebastián, mi madre nos invita a cenar hoy.

-¿Alguna celebración en especial, hermosa?

Katherine se estaba vistiendo para almorzar, acababa de poner la nota enviada por su madre en la cómoda.

-Creo que Eduardo llegó anoche y quiere reunir a la familia.

-Esa es una buena celebración, ya que Eduardo nunca sale de Worcestershire y ahora en Hampshire.

-Está muy concentrado y entusiasmado con el negocio de la cría de caballos y tú lo apoyaste en eso.

-Pensé que era una buena idea, es algo que le gusta y la propiedad de Hampshire es perfecta, por eso lo motivé a que lo intentara, él conoce mucho de caballos.

-Mi abuelo le enseñó muy bien. -Recordó con nostalgia a su abuelo y que gracias a él estaba casada con Sebastián.

Sebastián se acercó a la espalda de Katherine y la abrazó, llevó sus manos a su abultado vientre y lo acarició. Katherine sintió a su bebé moverse por las caricias de su esposo.

-A veces estoy segura de que es una niña, cada vez que acaricias mi vientre se mueve.

-Estoy más que seguro que lo es, hermosa, y ya muero de ganas de tenerla en mis brazos.

-Ya falta menos, Sebastián.

-Sí, hermosa. -Le besó la mejilla-. Pedí el almuerzo en la terraza y le di el día libre a Clara, espero que lo tomara.

-A veces puede ser muy testaruda, pero sabrá disfrutar el tiempo con Andrew.

-Andrew viajará mañana, así que lo hará o me ayudas a obligarla, estuvieron sufriendo el uno por el otro durante mucho tiempo, creo que merecen estar juntos ahora que ambos aclararon todo.

-Lo sé y, créeme, la obligaré.

Luego de que Sebastián se presentara en el comedor mientras Andrew y Clara desayunaban y le informara que tenía el día libre, Andrew le pidió a Clara que dieran un paseo y fueran a visitar el museo o la galería de arte. Aunque Clara se negó en un comienzo, Andrew la persuadió con besos y caricias dejándola sin aliento hasta que ella aceptó. Después de almorzar con sus amigos Katherine le dijo que ella la iba a ayudar a arreglarse mientras Sebastián y Andrew tomaban una taza de café y charlaban.

-El vestido durazno te quedaría bien, aunque aún no has usado el azul. -Katherine estaba frente al ropero buscando un vestido para que Clara usara.

-No, el azul es muy formal para ir al museo, es como para ir a un baile más bien.

-Sirve también para eso ya que no es de fiesta, pero el día está caluroso, así que mejor el durazno. -Katherine sacó el vestido y lo colocó en la cama, sacó unos botines, medias y un corsé. Clara arrugó la cara al verlo.

-Ni sueñes que me pondré eso. -Le señaló el corsé.

-Debes o tu vestido no se verá bien.

-Kathy los odio y lo sabes -protestó.

-Deberías ir acostumbrándote, Clara, este tipo de vestidos los necesita.

Clara soltó un suspiro exasperado y se colocó las medias.

-Creo que voy a necesitar a alguien más ahora que te marchas. - Katherine soltó una lágrima.

-Kathy, no llores y ya que hablas de eso, Anne pasará una temporada aquí, ella nos puede ayudar.

-Me parece muy bien, aunque no será tú.

-Aún no hay fecha para la boda, Kathy, así que mientras tanto seguiré aquí y cuando me case nos seguiremos viendo

-Andrew no va querer esperar mucho, apenas pueda se casarán, además de que no necesitan una boda a lo grande, ya que ni tú ni él lo quieren.

-Tienes razón, no quiero una gran boda solo algo íntimo entre nosotros y la familia.

Katherine y Clara salieron a la terraza en donde permanecían los caballeros. Sebastián sonrió al verlas, Andrew desvió la mirada hacia ellas quedándose con la boca abierta al ver a Clara, siempre había tenido la misma reacción al ver a Clara arreglada, aunque habían sido pocas veces recordó la primera vez que la vio así, fue para el baile de compromiso de Sebastián con Katherine, sintió el mismo cosquilleo en el pecho y una gran emoción, ese día se había dado cuenta de que le atraía esa mujer y desde ese momento había empezado a enamorarse. Con una enorme sonrisa Andrew se levantó y caminó hacia ella, Katherine le sonrió y caminó hacia su marido.

-Estás preciosa, amor mío.

Clara se sonrojó, Andrew se detuvo frente a ella, le tomó las manos y la besó en la frente.

-Gracias, Andrew.

Nicolás se asomó en la entrada de la terraza.

-Disculpe, milord, el carruaje ya está listo y lo espera en la entrada.

-Gracias, Nicolás.

Nicolás asintió y se retiró.

-Hoy no cenaremos aquí -le anunció Sebastián-, iremos a casa de mis suegros así que van a tener la casa sola.

-¿Me estás dando permiso para algo, Sebas? -bromeó Andrew con una sonrisa pícara.

Sebastián soltó una carcajada.

-No, es solo para que estén enterados. Si cuando vuelven no estamos, aunque pensándolo bien hay algunos lugares interesantes en la casa, ya sabes. -Dibujó una sonrisa de medio lado y Katherine le dio un codazo-. ¡Ay! Clara, Nicolás se va encargar de todo, tú solo le avisas a qué hora cenaran y eso.

Clara asintió con una sonrisa, se sentía muy agradecida con sus amigos por todo lo que estaban haciendo por ella.

-Andrew, cuídala bien -le advirtió Katherine.

-Lo haré, y no te preocupes por eso, nadie va hablar de ella -le aseguró ya que sabía a qué se refería.

Luego de despedirse de sus amigos, Andrew y Clara salieron hacia el museo. Andrew bajó del carruaje y ayudó a Clara a bajar de este tomándole de la mano, luego de bajar Clara lo tomó del brazo y Andrew muy disimuladamente le dio un beso en la mejilla. Al entrar al museo Clara lo observó asombrada; era la primera vez que iba ahí, anteriormente Katherine le había pedido que la acompañara para ver una exposición que estaría temporalmente ya que Sebastián no podía ir con ella, pero al final Sebastián la acompañó y no tuvo la oportunidad de ir.

-¿Es la primera vez que vienes al museo?

Clara asintió con la cabeza.

-Aquí hay cosas muy interesantes y creo que en la galería están exponiendo unas pinturas que provienen de Roma.

-Oh, aquí hay de todo.

-Sí, amor mío, creo que hoy no nos alcanzará el tiempo para verlas. Pero te prometo que luego te volveré a traer.

Andrew y Clara caminaron por las grandes salas de exposición. Clara se había sorprendido al ver las esculturas con desnudos y se había sonrojado cuando Andrew le había dicho que en realidad no eran tan realistas, al mostrarle la escultura de David de Miguel Ángel, ya que Clara había recordado los momentos íntimos junto a Andrew.

Andrew había recordado la vez que habían ido al teatro y la

forma tan tierna en que se comportó Clara, realmente era como una niña curiosa, su niña. Adoraba que se comportara así.

-Amor mío, la vez que fuimos al teatro, ¿fue tu primera vez?

-Sí, nunca antes había ido y no he vuelto a ir tampoco.

-La próxima vez que regrese a Londres volveremos a ir, esa vez me encantó, principalmente tu compañía.

Clara se sonrojó y le brindó una sonrisa.

-Me gustaría mucho volver.

-Quiero seguir disfrutando cada momento contigo, mi amor.

-¿Lord Miller?

Andrew escuchó la voz de una mujer que lo llamaba y se volteó a ver de quién se trataba. Clara siguió la mirada de Andrew. Una dama de unos cuarenta años, robusta, de cabello negro, estaba en compañía de una joven de piel pálida, delgada y cabello negro un poco más baja que la otra dama, pero muy identificada.

-¿Disculpe la conozco, milady?

-Oh claro, eres Andrew Miller, el hijo de los duques de Richmond, ¿verdad?

-Sí, ese mismo.

-Tu madre me había dicho que estaba en el extranjero.

-Así es, recién regresé.

-Oh, supongo que por la salud de su padre, por cierto, ¿cómo se encuentra?

-Mi padre está muy bien, gracias por preguntar.

La dama le dio una inspección con mirada a Clara.

Andrew no perdió detalle de la mirada y la observó con el ceño fruncido.

-Soy lady Margaret Hamilton -se presentó-, amiga de su madre desde hace años y mi esposo fue Edmund Hamilton, vizconde de Marchester y ella es mi hija Rosalía. -Le señaló a la muchacha quien hizo una reverencia.

-Disculpe si no la recuerdo, no suelo frecuentar los círculos sociales.

-Disculpas aceptadas, milord, supongo que ahora que volvió se

hará cargo de las obligaciones de su familia.

-Disculpe, lady Hamilton, este no es momento para este tipo de conversaciones, y si me disculpa.

Andrew le hizo una reverencia y se marchó del lugar sin dejar a la dama seguir la conversación. No tenía ni idea de quién era y no le había gustado ni el interrogatorio ni cómo observaba a Clara.

Clara sintió curiosidad por las damas, al parecer conocían a Andrew y lo que más le causó curiosidad fue que Andrew no la presentara.

Luego de dar un recorrido en la galería de arte, Clara le pidió a Andrew que necesitaba sentarse unos minutos.

-¿Estás cansada, amor mío?

-Aún no me acostumbro a estos zapatos, es todo.

-Si quieres nos podemos ir ya.

Clara negó con la cabeza, quería seguir viendo.

-Quiero seguir disfrutando de la visita, es solo un momento y quiero ver la exposición de momias y tesoros egipcios -le dijo ansiosa.

Andrew la llevó a un banco y se sentó junto a ella.

-Andrew, ¿quiénes eran esas damas?

Andrew suspiró.

-No sé quiénes son, dicen conocer a mis padres, por lo que me dijo parecía que sí, en realidad no recuerdo a los amigos de mi familia.

-¿Qué fue lo que sucedió en tu familia?

-Clara, ahora no quiero hablar de eso. Por favor.

La expresión de Andrew se endureció.

Clara bajó la mirada y empezó a jugar con la falda del vestido. Andrew notó que la había hecho sentir mal.

-Preciosa, te prometo que antes de casarnos te voy a hablar de lo que sucedió en mi familia. -Andrew le tomó la mano, la llevó a su boca y le besó la palma-. Aún es doloroso para mí.

-Andrew, si no lo quieres hablar no lo hagas. Es solo curiosidad.

-Debes conocer todo de mí, así como yo quiero conocer todo de

ti.

-Mi único secreto ya lo sabes.

Luego de retomar el recorrido por el museo un par de horas más, se anunció que el museo estaba pronto a cerrar por lo cual se dispusieron a salir de ahí, luego del museo Andrew llevó a Clara a comer un helado.

Verla con las mejillas sonrojadas y sonreír cada vez que lo saboreaba hacía que a Andrew se le hinchara el pecho de amor, ver a su amada comportarse como una niña lo llenaba de ternura y se arrepentía de esos dos años que había permanecido alejado de ella por temor al rechazo, ella era su felicidad y su luz después de tanta oscuridad.

Mientras daba un recorrido por el museo con su hija en busca de algo que le pudiera interesar, a lo lejos observó un rostro conocido. Era idéntico al duque que había sido su amor, si no supiera que estaba convaleciente y viejo hubiera jurado que era él, recordó su época de juventud, era una muchachita de dieciséis años cuando se enamoró de él, lo había visto de casualidad en una actividad realizada en Richmond Manor, estaba ilusiona por ser presentada en sociedad para que los presentaran, ya que el duque siempre asistía a esas actividades con su mejor amigo, incluso se lo propuso a su madre que encantada lo haría, su padre no había sido un buen hombre pero su madre siempre había sabido cómo convencerlo.

Lamentablemente, su presentación en la temporada social no llegó, su madre murió un año antes de su presentación y su padre se encargó de venderla a un viejo gordo y asqueroso que solo la usaba para satisfacer sus necesidades carnales hasta que murió; cómo disfrutó cuando el maldito murió de un infarto por andar metido en camas ajenas, aunque fingió estar muy ofendida por ello, más que prácticamente las había dejado en la ruina, al no tener un hijo varón que heredara su título y lo que quedaba de fortuna y las propiedades, paso a manos de su primo Walter Hamilton, lo que no había resultado tan mal, ya que el nuevo vizconde de Marchester la

había tomado de amante y como su protegida, ayudado con la crianza de sus hijas, lo único que lamentaba es que era un mezquino y tacaño, vivían muy limitadas por lo que ideó casar a sus hijas con caballeros de un buen título y abundante fortuna, había tenido éxito con su primer hija, un barón con una gran fortuna la aceptó sin dote, más bien él le había pagado muy bien por su hija, la segunda había resultado una malagradecida y huyó con uno de los lacayos, deseó que muriera de hambre por fijarse en una basura de esas, su tercer hija había resultado muy ligera de faldas y se revolcaba con cuanto hombre quisiera, aunque debía admitir que sabía sacarles el provecho ya que la llenaban de regalos finos, y su cuarta hija, Rosalía, ya estaba en la edad de casarse y que mejor con un heredero de duque, con el hijo del hombre que había amado, lo siguió de cerca y cuando tuvo la oportunidad lo abordó, tenía que verlo de cerca y cerciorarse que era él, y así fue.

Margaret Hamilton empezó a idear el plan perfecto para efectuar su mejor caza, por lo que empezaría a averiguar quién era su acompañante y buscar la forma de apartarlo de su lado, ya luego se encargaría de que comprometiera a su hija para que no pudiera escapar de casarse con ella.

Capítulo 14

Cuando Andrew y Clara llegaron nuevamente a la casa de los Beckham, Nicolás los recibió con una sonrisa, Sebastián le había dado órdenes implícitas sobre atender a Andrew y Clara.

-Bienvenidos, cuando lo soliciten le será servida la cena.

-Gracias, Nicolás -le respondió Andrew.

-Nicolás, ¿todo está en orden? -le preguntó Clara.

-Sí, Clara, sabes que puedes confiar en mí, así que sigue disfrutando de tu día.

Clara le sonrió y Nicolás se retiró a la cocina.

-Te tiene mucho aprecio -confirmó Andrew.

-Sí, hemos compartido muchas cosas desde hace dos años, al principio solo éramos Nicolás, Michael, el cocinero y yo.

-Eso debió de ser agotador. ¿Extrañarás esta casa cuando nos casemos?

-Mucho y extrañaré pasar tiempo con Katherine y a Nicolás.

-Sabes que podrás visitarlos cuando quieras.

-Lo sé, Andrew, y más te vale que así sea.

Andrew la besó en la frente.

-Así será -le aseguró-. ¿Cenamos ya?

-Me gustaría darme un baño primero y quitarme estos odiosos zapatos.

-En ese caso sube, princesa, le pediré a Nicolás que alisten el baño y de paso pediré que nos suban la cena. ¿A tu habitación o a la mía?

Clara se sonrojó.

-Amor mío, ya Nicolás debe de sospechar.

-A la mía -susurró.

Andrew sonrió, le dio un suave beso en los labios y se marchó a la cocina en busca de Nicolás.

Luego de que Clara le diera indicaciones a Rosaura para que

preparara el baño y dejara todo dispuesto, esta se retiró, Andrew entró unos minutos después con una bandeja llena de comida.

-Nicolás insistió en traerla, le dije que no se molestara.

-Es parte de su trabajo, usualmente él es quien sube las bandejas de comida.

-Lo sé, pero yo no tengo ningún problema en traerla ya que venía para acá. -Puso la bandeja sobre una mesa-. Regálame unos segundos, ya regreso.

Clara asintió.

Cuando Andrew regresó a la habitación ya se había quitado la chaqueta, el pañuelo y el chaleco solo llevaba la camisa de lino blanca, y observó a Clara que estaba comiendo un poco de pan de la bandeja.

-Mi amor, pensé que ya estarías en la bañera.

Clara le sonrió avergonzada.

-No puedo quitarme el vestido, los botones están en la parte de atrás -le indicó con la mano.

-Ven, princesa. -Andrew se acercó a su espalda y empezó a quitarle los botones-. Ya entiendo por qué dependen de la ayuda de una doncella.

-En realidad mis vestidos son más sencillos y se abrochan adelante.

-Soy testigo de eso, son muy beneficiosos, debes pensar en una buena doncella para cuando nos casemos, aunque yo podría encargarme de desvestirte como lo hace Sebastián con Katherine.

Clara se sonrojó y escuchó el susurro de la tela caer al suelo. Seguido Andrew le aflojó las tiras del corsé y le soltó las ballenas dejándolo caer, la tomó en brazos y la llevó a la cama en donde la sentó.

-Realmente eran tan molestos esos zapatos. -Sonrió al ver que Clara ya se los había quitado.

-Aún no me acostumbro a ellos.

Andrew le quitó las medias y les dio un suave masaje a sus pies haciendo que Clara suspirara de alivio y satisfacción.

Minutos más tarde Andrew la desnudó y la llevó hasta la bañera dejándola ahí. Clara sintió la calidez del agua abrazar su cuerpo. Andrew se colocó a su espalda y quitó las horquillas de su cabello dejándolo caer por la espalda de ella, luego se quitó la ropa y se metió tras de ella, la abrazó y le dio suaves besos en el cuello. Clara apoyó su cabeza en el hombro de Andrew y se dejó llevar por la pequeña sensación que recorría su cuerpo.

Luego de que ambos se bañaron, se colocaron una bata y se dirigieron al dormitorio.

-Creo que la cena ya se enfrió, duramos más de lo esperado con el baño -le dijo Andrew cuando se acercó a la mesa.

-El baño ha valido la pena -le dijo Clara situándose frente a la chimenea para secar el cabello.

Andrew sonrió ayudándola a sentarse en la alfombra.

-Puedo decirle a Nicolás que la caliente.

Clara negó con la cabeza.

-Así está bien, de todas formas, eso se puede comer frío.

Andrew se sentó junto a ella y disfrutó de darle pequeños bocados de comida a Clara en la boca, y la besó cada vez que en sus labios había resto de comida, mientras ella secaba su cabello.

Ambos no podían evitar sentirse tan feliz juntos, compartiendo aquellos momentos de intimidad. Clara sentía que estaba soñando y Andrew había descubierto que para él sí existía la felicidad después de todo y estaba ahí junto a ella, a la mujer que amaba.

Cuando la cena terminó ambos se tumbaron en la cama. Andrew la atrajo hacia sus brazos y la apretó con fuerza a su pecho.

-No quiero marcharme.

-Yo no quiero que lo hagas.

Andrew la besó suavemente en los labios.

-Un mes, amor mío, máximo dos meses.

-¿Para qué?

-Para casarnos.

-¿No es demasiado pronto? Le prometí a Katherine estar con ella en el nacimiento del bebé.

Andrew negó con la cabeza.

-No pienso estar más tiempo separado de ti, y por Katherine no te preocupes, ya que podrás acompañarla, si es necesario cuando llegue el momento nos alojamos aquí.

-Me preocupa tu familia.

-Clara, ya hablamos de eso, no me importa lo que piense mi familia.

Andrew colocó a Clara abajo de él.

Clara lo besó.

-Amor mío, quiero permanecer a tu lado por el resto de mi vida.

Andrew la besó con besos suaves, mientras con sus manos desataba el nudo de la bata y la desnudaba, bajó su boca por su cuello hasta encontrarse con sus pechos, detenerse en ellos y besarlos. Clara movió sus manos y le quitó la bata y sintió su erección pegar con su vientre y un escalofrío recorrió por todo su cuerpo. Andrew la torturó con sus manos y su boca robándole suspiros y gemidos haciéndola llegar al éxtasis. Clara rodeó su cuello con los brazos.

-Hazme el amor, por favor.

-Encantado, amor mío.

Andrew la penetró suavemente mientras la besaba con dulzura, sus besos fueron aumentando, al igual que el movimiento de las caderas de Andrew, con cada penetración Clara suspiraba y gemía entre sus labios, hasta que la llevó nuevamente al éxtasis, segundos más tarde Andrew alcanzó su éxtasis y ambos quedaron rendidos en la cama, abrazados.

Regresar a caballo nuevamente a Hampshire no le resultaba muy buena idea, ya no tenía prisa por volver ni por encontrar a Clara como lo había sido camino a Londres, pero alquilar un carruaje tampoco le era agradable, así que emprendió su viaje, no habían pasado más de tres horas desde que se despidió de Clara y ya la echaba mucho de menos, pero sabía que en cualquier momento volvería a tenerla en sus brazos, aunque lo que más deseaba era tenerla justamente ahí en ese momento.

Había pasado la mejor semana de su vida, después del día que le dio su primer beso, aunque ahora era distinto, ya que la había hecho suya, había disfrutado esa sensación de hacerla vibrar en sus brazos y que ella le suplicara por más no solo con palabras, también con sus gestos y su cuerpo, nunca imaginó que Clara fuera la mujer que era, la había visto comportarse como una niña, llenándolo de ternura pero también era una mujer llena de pasión en sus brazos, sencillamente ella era todo lo que él necesitaba, su luz en la oscuridad, una mujer que lo amaba, que no dudaba en entregársele en cuerpo y alma. Andrew también disfrutaba de su sonrisa y su negación por los cotilleos o el escándalo que podía ocasionar su relación, simplemente ella era la mujer de su vida y ahora que la tenía no pensaba perderla nunca. Si seguía pensando en ella iba a dar vuelta a su caballo e iba a regresar con ella.

Pero primero lo primero, y en ese momento tenía que regresar a Hampshire a solucionar todo con su padre y así poderse casar con Clara lo más pronto posible, y si las cosas seguían bien con su padre, le pediría ayuda para que le consiguiera una licencia especial para poderse casar cuando quisiera. Supuso que ya su padre estaría mucho mejor de salud y hasta esperaba encontrarlo ya de pie, ya que sus pulmones estaban reaccionando muy bien. Aunque a Andrew lo que más le preocupaba era saber si su padre iba a aceptar a Clara, sabía que su madre no iba a poner ningún impedimento, pero su padre sí y no quería echar a perder su relación ahora que por fin su padre estaba volviendo a ser quien era antes de la muerte de su hermano, aunque también estaba el riesgo de que volviera a ser el ogro sin corazón que era con él. Andrew aceleró el paso de su caballo para llegar más rápido a su casa, para darle las buenas nuevas a su madre y obtener respuestas.

-¿Quién iba a decir que te volvería a ver sonreír de esa forma?

Katherine entró a su habitación y observó a su amiga tarareando una canción mientras ordenaba sus vestidos.

-¿Qué cosas dices, Kathy?

-Es solo lo que veo y lo que veo es que estás feliz.

-Bueno, no puedo negarlo, aunque aún tengo miedo.

-Descuida, Clara, verás que todo resultará de maravilla, total no eres la primera en casarte con un noble sin poseer una posición social.

-Sí, pero no quiero que Andrew, yo o nuestros hijos suframos las consecuencias.

-Algo nos inventaremos, hablaré con mi madre. -Katherine se sentó en un sofá-. ¿Cómo les fue en el museo?

-De maravilla, Andrew es la mejor compañía, me explicaba con detalle sobre lo que le preguntaba y pude ver una exposición egipcia.

-Ha de ser un conocedor y eso me alegra, siempre te ha gustado.

-Sí, sabe mucho de arte y esculturas.

-Veo que es un hombre magnífico.

-Lo es, no tengo dudas de eso. -Clara sonrió.

-Cuando lo conocí pensé que era un libertino de los peores, pero luego de que te conoció y lo conocí como el amigo de Sebastián, me di cuenta de que no era un mal hombre.

»Aunque debo admitir que me enfadé mucho con él cuando se fue al extranjero, si hubiera sido por mí no hubiera permitido que lo volvieras a ver, pero me di cuenta de que ambos se amaban y no deben estar separados.

-Ambos fuimos tontos, pero siento que este distanciamiento solo sirvió para darnos cuenta lo que realmente sentimos el uno por el otro.

-Muy cierto, Clara, ahora sabes que se pertenecen y no pueden estar separados.

-Sí. -Guardó silencio unos minutos-. Kathy, ¿conoces a Margaret Hamilton?

Katherine frunció el ceño y se quedó pensativa.

-Me suena, pero ahora no recuerdo quién es, ¿por qué?

-Ayer una mujer le habló a Andrew y le dijo que se llamaba así, creo que es viuda, no recuerdo el título, iba acompañada de una de

sus hijas, Andrew se mostró muy raro y frío y no me presentó.

-Serán esas cotillas, no te preocupes, igual le preguntaré a mi madre.

Clara asintió.

-¿Cuándo regresa Andrew? -le preguntó Katherine.

-Me dijo que en un par de días, aunque puede que un par de semanas según como esté su padre.

-Sabía que estaba muy grave, es una suerte que esté mejorando.

-Sí, lo es y por lo que tengo entendido la relación con su padre está mejorando.

-¿Sabes qué fue lo que sucedió en su familia?

Clara negó con la cabeza.

-Sé lo mismo que tú, que tiene una muy mala relación con su padre.

-Sebastián solo me ha dicho que es algo referente a la muerte de su hermano.

-Al parecer esa familia no volvió a ser la misma desde entonces.

-Si su padre ya hizo las paces con Andrew, eso es bueno, ya que les facilita las cosas.

Clara suspiró.

-¿Tú lo crees así?

-Sí, Clara, es un duque, su título está más arriba y debe hacer las paces con Andrew para que cuando herede el ducado sepa todo lo que debe saber.

Clara se dejó caer en una de las sillas que tenía cerca.

-¿Un duque?

-Sí, Clara, un duque, por cierto, cuando Andrew obtenga su título vas a estar más arriba que yo -lo decía sin importancia-. De momento si se casan vas a ser una vizcondesa, bueno, sé que Andrew no le da mucha importancia a eso y no usa el título nunca, pero su familia es muy influyente.

-¿Qué acabas de decir, Kathy?

Katherine siguió la conversación sin ponerle atención al rostro pálido de Clara.

-Que Andrew es el vizconde de Bathampton, supe que se había convertido en vizconde después de la muerte de su hermano, pero Andrew nunca le ha dado importancia al título y, como ya sabes, él ha vivido la mayor parte del tiempo en Norteamérica y ahí nada de eso es importante por lo cual no le ha hecho mucho honor, sí tengo entendido que heredó un par de casas o propiedades.

-Kathy, ¿estás escuchando lo que dices?

-Sí, ¿por qué, Clara?

-Porque para ti eso es absolutamente normal, para mí no, sabía que es vizconde, pero enterarme que también es heredero de un ducado es mucho para mí -le dijo con los ojos muy abiertos.

Katherine se encogió de hombros restándole importancia.

-Pensé que ya lo sabías.

-¡Dios, no! -Se levantó bruscamente de la silla-. No lo sabía y sabes lo que significa eso, Katherine, si por ser un simple vizconde tendrá un escándalo ahora al ser un duque, no puedo, Kathy, no puedo arruinar su vida o la de nuestros hijos.

Katherine chasqueó los dientes.

-Deja el drama, Clara, te casarás, ya lo verás.

Clara suspiró y se sentó nuevamente.

-La familia de Andrew lo solucionará al igual que le pediremos ayuda a mi madre, no te preocupes por eso. Además, cuentas con una excelente educación, ya que te comportas como toda una dama de sociedad al igual que yo o mejor que yo.

Capítulo 15

Aquella conversación con Katherine en la mañana no había sido favorable para Clara, ya que se pasó todo el día meditando la información, se encontraba algo preocupada y con costo había comido un par de bocados a la hora del almuerzo y no había comido más nada, no sabía qué podía hacer, ella realmente quería casarse con Andrew, se lo había prometido, incluso ya esta se había imaginado cómo podrían ser sus hijos, algo tonto pero que le hizo mucha ilusión ya que ella amaba a Andrew y quería tener una familia y un par de niños con él, ya que adoraba los niños. Luego de soltar un par de suspiros se dirigió al jardín para leer un rato, aprovechando la siesta que tomaba Katherine por la tarde, y desde que las dos muchachas se habían incorporado al personal, disponía de más tiempo libre. Al sentarse en uno de los bancos pensó por qué Andrew no había resultado ser un hombre normal y no un lord de tanto rango, algo así como Joan.

"Joan".

Clara recordó que le había prometido salir con él, pero en su situación actual ya no podía hacerlo y debía decirle que se había comprometido. Luego de otro suspiro pensó en cómo en cuestión de días su vida había cambiado y la verdad es que este nuevo cambio no le desagradaba, ya que al fin se sentía feliz con el hombre al que ella amaba.

Nicolás, quien la andaba buscando, dio un vistazo al jardín y la localizó perdida en sus pensamientos.

-Muchacha, deja de pensar tanto.

-Vaya, Nicolás, no te escuché llegar.

-Supongo que estás pensando en ese lord Bathampton, que se marchó esta mañana.

Clara sonrió y asintió.

-Me casaré con Andrew, Nicolás -le anunció.

-Me había parecido haber escuchado eso, pero no lo creía, felicidades, se ve que te hace muy feliz.

-Es un vizconde y heredero de un ducado, ¿estoy apostando muy alto, no lo crees?

-Nada de eso muchacha, ¿él te ama?

-Es el único motivo por el cual se casaría conmigo.

-Ya lo sabía, se le nota en la cara cuando te ve, sabes además de ti yo soy el que más se relaciona con todos en esta casa y verlos a ti y al él fue estupendo a pesar de que intentaban disimular, se nota que ambos están enamorados, así como se ven los patrones.

Clara se sonrojó.

-Sé cómo se ven Sebastián y Katherine y sí, se les nota lo enamorados que están, realmente me veo igual.

-Podría decir que más enamorada y él, bueno, su amor se desborda, pero ahora cuéntame quién es él, y qué hizo para merecer esa sonrisa.

-Qué cosas dices, Nico. -Dibujó una sonrisa soñadora en sus labios.

-Cuéntame, creo haberlo visto antes, pero no lo recuerdo.

-Lo más seguro, es el mejor amigo de Sebastián, aunque hace dos años después de la boda de Sebastián, Andrew se marchó Norteamérica, parte de su decisión fue por mi culpa, ya estábamos enamorados y yo no tuve el valor suficiente de confesarle que era una doncella cuando él me confesó su interés por mí.

-Ya veo por qué siempre te veías un poco triste desde que te conocí y por qué simplemente no le dijiste la verdad, ya que tú tenías sentimientos por él.

-En realidad, temía su rechazo, mira quién es y quién soy yo.

-Pero a él eso no le importa y ahora lo sabes.

-Ahora no, pero quién me asegura de que, en ese momento, sí.

-Bueno, en eso tal vez tengas un poco de razón, pero mira, dos años amándote, no creo que en ese momento te hubiera rechazado.

-Pienso que todo este tiempo nos demostró lo que realmente sentíamos.

-No estar lejos nunca más el uno del otro. -Nicolás soltó una carcajada-. Mira, Clara, no estoy tan viejo, pero te diré una cosa que aprendí, cuando uno ama no importa el tiempo, la distancia o la clase social, el corazón eso no lo entiende.

-Nicolás, dime por qué nunca te has casado.

-¿Quién dijo que no? Lo estuve, me enamoré como tonto de la hija de un conde y ella de mí, mi padre trabajaba como lacayo en casa de su familia y yo iba de vez en cuando recién cumplía los veinte, cuando la conocí, ella tenía diecisiete y la habían comprometido con un conde mucho mayor, ella rechazó el compromiso, pero igual debía casarse.

»Un día mientras visitaba a mi padre la encontré llorando en el jardín y me atreví a hablarle, fue amor a primera vista, desde ahí empezamos a vernos en secreto hasta que se fugó conmigo, nos casamos y nos fuimos a vivir a Worcestershire, ahí tenía una pequeña granja y ella era feliz, nunca se quejó por no tener los lujos con los que creció.

Nicolás tenía una mirada soñadora al hablar de ella y Clara sonrió.

-¿Qué sucedió, por qué no estás con ella?

Nicolás cambió la expresión de su rostro de felicidad a tristeza.

-Luego de cinco años por fin ella quedó embarazada, pensábamos que jamás íbamos a ser padres, pero sucedió, aunque la felicidad no duró mucho, el parto se complicó y duró más de veinticuatro horas, perdió mucha sangre y ambos murieron. Los perdí a los dos -dijo con la voz llena de tristeza-. No me arrepiento de los años que vivimos juntos, ya que fueron los mejores.

-Lo siento, Nicolás.

-Descuida, Clara, hablar de ella siempre me recuerda lo feliz que fuimos, aunque no me di cuenta de eso hasta que Sebastián me rescatara de la muerte, ya que después de que ella murió viví un infierno y me perdí en la bebida.

-Por eso le eres tan fiel y aprendiste a ser mayordomo.

Nicolás sonrió.

-Odiaba atender la puerta al principio y aún lo odio, lo bueno es que aquí no llegan tantas visitas -bromeó.

Clara soltó una carcajada.

-Sí, en eso tienes razón, Kathy es un poco antisocial además de que casi no tiene amigas, Sebastián sí es más social y tiene muchos socios, pero de igual manera prefiere no tener visitas.

-Son la pareja perfecta diría yo, y tú muchacha, como futura duquesa, ¿tendrás una vida social más activa?

-No lo creo, a Andrew no le gustan esas cosas.

-Solo te deseo mucha suerte y disfruta de cada momento junto a él.

-Gracias, Nico.

Le regaló una mirada llena de ternura.

-Ah, se me olvidaba, tu madre vino con una muchachita.

-¿Mi madre me está esperando?

-No, Sebastián la recibió, la muchacha está en la habitación que solicitó ayer.

-Oh, Nico, es Anne, mi hermana, debo cuidar de ella, de que no escape. ¿Me ayudarás? También debo enseñarle todo lo básico de una doncella.

-Será un placer poder ayudarte.

-Lo sé, vamos para presentarlos.

Andrew llegó por la tarde a la hacienda familiar en Hampshire, Richmond Manor. Luego de darle su caballo a uno de los lacayos, entró en la casa, en donde la señora Reid, el ama de llaves quien había estado con la familia desde que él recordaba, lo recibió con una enorme sonrisa en el vestíbulo.

-Milord, ya regresó, su madre estará muy feliz.

-Sí, señora Reid, ¿dónde está mi madre?

-En el salón del jardín, está tomando el té.

-Gracias, iré a verla.

Andrew se dirigió al pequeño salón del jardín, en realidad, el salón se situaba fuera de la casa, en medio del jardín oeste y fue

diseñado por su padre para disfrutar del té por las tardes, por lo que Andrew sabía que había sido un regalo cargado de mucho sentimiento. Se dirigió al pasillo que lo llevaba hasta ahí.

Marian observó a Andrew que entraba por la puerta y se dirigió a ella con una sonrisa y un cálido abrazo.

-Hijo, pensé que te demorarías más días.

Andrew negó con la cabeza, mientras besaba la coronilla de su madre ya que él era mucho más alto que ella.

Marian se separó de su hijo y lo observó detalladamente.

-Por tu sonrisa debo pensar que la muchacha te ha dicho que sí.

Andrew asintió ensanchando su sonrisa.

-Sí, madre.

Marian se sentó y le indicó a Andrew que la acompañara.

-Ven y cuéntame todo, Dorothy está por traer el té.

Andrew se dirigió al sofá junto a ella y sentó ahí.

-Bueno, madre, no resultó tan difícil reunirme con ella como creía, creo que el destino estaba de mi lado...

En ese momento Dorothy entró con el servicio de té, lo colocó en la mesa junto a unos bocadillos, sirvió una taza a la duquesa y luego a Andrew y se retiró.

-Fue un poco más complicado que me aceptara -prosiguió-, aunque luego de que le confesé mis sentimientos y mi propuesta de matrimonio, en un principio se negó.

-¿Acaso no sentía lo mismo por ti?

-Claro que sí, madre, me ama y por eso se negaba a casarse conmigo.

-No comprendo, hijo, ¿si te ama por qué se niega a casarse?

Andrew tomó un sorbo de té.

-Es un poco complicado, madre, teme a lo que pueda pasar.

-Andrew, sin rodeos, cuéntame qué pasa con esa muchacha.

-Madre, Clara es la doncella de Katherine y su mejor amiga desde niñas.

-Ya comprendo. -Bebió un sorbo-. Es una sirvienta y teme por el escándalo que se puede producir en la familia, ¿es eso?

Andrew se sorprendió al ver el rostro tranquilo de su madre.

-Sí, madre.

-De mi parte no veo ningún problema, puede que tu padre... -
Ladeó la cabeza y luego negó-. Sé que va aceptar a la muchacha apenas la conozca.

-¿Tú crees, madre? Ella teme al rechazo, sobre todo de vosotros.

-Hijo, por mí no debes preocuparte, ya convenceremos a tu padre, puede que se haga el difícil -le advirtió.

-Gracias, madre.

-No tienes por qué agradecer, hijo, mientras siga viendo esa sonrisa que hace mucho tiempo no veía, esa muchacha realmente vale la pena. ¿Aceptó casarse contigo?

-Sí, madre -anunció con una sonrisa.

-¿Cuándo la traerás a casa para conocerla?

-Hablaré con ella, bueno, le enviaré una carta para invitarla, le escribiré a Sebastián también para que la acompañen.

-Al parecer te hace feliz tenerla cerca de ti.

-Lo admito, no quería separarme de ella.

-Debes hablar con tu padre, aún no le cuentes la verdad -le aconsejó- bueno, sobre su origen, lo demás sí.

-¿Hasta cuándo debo ocultárselo?

-Hasta que la conozca, hijo, estoy segura de que esa muchacha se ganará su corazón.

Luego de la plática con su madre, Andrew subió a su habitación, quería darse un baño, ya que el viaje a caballo lo había dejado empolvado y olía a caballo, pero también quería ver a su padre, aunque su madre le había insistido en que descansara, ya que su padre estaba aún en cama y que no se preocupara, ya que se encontraba mucho mejor y en cuestión de días iba a estar como nuevo. Andrew se sintió feliz por la noticia, amaba a su padre y no quería perderlo aún, quería volver a unir los lazos que se habían roto con la tragedia y quería que en algún momento disfrutara de sus hijos. ¿Por qué estaba pensando en hijos en ese momento? Realmente le gustaría mucho eso, su familia junto a Clara, ver a sus

pequeños correr en el mismo lugar donde él solía jugar de niño con su hermano, dibujó una sonrisa tonta y soñadora, meneó la cabeza y se dirigió a llamar al servicio para que le prepararan el baño.

Se sentía tan feliz y dichoso que lo mejor era descansar luego del baño, ya luego enfrentaría a su padre, aún no estaba del todo seguro que su padre hubiese cambiado de opinión y siguiera siendo el mismo hombre que lo odiaba hacía un par de años. Aún no estaba seguro de qué versión de su padre lo recibiría.

Capítulo 16

Andrew despertó con los primeros rayos de sol filtrándose por su ventana, después de beber el té con su madre, Andrew se había encerrado en su habitación para tomar un baño y luego descansar, el sueño lo venció. Y no era para menos llevaba algunas noches sin dormir bien y no era que se quejara, ya que estaba encantado de perderse en el cuerpo de Clara, su amor, cuando la besó sabía que iba a ser adicto a ella y ahora que lo comprobó era su droga y quería consumirla por el resto de sus días.

Andrew no había sido un casto y desde que estuvo por primera vez con una mujer a los quince años no se cansó de probar mujeres, había sido un libertino y durante su estadía en Norteamérica había disfrutado de las norteamericanas. Después de que Victoria lo traicionara de la forma en que lo hizo, se juró no volver a sentir nada por una mujer y mucho menos pensar en sentar cabeza algún día, no le interesaba dejar descendiente tampoco, por lo cual pensó en dedicar su vida a probar nuevas mujeres cada vez que pudiera, solo una vez había tenido una amante, pero la mujer le salió más interesada de su título que de él e intentó atraparlo y casarse con él a base de engaños, por lo que la mandó directamente ahí donde el sol no brilla.

Andrew nunca se imaginó que una humilde muchacha de cabello rubio y ojos grises pudiera robar su corazón, con una sonrisa tímida y que esa muchacha se iba a convertir en su adicción, ya que estar con Clara Williams era viajar a otro universo, ella lo saciaba de tal forma que clamaba por más de su cuerpo, sus besos y sus caricias, ella no era experta, él había sido su primer hombre, su primer beso, su primer amante, su primer amor y único. Con ella había encontrado lo que no había encontrado ni con mil mujeres juntas; ella simplemente lo llenaba.

La puerta sonó haciendo a Andrew salir de su ensueño, estar

lejos de Clara lo estaba matando.

-Adelante -contestó.

-¿Dormiste bien, mi muchacho? -Marian se acercó a Andrew dándole un beso en la mejilla.

-Dormí más de lo debido, madre. ¿Por qué no me despertaste para la cena?

-Estabas agotado y pensé que lo mejor era dejarte descansar -se justificó.

-Gracias, madre, quería cenar contigo y ver a mi padre -dijo lo último casi en un susurro.

-Usualmente ceno con tu padre en la habitación y bueno, tienes mucho tiempo para hablar con él y por lo que sé hoy quiere bajar y que cenemos juntos.

-¿Está igual? Digo, ¿aún me odia?

Marian negó con la cabeza.

-No, ya dejó ese rencor de lado -le aseguró-, quiere verte e incluso saber quién es la muchacha. Ha estado preguntando por ti.

-¿Le hablaste de Clara? -preguntó con algo de preocupación.

Marian sonrió y se sentó junto con él, en la cama.

-Me preguntó por qué te habías ido tan pronto como regresasteis y le confesé que necesitabas conquistar el corazón de una muchacha.

-¿Có-cómo lo tomo?

-Está feliz y espera que le des nietos pronto.

Ambos soltaron una sonrisa cómplice.

-Amo a Clara, por supuesto que les daré nietos. -Se mostró pensativo por unos instantes-. ¿Unos diez les parecen bien?

Marian tomó las manos de su hijo.

-Me encantaría ver esta casa llena de niños.

-Bueno, aún no es seguro que vayamos a vivir aquí.

-¿Tienes algo más planeado?

-Estoy acondicionando mi casa en Londres. -La duquesa dibujó una sonrisa -. Katherine está embarazada y Clara ha sido su amiga desde niñas y al parecer no quieren separarse al menos hasta que

nazca el hijo de mi amigo.

-Bueno, ya luego la convenceré para que se venga para acá, dime, ¿hay mejor lugar que este para que crezcan sus hijos?

-Reconozco que es un lindo lugar, madre, ya luego veremos eso, ¡aún no me caso!

Marian soltó una carcajada.

-Andrew, te conozco y para el mes que viene ya estarás casado.

-Eso es lo que más deseo, madre.

-Baja a desayunar, te espero en el comedor y luego ve a ver a tu padre, y recuerda, que primero la conozca. -Le recordó.

Andrew besó la frente de su madre y ella salió de su habitación.

Luego de desayunar Andrew decidió ir a ver a su padre y luego escribirle a Clara y a Sebastián, la sola idea de que Clara estuviera ahí junto a él un par de días lo emocionaba mucho. Al llegar a la puerta de la habitación de su padre tocó la puerta suavemente después de pensarlo por unos minutos.

-Adelante. -Escucho la voz de su padre un poco más suave de lo normal.

Andrew entró en la habitación, se quedó en la puerta y dio un sutil vistazo a toda la habitación localizando a su padre sentado junto a la ventana.

-Es la única y aburrida diversión que tengo de momento, no te quedes ahí, acércate -le dijo su padre cuando lo vio.

Andrew caminó lentamente hasta llegar junto a su padre.

-Te vez feliz, muchacho.

Andrew estaba nervioso, su padre podía notar el brillo de su mirada.

-Un poco, padre.

-Pensé que te iba a costar más conquistar a la muchacha, ya que estabas en el extranjero, veo que no fue así. Siéntate y háblame de ella. -Le señaló la silla que estaba junto a él.

-Tienes la vista de casi todo Richmond Manor -le comentó al ver por la ventana.

-Por eso digo, mi única y aburrida diversión. -Sonrió-. Ahora, no

te lo guardes nada, dime quién es y por qué cayó tan rápido.

Andrew enmarcó una de sus cejas.

-Bueno, en realidad llevo sufriendo por ella dos años, la conocí unos meses antes de irme a Norteamérica. Es amiga de la esposa de Sebastián y me confesé antes de viajar y me rechazó, tenía miedo y aún lo tiene, pero al menos ya hablamos y he decidido casarme.

-Eso quiere decir que la muchacha ya te aceptó.

-Sí, bueno, no del todo, ella quiere saber qué opinan sobre ella.

-¿Y qué esperas para que la conozcamos, muchacho?

-Madre me pidió que la invitara a pasar unos días aquí.

-Me parece una muy buena idea, hijo, bendita tu madre, ahora quiero saber quién es esa muchacha que te hace sonreír así.

Andrew se sonrojó, no esperaba que su padre le dijera tal cosa.

-Le escribiré esta misma tarde, y puede que para la próxima semana ella esté aquí.

-Me parece muy bien, muchacho, y ahora debemos hablar sobre la herencia.

Andrew negó con la cabeza.

-Padre, yo te veo muy bien, creo que eso no es necesario.

-No, hijo -tomó su mano-, aún no pienso marcharme de este mundo, he estado pensando mucho y he decidido que tú te vayas haciendo cargo poco a poco de las propiedades y los negocios de la familia. Richmond tiene muchos arrendatarios y por todos estos años los he descuidado.

»El señor Carlos ha hecho un buen trabajo como administrador, pero hay muchas decisiones que no puede tomar sin mi opinión y en este momento no puedo trasladarme hasta donde ellos están, no estaba seguro de que te quedarás, y bueno supongo que ahora que piensas casarte te quedarás en Inglaterra.

-Padre, no sé qué decir, de momento no he pensado bien qué hacer, había decidido vivir con Clara en Londres, pero también tengo negocios en Bridgeport y debo viajar allá de vez en cuando. Y bueno, me haré cargo de todo lo correspondiente a Bathampton.

-Me alegra mucho escuchar eso y creo que puedes con todo,

tendrás la ayuda del señor Carlos y solo será de momento, ya luego podrás disponer de tu tiempo, en realidad mis responsabilidades no son tan grandes, siempre he tratado de mantener todo en orden en las propiedades y los negocios.

-¿Y cuándo debo iniciar con esa responsabilidad?

-Hablaré con el señor Carlos y los abogados para que todo quede a tu cargo, no durará más de dos meses en ponerlo todo al día.

Andrew soltó un suspiro, estaba pensando negarse.

-No estoy de acuerdo en hacerme cargo de todo, sabes que siempre he rechazado la herencia y todo lo que tiene que ver con el título de duque, pero me lo estás pidiendo y no lo voy a rechazar, y que quede claro, pienso casarme con Clara muy pronto.

Anthony esbozó una enorme sonrisa.

-Sé lo que se siente, y créeme, fue una tortura no poder casarme con tu madre cuando yo deseaba hacerlo de inmediato.

-Hablando de eso, padre. -Sonrió-. Necesito una licencia especial.

-Cuando nos reunamos con los abogados la consigo, pero dime, ¿para qué la necesitas?

Andrew se levantó y se apoyó en el marco de la ventana.

-Llevo dos años sufriendo por mi estupidez y la tozudez de esa mujer, así que no sé cuánto tiempo pueda soportar estar lejos de ella, pensaba casarme en dos meses como mínimo. Pero no sé si lo soportaré, así que quiero estar prevenido.

Le regaló una enorme sonrisa a su padre y no solo por el hecho de que estaba hablando de su futuro con Clara, sino porque hacía muchos años que no se sentía tan cómodo hablando con su padre, y el hecho de que apoyara su decisión y que quisiera hacerlo cargo de todo, lo hacía feliz, aunque a él en realidad no le importaba nada que su padre pudiera darle, era esa complicidad, la confianza y esa forma de sentirse a gusto lo que lo hizo feliz. Lo que extrañaba.

-Con la condición de que me des un nieto pronto, no me interesa si es niño o niña.

-Trabajaré en eso, padre, y créeme, me encantará. -Una sonrisa pícaro se dibujó en sus labios.

-No necesitas decírmelo, supongo que es hermosa.

-Lo es, padre, es la mujer más hermosa que pude conocer, tiene unos ojos hermosos y una sonrisa, bueno, toda ella. -Sonrió soñador.

-Recuerdo cuando me enamoré de tu madre.

-¿Algún día me lo contarás? -indagó.

-Claro que lo haré, es más, le diré a Marian que te la contemos juntos, también debes conocer su versión.

-Creo que me gustará, el salón es debido a ello, ¿verdad?

-Sí, ese salón representa muchas cosas, principalmente que ese lugar fue donde nos conocimos.

Andrew se quedó pensativo.

-Yo conocí a Clara en una cafetería, ¿la compro?

El duque rio.

-Yo lo hubiera hecho, pero no es importante el lugar sino el sentimiento.

Andrew le dio la razón.

Capítulo 17

Clara nunca imaginó llegar a sentir tanta felicidad como la que estaba sintiendo. Era común verla tarareando alguna melodía mientras entrenaba a su hermana, ayudaba a Nicolás o a las nuevas muchachas con algunos de los deberes de la casa. Cada día se hacía más la idea de estar casada con Andrew iba a ser lo mejor que pudiera sucederle, ya que él era el amor de su vida, nunca pensó que un hombre como él pudiera causar tantas cosas en ella con tan solo una mirada, pero así era, solo ver esos hermosos ojos verdes cargados de deseo la hacía estremecer.

Mientras Katherine tomaba su siesta, Clara aprovechó para acomodar la ropa de Katherine en el ropero, junto a su Anne, su hermana, y así irle mostrándole cómo hacerlo, en ese momento Sebastián entró en la habitación con un par de cartas en la mano.

-Clara, te llegó esto -le dijo con una sonrisa mostrándole la carta.

-¿Una carta? ¿Quién la envía? -preguntó con curiosidad.

-Toma y ábrela, así lo sabrás. -Clara tomó la carta y al ver al remitente sonrió-. No pierdas el tiempo, ve a leerla, yo cuido de mi hermosa esposa -le dijo mientras se acercaba a la cama.

Clara asintió, le indicó a su hermana que se retirara y ambas salieron de la habitación, se dirigió al jardín donde tenía su pequeño lugar especial para leer, tomó la carta, la oprimió en su pecho y recordó la anterior carta que había recibido de Andrew con un poco de nostalgia, luego rompió el sello sacando la hoja de papel, la desdobló y apareció la perfecta caligrafía.

Mi hermosa prometida:

He hablado con mis padres y ambos están muy ansiosos por conocerte, por lo cual me pidieron que te invitara a pasar unos días en Richmond Manor, en Hampshire, con nosotros, conmigo, he invitado a Sebastián y a Katherine también, no sé si ella pueda viajar, pero sé que es importante para ti que esté junto a ti en esos momentos. Ya que te dará seguridad.

Te extraño tanto, mi amor, muero por tus besos y tus caricias, de momento no puedo viajar, debo atender algunos asuntos con mi padre y las propiedades, por lo tanto, apenas esté todo solucionado viajaré para ir por ti y traerte a conocer a mi familia.

Ansío estar nuevamente contigo, mi preciosa.

Tuyo,

Andrew Miller.

Clara dibujó una enorme sonrisa y volvió a leer la carta un par de veces, no podía evitar sentirse nerviosa y ansiosa. El hecho de conocer a la familia de Andrew le asustaba mucho, aunque sabía que pasara lo que pasara Andrew no la iba a abandonar. ¿Si los padres de Andrew querían conocerla significaba que la aceptaban? Si era así, sería muy bueno, ahora solo faltaba que sus padres aceptaran a Andrew, sabía que su madre era fácil de ganar, ¿y su padre? Temió por Andrew cuando pensó en el cuchillo de su padre.

Clara se sumió en sus pensamientos hasta que escuchó la voz de Nicolás quien la llamaba.

-Lo siento, Nicolás, no te había escuchado.

-Me he dado cuenta, ¿noticias de tu prometido? -Le señaló la carta.

Clara asintió con una enorme sonrisa.

-Sí, su familia me ha invitado a pasar unos días en su casa.

-Esas son muy buenas noticias, por cierto, tienes visitas.

-¿Visitas? ¿Quién podría ser?

-Joan.

-Olvidé que le había prometido salir con él.

-¿Lo harás?

Clara negó con la cabeza.

-Eso fue antes de que Andrew pusiera mi mundo al revés, Joan tiene una pequeña esperanza de que yo lo acepte como pretendiente, así que debo decirle la verdad sobre Andrew.

-Eso me parece muy bien. -Clara se levantó-. Ve y si tienes algún problema no dudes en llamarme.

En esos dos años Nicolás se había convertido en un amigo incondicional para Clara y desde la última charla donde Nicolás se abrió con ella y le contó sobre su pasado ambos se habían vuelto mucho más unidos.

Clara salió del jardín y se dirigió al salón donde se encontraba Joan esperándola, al verla entrar, Joan se puso de pie y se acercó

para saludarla.

-¿Cómo estás, linda? -Le sonrió coqueto.

-¿Muy bien Joan y tú?

-Feliz ahora que te veo. -Clara intento sonreír-. Y ansioso por nuestra cita.

-Joan, respecto a eso...

-¿Hoy tampoco? -la interrumpió-. Me lo habías prometido.

-Lo siento, Joan, pero te dije que si me daban mis días libres saldría contigo y quedé en confirmarte.

-Dime qué debo hacer para que aceptes salir conmigo. -Se escuchó desesperado.

-Nada -respiró profundo-, me voy a casar, por eso no puedo salir contigo.

Joan se puso pálido y la observó sorprendido con la boca abierta.

Clara dudó, aun así, prosiguió.

-Hace unos días me comprometí.

-¿Quién es? -preguntó con un hilo de voz.

-Joan, por favor...

-Quiero saber quién es, ya que apenas hace una semana no te importaba nadie.

-Sí me importaba, es solo que no estaba en Inglaterra.

-¿Lo conozco?

-Creo que sí -titubeó-. Es el amigo de Sebastián, el mismo que nos ayudó aquella noche.

Katherine había sido secuestrada antes de casarse con Sebastián, solía salir a apostar disfrazada de hombre y una noche se negó a trabajar por unos matones y estos la secuestraron. Andrew y Sebastián junto a ella y Joan la habían rescatado.

-¿Un noble?! -rugió-. No lo puedo creer, Clara, ¿acaso te volviste loca? -le dijo alterado.

-Joan...

-¡No! -la interrumpió-. Llevo años intentando conquistarte y ahora viene ese bueno para nada a casarse contigo, si sabes que no lo hará y que solo te está utilizando, tomará lo que quiera de ti y

cuando se canse te dejará, isin casarse!, solo serás su amante, la que le calentará la cama.

-¡Calla, Joan! -chilló.

-Solo quiere tu virtud, bueno, si es que no la tuvo ya, créeme, él nunca se casará contigo, no eres más que su juguete, he visto muchas mujeres sufrir por eso, solo...

Clara levantó la mano y lo abofeteó, no entendía de dónde había sacado las fuerzas para hacerlo, pero no soportaba escucharlo más, en ese momento entró Nicolás.

-Joven, creo que ya debería retirarse -le dijo Nicolás muy serio.

Joan fulminó a Clara con la mirada, mientras llevó su mano a la mejilla para frotársela.

-¡Maldición, Clara! Yo te amo, te podía dar una familia y muchas cosas más, quería que fueras feliz junto a mí, ya no vales la pena, estás arruinada y... -escupió las palabras con desprecio.

-O se retira o lo sacaré a la fuerza. -Nicolás se acercó a él en forma amenazante-. Asegurándome de dejarle algún hueso roto.

Joan le lanzó una mirada asesina y caminó junto a Clara.

-Te arrepentirás cuando te abandone -le susurró y caminó a la entrada de salón-. No necesito que me acompañe, conozco el camino. -Se retiró. Nicolás lo siguió, ya que era el único que podía abrirle en ese momento, aunque no dudó que el muchacho lo hiciera él mismo.

-Muchacho, te aconsejo que te alejes de Clara -le advirtió Nicolás.

-Si tanto la quiere, aléjela de ese bastardo, solo la hará sufrir. Nicolás le abrió la puerta y le mandó una mirada asesina.

Cuando Nicolás entró nuevamente al salón, Clara estaba situada en el mismo lugar, donde minutos antes había enfrentado a Joan, estaba llorando, Nicolás se acercó a ella y la abrazó, Clara hundió su rostro en su pecho.

-Tranquila, pequeña.

Clara sollozó.

-Tengo tanto miedo -balbuceó.

-¿A qué le temes?

-A que Andrew no quiera casarse conmigo, que me abandone y que....

-No le hagas caso a lo que te dijo ese hijo de puta, Andrew te ama, se nota y te lo demostrará.

-Joan tiene razón, yo solo soy una sirvienta y él es el heredero a un ducado.

-Pequeña, todo va estar bien, no hagas caso. No te atormentes - le aconsejó.

Clara sollozó nuevamente, Nicolás la dejó llorar en su pecho, minutos más tarde se tranquilizó.

-¿Cómo te enteraste? -Nicolás sirvió un vaso de agua y se lo dio a Clara.

-Anne me lo dijo, vino a buscarte y lo escuchó, así que fue a buscarme. Estaba muy asustada.

-Anne aún no sabe de Andrew.

-Descuida, es tu hermana y sé que no te juzgará.

Clara suspiró.

-Tengo tanto miedo.

-Es normal, Clara, pero si él no te tomara en serio o no te amara, no te llevaría a conocer a su familia, eso cuenta y mucho.

-¿Lo crees?

-Claro, ese hombre te ama. No hay dudas de eso y no solo lo veo yo, también los señores. -Nicolás la ayudó a levantarse-. Ve, lávate la cara y descansa un poco, yo me encargo de todo.

Clara asintió y se retiró a su habitación, la cabeza le daba vueltas pensando una y mil cosas que la atormentaban.

Minutos más tarde Anne entró en la habitación de Clara y la encontró acostada en la cama en posición fetal, se aproximó a ella y le quitó el cabello de la cara con una suave caricia.

-No sé qué está sucediendo, y sé que no soy Katherine, pero si lo necesitas, puedes confiar en mí.

Clara alzó la vista a su hermana, la cual la observaba con preocupación, ella tenía los ojos rojos y le ardían de tanto llorar.

-Gracias, Anne, y gracias por estar aquí.

-No tengo más alternativa, tú y mi madre me encerraron en esta casa -bromeó.

Clara suspiró y luego dibujó una pequeña sonrisa.

-No te encerramos, solo cuidamos de ti, era muy peligroso ir a un lugar desconocido tú sola.

-En eso tienen razón, pero ¿y si no vuelve?

Clara se enderezó y se sentó junto a su hermana.

-Aún eres muy niña para entenderlo, pero si Paul realmente te ama, regresará por ti, aunque pase un mes o un año.

-Lo mismo me dijo madre, pero tengo miedo, ¿y si encuentra a alguien más allá? ¿O si yo lo olvido?

-Si es verdadero amor volverá. -Clara pensó en ese momento en Andrew y que a pesar de haber pasado dos años su amor era más fuerte que al principio-. Y si no lo hace o tú lo olvidas, significa que no era el correcto.

-Clara, ¿quién era ese muchacho?

-Alguien que tenía esperanzas de casarse conmigo.

-Te estaba hablando muy feo, yo iba a hacerte una consulta, y al escucharlo me asusté.

-Gracias, Anne, por buscar a Nicolás.

-¿Por qué te hablaba así? -Quiso saber.

-Porque estoy enamorada de otro hombre y no de él.

-¿Ese otro hombre está enamorado de ti? -La observó con sus grandes ojos tan parecidos a los de ella.

-Sí, desde hace dos años y, a pesar de la distancia y la separación, volvió por mí. Por ello te digo que si Paul te ama, volverá.

Anne abrió los ojos.

-¿Dos años? Eso es mucho, yo no podría.

Clara asintió.

Desde que Clara se había mudado con Katherine había tenido poco contacto con Anne. Su hermanita ya había crecido y pronto sería una mujercita, aun así, conservaba su inocencia y la curiosidad

que siempre la caracterizaba y en ese momento hablando con ella pudo notar cómo pasaba de ser una mujer madura a una niña curiosa. La niña que se había enamorado ya y la mujer que temía por que no fuera real.

-Sabes una cosa, él no sabía que yo también lo amaba y aun así regresó a buscarme.

Anne suspiró.

-Aún no sé si Paul me ama, sé que habló con padre y bueno, nos hemos besado, también sé que soy una niña para él y sé que hay cosas que yo aún no puedo hacer con él y otras mujeres sí.

Clara sonrió sorprendida.

-Anne, ya llegará el momento en que lo puedas hacer esas cosas y no eres tan niña, ya tienes dieciséis, eres una muchachita hermosa y créeme, Paul sabrá esperar, ¿y cómo es que sabes de eso?

-Lucrecia me dijo que ella y su novio -se sonrojó- se tocaban y su novio le besa los pechos y que si yo quería que Paul siguiera conmigo debía hacerlo, pero Paul me dijo que aún era muy niña.

Clara se exaltó.

-Lucrecia es mucho mayor que tú. ¿Hablaste de eso con Paul?

-No, bueno sí, le dije que el novio de Lucrecia le hacía eso y le pregunté por qué él no lo hacía conmigo, él me dijo que aún no era el momento. -Anne bajó la mirada avergonzada.

Clara sonrió.

-Pequeña, Paul solo quiere respetarte y sabrá esperar y tú también debes hacerlo.

En ese momento Katherine entró en la habitación.

-¿De qué hablan? Clara, te estaba buscando y Nicolás me dijo que estabas aquí.

-Anne me estaba hablando de su novio y pasó algo, en un ratito te cuento.

Katherine se sentó junto a ellas sosteniéndose el vientre.

-Anne, puedo saber quién es tu novio. -Quiso saber Katherine.

-Es uno de los hijos de Peter, el carnicero, Kathy -le dijo Clara.

Katherine se quedó pensativa.

-¿Peter, el carnicero? Recuerdo a uno de sus hijos, era muy guapo y pelirrojo.

-Supongo que a Patrick, el mayor de los hijos de Peter.

-Él se casó hace un año y, recientemente, se fueron a vivir a Escocia con sus abuelos, ni Patrick ni Paul quieren ser carniceros -les dijo Anne.

-Por eso temes que Paul se quede allá.

Anne asintió con la cabeza.

-¿Qué edad tiene Paul?

-Veinte.

-Sabes, Anne, Sebastián va necesitar un ayuda de cámara pronto, qué te parece si le dices a Paul cuando regrese si quiere trabajar aquí. Nicolás le puede enseñar un poco y así estará junto a ti.

Anne dibujó una enorme sonrisa en su rostro.

-Sí, se lo diré, aunque no sé cuándo vuelva o si va volver -susurró lo último.

-Lo hará, Anne. -La tranquilizó Clara-. Paul habló con padre para pedirle permiso de cortejarte antes de irse.

-Si es así, ten por seguro que volverá -le aseguró Kathy.

Anne asintió y sonrió.

-Gracias.

-Clara, ¿qué paso?, ¿estuviste llorando? -Clara aún tenía los ojos rojos.

-Vino Joan y, cuando le dije que me casaría con Andrew, me dijo muchas cosas y que Andrew no se casaría conmigo por ser un noble y solo me usaría.

-¡Pero este maldito qué se cree! -Katherine se exaltó.

-Kathy, tranquila, Clara lo abofeteó y Nicolás lo sacó, lo escuché gritar y busqué a Nicolás, por suerte estaba cerca.

-¡Bien!, se salvó que no estaba cerca, si no lo hubiera golpeado.

Anne las observaba la una a la otra.

-Kathy, estás embarazada -le recordó Clara.

-Cierto, igual puedo levantar cualquier cosa y golpearlo, cómo se

atreve a decirte eso, cierto que Andrew no fue un santo, pero está enamorado de ti y si te prometió matrimonio es porque se casará contigo, eso tenlo por seguro y que sea un conde o un duque eso no se lo impedirá.

-¿Quién es Andrew y cómo es que te casarás? -preguntó Anne.

-Andrew es el chico del que te hablé, él regresó y me pidió matrimonio.

-¿Y es un noble? -Abrió los ojos.

-Eh... -titubeó-. Es un vizconde y bueno, un futuro duque.

Anne se levantó de la cama y se paró frente ellas.

-Clara, ¿serás una duquesa? ¿Vuestros padres ya lo saben? -La señaló con el dedo índice.

-Madre sabe que es un noble, y bueno, Andrew irá a hablar con ellos luego.

Anne se sentó nuevamente.

-Andrew es amigo de Sebastián, conoció a Clara unos meses antes de mi matrimonio y se enamoraron, ambos temían no ser correspondidos por eso se mantuvieron alejados, hasta que Andrew sacó valor y buscó nuevamente a Clara y esta boba le contó su origen.

-Wow, qué lindo. -Dibujó una enorme sonrisa-. ¿Por qué tienes miedo?, si él te acepta no hagas caso a lo que diga ese sujeto tan desagradable. -Hizo un mohín.

Katherine y Clara sonrieron.

-Clara, me dijo Sebastián que Andrew nos invitó a pasar unos días en la hacienda de su familia en Hampshire.

-Sí, sus padres quieren conocerme.

Katherine se levantó ansiosa de la cama.

-Mañana iremos donde la señora Clarit -le anunció.

-Katherine, no, ya tengo muchos vestidos.

-Vas a conocer a tus futuros suegros. Anne, tú también irás.

-Kathy...

-Creo que con dos vestidos es suficiente, debes de estar preparada para alguna cena formal, y para alguna otra actividad. -

Siguió parloteando.

-Katherine, ¡¡¡suficiente!!!

Capítulo 18

Andrew y Anthony se habían reunido muy temprano con el administrador y los abogados. Aunque el duque aún no podía darle el título sí podía darle la potestad sobre las propiedades, ya que Andrew era el heredero. La reunión no había sido muy agradable, ya que los abogados se negaban a que Anthony lo hiciera, debido a que Andrew había estado en el extranjero durante mucho tiempo, no obstante, el señor Carlos, el administrador, estuvo de su parte y les recordó que nadie mejor que Andrew para que se hiciera cargo de todos los negocios debido a que el duque, por su salud, no podría, y durante los anteriores dos años fue necesario, ya que los arrendatarios siempre habían contado con su presencia.

-Mi lord, ¿se da cuenta de todas las responsabilidades que hay referente a Richmond? Las tierras son muchas y no solo son las tierras o los hacendados, también tiene responsabilidad con otras propiedades y los negocios familiares -le dijo uno de los abogados a Andrew.

-Sobre las propiedades y los hacendados es solo cuestión de ponerme al día y sobre los negocios yo tengo mis propios negocios, así que no es ninguna novedad para mí -le contestó Andrew.

-Sobre las tierras yo le ayudaré, ya que me he hecho cargo todo este tiempo -intervino el señor Carlos.

-¿Y la fábrica?

-No estoy al tanto sobre la fábrica, pero creo que ustedes sí, principalmente usted, señor Tacher. -Centró su atención en el-. Me gustaría mucho que me pusiera al día de todo, ya que tengo entendido que usted maneja las finanzas del lugar.

El duque sonrió ante el comentario mordaz de su hijo y la cara de ofensa del abogado.

-No dudo que mi hijo tenga la capacidad para hacerse cargo de todas las responsabilidades, me ha demostrado que puede salir

adelante solo y vosotros han sido testigos, ya que Andrew hace mucho no retira su fideicomiso y ha sido quien mantiene al día lo del negocio ferrocarril.

-Es cierto, milord, ¿pero si decide marcharse nuevamente? - protestó.

-Señor Tacher, mi hijo se casará pronto y por el bien de mi futuro heredero va sacar adelante todas las responsabilidades referentes a Richmond. -Anthony tenía un tono de voz brusco, ya estaba cansado de tanta negativa del abogado.

-Disculpe, milord, no estaba informado de eso.

-No tenía por qué estarlo -replicó-, aun así, ya lo sabe, como ya sabe que Andrew es quien se hará cargo de todo de ahora en adelante y quien ponga en duda las capacidades de mi hijo será despedido inmediatamente.

Todos los hombres asintieron con la cabeza.

Luego de que los abogados le dejaran un par de documentos y tomaran nota de algunas peticiones, entre ellas el certificado de matrimonio para Andrew, se despidieron, confirmando una pronta visita para finiquitar otros detalles.

-Señor Carlos, ¿cómo está el asunto con las propiedades? - preguntó Andrew.

-Milord, últimamente ha habido algunos contratiempos.

-Llámame, Andrew, y cuéntame cuáles contratiempos.

-Sí, mi..., Andrew, como ya sabía, los arrendatarios se dividen entre cultivadores y productores los que tienen animales, tuvieron una pérdida, hace un mes hubo un incendio y muchos de los arrendatarios perdieron animales, además de sus casas, poco a poco se les ha ayudado, pero no tienen el dinero suficiente para comprar más animales.

Andrew estaba pensativo.

-¿Cuántas familias fueron?

-Aproximadamente seis familias, no son muchas, pero sí muy numerosas.

-Yo le pedí al señor Carlos que les ayudara a reconstruir sus

hogares, aunque no hemos resuelto nada con los animales perdidos -le comentó Anthony.

-Me gustaría ver a esas familias para ver qué se puede hacer, también se me ocurre ofrecerles un préstamo o un negocio.

-¿Cómo que se te ocurre, hijo?

-Bueno -se quedó pensativo-, ya que ellos producen animales comestibles y sus derivados, se les puede prestar el dinero y ellos van a proveer la finca hasta que salden la deuda.

-No es tan mala idea -reflexionó el señor Carlos.

-No, de hecho, los agricultores también lo pueden hacer, ya que van a tener ingresos fijos mientras Richmond Manor esté en funcionamiento, que es casi siempre.

Anthony analizó la propuesta.

-Me parece muy bien, solo es cuestión que ellos lo aprueben.

-Mañana saldremos temprano, señor Carlos, para poder ver las propiedades y hablar con la mayoría de los arrendatarios y así conocerlos.

-Claro, Andrew, me gustará presentarlo a los arrendatarios. Por cierto, felicidades por su compromiso.

Andrew conversó toda la tarde con su padre, le habló de sus planes en Londres, de los negocios que había adquirido, tanto ahí como en Norteamérica, de la naviera y de cómo había vivido estos dos años en Bridgeport, a su padre le pareció muy interesante el negocio de la naviera y a ambos se les ocurrió que podían darles una oportunidad a los arrendatarios importando sus productos según la producción. Debía admitir que su padre también era bueno para los negocios.

A la mañana siguiente, muy temprano Andrew salió junto con el señor Carlos para hacer un recorrido por las tierras y visitar a los arrendatarios principales a los que en ese momento estaban pasando una situación complicada; el señor Carlos se tomó el tiempo para ir explicándole cada detalle de sus tierras y en varias ocasiones se detuvieron, incluso le mostró un atajado para llegar a una cabaña abandonada que se encontraba muy cerca del río. Andrew examinó

la cabaña y pensó que sería bueno repararla, pero primero se lo consultaría a su padre. Luego de pasar toda la mañana haciendo el recorrido, una de las familias se mostró muy feliz y agradecida con Andrew por sus ideas para mejorar su condición, y los invitaron a almorzar.

-Joven, qué rápido pasa el tiempo, recuerdo cuando era un niño -le dijo una señora de avanzada edad que se encontraba en la casa-. Es idéntico a su padre en esa edad.

-Mi madre -le dijo el sr. Robinson a Andrew-, Ana Robinson.

Andrew se acercó a la señora y la saludó.

-Mucho gusto, señora -intrigado, preguntó-. ¿Me conoció de niño?

-Sí, fui empleada de servicio en la casa de su abuelo por unos diez años cuando su padre era un jovencito de su edad y también trabajé un tiempo para su padre cuando aún eran unos niños.

Andrew muy curioso se sentó junto a la señora.

-¿Aún me recuerda de niño?

-Oh sí, recuerdo las travesuras con su hermano, siempre robando las galletas de la cocina, aunque Rosa siempre las dejaba ahí para vosotros, ya que le recordaba a su madre cuando era niña.

-¿Mi madre? ¿Usted la conoció de niña?

-Oh no, yo no, pero Rosa sí, ya que era su sobrina y la llevó a vivir a su casa, cuando yo empecé a trabajar ya su madre era una muchacha muy bella y cautivó a su padre hasta que logró que lo aceptara. -La señora sonrió al recordarlo.

-No conozco mucho de la familia de mi madre, no sabía...

En ese momento el señor Robinson entró junto a su esposa y el señor Carlos.

-Madre, ya no atormentes al muchacho, milord, lo siento, desde que mi madre volvió a casa casi no habla con los demás, así que cuando vienen visitas suele hablar de más.

Andrew asintió con una sonrisa.

Después de almorzar con los Robinson y visitar un par de familias más, Andrew y señor Carlos regresaron a la finca y se reunieron en

el estudio junto a su padre, ahí charlaron de lo que había sido el día y de cómo los arrendatarios habían respondido sobre la propuesta de Andrew. Todos habían estado muy interesados y, después de tomar un par de copas de coñac, Carlos se retiró. Después de la cena, Andrew acompañó a sus padres a tomar el té en la terraza y recordaban los tiempos en que toda la familia se reunía ahí, usualmente su padre disfrutaba de un buen puro. Andrew recordó a la anciana que había conocido y decidió consultar a su madre por qué decía que su tía trabajaba ahí. Andrew solo sabía que sus abuelos habían muerto cuando su madre era una niña y que había sido criada por un familiar.

-Madre, hoy conocí una anciana y me dijo que trabajó aquí hace mucho tiempo.

-¿Te dijo su nombre?

-Sí, la señora Robinson, Ana Robinson.

-Oh sí, la recuerdo.

-Me dijo algo sobre una tía suya, madre.

El duque y la duquesa se miraron.

-¿Qué te dijo, hijo? -preguntó Anthony.

-Bueno, en realidad no mucho, solo que ella dejaba galletas para que las robáramos en la cocina porque le recordábamos a ti.

-Hijo, ¿cuándo conoceremos a tu prometida? -lo interrumpió Anthony. Cambiando el tema.

-Pienso viajar en dos semanas o menos, quiero ponerme al día con el señor Carlos y estudiar un poco más todo sobre las propiedades, aunque tengo mucho tiempo para aprender.

-Sí, hijo, no pienso morir hasta ver a mis nietos hechos hombres de bien o hermosas damas.

-Quiero la casa llena de niños -comentó Marian.

-Bueno, aún es pronto hablar de niños, pero les aseguro que los tendré en cuenta.

-Por cierto, hijo, respecto a las propiedades de Bathampton, ¿cómo llevas ese asunto?

-Realmente nunca las descuidé, el señor Clinton se ha hecho

cargo de ellas, ya sabes, no son grandes ni nada comparadas con estas.

-Me comentó tu madre que piensas vivir en Bathampton Manor.

-Sí, sé que también lo podía haber hecho en la casa familiar, pero pensé que sería buen momento para superar el pasado y qué mejor con una nueva familia.

-Bien pensado, hijo, no podemos seguir lamentándonos por un triste pasado.

Después de que Clara recibió la carta de Andrew, anunciándole que sus padres la querían conocer y que pronto viajaría a Londres para ir por ella, Katherine no había desaprovechado la oportunidad para llevarla donde la señora Clarit y comprar no uno, ni dos, sino cuatro vestidos y además de eso le compró algunas otras cosas más, hasta Anne salió con vestidos nuevos de ahí, cosa que hizo que Clara se preguntara si su amiga tenía obsesión con los vestidos. Ese mismo día Katherine aprovechó para buscar algunas cosas en Bond Street para la habitación del bebé, que hicieran juego con la enorme cuna que les regaló Andrew, habían comprado algunas mantillas y sábanas y encargó algunos muebles, así como también aprovechó para comprar algunas cosas para ellas y, aunque la negativa de Clara siempre estuvo presente, Katherine insistió en que debía aprender a comprar algunas cosas ahora que se iba a convertir en la esposa de Andrew, ya que sería vizcondesa, cómo le gustaba torturarla recordándoselo, por lo que insistió en comprarle maquillaje, perfumes y demás cosas que aunque para Clara eran innecesarias, Katherine pensaba muy diferente.

Capítulo 19

Clara había despertado nuevamente con náuseas, por lo cual, en ese momento, estaba en el cuarto del baño sentada frente a un cubo de madera, cuando Anne entró en la habitación. Buscándola.

-Clara, ¿sigues enferma?

Clara se puso de pie, se dirigió al lavado, tomó un poco de agua para lavar la cara y enjuagar la boca.

-No sé, pensé que ayer había sido por la cena de la noche anterior, pero hoy nuevamente, lo extraño es que ayer por la tarde me sentía bien.

Katherine entró en la habitación y se dirigió al pequeño cuarto de baño a observar qué sucedía.

-Anne, necesito ayuda con el vestido, Sebastián salió temprano. - Observó la cara pálida de Clara-. Clara, ¿te encuentras bien?

-Está enferma, parece que algo en la cena le cayó mal, pero ayer estaba igual.

Katherine se acercó a Clara y le tocó la frente para verificar si no tenía temperatura.

-¿Te duele el estómago, o algo?

Clara negó con la cabeza.

-Solo son náuseas, Kathy, ya pronto me sentiré bien.

Luego de que Clara se vistiera, las tres mujeres se reunieron en la habitación de Katherine para que Anne pudiese ayudarla a vestir a Katherine, como esta se lo había solicitado.

-Clara, le diré a Sebastián que traiga el médico para que te revise.

Clara negó con la cabeza.

-Kathy, no te preocupes, debo haber comido algo en mal estado.

-¿Dos días seguidos? -preguntó Anne.

Katherine se quedó pensativa.

-Clara, ¿cuándo fue tu último periodo?

Clara abrió los ojos, observó a su hermana y luego a Katherine.

-Unas semanas antes de que Andrew... -Se quedó callada de golpe y Katherine la miró fijamente.

-Andrew vino hace cuatro semanas, eso quiere decir que tu periodo ya tuvo que estar presente.

Clara hizo cálculos en su cabeza y se dejó caer sobre la cama.

Habían pasado cuatro semanas desde que Andrew se había marchado a Hampshire. Andrew había planeado viajar a más tardar dos semanas, pero debido a una emergencia que se le presentó, había retrasado el viaje, eso sí, cada dos días le escribía una carta diciéndole que la extrañaba.

-Clara, acaso...

-¡Shhhh! Calla, Kathy -balbuceó.

Anne las observó a ambas con curiosidad.

-Andrew se pondría muy feliz.

-Katherine, no estoy embarazada -le aseguró.

-¿Embarazada!? -exclamó Anne.

-Llamaré al médico para que lo confirme.

Sebastián entró en la habitación y se quedó observando la escena.

-¿Reunión tan temprano?

Katherine lo observó con una sonrisa.

-Si me ayudaras a vestir antes de irte, no sucederían en nuestra habitación. Sebastián se acercó y la besó en la frente.

-Si mi hermosa esposa no fuera tan dormilona, lo haría.

Todas se echaron a reír y Katherine le dio un codazo.

-¡Ay! -se quejó-. Damas, Nicolás me informó que el desayuno está listo.

Durante el desayuno Clara sintió un poco de náuseas cuando el aroma a tocino ahumado le inundó las fosas nasales y prefirió no comerlo, aunque deseaba levantarse y retirarse de la mesa, no quería alentar más a su amiga con la idea de que podría estar embarazada, por lo cual se obligó a desayunar un poco de huevo, tostadas y té. Aunque minutos después de subir nuevamente a su

habitación devolvió todo su desayuno, por lo cual decidió recostarse un poco e informarle a Nicolás de que si sucedía algo en su ausencia le informara, aún no sabía qué le sucedía, pero no quería confirmar las sospechas de su amiga.

Andrew había salido antes del amanecer con destino a Londres, después de solucionar algunas cosas en la finca y reunirse nuevamente con los abogados había decidido que ya no extrañaría a Clara, ya que iría por ella. Como su madre lo conocía muy bien y sabía lo ansioso que se encontraba, le solicitó a una de las cocineras que alistara bocadillos para Andrew, ya que sabían que no se detendría a comer en ninguna posada y Andrew le agradeció el detalle ya que efectivamente no se detuvo en ningún lado. Andrew había decidido pasar a comprar un pequeño detalle para Clara antes de ir a la casa de Sebastián, por lo cual se demoró unas horas en su búsqueda.

Minutos antes de que se anunciara que la cena estaba lista, Andrew tocó la puerta de Sebastián en donde Nicolás lo recibió con una discreta sonrisa.

-Milord, bienvenido.

-Gracias, Nicolás. ¿Sebastián? ¿Clara? -preguntó ansioso.

-Lord Sebastián está en la biblioteca y la señorita Williams en sus aposentos, descansando.

Andrew frunció el ceño.

-¿Clara se encuentra bien?

-Creo que no, desde temprano está en su habitación, apenas almorzó, disculpé milord, no debí.

-Descuida, Nicolás, yo pregunté, iré a ver a Sebastián y luego a Clara, por favor, no le digan que estoy aquí, es una sorpresa.

Nicolás asintió y le ordenó a uno de los lacayos subir el equipaje de Andrew.

Cuando Andrew entró en la biblioteca, Sebastián estaba de espaldas leyendo unos documentos.

-Hermosa, ¿eres tú?

-No sé si soy hermosa, y no, no soy ella -bromeó.

Sebastián dio vuelta en la silla y se levantó para recibir a su amigo.

-Andrew, no te esperaba, cuando recibí tu carta pensé que te demorarías un par de días más.

-¿Sabes lo que es sufrir por estar alejado de la mujer que amas?

-Sebastián sonrió-. Sospecho que no.

-Sospechas mal, amigo mío, recuerdas que pasé un mes en Bridgeport, y fue el maldito mes más horrible en mi vida.

Esta vez fue Andrew el que sonrió.

-Me dijo Nicolás que Clara no se encuentra bien.

-Anda un poco mal del estómago, y se niega ver un médico, insiste en que comió algo en mal estado.

Andrew suspiró.

-Si mañana sigue mal, la obligaré a ver al médico.

Sebastián lo observó con un brillo cómplice en la mirada, tenía una idea de lo que le sucedía a Clara al escuchar la charla de las damas en la mañana.

-¿Subirás a verla?

-Quería sorprenderla durante la cena, en el comedor, pero no sé si bajará con lo que me cuentan.

-Yo me encargo de eso, tú espérala en el comedor.

Segundos más tarde Nicolás le anunció que la cena estaba lista. Andrew se dirigió hacia el comedor y de camino se encontró con Anne, aunque él aún no la conocía, su rostro le era muy familiar ya que tenía el mismo color de ojos de Clara y el color de cabello era más oscuro. Anne le dio una cortés reverencia y se dirigió a las escaleras rápidamente, su timidez le recordó la primera vez que vio a Clara.

Luego de que Sebastián le informara a Katherine que Andrew estaba en la casa y su plan de sorprender a Clara, Katherine se dirigió rápidamente a la habitación de Clara.

-¿Acaso no piensas bajar a cenar?

-Aún no me siento del todo bien, Kathy.

-Clara, debes comer y más si...

-Pediré que me suban la cena aquí -la interrumpió.

-No, ahora mismo te pondrás un vestido y bajarás a cenar, tenemos visitas.

-Katherine ...

Clara iba a protestar, pero Katherine no la dejó, escogió un vestido sencillo y la hizo vestirse, la ayudó a trenzar su cabello y le aplicó un poquito de perfume con aroma a vainilla.

-Kathy, ya me dirán quiénes son las visitas.

-No, pero te agradarán. Te lo aseguro.

-Anne, ¿tú si me dirás? -Observó a su hermana que recién se les acababa de unir.

Katherine le lanzó una mirada amenazante.

-No tengo ni idea, no los conozco.

Clara suspiró frustrada, mientras Katherine la llevaba a rastras hasta el comedor.

Andrew se sentó junto a Sebastián mirando hacia la puerta.

-Estás muy ansioso.

-Muero por verla.

-Aún no entiendo por qué no subiste antes a verla. -Quiso saber Sebastián.

-Sebas, ¿me estás sugiriendo que no cene? -Le sonrió con picardía.

-Claro que no, es solo que...

Andrew soltó una carcajada.

-Si Clara no ha comido bien, quiero que lo haga y si subo no me voy a contener teniéndola cerca de una cama.

Esta vez fue Sebastián quien soltó una carcajada.

-No sabes lo difícil que es cuando te toca compartir la misma cama cada noche.

Andrew lo observó con picardía.

-Y apuesto a que eres muy débil -dijo cómplice.

-Demasiado débil -aseguró.

Ambos sonrieron, en ese momento escucharon las voces

femeninas aproximarse.

Andrew se incorporó y vio a Katherine entrar, tras de ella venía Clara con un encantador vestido sencillo color celeste, llevaba el cabello trenzado y se veía un poco más blanca de lo normal, al subir su mirada y observar a Andrew sus mejillas se sonrojaron y dibujó una enorme sonrisa en sus labios. Andrew se levantó rápidamente, se acercó a ella y la abrazó, Clara respondió a su abrazo acurrucado su cabeza en su hombro.

-Mi amor, no sabes cuánto te he extrañado.

-Supongo que de la misma forma que yo a ti.

Andrew llevó una de sus manos a la barbilla de Clara, la observó unos minutos con una sonrisa, se empapó de ese hermoso color de sus ojos y luego la besó, su intención era darle un suave beso en sus labios, no logró contenerse y se apoderó de su boca y la besó con pasión. Escucharon un carraspeo de garganta y Andrew soltó la boca de Clara y buscó el dueño del sonido y lo observó con una espléndida sonrisa.

-Insisto, debiste ir a verla antes de cenar.

Clara se sonrojó y escondió el rostro en el pecho de Andrew con una sonrisa en sus labios.

-Sebastián, déjalos, tú hubieras hecho lo mismo -lo amonestó Katherine.

-No, hermosa, yo te tuviera tenido allá arriba entre las sábanas, saciándome de ti.

Katherine se sonrojó.

-¡Calla, Sebastián! O irás a dormir a la biblioteca.

-No podrás dormir sin mí, hermosa.

Katherine enmarcó una ceja y se sentó junto a Sebastián, le susurró al oído, gesto que hizo que Sebastián se pusiera serio.

Andrew llevó a Clara hasta la silla y la ayudó a sentarse, luego se sentó junto a ella. Sebastián pidió que sirvieran la cena y los lacayos empezaron a hacerlo.

-Mi amor, me dijeron que estás un poco enferma -le dijo preocupado.

-No es nada, solo un poco de nauseas.

-Deberías ver un médico -le aconsejó.

-No es necesario, Andrew.

Katherine iba a protestar, cuando Clara le lanzó una mirada amenazante. Uno de los lacayos sirvió el puré el cual iba adornado con trozos de tocino ahumados. Clara percibió el aroma del tocino y arrugó la nariz cuando sintió nuevamente arcadas. Andrew la observó.

-¿Sucedo algo, mi amor?

Clara negó con la cabeza.

-Es el tocino ahumado, supongo que fue lo que me enfermó, me da nauseas.

-¿Te da náuseas el olor del tocino ahumado? -preguntó Katherine.

-Sí, fue lo que me enfermó por la mañana.

Andrew le hizo señas al lacayo para que retirara el plato y le ordenó que le sirvieran otro sin tocino ahumado. Katherine la observó con ternura, mientras Clara bebía un poco de agua.

-¿Te sientes mejor, mi amor?

-Sí, no te preocupes, Andrew.

-Mi amor, cómo no hacerlo si eres todo para mí.

-¿Supongo que si estás aquí es para llevarnos a Hampshire? -preguntó Sebastián.

-Así es -confirmó-, ya me puse al día con mi padre, los abogados y el administrador e incluso visité las tierras, así que en unos cuantos días podemos partir, primero quiero ver unos asuntos por aquí en los cuales requiero de tu compañía y quiero ver si la salud de Clara mejora, si no, no podremos viajar.

-Supongo que sé cuáles son esos asuntos y estoy encantado, mañana mandaré a traer el médico para que revise a Clara -advirtió.

-Gracias, pero no es necesario. En serio.

-Mi amor, no puedes viajar así.

-Pronto me sentiré mejor, ya descubrimos qué me provoca las náuseas. Ya lo veras.

Luego de que el lacayo nuevamente llevara un plato con puré a Clara, todos siguieron con la cena. Al terminar de cenar Sebastián se llevó a rastras a Andrew para la biblioteca mientras que Clara acompañó a Katherine al salón para tomar el té.

-De momento, ¿solo el tocino ahumado te da náuseas? -preguntó Katherine.

-Sí en la mañana me lo provocó y nuevamente ahora.

-Clara, ¿segura que no estás...?

-¡No! -la interrumpió-. Sería demasiado pronto, apenas han pasado cuatro semanas para que pueda tener síntomas.

-El tiempo necesario, recuerda que con el embarazo que perdí los síntomas se dieron muy rápido y el aroma a pescado al vapor me provocaba náuseas y me enfermaba.

-Sí, recuerdo que no han vuelto a servir pescado desde entonces, ¿esta vez que te lo provocó?

Katherine se quedó pensativa.

-El pastel de calabaza.

-Eso rara vez se sirve, ya que Nicolás lo devora antes de salir de la cocina.

-Sí, la vez que lo sirvieron enfermé.

Clara acompañó a Katherine a la habitación y la ayudó a cambiarse mientras le pidió a Anne que le preparara un baño, al terminar de ayudarla se dirigió a su habitación, cuando llegó, la bañera ya estaba llena, Clara se quitó el vestido con la ayuda de Anne y luego se retiró cuando Clara se metió en la bañera, minutos más tarde mientras Clara se relajaba escuchó la puerta de la habitación abrirse, supuso que era Andrew.

Luego de que Andrew planteara el siguiente día con Sebastián, ambos se dirigieron a sus habitaciones, cuando subieron la escalera vieron bajar a Anne.

-¿La señora ya está en cama? -preguntó Sebastián.

-Sí, milord, Clara la ayudó a cambiarse.

-¿Y Clara? -preguntó Andrew ansioso.

-En este momento se está dando un baño. -Los ojos de Andrew

brillaron.

-Anne, él es Andrew. -Anne lo observó detalladamente-. Y Andrew, ella es Anne, tu cuñada.

-Un gusto, señorita Williams.

Anne sonrió.

-Igual, milord.

-Puedes retirarte, Anne -le dijo Sebastián.

Anne siguió su camino hacia la cocina.

-Son un poco parecidas.

-Sí, aunque Anne aún es una niña.

-Y Clara más hermosa.

Sebastián sonrió.

Andrew entró primero a su habitación y ahí se quitó la corbata, el saco y el chaleco y se dirigió a la habitación de Clara, al girar el plomo notó que estaba abierto y entró en la habitación, la luz de la chimenea iluminaba la habitación junto a un par de lámparas. Andrew caminó hacia el cuarto de baño en donde observó a su amada de espaldas sentada en la bañera, el reflejo naranja de la luz de la lámpara se mezclaba con el tono rubio de cabello, dándole un tono cobrizo y con el níveo de su piel, caminó hacia ella y se agachó tras de ella, dejándole un beso en la coronilla.

-Tan hermosa como siempre, mi amor.

Clara sonrió y Andrew sacó una pequeña cajita de donde sacó una cadena, llevó sus manos al cuello y se lo colocó, luego empezó a darle suaves masajes a sus hombros y cuello. Clara se relajó al sentir la calidez de sus manos y sus caricias.

-Te extrañe tanto -le susurró Andrew acercando su boca a su oreja.

Clara sintió cómo toda su espalda se le erizaba, y llevó su mano al pequeño dije.

-Yo también te extrañé -dijo con un suspiro-. ¿Qué es esto?

-Un pequeño regalo, mi amor.

-Oh, Andrew, no....

Andrew la hizo inclinarse hacia delante mientras le seguía

masajeando el cuello, sentir la cercanía de Clara lo estaba excitando y su miembro ya había reaccionado bajo la rigidez de sus pantalones, se levantó y empezó a quitarse la camisa. Clara extrañó el calor de sus manos y gimió en protesta, Andrew terminó de quitarse la ropa y se metió tras de ella acomodando las piernas a su costado. Clara suspiró al apoyarse contra su duro torso y sentir su dura erección en el trasero, apoyó su cabeza en el hombro de Andrew mientras este le susurraba palabras cariñosas, y sus manos recorrían suavemente su cuerpo, deseaba hacerle el amor ahí mismo, pero también quería disfrutar de ella, del calor de su cuerpo, de sus pequeños estremecimientos cuando lo recorría con pequeñas caricias y sus suspiros ahogados en pequeños jadeos y gemidos, salió de la bañera, la tomó en brazos y la llevó a la cama en donde después de besar y recorrer todo su cuerpo con la boca le hizo el amor con dulzura, amor, anhelo y pasión con el que había deseado hacerlo esos días de ausencia.

Capítulo 20

-Un par de días y la casa estará lista, con personal incluido, a excepción del mayordomo, y no preguntes -le informó Sebastián.

-No sé qué haría sin ti, Sebas, pensé que duraría un poco más. Sebastián dibujó una sonrisa en sus labios.

-En realidad no estaba tan mal como se veía y debo admitir que el arquitecto hace muy bien su trabajo, y no todo el crédito es mío, la señora Williams se esmeró con el personal y ella personalmente vino a dar las órdenes.

Andrew se sorprendió.

-Eso es realmente sorprendente, apenas tenga la oportunidad se lo agradeceré.

-El asunto es que me hizo prometer que no te lo diría, así que tendrás que ingeniártelas.

-Entonces por qué me lo dices.

-Es solo para que tomes en cuenta que de alguna forma te aceptó. Por cierto, le gustan los claveles -le aconsejó.

-Lo tomaré en cuenta, aún tengo pendiente ir a pedir la mano de Clara a sus padres.

-Supongo que lo harás luego de regresar de Hampshire.

-Sí. Por cierto, ¿Katherine podrá viajar a Hampshire?

-Por mí no, pero el médico me dijo que mientras descanse y no se fatigue, no hay inconveniente, bueno y tendremos que ir más lento de lo normal.

Andrew soltó una carcajada.

-Supongo que, si por ti fuera, la encierras en la habitación y te dedicarías a cuidarla todo el día y todos los días. Estás muy ansioso, ¿verdad?

-Así es, pero ya sabes cómo es ella. -Hizo una mueca y luego sonrió soñador-. Muero de ganas por tener a mi princesa en brazos.

-¿Cómo sabes que es una niña? -Quiso saber.

-Intuición, supongo. -Se encogió de hombros.

-Pensé que ibas a querer un heredero, ya que es lo más común.

-Sí, lo quiero, es solo que al imaginarme una pequeña igual a Katherine me hace mucha ilusión. -Dibujó una gran sonrisa en sus labios-. Solo imagínate teniendo en brazos a una pequeña igual a Clara.

Andrew dibujó una enorme sonrisa en sus labios.

-Ver esos ojos y esa dulce cara en una pequeña. -Su voz mostraba ilusión-. Aunque admito que me gustaría un niño con sus ojos y mi cabello, luego insistiré en la pequeña hasta que aparezca.

-Sospecho que ya estás trabajando en eso. -Sebastián dibujó una sonrisa burlona.

-¿Entonces no hay ningún problema para viajar a Hampshire mañana?

Sebastián soltó una carcajada al ver el modo en que su amigo le cambió la conversación.

Andrew nunca había imaginado que viajar con Sebastián y Katherine iba resultar una completa tortura, debido a la condición de Katherine, el carruaje iba más despacio. El viaje a Hampshire aproximadamente duraba diez horas, este se demorarían un par de horas más. Salieron un poco antes del amanecer, por lo cual Sebastián los había hecho detener en una posada para que pudieran tomar el desayuno y lo mismo sucedió con el almuerzo, por ese motivo aún no llevaban ni mitad del viaje y antes del anochecer se detendrían en otra posada, en donde iban a pasar la noche. a Andrew nunca le habían gustado las posadas y mucho menos que Clara se quedara en una de ellas, lo que había provocado una pequeña discusión entre Andrew y Katherine cuando al llegar ahí Katherine sugirió que Anne durmiera con Clara, cosa que no le agradó nada a Andrew ya que quería pasar la noche con ella.

-Clara aún no se ha casado contigo, no seas imbécil, ino se quedará contigo! -chilló Katherine.

-Nadie se dará cuenta de que pasará la noche conmigo -replicó Andrew.

-Yo me daré cuenta, además Anne tendrá que dormir sola!

-Hermosa, déjalos, estamos lejos de Londres y creo que Anne no tiene problema en dormir sola -intervino Sebastián quien ya estaba cansado de la discusión.

Anne los observó casi riendo, llevaba rato observando cómo discutían sin llegar a un acuerdo.

-¡Sebastián, no lo puedes permitir!

-Amor, no sería la primera vez que lo hacen -alegó Sebastián.

-¿Ah, no?! -Katherine entrecerró los ojos.

-Kathy, Sebastián, Andrew ya no discutan -intervino Clara-. Quiero pasar la noche con Andrew, pero no quiero dejar a Anne sola, es su primer viaje.

-Clara, yo puedo dormir sola, prometo que no escaparé -le dijo Anne.

-Asunto resuelto entonces. -Andrew tomó a Clara de la mano y la metió en la habitación cerrando la puerta tras de ellos para no escuchar más a Katherine.

-¡Bruto desconsiderado! -exclamó Katherine.

Sebastián le dio un beso en la frente y guio a Anne a la habitación que le habían asignado, luego tomó a su esposa que echaba chispas y la llevó en brazos a su habitación.

Después de tomar un ligero desayuno en la posada, Andrew y compañía emprendieron nuevamente el viaje, Andrew esperaba estar en Richmond Manor al atardecer para así tomar un largo y relajante baño y poder cenar con sus padres y así presentarles a Clara, no era que no estaba disfrutando del viaje, estar en compañía de Clara era simplemente lo mejor. Clara amaba la vista y ver su cara llena de emoción observando el paisaje, verla dormir en su hombro y principalmente sentirla acurrucada junto a él le llenaba el corazón de ternura y amor; todo eso compensaba la tortura del viaje. Andrew nunca había pensado que podía disfrutar tanto de una persona como lo hacía al lado de ella, Clara realmente lo había sacado de las sombras y le estaba demostrando que tras de toda su amargura había felicidad.

El suave roce en su frente hizo que Clara abriera lentamente los ojos, dándose cuenta que Andrew la había besado.

-Mi amor, estamos a punto de llegar a la mansión, ya estamos en tierras de Richmond Manor.

Clara dio un pequeño bostezo y levantó su rostro del pecho de Andrew en donde se había quedado dormida, se asomó en la ventana y observó una mansión a lo lejos.

-¿Es aquella que se ve allá? -aventuró.

-Sí, mi amor, esa misma.

Clara abrió los ojos, faltaba bastante para llegar a aquella mansión, eso quería decir que la propiedad de la familia de Andrew era enorme.

Andrew la tomó de la mano.

-¿Estás sorprendida, cariño?

Clara asintió con la cabeza.

-¿Dónde está Anne? -preguntó al ver que su hermana no estaba junto a ellos.

-Cuando le anuncie que íbamos llegando, me pidió si podía venir junto al cochero, quería ver mejor el lugar, así que ahí está.

Clara sonrió, su hermana no conocía Hampshire, así que no le extrañó su curiosidad por el lugar. El carruaje se detuvo y Clara sintió nervios y nuevamente las náuseas, cuando Andrew le indicó que habían llegado, a pesar de no haber comido del todo bien y del largo viaje. Clara no había sentido náuseas durante los anteriores días y se encontraba descartando ya la idea de que podría estar embarazada, aunque no era del todo descartada ya que según sus cuentas su periodo ya debía de haber llegado, tenía un atraso de un par de semanas, aunque con todos los nervios por conocer a los que iban a ser sus suegros y el giro que había dado su vida al volver Andrew y pedirle matrimonio, no descartó también que se debía a eso. Ya que apenas y había notado su ausencia.

Andrew bajó del carruaje y le tendió una mano a Clara para que bajara. Clara asomó la cabeza y observó a su hermana embelesada por el lugar y a su amiga bajando del otro carruaje. Lo que no

esperaba fue que al levantar la vista se iba a topar con una enorme y hermosa mansión señorial de piedra gris, frente a ellos se encontraba un enorme marco de piedra rodeado por una enredadera de flores, y un camino de piedras hacia la puerta principal de la mansión, rodeado por un extenso jardín.

-Bienvenida a Richmond Manor, amor mío.

Clara sonrió al escuchar a su amado.

-Una casa digna de un duque, aunque la de mi familia es más grande -bromeó Katherine.

Clara sabía muy bien que la casa en la finca familiar de Katherine, en Worcestershire, era más pequeña que la que tenía ante sus ojos.

-Espera que la veas por dentro, lady Katherine -bromeó.

Katherine chasqueó la lengua y puso los ojos en blanco.

-Déjate de cordialidades, Andrew.

Andrew soltó una carcajada y apoyó la mano de Clara en su brazo.

-Entremos, mi amor, nos esperan.

Clara asintió, sentía que los pasos se le hacían cada vez más pesados conforme se acercaba a la enorme puerta de madera doble que estaba en la entrada, subió los tres escalones y sintió que su cuerpo no respondía. Andrew notó su nerviosismo y le dio un abrazo antes de llamar a la puerta.

-Todo va estar bien, amor mío, te prometo que mis padres no te van hacer nada que te desagrade.

Clara lo miró a los ojos, buscaba esa seguridad que le mostraba Andrew.

-Recuerda quién soy.

Andrew tomó su rostro en sus manos.

-Eres la mujer que amo. -Le dio un suave beso, y llamó a la puerta. Un mayordomo, alto, fortachón y cabello canoso abrió la puerta.

-Bienvenido, milord -lo recibió con una inclinación de cabeza.

-Gracias, señor Sullivan.

Andrew instó a Clara para que nuevamente le tomara el brazo y entró junto a ella, tras de ellos venían Sebastián, Katherine y Anne.

Una muy sonriente señora Reid se asomó a recibirlo.

-Mi lord, bienvenido. -Dio una rápida mirada y sonrió.

-Gracias, señora Reid, le presento a mis invitados, la señorita Clara Williams, mi prometida, lord Sebastián y lady Katherine Beckham y la señorita Anne Wi... -Clara presionó su brazo-. Acompañe a las damas.

Clara agradeció que no dijera aún que Anne era su hermana, aunque sintió un poco de angustia, la observó y Anne le regaló una espléndida sonrisa; su hermana la comprendía y sabía que estaba muy nerviosa.

-Bienvenidos, soy la ama de llaves, para lo que gusten estoy a su disposición. -Hizo una pequeña inclinación de cabeza-. Es muy linda, lady Clara.

Clara la iba a corregir, ya que Andrew le había dicho que era señorita, pero Andrew le tomó la mano, se acercó a ella y le susurró:

-Acostúmbrate, mi amor.

Clara se sonrojó.

-Gracias, señora Reid.

-Milord, las habitaciones ya están preparadas, les indicaré a los lacayos que lleven sus equipajes.

-¿Y mis padres, señora Reid?

-Lady Marian está tomando el té en el salón del jardín y su padre en su habitación, no se ha sentido bien hoy.

Andrew se preocupó al escuchar lo de su padre, ya que había estado mejor cuando se fue.

-¿Podría por favor mostrarle la habitación a los Beckham? Lady Katherine necesita descansar.

Sebastián asintió.

-Milord, a mí también me gustaría descansar un poco -le pidió Clara.

-Claro, mi amor, descansa, más tarde conocerás a mis padres, no hay prisa. -Le dio un beso en la frente.

-Gracias. -Fijó su mirada en Anne la cual aún estaba maravillada viendo el recibidor de la casa-. Anne, querida, ¿me ayudas con el vestido? Creo que Katherine no necesitará ayuda de momento.

Anne asintió.

-¿Es su doncella, mi lady? -Quiso saber la señora Reid.

-En realidad es mi doncella -replicó Katherine-, como Clara vive en mi casa temporalmente nos asiste a ambas.

-Oh, ya veo. Mi lady, si necesita una doncella, una de las muchachas encantada la asistirá.

-Descuide, señora Reid, de momento no es necesaria, si la necesito no dudaré en solicitarla -le aseguró Clara con una sonrisa.

La señora Reid asintió y los guio hacia las escaleras, la casa contaba con tres pisos de los cuales solo dos estaban habilitados; era impresionante por dentro, ya que era mucho más grande como se veía por fuera. La señora Reid los llevó hacia el ala este de la casa en donde se encontraban las habitaciones de los invitados, al otro lado estaban las recámaras principales. Andrew los acompañó hasta las habitaciones y, aunque moría de ganas de que alojarán a Clara cerca de su habitación, la señora Reid había seguido el protocolo de alojar a los visitantes en las habitaciones de visitas, después de que dejó a Clara en la puerta de su habitación, le dio un beso y bajó las escaleras. Iría a ver a su madre.

Capítulo 21

Marian Miller se encontraba observando las hermosas rosas de su jardín mientras saboreaba su té de menta, cuando vio acercarse a ella aquel hombre apuesto de anchos hombros y muy varonil quien le regalaba una radiante sonrisa con un despliegue de coquetería y mirada brillante, hacía apenas unos años ella pensó que nunca volvería a ver esa expresión de felicidad en el rostro de su hijo, debía agradecer a esa muchacha y al creador por ponerla en su camino, ya que le había devuelto la felicidad.

-Me informaron que aquí podía encontrar a una bella dama. - Andrew se acercó a ella y le besó la frente.

-¿Hace mucho que llegaron? ¿Ya está aquí? -preguntó ansiosa.

-Sí, hace unos veinte minutos más o menos, la he dejado descansando, fue un viaje muy largo, juro que no vuelvo a viajar con Sebastián, mientras Katherine aguarde un hijo suyo en su vientre.

Marian se echó a reír.

-Es comprensible, hijo.

-Sí, lo entiendo, creo que haría lo mismo con Clara.

-¿Quieres un poco de té? -le ofreció.

Andrew asintió y ella le hizo señas a un lacayo para que le trajera más.

-Me han dicho que padre no se sentía bien.

-Solo un poco de dolor de cabeza, no durmió mucho anoche.

-¿Sigue mal?

-Oh no, es solo que ya volvimos a dormir juntos y.... -Se calló y se sonrojó.

Andrew la miró con picardía y sonrió, y luego le tomó la mano a su madre.

-Descuida, madre, ambos son jóvenes aún.

Aquel comentario la hizo sonrojarse aún más, Anthony Miller siempre había sido un hombre muy viril y desde la primera vez que

había probado el cuerpo de su amada esposa no hubo noche en que no disfrutara a deleite de ella, debido a su enfermedad había estado postrado en cama durante el último año, ya que su salud se había agravado, así que habían decidido dormir en habitaciones separadas mientras él se recuperaba, temiendo lo peor, aunque Marian nunca dejó de dormir en su habitación ya que le velaba el sueño. Debido a la rápida recuperación en el último mes después de que Andrew viajara nuevamente a Londres, ellos habían decidido compartir nuevamente la habitación y la cama. Anthony no aguantó la tentación al ver a su mujer fundada en un camisón de seda que lo hizo hervir en pasión, recuperando el tiempo perdido.

Andrew observó a su madre y notó que también se encontraba agotada.

-Deberías estar descansando también, madre -la amonestó.

Ella negó con la cabeza.

-Creo que lo mejor es dejarlo descansar un poco a él. -Se sonrojó, sabía que era mucha tentación que ambos estuvieran juntos en la habitación-. Y estaba esperando tu llegada, lamento no haber estado cerca para recibirlos, muero de ganas por conocer a la muchacha.

-En la cena la conocerás, madre, por cierto, está un poco nerviosa, ya sabes.

-No tiene por qué preocuparse, mientras tú seas feliz yo estaré encantada y no tengo dudas que tu padre también.

-Gracias, madre. -Bebió un poco de té que Dorohty le acababa de servir-. En cuanto a eso, ¿cuándo crees que sea conveniente decirle a mi padre?

-Después que la conozca, estoy segura de que la muchacha le caerá en gracia.

-Madre, iré a descansar y tú deberías hacerlo también, la casa es muy grande y hay más habitaciones. -Se puso de pie y besó su frente-. Nos vemos en la cena.

Marian se sonrojó por el consejo, sonrió al ver a su hijo y lo pensó bien, quizás tenía razón y darse una siesta en su antigua

habitación no le sentaría nada mal.

Katherine llegó junto a Anne a la habitación de Clara, se veía descansada y reluciente, hasta podía jurar que ya no tenía mal humor, vestía un vestido verde musgo y estaba ya arreglada.

-Espero que haya escogido uno de los vestidos nuevos para esta noche.

Clara recién había tomado un baño y se encontraba en ropa interior.

-Tengo dos opciones, ¿el rosa o el verde? -Le mostró los vestidos.

Katherine examinó ambos vestidos y tomó el rosa.

-Creo que este será mejor para la ocasión.

Anne le ayudó a colocarse el vestido, era un hermoso vestido rosa, de mangas cortas y escote muy discreto el cual estaba decorado con un bordado color oro. Anne peinó a Clara con la ayuda de Katherine, le hicieron un moño trenzado en la coronilla dejando unos pequeños rizos dorados en la sien. Katherine le aplicó un poco de polvo, brillo labial y perfume, sonrió al ver su obra terminada.

-Aún no me acostumbro a verme así -protestó al verse en el espejo.

-Deberás hacerlo, cuando estés casada con Andrew deberás vestir así.

-Tú no siempre lo haces, Kathy.

-Cierto, pero la mayoría del tiempo sí.

Clara sonrió y sintió un hueco en el estómago al pensar cómo su vida al convertirse en la esposa de Andrew iba a cambiar mucho.

Andrew se encontraba de pie junto a las escaleras en compañía de Sebastián cuando su padre bajó y se unió a ellos.

-Hijo -lo saludó-, pensé que te demorarías más.

-Padre, te dije que solo iría por ella, por cierto, me dijeron que estabas indisposto por eso no te quise molestar.

-Descuida, hijo.

-Creo que ya se conocen, aun así, Sebastián, él es mi padre, Anthony Miller, duque de Richmond. Padre, Sebastián Beckham, uno de nuestros socios.

-No había tenido el honor de conocerlo, pero según el señor Tacher es un buen hombre.

Sebastián y Anthony se dieron la mano.

-Un gusto conocerlo, lord Richmond.

-Igual, muchacho, ¿qué hacen aquí?

-Esperábamos a las damas.

-¿Y si las esperamos en el salón junto al comedor? Tu madre no demora mucha en bajar, le diré a Albert que las guie ahí cuando bajen.

Ambos muchachos asintieron y se dirigieron al salón junto al duque.

Marian bajó antes que las muchachas y se acercó al salón, minutos más tarde, Clara bajó junto a Katherine. Albert, quien las aguardaba en las escaleras, las guio hacia el salón, al llegar a la puerta Clara se detuvo, le sudaban las manos y sintió que sus piernas no le respondían. Katherine le tomó una de las manos y con un gesto inocente la llevó hacia su barriga que en ese momento su bebé se movía. Clara dibujó una sonrisa en sus labios y escuchó que Albert las anunciaba. Andrew llegó hasta donde ellas, tomando una mano de Clara le instó para que entraran.

-Padres, ella es Lady Katherine, la esposa de Sebastián y la señorita Clara, mi prometida.

Ambas saludaron con una inclinación de cabeza. Marian se acercó primero a Katherine, le dio un abrazo, un beso en la mejilla y tocó suavemente su vientre dándole algunas palabras y luego se dirigió a Clara a la que también abrazó y besó, la tomó de ambas manos y la observó de arriba abajo.

-Mi hijo se quedó corto al decir que eres hermosa. ¡Dios! Qué belleza de mujer.

Clara se sonrojó.

-Muchas gracias, milady.

-Marian, llámame Marian. -La abrazó nuevamente.

Anthony, quien después de saludar cortésmente a Katherine, se acercó a ella.

-Ya déjala, mujer, no eres la única que la quiere saludar.

Le besó la mano y la observó.

-Así que tú eres la mujer que tiene loco a mi hijo. -Sonrió-. Debo decir que tiene razón mi mujer, Andrew se quedó corto al decir que eres hermosa.

Clara se sonrojó y Richmond le dio un abrazo dejando sorprendido a Andrew.

-Debo admitir, tendré hermosos nietos. -Sonrió a Andrew con picardía.

-Padre, ya no la molestes.

Albert se asomó para anunciar que la cena ya estaba lista, y se dirigieron al comedor. Andrew se quedó de último con Clara.

-Vaya, creo que les has gustado, y los has impresionado.

-Ni siquiera he dicho media palabra, espero no decepcionarlos.

-Créeme, no es normal que mi padre abrace a alguien y mucho menos a extraños.

El ambiente durante la cena se mostró muy acogedor, los duques eran unos excelentes anfitriones, hablaron de los últimos años y de cómo el duque pensó que estaba a punto de morir y del gran cambio que había dado su vida. Clara había hablado muy poco y cuando Andrew la sentía nerviosa le tomaba la mano bajo la mesa para darle apoyo, y su madre trataba de captar la atención del duque cuando le preguntaba a Clara sobre algún tema. Luego de degustar varios platillos, Andrew se concentró en el rostro de Clara a la hora del postre, el pastel de arándanos captó especialmente la atención de Clara, ver sus mejillas sonrojadas deleitándose en cada cucharada hizo que el corazón de Andrew palpitara más rápido, sonrió cuando Clara había pedido repetir muy avergonzada. Los últimos días, Clara apenas había probado bocado durante el viaje, después de verla botar su desayuno los días que estuvo en la casa de Sebastián lo tenían un poco preocupado.

-No sabes lo ansiosa que estaba por conocer a la mujer que hizo sonreír nuevamente a mi hijo.

Marian tomó del brazo a Clara mientras se dirigían a la terraza.

Luego de la cena, el duque se quedó con Andrew y Sebastián para tratar algunos temas sobre el negocio del ferrocarril. Marian aprovechó para raptar a su nuera y conocerla mejor. Katherine las acompañó.

-No es porque sea mi amiga, pero debo decir que Andrew se lleva a una de las mejores mujeres en todo Inglaterra -le dijo Katherine.

Clara se sonrojó.

-No me cabe duda, lo que no comprendo es por qué te demoraste tanto en darle el sí, mi niña.

Katherine le dio una mirada cómplice y Clara sonrió.

-Bueno, la situación...

-Descuida, mi niña, Andrew me contó todo.

Clara abrió los ojos.

-¿Andrew se lo contó? -Clara seguía sorprendida.

-Sí y por mi parte no hay ningún problema y créeme, mi esposo tampoco se opondrá, desde su mejora ha cambiado mucho, especialmente con mi niño y verlo tan feliz también lo hace feliz a él.

Clara adoró la forma de hablar de Marian sobre su hijo.

-Clara ha estado muy preocupada por ese tema, pensaba que la iban a mandar a la calle apenas se enteraran.

-¿Cómo pudiste pensar eso? -preguntó ofendida.

-Sabía que Andrew era un noble, pero no que era heredero de un ducado. Apenas hace unos días me enteré -susurró.

-También es el vizconde de Bathampton, aunque no ha aceptado ese título desde hace seis años, que lo obtuvo.

-Algo así me comentó Kathy y conociendo la aristocracia como la conozco y lo *snob* que son, sé que no sería bien visto que se desposara con una simple doncella.

-Bueno, no sería el primer duque ni el último, los cotilleos vienen y van y en algún momento encontrarán uno nuevo, además tú cuentas con una impecable educación por lo que he visto, puedo estar segura de que te comportas mejor que cualquiera de esas cotillas.

-Eso no lo dude, me encapriché para que tomara todas mis lecciones cuando éramos niñas -le dijo Katherine.

-Y si no la tuviera, aprender no cuesta nada, y lo importante aquí es que amas a mi hijo -agregó Marian.

Las damas siguieron su conversación bajo el resplandor de la luna en la terraza.

Capítulo 22

La casa se encontraba a oscuras, ya todo el servicio se encontraba en sus aposentos, cuando la figura de un hombre alto se escabulló por el pasillo, y se dirigió al ala de las habitaciones de huéspedes, tanteó la puerta y descubrió que estaba abierta, entró y cerró tras de él con seguro, la habitación estaba alumbrada por una pequeña lámpara y la chimenea que mantenía la temperatura, se detuvo frente a la cama y observó el pequeño cuerpo entre las sábanas y se metió en ellas.

Clara abrió los ojos somnolienta y observó a aquel rostro sonriente y sintió el calor del cuerpo viril de su prometido, extendió los brazos y le rodeó el cuello. Andrew tomó su boca, con besos suaves y dulces que poco a poco se fueron incrementando, haciéndose apasionados y encendiendo ambos cuerpos. Andrew no había hecho el amor con Clara desde la última noche que estuvieron en Londres y aunque deseaba tomarla en la posada donde pasaron la noche, se limitó a mimarla en sus brazos y dormir muy juntos.

Andrew corrió las sábanas y se posó sobre Clara, la besó con pasión y sus labios descendieron suavemente por su barbilla, cuello y luego a sus pechos, humedeció la tela de su camisón hasta que su pezón endureció y luego se dirigió al otro, Clara soltó un gemido y se arqueó. Andrew bajó sus manos y las metió bajo su camisón, ahí exploró sus piernas con suaves roces hasta que subió su camisón hasta su cintura, su mano descendió más hasta que llegó a su centro ahí donde la humedad le indicaba que ya estaba preparada para recibirlo, ahí donde ansiaba ser llenada. Andrew decidió torturarla un poco con sus manos, Clara soltó un gemido que Andrew absorbió en su boca, sacó su mano y Clara protestó ante el vacío, se arrodilló ante ella y dejó caer la bata, se colocó nuevamente sobre ella y su miembro masajeó su entrada absorbiendo su humedad. Clara susurró y Andrew la penetró lenta y

placenteramente, Clara subió sus piernas y rodeó la cintura de Andrew y este le dejaba pequeños besos en su pecho. Andrew se hundió más en ella y el interior de Clara empezó a contraerse, se estremeció y soltó un gemido que Andrew ahogó con un beso, mientras sus labios seguían juntos. Andrew sintió su miembro palpar y segundos más tarde llegó al éxtasis, la besó suavemente por su rostro y luego se dejó caer a su lado, la atrajo y la acunó en sus brazos. Guardaron silencio por unos minutos en los que Andrew pensó que se había dormido.

-Pensé que no vendrías. -Clara se volteó para verlo y Andrew la observó con una sonrisa.

-Es más difícil escabullirse con tanta servidumbre, Albert es el último en ir a su habitación, ya que hace un último recorrido todas las noches.

Clara le acarició el cabello que caía en la frente.

-Así que te será más complicado visitarme.

-Pero no imposible, mi amor, y si no me colaré por la ventana.

Clara sonrió y Andrew delineó con su dedo el rostro de Clara.

-¿Qué tal te fue con mi madre? Estaba ansiosa por conocerte.

-Muy bien. -Dibujó una sonrisa en sus labios-. Me tomo por sorpresa que también me aceptara.

-Mi padre también lo hará, aunque no hablaste mucho, no se cansó en alabarte.

Clara sonrió y le besó la nariz.

-Tengo miedo de tanta felicidad.

-Yo también, mi amor, pero veras que todo resultará bien.

Andrew despertó cuando los primeros rayos de sol entraron por la ventana, estiró los brazos, sintiendo la cama vacía, se desperezó y buscó a Clara, quien estaba en una esquina del cuarto de baño sentada frente a un balde. Andrew se acercó a ella y le tocó el hombro, Clara levantó la vista y le sonrió, nuevamente las arcadas volvieron y bajó su rostro, Andrew le sostuvo el cabello y cuando termino la ayudó a ponerse de pie, Clara se lavó la cara y la boca y Andrew la llevó nuevamente a la cama.

-Mi amor, ¿qué ha sucedido? -dijo preocupado.

-Cuando desperté, me quedé unos minutos despierta y sentí náuseas, solo me dio tiempo llegar al baño.

-Insisto en que veas a un médico.

-No es necesario, Andrew.

Andrew escuchó la voz de la señora Reid en el pasillo.

-Debo irme, pero más tarde hablaremos de esto, llevas muchos días así.

Clara asintió mientras se metía nuevamente entre las cobijas y Andrew salía sigilosamente de la habitación para no ser visto, ya que había olvidado que ahí las labores empezaban más temprano y había permanecido más tiempo del que debía en los brazos de su amada.

Cuando Andrew llegó al comedor, se encontró con sus amigos y sus padres ahí, Clara aún no había llegado y presintió que su malestar matutino seguía. Había salido muy preocupado de la habitación de Clara esa mañana, habían pasado más de tres horas desde que salió de su habitación, por lo cual se había quedado en cama hasta que llegó Johnson, su ayuda de cámara, para ayudarlo a vestir, guardando las apariencias, pensó que tal vez los malestares de Clara eran solo efecto del largo viaje y la mala comida de las posadas y Clara insistía en que no era nada grave desde que la vio en casa de Sebastián, aun así, se mantenía preocupado, se vistió renegando la ayuda de Johnson ya que durante el último año en Bridgeport había decidido atender sus necesidades él solo en lo que era vestirse aunque le agradecía que le preparara todo.

-Kathy, ¿Clara se encuentra bien?

Kathy dejó su conversación con la duquesa y fijó su mirada en Andrew.

-Me comentó Anne que recién despertó, al parecer despertó algo indispuesta y quiso permanecer en cama un rato más, en un momento baja.

-Iré a ver cómo se encuentra.

-Hijo, no seas impaciente y siéntate, si ella dijo que iba a bajar lo hará. -La voz de Richmond sonó autoritaria.

-Tu padre tiene razón, estamos esperando por ella -le dijo su madre mandándole una mirada tierna a su esposo.

Andrew asintió y se sentó a la mesa al lado de su padre, unos minutos después Clara entró al comedor y se sentó junto a él.

-¿Te encuentras bien, mi amor? -preguntó con preocupación.

Clara le sonrió cuando le besó la palma de su mano.

-Sí, solo un poco de náuseas, supongo que consecuencias del viaje.

-¿Náuseas? -La duquesa la observó-. ¿Durante el viaje las tuviste?

-No, la verdad es que apenas y comía algo y usualmente solo me sucede en las mañanas.

Uno de los lacayos que servía el desayuno le sirvió una porción de tocino ahumado a Andrew y Clara arrugo la nariz. Andrew recordó que en la casa de Sebastián Clara sentía náuseas al oler el tocino por lo que pidió que lo retira y que no le sirvieran a ella, eso hizo que la duquesa sintiera más curiosidad.

-¿Siente náuseas con el olor a tocino ahumado?

Clara asintió mientras bebía agua.

-Llevo varios días así, supongo que comí de más.

Marian observó a Clara, a su hijo y sonrió, luego desvió la mirada a Katherine y ella le dio un leve asentimiento de cabeza y sonrió mirando con ternura a su hijo y a la muchacha, y no dijo nada, ya tendría tiempo para hablar a solas con ella.

Clara llevaba dos días en la casa de los duques de Richmond y debía admitir que ya adoraba ese lugar, anteriormente había viajado a Hampshire a la finca de sus amigos y había adorado el sitio, su clima y sobre todo su paz, la propiedad de los Richmond era muy grande y estaba cercano a un extenso bosque. Clara admirada el lugar pensando que encantada viviría ahí, aunque estuviera un poco lejos de su amiga, aspiró el agradable aroma que provenía del impresionante jardín que rodeaba el pequeño salón, ¿a quién se le ocurrió eso? La verdad es que ya amaba ese lugar y ese salón en especial.

-Luego de que mi esposo tomó posesión de Richmond Manor, lo construyó ya que adoraba pasar tiempo en el jardín desde joven, desde ahí podía admirarlo montar cuando entrenaba algún caballo, y me acostumbré al lugar.

Clara se sorprendió, parecía que acababa de leer sus pensamientos y tenía razón, tenía una buena vista de las caballerizas.

-Aquí pasé la mayoría del tiempo mimando mi barriga cuando Andrew estaba ahí. -Sonrió.

-Es un agradable lugar, y el aroma del jardín junto a la brisa es muy acogedor.

-Lo es. -Una de las doncellas le sirvió té, le ofreció más a Clara y esta negó ya que aún no terminaba el que tenía, luego se retiró-. ¿Cuándo iniciaron los malestares matutinos?

Marian tenía mucha curiosidad y quería afirmar lo que presentía, pero no había tenido oportunidad de hablar con ella a solas, ya que Andrew se negaba a dejarla, los dos últimos días se la había llevado a dar un recorrido en la propiedad para que la conociera mejor.

Clara bajó la mirada.

-Días antes de viajar.

-¿Y lo que te provoca las náuseas es el tocino ahumado?

-Casi al mismo tiempo. -Clara se puso nerviosa, sabía que la duquesa intuía lo mismo que su amiga y que ella ya estaba por aceptar.

-¿Supongo que tienes ausencia de tu periodo?

Clara se puso pálida y la duquesa le tomó la mano para tranquilizarla.

-Mi niña, no tienes que sentir pena o vergüenza, conozco a mi hijo y te ama y aunque aún no estén casados para él tú ya eres su mujer, así que es normal que quisiera estar contigo íntimamente, no niego que no sería bien visto ante los demás, pero eso no importa, tener un pequeño en casa nos llenará de mucha felicidad y ni me imagino a Andrew.

Clara subió la mirada y se encontró con la mirada llena de

ternura de Marian y se sonrojó.

-Mi periodo lleva ausente dos semanas, luego las náuseas, Kathy me dijo que había probabilidades de que estuviera embarazada, pero luego se presentó Andrew y no he querido hablar mucho del tema, sé que no me dejará estar lejos de él apenas se entere, pero le prometí a mi amiga permanecer a su lado hasta que nazca su bebé.

-Tienes razón, mi hijo no te dejará estar lejos de él, pero si tienes un pequeño retoño creciente en tu vientre deben casarse pronto antes que se note, aunque me gustaría que permanecieran aquí con nosotros, al menos por una temporada, a Anthony le sentaría bien tener al bebé cerca.

-Me agrada mucho el lugar y créame, estaría encantada de vivir aquí.

-Bueno, de momento el secreto está muy bien guardado, no les diré nada aún, tómate tu tiempo para que se lo cuentes, Andrew se pondrá muy feliz.

Clara asintió con una sonrisa.

-Sí, sé que será muy feliz.

-Mañana iré al pueblo con la señora Reid para comprar provisiones. ¿Te gustaría ir con nosotras?

-Sí, me encantaría, aún no lo conozco y creo que Andrew estará un poco ocupado.

-Le diremos a tu amiga también, a ella también le ha asentado bien el clima de Hampshire.

-Su embarazado la tuvo muy preocupada los primeros meses y Sebastián la cuida mucho, es un buen hombre, así como Andrew.

La duquesa rio con el corazón hinchado de amor por esa buena mujer que estaba haciendo que su hijo fuera feliz.

-¿Cómo se conocieron?

Clara puso la tacita de té en la mesa y sonrió.

-El día que conocí a Andrew Kathy me obligó ir con ella donde la modista, quería que yo asistiera a su baile de compromiso y mandó a hacer un vestido para mí, esa mañana fuimos a una cafetería después de la visita a la modista, minutos después de llegar apareció

Sebastián que estaba ahí junto con Andrew, me quedé muy impresionada al verlo, Andrew realmente es muy guapo, aunque no le di mucha importancia al principio, estaba muy nerviosa de estar ahí.

La duquesa la observaba con admiración, ver a esa joven hablar con tanto amor de su hijo la tenía llena de felicidad.

-Andrew no me quitaba la mirada y después de un comentario inocente se mostró más interesado en mí.

»Me di cuenta de la sonrisa que dibujó cuando suspiré con mi bocadillo y de la mirada que me dio cuando me sonrojé, no sé si él lo notó, pero yo sí, Andrew me atrajo desde el primer momento que lo vi, pero era consciente de quién soy yo y, por lo que había escuchado, él era un libertino, por lo cual no me hice ninguna ilusión.

-Andrew no me habló mucho, pero le sucedió lo mismo, sintió atracción por ti desde el primer momento, se negó a aceptarlo, mi niño no había sentido nada por una mujer desde hace mucho tiempo, es más, creo que tú has sido la primera por la que realmente siente.

Clara tomó un bocadillo y lo devoró, había descubierto que sentía tentación por el chocolate y los dulces en los últimos días y el pastel de chocolate que le habían servido no era la excepción, ya llevaba dos.

-¿Deseas más pastel?

-Está delicioso, pero creo que no debería comer más.

-Come cuantos quieras, es normal, necesitan estar saludables.

Clara sonrió y asintió con la cabeza mientras la doncella se retiraba a traer más bocadillos, pensó que las posibilidades sobre el embarazo ya eran afirmativas, dentro de ella estaba creciendo un pedacito de su amor y era feliz por eso.

Capítulo 23

-**M**e dijo mi madre que irán al mercado con la señora Reid - comentó Andrew.

-Sí, ayer mientras tomábamos el té me lo propuso y pensé que sería una buena idea.

Andrew y Clara se encontraban desayunando en la terraza. Katherine había tenido una mala noche, ya que su bebé estaba muy inquieto y los duques habían decidido reanudar sus pasiones y aún no habían despertado, no era que ellos no lo hubieran hecho, pero Andrew se obligaba a salir cada mañana antes del amanecer de la habitación de Clara.

-Me hubiera gustado mostrártelo, pero he tenido que atender unos pendientes en la finca.

Clara le acarició el brazo.

-Descuida, cuando tengas tiempo podemos ir juntos, no creo que pueda ver mucho mientras estemos de compras.

-Yo te llevaré de compras también.

Clara negó con la cabeza.

-No es necesario y lo sabes.

-Lo sé, mi amor, aun así, me gustaría hacerlo -le besó la mano-, deberías ir a descansar, te mantuve despierta parte de la noche y esas señoras no creo que salgan de la cama aún. -Andrew se levantó y le besó la frente-. Vamos, mi amor.

Clara le tomó la mano y se puso de pie.

-¿Has hablado con mi padre?

-No, tu padre no se ve mucho por la casa, supongo que aún no está del todo bien.

-Ese viejo zorro está muy bien. -Dibujó una sonrisa de medio lado-. Es solo que, bueno, está recuperando tiempo perdido.

-Es un Miller, supongo que todos son iguales.

-Entonces prepárate, ya que cuando nos casemos no te dejaré

salir de la habitación por días. -Andrew le besó el cuello-. Deberías decir que estás enferma, así nos quedamos en cama.

-A-An-Andrew, espera, nos pueden ver.

Katherine había decidido no acompañarlas a realizar las compras con la excusa de que aún se sentía agotada, aunque Clara sabía que lo que no quería era salir de la habitación, ya que Sebastián no había acompañado a Andrew para estar con ella y Katherine no iba a desaprovechar tal oferta.

Llegaron al pueblo y Clara observó que el lugar no era diferente a Bond Street, aunque era mucho más pequeño que en Londres. La señora Reid las llevó directamente al mercado y les advirtió que primero debían realizar las compras de suministros y ya luego veían tiendas, al ver la reprimenda de ella no dudó en seguirla. Clara pudo observar la energía y la mejor forma que tenía la señora Reid para pedir rebajas y para que le vendieran la mejor calidad de los productos. Marian le comentó a Clara que uno de los cambios que había hecho Andrew en la finca era negociar con los arrendatarios, así que algunos de los productos que se consumían en la casa eran de ellos, aun así, siempre debían salir al mercado por algunas cosas. Clara cada vez admiraba más a su hombre y su forma de relacionarse con los de la baja sociedad.

La señora Reid se dedicó a buscar el mejor filete de ternera para realizarle una cena especial a Clara, con la excusa de que aún no había celebrado que Andrew se comprometiera. La señora Reid estaba muy feliz de ver a su niño feliz, y por ese motivo iba a pedir lo mejor para ella. Clara nunca se había sentido tan halagada, la alegría y energía de esas dos mujeres era sorprendente y de vez en cuando vio también a la duquesa regatear por algún precio o producto. Clara nunca se hubiese imaginado a una duquesa en medio del mercado, pidiendo rebajas.

Luego de que la señora Reid decidiera abandonarlas para ir a preparar la cena especial y llevarse parte de lo comprado, Clara dio un recorrido por las tiendas del lugar. Marian la llevó a ver guantes, sombreros, medias, perfumes e insistió en comprarle una pequeña

pulsera que Clara se negó rotundamente, al final terminó ganando la duquesa, entraron a una tienda en donde encontraron algunas corbatas y pañuelos, y Marian no dudó en comprar algo para el duque, Clara quería llevarle algo a Andrew, pero no encontró qué podría regalarle.

-Cualquier detalle le gustará -le dijo Marian.

Mientras Clara observaba en la joyería le había llamado la atención un prendedor para la corbata, también unos gemelos, después de un rato le pidió a Marian que regresara ahí. Las horas pasaron y siguieron recorriendo tiendas, antes de irse Marian la llevó a una última tienda en donde Clara no pudo ver qué compró, pero salió con una caja envuelta en cinta color celeste, al subir al carruaje se la dio y la instó para que la abriera, al abrirla Clara se llevó una gran sorpresa. Dentro de la caja se encontraba un par de zapatitos de bebé.

-Sé que aún es muy pronto, pero quiero ser la primera en darle algo a mi nieto.

Clara se limpió las mejillas sintiendo que un par de lágrimas las humedecían.

-Oh, Marian, esto es hermoso.

Cuando llegaron a la casa, Clara se dirigió a su habitación y ocultó la caja entre su ropa, la mantendría ahí hasta que le diera la noticia a Andrew, pensó que la caja era una buena forma de decirle, se lavó la cara y pensó que sería un buen momento para descansar, aunque no tenía sueño así que se decidió por ir a buscar un libro y volver a la habitación a leerlo. Andrew aún no había vuelto y Katherine seguía en su habitación con Sebastián. Bajó las escaleras y entró en la biblioteca, el ambiente estaba cálido con el calor que emanaba la chimenea y las cortinas estaban abiertas esperando el ocaso. Clara se dirigió hacia la estantería de libros, que cubría una de las paredes, observó algunos títulos y escogió uno, cuando iba a salir se fijó en el cuadro que se encontraba sobre la chimenea, era la familia Miller, la duquesa se encontraba sentada, junto a ella el duque y a los costados dos muchachos, reconoció a uno de ellos

como Andrew, se veía mucho más joven, observó al otro y vio el gran parecido con el duque y el mismo Andrew ya que era prácticamente una copia a excepción que Andrew tenía algunos rasgos de su madre. Clara observó concentrada cada detalle del cuadro y no se había percatado de la presencia de alguien más en la habitación incluso desde que había entrado ahí, hasta que lo escuchó hablar.

-Es mi hijo mayor, Antonio.

Clara se sobresaltó al oírlo, lo buscó y fijó su mirada en él, era el duque, estaba sentado frente a la ventana en uno de esos enormes sofás.

-Lo siento, no sabía que estaba aquí.

-Descuida, me quedé dormido en mi lectura. -Le mostró el libro que tenía en el regazo.

-Es una linda pintura.

-Sí, la pintaron unos meses antes de perder a mi hijo.

-Oh, lo siento. -Clara bajó la mirada.

-¿Andrew aún no te habla de él?

Clara negó con la cabeza.

-Me dijo que lo haría, creo que aún le afecta.

-No lo dudo, hasta hace poco lo culpaba por algo que él no fue culpable y lo hice cargar con esa culpa.

El duque se levantó y se sirvió una copa de vino.

-Andrew solo fue una víctima más de esa maldita mujer, y por ella perdí a mi hijo y a mi nieto, pero no soy yo quien deba contártelo, no de momento, ¿puedo ver que lectura escogiste? - solicitó cambiando de tema.

El duque le extendió la mano y Clara le dio el libro, estaba muy sorprendida por lo que había escuchado, ¿un nieto?

Anthony observó el libro y sonrió.

-Muy buena elección, son muy pocas las damas a las que les puede interesar estos temas.

-Lo mismo me decía el hermano de Katherine, cuando me veía tomar uno, al padre de Katherine tenía algunos libros en su

biblioteca y solía leerlos.

-Bueno, creo que ya tendré con quién hablar sobre ese tema.

Luego de que el duque le ofreciera una copa de vino a Clara, ambos se sentaron a charlar.

-Mi padre siempre me amenazó con desterrarme cuando le decía que me iría a Egipto.

-No me lo puedo imaginar entrando en una de esas pirámides.

-Deberías hacerlo, si no hubiese sido por que conocí a Marian estuviera en Egipto con Richard.

Andrew entró a la biblioteca y se apoyó en el marco de la puerta con los brazos cruzados al pecho y escuchó a su padre sonreír, observó la cálida y hermosa imagen de Clara y su padre, platicando y riendo, nunca pensó ver algo así y mucho menos encontrar a su padre hablando de sus épocas de niñez.

-Disculpen, andaba en busca de una preciosa dama, me dijeron que podía encontrarla aquí -les dijo Andrew.

Ambos dirigieron la mirada a la puerta.

-Creo que la he raptado un par de horas, Andrew, está chica es un encanto.

-Lo sé, padre, por algo me voy a casar con ella.

-Haces muy bien, si no estuviera tan enamorado de tu madre la cortejaría -bromeó.

Andrew se acercó a ellos y le dio un beso a Clara en la frente.

-Eres un viejo zorro, y mamá es igual de encantadora que ella.

Ambos soltaron una carcajada.

-Tu madre no disfrutaría tanto como Clara de una exhibición de momias.

-Lo sé, me di cuenta cuando fuimos al museo.

-Si me disculpan, iré a ver qué está haciendo mi mujercita, fue un gusto platicar contigo, muchacha, y espero poderlo repetir.

-Sería un placer -le afirmó Clara.

El duque se despidió dejando solos a la pareja.

-Hacía mucho que no escuchaba a mi padre reír así, no sé lo que hiciste, pero gracias.

-Oh, no, simplemente encontramos un tema en común y luego él me habló un poco de su niñez.

-Desde la muerte de mi hermano mi padre se encerró en un mundo de amargura y resentimiento hasta hace poco tiempo.

-Andrew -titubeó-, ¿cuándo me hablarás de tu hermano?

Andrew desvió la vista.

-De momento no quiero hablar de él, pero te prometo que lo haré, mi amor, vas a ser parte de esta familia y tienes el derecho a saberlo.

La besó suavemente en los labios y luego la abrazó, Clara pudo percibir tristeza en Andrew.

-Mañana iré con Sebastián muy temprano a ver unos arrendatarios, están un poco lejos, por lo que creo que me tomará gran parte del día ahí.

-Descuida, tu madre es una muy buena compañía, tu padre también y ya que mañana Sebastián no estará, Katherine saldrá de su habitación.

Andrew soltó una carcajada.

-Recuerda que cuando nos casemos tú tampoco saldrás de la habitación y me encargaré de mantenerte bien ocupada.

Andrew comenzó a besarla lentamente y pronto sus besos se fueron llenando de pasión, y la soltó.

-Mi amor, si sigo te voy a llevar a la habitación y nadie sabrá nada de ti hasta mañana.

-Te diría que lo hicieras, pero no me gustaría que tus padres tuvieran una mala impresión de mí. -Clara le sonrió con picardía.

-Sabes que ahora mismo todos están ocupados. -Andrew tomó a Clara en brazos-. Así que no estaría mal que desapareciéramos un par de horas.

La llevó hasta su habitación, y le hizo el amor con dulzura mientras le susurraba cuánto la amaba y lo feliz que lo hacía.

-Es la primera vez que entro en tu habitación, es muy...

Andrew arqueó una ceja al escucharla, estaba a su espalda ayudándola a abotonar el vestido mientras ella observaba toda la

habitación.

-Muy de hombre -terminó de decir.

-Sí, bueno no, es sencilla, tienes muy pocos muebles.

-Lo sé, después de años no había vuelto a utilizarla hasta ahora y la señora Reid la mantuvo con lo poco que conservé de adolescente.

-Me gusta, bueno, en realidad me gusta porque es tuya.

-Será nuestra cuando nos casemos, aunque mi padre insiste en darnos la principal.

-Oh, por mí no hay problema, esta me gusta y tiene una bonita vista.

-Sí, lo sé, la principal también es la que está al final del pasillo, en ella hay dos, una pequeña adjunta, mi abuelo no dormía con mi abuela, ya que su matrimonio fue un acuerdo, solo le dio como hijo a mi padre y luego cada uno vivió por su cuenta.

-Qué triste un matrimonio así.

-Creo que hubiera sido diferente si él hubiera intentado enamorarla, al parecer mi abuelo ya lo estaba y esa mujer aceptó ser su amante, mi abuela murió cuando mi padre tenía siete años, mi tía es hija de esa mujer, aunque ella nunca lo supo hasta hace unos años, ya que la amante de mi abuelo dio a luz un mes antes de morir mi abuela, por lo que la hicieron pasar por su hija.

-Ya veo, debió ser duro para todos.

-Sí, pero ya no hablemos más de eso, hay que bajar para la cena y tú necesitas cambiarte.

Clara asintió con la cabeza y Andrew la atrajo hacia él para besarla.

Capítulo 24

-Mi niña, debo reunirme con el club de damas de la caridad, ¿te gustaría ir conmigo?

Clara se encontraba junto a la duquesa en el salón que se situaba en medio del jardín.

-Creo que rechazaré la invitación, lo siento, pero aún no quiero reunirme con la alta sociedad. No me siento preparada para ser la atención de ellos.

-Claro, te entiendo, bueno, espero que no te sientas sola, ya que Andrew salió.

-Descuida, Katherine me hará compañía, estos días apenas la he visto.

-Me he dado cuenta que se la pasa más en su habitación y debo insistir, el clima le ha sentado muy bien.

-No solo el clima, los mimos de su marido también.

-Y creo que a ti también y eso agregando que ambas guardan vida, ¿cómo van tus náuseas matutinas?

-Han mejorado con el té, aunque igual se presentan.

-Andrew está muy preocupado.

-Sí, aunque recientemente aparecen luego que se... -Clara se quedó en silencio, sonrojada.

-Descuida, mi niña, es imposible que Andrew no quiera pasar la noche junto a ti, ¿cuándo se lo dirás?

-Pensaba decírselo esta noche, se puede decir que ahora sí estoy completamente segura de que voy a ser madre.

-Eso quiere decir que la casa estará celebrando mañana.

Luego del almuerzo, Clara y Katherine decidieron descansar un poco, pero luego de dormir por media hora Clara no pudo dormir más por lo que bajó a la biblioteca a buscar un libro, había visto unas novelas muy interesantes y pensó en leer una de ellas. Al salir de la biblioteca, vio que una dama entraba en la casa junto a la

señora Reid.

-Lady Marian no se encuentra, pero si gusta puede esperarla en el salón, no debe demorar mucho en volver.

-Oh, claro que esperaré, me urge hablar con ella.

Pasaron junto a Clara y la señora Reid la saludó con una sonrisa.

-Milady, pensé que estaba descansando.

-Sí, solo salí a buscar un libro, -Le mostró el libro.

-¿Gusta un té y bocadillos, milady?

Clara negó con la cabeza.

-Disculpe, ¿puedo saber quién es la señorita? -dijo en tono desdeñoso.

-Es la prometida de lord Andrew, milady.

-Soy lady Margaret Hamilton -se presentó-, me parece usted conocida, señorita.

-Clara Williams, y no creo, no la he visto antes, disculpe -mintió, era la misma dama que se les había acercado en el museo.

-¿Me dedicaría un par de minutos? Tal vez usted me podría ayudar.

Esa mujer no le agradaba en nada a Clara, pero sentía curiosidad sobre quién era y lo que quería de ella.

-Claro, vamos a la biblioteca. Señora Reid, ¿podría traer el té para lady Hamilton?

La señora Reid asintió y se retiró mientras Clara guiaba a Margaret a la biblioteca.

-¿Desde cuándo está comprometida con el joven?

-Desde hace unos meses.

Clara no entendía, había algo en esa señora que le causaba temor, en el momento que quedaron sola, esta le lanzó una mirada cargada de desprecio. Clara puso el libro en una mesa, se sentó frente a Margaret y puso sus manos muy cerca del vientre.

-Tenía entendido que lord Andrew estaba en Norteamérica, aunque hace un par de semanas lo vi, ya recuerdo, usted era quien lo acompañaba en el museo.

Dorothy entró y le sirvió té a Margaret. Clara negó, ya que sola la

presencia de esa mujer le provocaba náuseas.

-El museo, ya la recuerdo -confirmó sin emoción.

-¿Y cuándo piensan casarse?

-Aún no tenemos fecha, disculpe, ¿en qué puedo ayudarla?, no creo que mi relación con milord le sea de importancia.

-La verdad es que sí, tal vez no debería ser yo la que lo diga, pero he venido para que ese caballero, su prometido, se haga responsable de lo que le hizo a mi hija.

Clara abrió los ojos.

-¿Qué le hizo a su hija?

-Hace dos años, antes de que desapareciera, embarazó a mi hija y ahora que ha vuelto quiero que se haga cargo de ambos, no puedo seguir manteniéndolos y nadie se va casar con ella debido a que está deshonrada y con un hijo, de momento me he encargado de mantener el secreto.

Clara sintió que todo el mundo se le venía encima, si no hubiera sido porque estaba sentada se hubiera caído.

-¿Un hijo?

-Lamento arruinarle su felicidad, pero ya comprenderá mi situación, intenté localizarlo antes y no tuve más información de que había viajado y con la situación del duque no quise molestar, pero ahora que ha vuelto quiero que se responsabilice.

-Comprendo, lady Hamilton, pero este no es un tema que debería hablar conmigo. Lord Andrew llegará en cualquier momento, si gusta lo espera y habla con él personalmente.

-Oh, Claro que lo haré, y un consejo, señorita, desaparezca de la vida de lord Andrew.

-No sé qué se ha creído, señora, eso no lo haré, estaré junto a él hasta que me lo pida.

Margaret se rio a carcajadas.

-Créame, después de que toda la sociedad aristocrática de Londres se entere de quién es usted, va preferir a mi hija.

Clara abrió los ojos.

-¿De qué está hablando? -Trató de sonar segura.

-Sabe muy bien de qué hablo, usted no es más que una mugrosa sirvienta, tengo mis contactos y así como averigüé quién es usted, puedo hacer caer en la ruina tanto al duque, a su amado y a su amiga. -Por ese motivo no le dijo lady en ningún momento, aunque la señora Reid insistía.

-¡Es una maldita arpía! -chilló.

-Y me siento muy orgullosa de serlo.

-Lamento informarle que no abandonaré a Andrew, así que guarde sus amenazas, ya que todos ellos saben el riesgo y nos apoyan.

-Puede que a ellos no les importe, pero a ese engendro que espera sí.

-¿De qué habla? -Sintió un hueco en el estómago.

-No te hagas, mugrosa -exclamó con desprecio-. Te cubres el vientre en gesto de protección.

Clara no había sido consciente de que lo hacía.

-Así que desaparezca de la vida de lord Andrew o ese engendro sufrirá las consecuencias.

Clara sintió que iba a llorar, se le había formado un nudo en la garganta y ya no tenía las palabras ni el coraje para seguir la discusión, salió de ahí lo más rápido que pudo, se detuvo al pie de las escaleras sintiendo que el aire le faltaba, no quería molestar a Katherine y tampoco que la vieran llorar, por lo cual salió al salón del jardín, ahí observó a Dominik con uno de los caballos y se dirigió ahí. En ese momento no estaba pensando, solo quería huir, huir donde nadie lastimara a su bebé.

-¿Es manso?

-Lady Clara, sí, lo es, pero es nueva y...

-¿La puedo montar?

-Claro, milady, déjeme y le cambio la silla.

-No es necesario.

Clara no lo pensó, no recordó el miedo a montar, no pensó en nada solo en huir. Dominik la ayudó a montar y tan pronto estuvo arriba empezó a cabalgar sin rumbo, apuró las riendas del caballo

hasta alejarse de aquel lugar, cabalgó por al menos una hora sin ningún rumbo, hasta que visualizó un río, al llegar ahí bajó y amarró la yegua, caminó un par de pasos y se dejó caer de rodillas y empezó a sollozar, ahí estaba su temor, el temor a perder tanta felicidad. Cómo era posible que Andrew tuviera un hijo, aunque eso no era lo peor, sino la amenaza de esa mujer, no solo había amenazado a los duques o a Katherine, había amenazado a su hijo, y aunque le doliera abandonar a Andrew lo mejor que podría hacer era desaparecer de su vida, tal y como se lo ordenó esa mujer, ya que debía proteger a su hijo.

-Andrew, ¿podríamos darnos un poco más de prisa? -protestó Sebastián.

-Maldición, Sebastián, estamos llegando, Katherine no irá a ningún lado.

-Lo sé, es solo que ya quiero estar junto a ella, estos días mi princesa se ha movido mucho y no sabes cómo lo disfruto.

-Estás muy seguro de que es una niña, ¿y si resulta niño?

-Muy seguro, será una niña -afirmó con una sonrisa.

Andrew soltó una carcajada.

-¿Disfrutas mucho el embarazo de Katherine?

-Tú deberías de hacer lo mismo, aunque apenas está empezando, espera cuando su cintura se ponga un poco más ancha y su estómago se empiece a abultar, aunque con esas náuseas se demorará un poco más y cuando se mueven es lo mejor.

-¿De qué demonios hablas, Sebastián?

-De Clara, por supuesto, ¿acaso no lo has notado?, las náuseas matutinas, repetir el postre...

-No te entiendo.

-Caramba, hombre, será el único que no lo sabes, vas a ser padre, ¿o creías que las náuseas eran normales? -Meneó la cabeza-. Después, Clara no suele repetir postre y el brillo de su mirada ha cambiado mucho, más desde que regresaste.

Andrew detuvo su caballo y se quedó inmóvil, procesando la

información.

-Pensé que al menos lo sospechabas -le dijo Sebastián colocándose frente a él.

-No, ni se me pasó por la mente, maldición, eso fue rápido.

-Te podría decir que lo hiciste a la primera, no estoy seguro, supongo. -Se encogió de hombros.

Andrew pasó de la sorpresa a la felicidad y dibujó una enorme sonrisa.

-¡Maldición, Sebastián, voy a ser padre! ¡Voy a ser padre de un hijo de la mujer que amo!

-Sí, mi querido amigo.

-Démonos prisa, ya la quiero abrazar a Clara, qué felicidad, Sebas, estoy emocionado.

Ambos apuraron las riendas de sus caballos para cabalgar más rápido hasta llegar a la finca. Uno de los hijos de Dominik recibió los caballos y se dirigieron a casa, al llegar ahí se encontraron con un gran alboroto. La señora Reid caminaba muy deprisa con una bandeja de té, ambos la siguieron al llegar al salón, Katherine estaba con los ojos rojos de llorar y Marian se notaba muy angustiada. Sebastián corrió a tomar en brazos a Katherine y Andrew se acercó a su madre.

-Madre, ¿qué sucede?

La duquesa subió la mirada y observó a Andrew, luego comenzó a llorar.

-Madre, tranquila, ¿qué sucede? ¿Dónde está Clara? -Presentía que se trataba de ella.

-Clara desapareció. -Escuchó el susurro de Katherine-. Y todo es culpa tuya, si le pasa algo me las pagarás -lo amenazó.

Sebastián intentó tranquilizarla acunándola en brazos, ella hundió la cabeza en su pecho y volvió a llorar.

-¿Puedo saber qué demonios pasa?

-Mientras estaba ausente vino una mujer a visitarme, se topó con Clara en el pasillo y le pidió unos minutos, después de ahí nadie la ha visto, de eso hace dos horas, yo vine hace media hora y

Katherine aún no se había enterado de nada.

-¿Quién es la mujer y qué le pudo haber dicho a Clara para que desapareciera?

-Aún no lo sé, en este momento está en el estudio con tu padre.

-Disculpen, señores. -Dominik se asomó en la puerta del salón con la mirada baja y el sombrero entre las manos.

-¿Qué sucede, Dominik? -le preguntó Andrew.

-Dicen que lady Clara está desaparecida, hace aproximadamente dos horas me pidió la yegua que había sacado a caminar y se fue, me sorprendió la velocidad en la que azuzó a ese pobre animal, rogué al creador para que no se rompiera la cabeza.

Tanto Andrew como Katherine se quedaron muy sorprendidos y asustados.

-Clara no monta a caballo -confirmó Katherine ida.

-No lo sé, milady, la señorita se fue en ella, se notaba extraña, parecía que lloraba.

-¡Demonios! -Andrew le dio un golpe a la pared y Dominik dio un respingo.

-¿Qué pudo haberle dicho esa mujer para alterarla tanto como para montar en un caballo?

Andrew los observó a todos, buscando respuestas, sentía que se estaba asfixiando, el pecho le dolía. Si algo le llegaba a suceder a Clara, no sabría qué hacer sin ella.

-Dominik, encasilla mi cabello y pide ayuda para salir a buscarla.

-Enseguida, milord. -Dominik salió a toda prisa.

-¿Cómo es eso que ella no sube a los caballos? -preguntó la duquesa.

-Clara siempre le tuvo temor a los caballos y su temor creció desde una vez que se cayó, después de eso solo una vez ha montado sola, debido al temor no logra controlar bien al caballo, ya que tanto ella como el animal se ponen nerviosos.

-¡Oh! -Marian se puso la mano en la boca-. Es peligroso si se cae, no solo para ella, sino para...

-Descuida, madre, lo sé, iré a buscarla.

-Espera, hijo, primero acompáñame a ver quién es la mujer y saber qué le dijo a Clara.

Andrew asintió y ambos se dirigieron a la biblioteca.

Capítulo 25

Clara observó que el sol estaba a punto de ponerse, seguía sentada frente al río desde hacía más de una hora, con la mirada perdida, observó nuevamente la yegua y se preguntó: ¿cómo había hecho para subir en ella y cómo haría para volver? No sabía dónde estaba ni cómo había llegado ahí y no pensaba montar nuevamente ese animal, después de unos minutos escuchó el galope de un caballo y se asustó. No conocía el lugar y los que pudieran andar por ahí. ¿Y si era un ladrón? ¿Un asesino?

-Disculpe, señorita, pero...

Clara subió el rostro al escuchar la voz que le parecía conocida.

Eduardo desmontó rápidamente al ver que era Clara, la ayudó a ponerse de pie y vio que sus ojos estaban rojos e hinchados, y la abrazó.

-¿Qué haces aquí, Clara, cómo llegaste? ¿Por qué estás llorando?

Clara se derrumbó nuevamente y empezó a sollozar, luego de un rato Eduardo logró tranquilizarla.

-Vine en ese animal -balbuceó-, estoy junto a Katherine en la hacienda de los Richmond y no sé cómo llegué aquí.

-¿Qué sucedió, Clara? -Eduardo conocía el temor de Clara por los caballos -. ¿Te llevo de vuelta?

-No, no quiero volver ahí, pero no sé adónde ir.

Eduardo la observó nuevamente y, al ver su angustia, se decidió.

-Vamos a Dream House, me estoy quedando ahí unos días, así me cuentas qué pasó.

Eduardo la montó a su caballo y amarró la yegua a un costado y montó junto a Clara. Al llegar a Dream House, la llevó a la habitación que solía utilizar y le dio un té para tranquilizarla y esperó a que Clara hablara, después de unos minutos en silencio Clara le contó todo lo que estaba sucediendo, sobre su compromiso con Andrew, el motivo por el cual habían viajado hasta ahí y la visita de aquella

mujer.

-¿Qué piensas hacer, muñequita?

-No lo sé, pero no quiero ver a nadie en este momento hasta pensar qué hacer.

-Si nos quedamos aquí, te van a encontrar, Sebastián puede venir en cualquier momento.

-Eduardo, no quiero verlos, si los veo será más difícil.

-¿Piensas hacer lo que te dijo esa mujer?

-Aún no lo sé, pero es lo mejor, no quiero que nadie sufra por mí.

-Sufrirás tú, muñequita.

-No me importa si con eso voy a proteger a mi hijo.

Eduardo asintió, luego de un par de minutos en silencio una idea le dio vueltas en la cabeza, tal vez pudiera brindarle temporalmente la ayuda que Clara necesitaba.

-Tengo una propiedad al este de aquí, si vamos a caballo duramos un par de horas en llegar, ni Sebastián, ni Katherine la conocen, así que no hay peligro que te encuentren.

-¿Me llevarías ahí? -Quiso saber.

-Sí, ¿tienes ropa aquí?

-Un par de vestidos creo.

-Eso servirá, tranquilízate, muñequita, en unos minutos nos vamos, hablaré con Rosinda para que nos prepare unas cosas.

Clara asintió y siguió bebiendo su té con la mirada perdida.

-Clara, hemos llegado.

Eduardo desmontó y ayudó a Clara a bajarse, creía que se había dormido en sus brazos, luego la guio hasta entrar, dio un par de órdenes a la muchacha que lo ayudaba, y llevó a Clara a la biblioteca mientras esperaba que le prepararan una habitación para ella.

-¿Quieres darte baño?

-No, solo quiero dormir, gracias.

-Clara, deberías comer algo.

-No me apetece, no tengo apetito.

-Debes hacerlo por ese bebé, quieres protegerlo, ¿no?

-Realmente no podría comer nada.

Eduardo le tomó la mano con ternura.

-Prométeme que mañana comerás, muñequita.

-Lo haré, Edu.

-Le dejé una nota a Sebastián en caso de que te llegaran a buscar, no te preocupes, solo le dije que estabas bien y que estarías conmigo unos días, ya que no quieres ver a nadie.

-Eso me tranquiliza, no imagino cómo puede estar Katherine.

-Por eso lo hice -le afirmó, conocía a su hermana y el aprecio que le tenía a Clara.

La empleada se asomó y le indicó que ya estaba todo listo.

-Vamos, Clara, para que descanses y por favor duerme, mi empleada te ayudará con la ropa.

-Gracias, Edu.

-Descansa, muñequita. -Le dio un beso en la frente.

Clara intentó sonreír haciendo una mueca y se dirigió hacia la habitación.

-No sé quién diablos sea usted o su hija, señora.

-Andrew, tranquilízate -lo amonestó el duque.

-¡Maldición, padre! Clara esta allá afuera en peligro mientras esta señora viene con sus mentiras -rugió furioso.

-Margaret, ¿podrías explicarme a qué se debe todo esto?

-Como se lo explique a su santidad, Andrew dejó embarazada a una de mis hijas y luego desapareció.

-Yo no conozco a sus hijas, señora -le dijo con los dientes apretados.

-Andrew, por favor, cállate -exigió el duque.

Andrew se sirvió una copa de whisky y se dejó caer en uno de los sillones, estaba furioso y muy preocupado.

-Mira, Margaret, tú eres muy conocida por ser una cotilla y provocar problemas, ahora si ese niño es realmente hijo de Andrew, quiero conocerlo, ¿dónde lo tienes y por qué hasta ahora no nos buscaste?

-Está en las afueras de Londres, en casa de un pariente junto a

mi hija que ha estado encerrada ahí desde que su hijo la deshonoró.

-Ahora mismo salimos para ir a verlo -indicó el duque.

-Aún no puedo regresar, tengo un pendiente aquí con unas tierras de mi difunto marido, en unos días si gustan acompañarme.

-Dinos dónde está y nosotros iremos -apremió la duquesa.

-No se preocupe, su excelencia, me encargaré de que conozcan al niño y a mi hija.

Los duques se miraron con complicidad.

-Margaret, si lo que quieres es que mi hijo se casé con su hija, te informo que no lo hará, Andrew actualmente está comprometido y no va romper el compromiso, pero no te preocupes por ese niño, yo le daré una manutención y le compraré una casa para que viva con su madre en donde no le faltarán los lujos.

Andrew bufó.

Margaret observó al duque con soberbia.

-Disculpe, su excelencia, pero el compromiso podría romperlo, no tiene nada que perder, en cambio mi hija por su culpa ha sido marginada.

Andrew soltó una carcajada, si de algo estaba seguro era que la primera y única mujer virgen con la que había estado había sido Clara, ya que no acostumbraba a meterse con mujeres sin experiencia.

Margaret le lanzó una mirada matadora.

-Margaret, no es ni la primera ni la última y en todo caso aún puede casarse, ¿cuál de tus hijas es?

-Es la menor, y no creo que algún hombre quiera casarse con ella siendo la madre de un bastardo.

Andrew se puso de pie y se dirigió a Margaret.

-Señora, no me casaré con su hija, ya que no tengo ni la más mínima idea de quién es y, si me disculpa, tengo mucho que hacer como para perder el tiempo aquí.

El duque le asintió con la cabeza dando aprobación de que se marchara.

-Margaret, todo el mundo te conoce por provocar enredos y

espero que este sea uno más de ellos, quiero conocer a ese niño ahora mismo y si existe, le daré mi ayuda económica, pero ni sueñes que mi hijo se va casar con tu hija y, conociéndolas, se sabe muy bien que son muy ligeras de faldas.

Margaret se levantó enfadada.

-Lord Richmond, puedo hacer que todo Londres se entere de lo que hizo su hijo -lo amenazó.

-Hazlo, Margaret, total, la que va arruinar más su reputación es tu hija -le dijo la duquesa molesta.

-Esto no se queda aquí, les traeré al niño y se arrepentirán de todo lo que han dicho.

Se retiró de la biblioteca enfadada.

-Dream House se encuentra cerca, puede que haya tenido suerte y haya cabalgado hasta ahí.

-Espero que sí, Sebas, el bosque es muy peligroso y ya es de noche y si a eso le agregamos el miedo de Clara. ¡Maldición! No quiero que le suceda nada, no lo soportaría.

-Tranquilízate, Andrew, la vamos a encontrar y ella va estar bien -le aseguró para tranquilizarlo, ya que estaba muy alterado.

-Sebastián, me acabo de enterar que dentro ella está un pedacito de mí creciendo, no puedo perderla, no ahora que me va dar la felicidad completa, si le llegara a pasar algo no sé lo que sería de mí.

-Andrew, sobre lo que sucedió en tu casa....

-Es mentira, sé que no he sido casto y me he divertido con muchas mujeres, pero durante el tiempo que estuve aquí por tu compromiso no me relacioné con ninguna dama y menos virgen -le aseguró-. Solo estuve en el burdel unos días después de que llegamos, luego de conocer a Clara no me apetecía estar con ninguna mujer.

-Los rumores eran que tenías una amante.

-Como si eso me gustara, me conoces, Sebastián.

-Lo sé y quién es la dama.

-Una de las hijas de Hamilton, lo único que sé de ese apellido es

que el viejo zorro murió cuando las muchachas eran pequeñas y no dejó casi nada, ya que estaba en la quiebra y que vivieron de la caridad del nuevo vizconde.

-Hamilton -analizó-, me suena ese apellido.

-No me extrañaría, sé que son famosas por su comportamiento, pero nunca las conocí.

Al llegar a la finca de Sebastián, fueron recibidos por un muy sorprendido mayordomo.

-Milord, qué sorpresa.

-Lo sé, no vengo para quedarme, ¿Eduardo está?

-No, milord, salió hace un par de horas, la señorita Williams lo acompañaba.

Ambos suspiraron de alivio.

-A lo mejor ya regresaron, Sebas.

-Disculpe, milord, el joven dejó una nota para usted en la biblioteca.

Andrew y Sebastián se observaron y se dirigieron ahí. Sebastián encontró la nota sobre el escritorio, la tomó y la leyó.

-¿Qué dice, Sebas?

-Me temo que no te va gustar.

Andrew le arrebató la nota y quedó pálido al leerla.

Sebas:

Clara está junto a mí, sana y salva, dile a mi hermanita que no se preocupe, la cuidaré muy bien, de momento ella no quiere ver ni saber de nadie. Clara se encuentra muy afectada y pienso que lo mejor es que se mantenga alejada hasta que piense bien las cosas sobre lo que quiere hacer, por lo cual estará junto a mí en otro lugar hasta que ella así lo decida.

Les enviaré nuevamente una nota para informar sobre Clara, de momento es lo único que puedo hacer o decir.

La yegua está en el establo, devuélvala a Richmond.

E.R.

-¿Sabes dónde podría estar? -Andrew se dejó caer en el sillón-. ¿Me abandonará? -preguntó angustiado.

Sebastián negó con la cabeza.

-Eduardo tiene varias propiedades y, por lo que sé, tiene una donde se pierde cuando se quiere alejar del mundo, ya que ni su familia sabe dónde está.

-Sebastián, no la voy a volver a ver. -Agachó la cabeza y se cubrió la cara con las manos-. Ella no quiere saber nada de mí.

-Tranquilo. -Sebastián sirvió un trago de whisky-. Solo está confundida, sabes cuál es su mayor temor, y en la situación que están pensará que vas a elegir a la muchacha por ser la hija de un aristócrata.

-Pero todo es una mentira -dijo con la voz quebrada.

-Ella no lo sabe, dale un tiempo para que aclare su mente, ya verás que toda irá bien. -Le dio una palmada en el hombro.

Andrew lanzó el vaso contra el suelo y empezó a caminar por la biblioteca llevando las manos al cabello y darse jalones.

-Necesito hablar con ella y aclararle todo. ¡Maldita vieja y sus mentiras! Si algo le llega a suceder a Clara, me las pagarás.

Capítulo 26

-¿Cómo se encuentra?

-Está nuevamente encerrado en la habitación, encontró una caja con un par de zapatitos que le regaló mi esposa a Clara y se desmoronó nuevamente.

El duque se encuentra muy angustiado, había pasado un mes desde que Clara había desaparecido. Después de un par de días, al fin pudieron solucionar el mal entendido o, mejor dicho, descubrir el plan que había ideado Margaret Hamilton de cazar a Andrew, metiéndole un niño que ni siquiera era su nieto, solo para que Andrew se casara con una de sus hijas, gracias a Sebastián y su hermano Mathias, que mantenía un romance ocasional con una de las Hamilton, dio la información necesaria para encontrar a las hermanas y poder enfrentarlas. La rabia en la familia aumentó cuando Anne les había relatado a Andrew y a los duques sobre lo que escuchó esa tarde y las amenazas que le lanzó lady Hamilton a Clara. Anne había estado en la biblioteca escondida tras un sofá cuando todo sucedió.

La reacción de Andrew pasó de la tristeza a la furia y por último a la depresión, y había terminado encerrado en la habitación que ocupaba Clara bebiendo.

-Era solamente una sospecha, aunque las mujeres ya lo tenían seguro, yo le dije a Andrew de las sospechas el día que Clara desapareció.

-Mi esposa no me había querido decir nada, pensó que Andrew aún no sabía, ya que la muchacha le dijo que se lo diría esa noche, temo por mi hijo, no quiero otra desgracia en mi familia, no sé qué pueda pasar si....

-Clara está viva -lo interrumpió-, mientras lo esté, Andrew no cometerá una locura.

-No lo sé, Sebastián, desde que encontró la caja ha estado

bebiendo más.

-No se preocupe, iré a verlo.

-Espero que te quiera escuchar.

-Lo obligaré -le aseguró.

Luego de intentar hasta el cansancio pedirle a Andrew que le abriera la puerta, la señora Reid le dio la llave y Sebastián entró en la oscura habitación en donde se encontraba su amigo.

-¿Hasta cuándo piensas estar así?

-Lárgate, Sebastián, no quiero ver a nadie. -Arrastró las palabras.

Sebastián caminó hacia la ventana en donde abrió las cortinas, la habitación apestaba a alcohol y, por lo que podía ver, Andrew estaba totalmente ebrio, luego de abrir las cortinas observó varias botellas en el suelo y algunos vidrios rotos. Sebastián caminó hasta Andrew, este estaba en la cama con la caja junto a él.

-Aquí ahogándote en alcohol no la vas a encontrar.

-¡Que te largues! Ella no quiere saber nada de mí, si fuera así, ya me lo hubiera dicho. Me abandonó. -Sollozó.

Andrew estaba devastado desde que Anne les había relatado lo sucedido, en ese momento sintió que el corazón se le había roto en mil pedazos. Clara no iba a volver, sabía que ella hubiera dejado pasar las amenazas sobre él, sus padres o Katherine, pero que la amenazaran con dañar a su hijo, ella no iba a permitir eso, por eso estaba seguro de que Clara no volvería. La había perdido y no solo a ella, a su hijo también.

-Ni siquiera ha buscado a Katherine que es su mejor amiga. Andrew. ¡por todos los demonios si sigues aquí no la vas a recuperar!

-Esa maldita mujer la amenazó, no nos va a buscar.

-Por eso debes hacerlo tú, para que sepa que esa mujer no hará nada. Que todo fue una maldita mentira.

-¿Qué puedo hacer, no sé dónde diablos está? -Andrew tomó la botella que tenía en la mano y bebió de ella.

Sebastián se acercó para quitarle la botella, cuando Andrew se negaba intentando golpearlo, Sebastián le respondió y le dio un

derechazo en la mandíbula que lo dejó inconsciente de lo ebrio que estaba. Llamó a su ayuda de cámara, Johnson, al cual le había pedido que le preparara el baño y con la ayuda de este lo metieron en una bañera con agua fría, esto lo hizo reaccionar de inmediato.

-¡Lárgate, Sebastián! -Estaba aturdido.

-¡Suficiente, Andrew! -rugió el duque-. Ya no soporto más esta situación, por Dios, hijo, así no ganarás nada a menos que quieras terminar como tu hermano.

-Padre...

-No tienes ni idea de lo que estamos sufriendo, principalmente tu madre, ella teme por ti.

-¿Qué será de mi vida sin ella? Clara va tener un hijo mío y no lo conoceré.

-Ella está viva, solo es cuestión de tiempo para que esté junto a ti nuevamente y tengas a tu hijo en brazos.

-Tu padre tiene razón, Andrew, ella está confundida, hay muchas cosas en contra o así lo piensa ella, por eso hay que buscarla.

Andrew suspiró.

-Parece que se la tragó la tierra -bisbiseó.

-La encontraremos -le aseguró Sebastián-. Te espero afuera, tengo algo que te interesa.

-¿Es sobre Clara?

-Es sobre mi cuñado.

Luego de que Johnson lo ayudara a vestir, le hiciera la barba y lo acicalara bien, Andrew bajó a la biblioteca a reunirse con Sebastián y su padre.

-Vaya, ese es el hijo que recuerdo.

-No empieces, padre.

-Bebe -le indicó Sebastián mostrándole una bandeja con café.

-No, gracias. -Hizo una mueca.

-Si no lo haces, no te contaré absolutamente nada de lo que averigüé.

Andrew bufó y se dirigió a servirse una taza de café, le dio un sorbo y arrugó la nariz.

-¿Qué es lo que sabes de tu cuñado?

Sebastián dibujó una sonrisa.

-Mi suegro me dio un documento con la dirección de todas sus propiedades.

Clara estaba en el comedor moviendo la comida con el cubierto con la mirada perdida, apenas había dado un bocado.

-Muñequita, nuevamente apenas probaste bocado, debes de alimentarte, es por su bien.

-Extraño a Kathy -susurró.

-Ese no es el único motivo, ¿verdad? Me va a decir qué es lo que sucede, sé que también lo extrañas a él.

-Él debe hacerse cargo de ese niño y de esa mujer, Edu.

-Y casarse sin amor, eso no estaría bien. Conocí a una de esas Hamilton en una ocasión y déjame decirte que son unas fáciles, perdón, pero una de ellas se me insinuó muy descaradamente y, por lo que sé, la única que está casada tuvo un romance con un amigo.

-Eduardo, sabes que un solo comentario a alguien indicado hará que hablen de ellos y de mí y sin pensar en lo que pueda hacerle a mi hijo.

-Te entiendo, Clara, aun así, después de un tiempo los rumores se olvidan, además esa mujer no podrá con el duque.

-No quiero que eso afecte a mi hijo en un futuro. Que ella le haga daño.

Eduardo la observó con asombro.

-¿Crees que sea capaz de dañarlo?

-Sí, Eduardo, por eso hui de ahí, por eso estoy tan confundida.

-¿Él lo sabe? -Sintió curiosidad, hasta el momento no lo había preguntado.

-No, aún no, en aquellos días solo era una sospecha.

Eduardo le tomó la mano.

-Muñequita, si no quieres regresar con él o que tu hijo corra algún peligro, podemos buscar una solución.

-Escondernos para siempre, Edu, en cualquier momento nos

encontrarán, y no tengo dinero para irme lejos esperando un niño.

-Cásate conmigo, yo le daré el apellido a tu hijo y diremos que es nuestro, nadie se enterará.

-La duquesa ya lo sabe.

-Podemos ir a Francia hasta que nazca, después de un tiempo prudente podemos volver, les diremos que perdiste al niño y luego te volviste a embarazar, nadie se va a enterar.

-Eduardo, no puedo atarte a mí o a un hijo que no es tuyo, no sin amor.

-Muñequita, no me estás atando y, respecto al amor -hizo una pausa-, hace mucho que estoy enamorado de ti.

Clara lo miró a los ojos y vio que era sincero.

-Eduardo, yo no sé qué decir, amo a Andrew.

-No digas nada, lo sé, yo me voy a encargar de enamorarte cada día hasta que me ames.

Eduardo le acarició una mejilla y lentamente se acercó a ella hasta besarla, el beso fue suave y con ternura después de unos minutos la soltó.

-Cásate conmigo, muñequita, sé que ahora no sientes nada por mí y ver...

-¿Puedo pensarlo? -lo interrumpió.

Eduardo asintió.

Clara se levantó y se marchó a la habitación, se metió en la cama algo confundida, ella conocía a Eduardo desde que eran unos niños, se habían criado juntos y lo veía como un hermano, aunque en los últimos años apenas lo había visto cuando visitaba la casa de los Rushmore. Eduardo se había convertido en un hombre muy guapo con los años y debido a su afición por la cría de caballos manejaba un excelente físico, pero ella no lo veía como hombre. Había pasado un mes desde que se alejó de Andrew y lo extrañaba más que nunca, lo amaba, y sabía muy bien que jamás amaría a ningún hombre como a él, simplemente no podía hacerle eso ni a su corazón, ni a su hijo, ni a Eduardo, por lo cual pensó que ya era momento de enfrentar un poco la realidad, muy en el fondo sabía

que tanto Andrew, los duques y sus amigos iban a proteger a su hijo, así que decidió escribirle una nota a Katherine para reunirse con ella, era su amiga y la podría ayudar con algún consejo, la necesitaba.

-Kathy, no sabes cuánto te he extrañado. -Katherine entró en la habitación acompañada de Eduardo.

-No, no lo sé, ya que ni siquiera he recibido una carta, una nota o algo -le reclamó-. Yo también te he extrañado y mucho.

Ambas se dieron un largo y caluroso abrazo mientras derramaban un par de lágrimas.

-Bueno, damas, las dejaré solas, cualquier cosa solo me avisan. Ah, Kathy, tal vez a ti sí te haga caso, debe comer.

Katherine asintió.

-Sí, vete, Eduardo. -Hizo un movimiento con la mano indicándole que se fuera.

-Siempre tan dulce, hermanita.

Katherine observó a su hermano salir y abrazó nuevamente a Clara.

-Estaba muy preocupada por ti, pensé que no te volvería a ver.

-Oh no, de eso nada, Kathy, es solo que no sabía qué hacer, bueno, no sé qué hacer, he pensado en...

-Entiendo, Clara, ahora todo está bien...

-¿Cómo está el bebé? -la interrumpió.

-Moviéndose cada vez más, y hay días que me atacan los calambres, según el médico es normal, porque falta aproximadamente un mes.

-No me perdería el nacimiento por nada del mundo.

-Ahora, cuéntame, cómo te sientes, ¿cómo es eso que no quieres comer?

-Confundida y triste, no quiero que nada le pase a mi bebé y bueno, no me apetece comer.

-Nada le pasará, Andrew está devastado, desde que se enteró de todo no ha dejado de beber en semanas, ni el duque ni Sebastián saben qué hacer. Está destrozado por lo del bebé.

-¡Oh Dios! -Se llevó las manos a la boca-. No sabes lo doloroso que me es escuchar eso, pero esa mujer...

-Esa harpía del demonio no les hará daño -le aseguró con rabia.

-Si Andrew no se casa con su hija, les hará daño, a vosotros y a mi bebé.

-Andrew solo se casará contigo, ya ese asunto fue solucionado.

Clara negó con la cabeza.

-No comprendo, Kathy, Andrew debe...

-Todo era un engaño de esa maldita vieja, ese hijo no existe y nunca existió, y Anne, bendita Anne, escuchó cuando te amenazó esa mujer, se lo dijo todo a los duques y a Andrew, la que terminó amenazada fue ella, el duque no se contuvo.

-¿Entonces qué fue todo eso?

-La vieja esa anda buscando cómo emparentar a sus hijas con hombres de fortuna y buen título, ya que su difunto esposo la dejó en la ruina, viviendo de la caridad del actual vizconde. Cuando su primera hija cumplió quince años, la vendió al mejor postor, un viejo verde y depravado, todo con tal de que le dieran una manutención para ella y sus otras tres hijas.

»Supe que la segunda escapó de casa apenas pudo, la que le sigue es muy ligera de faldas y se mete en la cama de los caballeros que le giñen el ojo, gracias a ella nos enteramos que lo que decía su madre no era verdad, mantiene o mantenía una relación con Mathias, y la última es la muchachita con la que esa harpía pensaba atrapar a Andrew apenas cumplió dieciocho.

-Entonces ella nunca tuvo nada que ver con Andrew.

-No, tontita, Andrew ha estado enamorado de ti desde que te vio por primera vez, es solo que no lo admitía.

Clara abrazó a Katherine con fuerza y nuevas lágrimas salieron de sus ojos. Se sentía aliviada.

-Kathy, Eduardo me pidió que me casara con él.

Capítulo 27

-Sebastián, ¿ese no es tu carruaje?

-Sí, no comprendo qué está haciendo aquí.

Ambos desmontaron, amarraron los caballos, y se dirigieron a la entrada en donde los recibió Eduardo con el ceño fruncido.

-¿Cómo carajos me encontraron? ¿Fue Kathy? -Quiso saber Eduardo.

-Tu padre -replicó Sebastián.

-Maldito viejo, no puede estar sin averiguar todo sobre mí.

-Cuida sus intereses supongo. -Eduardo omitió el comentario.

-¿Qué hacen aquí? -Señaló a Andrew-. Tú no eres bienvenido - exclamó.

-Tú tienes algo que a él le interesa, hemos venido a hablar con Clara. ¿Katherine está aquí? -inquirió Sebastián.

-Sí, Clara quería verla, llegó hace media hora.

-Katherine siendo Katherine, qué haría sin esa mujer -se dijo Sebastián más para sí mismo, sorprendido por encontrarla ahí, se encogió de hombros-. ¿Sabía que Clara estaba aquí?

-No, apenas se enteró, le envié una nota antes. ¿Qué hacen aquí?

-Vengo por Clara, ¿no es obvio? -le contestó Andrew.

-A ella no la sacarás de aquí -le advirtió.

-Claro que lo haré. Es mi prometida y la madre de mi hijo, y ni tú ni nadie me lo impedirá.

-Ya no es tu prometida y creo que ya tienes más hijos, déjala en paz.

-¡Sigue siendo mi prometida y me la llevaré ahora mismo! -rugió.

-Eso solo si te lo permito -le dijo con los dientes apretados.

Andrew se adelantó y mandó un golpe en la cara Eduardo que lo tomó por sorpresa y lo desestabilizó. Eduardo reaccionó, se frotó la mejilla y se le lanzó a Andrew, respondiéndole con un puñetazo en la

barbilla. Segundos más tardes, ambos estaban tumbados en el suelo dándose golpes y Sebastián luchando para separarlos.

Katherine seguía poniendo al día a Clara cuando empezaron a escuchar gritos.

-Kathy, ¿qué sucede?

-No lo sé. -Escuchó un grito-. ¿iEse es Sebastián!? -dijo alarmada.

Ambas se levantaron al escuchar los gritos nuevamente, y salieron de la habitación, al bajar las escaleras se encontraron con Sebastián que tenía agarrado a Andrew y uno de los sirvientes a Eduardo, ambos con hematomas y labios rotos.

-iClara es mía, es la mujer que amo! -rugió Andrew.

-iYa no es tuya y no te la llevarás de aquí! -chilló Eduardo.

-¿iSe puede saber qué demonios sucede!?

Todos centraron su vista a la escalera, al chillido de una muy enfadada Katherine.

-iNo podía esperar menos de ti, Eduardo, ya que te la pasas rodeado de animales, pero tú, Andrew -negó con la cabeza-, se te subió el maldito alcohol a la cabeza, se les olvidó que aquí hay dos mujeres embarazadas que podrían tener una crisis, dejen de actuar como dos malditos cavernícolas y compórtense como los *caballeros* que son, un futuro duque y un futuro conde!

Todos se quedaron muy sorprendidos, Andrew se soltó de Sebastián para centrar su atención en Clara quien lo observaba fijamente con los ojos abiertos.

-Y ni sueñen que los ayudaremos a limpiar esas heridas, ise pueden ir todos al demonio! En estos momentos Clara se irá conmigo. -Le lanzó una mirada matadora a Sebastián y este solo levantó las manos indicando que era inocente.

-No te la puedes llevar -protestó Eduardo.

-Oh claro que puedo, no pienso dejarla con un par de animales como vosotros dos.

-Katherine, yo vine a hablar con Clara y es lo que haré -afirmó Andrew.

-Cállate, Andrew, primero busca quién te sane las heridas y cuando dejes de jugar a los cavernícolas, la puedes ir a buscar antes no -lo amenazó.

-Sebastián, ¿podrías controlar a tu mujer? -le susurró Eduardo.
Katherine lo fulminó con la mirada.

-Sebastián, ni se te ocurra tocarme -le advirtió- y, Eduardo, si no quieres tener problemas con padre cállate.

Katherine tomó de la mano a Clara, terminó de bajar las escaleras y la llevó hasta el carruaje, para que las llevara lejos de Dream House.

Todos se quedaron observando con asombro mientras una sirvienta de Eduardo llevaba algunas cosas para limpiar las heridas.

-Sospecho que le das muchas libertades a mi hermana.
Sebastián dibujó una sonrisa de medio lado.

-No soy quién para quitarle su libertad, así la conocí y así me enamoré de ella.

-Eres un tonto, Sebastián, y ahora me podrías explicar cómo me encontraron.

-Tu padre me dijo que habías ganado esta propiedad en una competencia de caballos, ya que no estaba muy lejos, asumí que podrías estar aquí.

-Acertaste, aquí estábamos, hasta que sucedió todo esto. ¿Qué piensas hacer con Clara? -le preguntó a Andrew.

-Lo que he querido hacer desde que me di cuenta que es la mujer de mi vida, casarme con ella.

-¿Y la otra mujer y el hijo?

-Todo fue mentira, un plan que le salió mal a esa mujer.

-¿Realmente amas a Clara?

-Más que a mi vida.

Eduardo asintió.

-Te daré una oportunidad, pero si la haces sufrir iré donde sea que esté y te la robaré para hacerla feliz yo -lo amenazó.

-¿Quieres ir a ver a los duques? Han estado muy preocupados

por ti. -Quiso saber Katherine.

-No sé si será buena idea, deben estar odiándome.

-No, claro que no, ellos no quieren perderte, ni a ese pequeño.

-Admito que quiero ver a Marian -susurró.

-Entonces, vamos, se pondrán muy feliz de que regreses.

Al llegar a la finca de los Richmond, la señora Reid fue la primera en recibirlas luego de que el señor Sullivan se quedara congelado de la sorpresa al abrir la puerta, todos en la casa habían estado muy preocupados por la desaparición de Clara.

-¡Milady, ha vuelto, qué felicidad! -La señora Reid la abrazó-. Mi señora se pondrá muy feliz, no sabe lo preocupada que ha estado.

-Señora Reid, ¿qué es todo este alboroto? -Marian se acercó al salón de donde los empleados salían y entraban, se quedó congelada al ver a Clara.

-¡Mi señora, la muchacha volvió! -exclamó emocionada la señora Reid.

-¡Dios! Clara, estás aquí, de vuelta. -Caminó lo más rápido que pudo y la abrazó-. Estábamos muy preocupados por ti, ven, Anthony querrá verte.

Clara caminó junto a la duquesa hasta la biblioteca donde estaba el duque, al verla dejó el libro, se levantó y se acercó para abrazarla.

-Muchacha, nos tenías muy preocupados, por poco pensé que perdería nuevamente a mi hijo y a mi nieto.

-Perdón por todas las angustias que les he causado, es solo que no sabía qué hacer, esa señora -balbuceó- pensé que, en mi situación, yo era quien perdería, lo siento, milord, pero le he mentado, yo no soy hija de nadie de sociedad, solo soy la hija de un ama de llaves y un cocinero y he sido la doncella de Katherine desde que tengo quince años. -Sollozó.

Anthony la observó con ternura, lo meditó unos minutos y luego habló:

-No me importa, muchacha, si Andrew te escogió fue porque vio en ti algo especial y puedo estar seguro de que no estás con mi hijo por el dinero o el título que puedas adquirir, lo rechazaste una vez

rompiendo el corazón de ambos y sé que lo volverás a hacer con tal de que él no sufra por los cotilleos, ya perdí un hijo por no apoyarlo y sé lo que se siente que no te apoyen.

El duque sacó un pañuelo de la chaqueta y se lo dio a Clara, ella se limpió la cara, luego bebió un sorbo del vaso de agua que le había dado la duquesa y la abrazó.

-Aún no he hablado con Andrew, si regresé es porque quería verlos y asegurarles que estamos bien.

-Andrew iba para allá, pensé que ya habían hablado -comentó el duque.

-El cavernícola ese se dio de golpes con mi hermano, me enfadé y saqué a Clara de ahí, en cualquier momento llegan -les indicó Katherine que no había dejado a Clara ni un instante sola.

-Lo importante es que estás aquí y vamos a celebrarlo, le diré a la señora Reid que prepare algo especial para la cena -contestó la duquesa.

-Me gustaría recostarme un poco.

-Claro, te llevo a mi habitación, la que usabas no la han terminado de limpiar todavía.

Andrew entró en la casa a toda prisa, luego de que limpiaran sus heridas habían ido a Dream House y se enteró que Clara no estaba ahí.

-Albert, ¿Clara está aquí? -preguntó Andrew.

-Sí, milord, llegaron hace media hora.

-¿Dónde están?

-Sus padres en el salón y...

Andrew no le dio tiempo que terminara de hablar, se dirigió al salón, al entrar solo se encontró con sus padres y Katherine.

-¿Dónde está Clara?

Marian se puso de pie y se acercó a Andrew asustada.

-Hijo, ¡por Dios, mírate!, tienes el labio roto y la mejilla roja.

-No es nada, madre. -Le restó importancia.

-Clara está descansando y si eres sensato no la molestes -le aconsejó el duque.

-Padre, necesito hablar con ella.

-¿Y crees que la mejor solución es comportándote así? Solo mira tu cara, así que ahora siéntate y tranquilízate.

-¿Dónde está Sebastián? -preguntó Katherine.

-Buscándote, lo dejé atrás luego de que nos dimos cuenta que no estaban en Dream House.

Katherine puso los ojos en blanco.

-Eres un ca-ver-ni-co-la -le susurró la última palabra.

Andrew bufó.

-Andrew, Clara me ha confesado la verdad. ¿Cuándo pensabas decirme?

Andrew se puso pálido.

-No lo sé, padre, no quiero que me prohíba casarme con ella, todo está muy bien entre nosotros y...

-No lo haré, no lo hubiera hecho.

Sebastián se asomó en la puerta.

-Permiso, vengo a robarme a mi mujercita.

Katherine se puso de pie para retirarse.

-Recuerden no perderse la cena -les dijo la duquesa.

Katherine asintió con una sonrisa y salió del salón junto a su esposo.

-¿No te importa que Clara no sea de una familia de sociedad? -indagó Andrew.

-Eso nunca me ha importado -confirmó.

-No mientas, mira lo que sucedió con Antonio.

-No supimos nada de esa muchacha hasta que fue tarde, si lo hubiera sabido antes no lo hubiera alentado con esa mujer.

-Él empezó su relación con Victoria para que estuvieras contento.

-Tu hermano lo creía así, Andrew, nunca supimos que él estaba enamorado de Kathleen.

-Padre, pasaba horas con la muchacha, ¿por qué crees que no salía de aquí? Mi hermano tenía planes de casarse con ella, por eso me sorprendió cuando decidió hacerlo con Victoria, sabía que algo estaba mal, pero estaba tan molesto...

-Nunca me di cuenta, tu madre sí sospechaba, y un día vino con esa mujer y nos dijo que se casaría con ella.

-Él tenía la responsabilidad de ser el duque, entendía que no podía casarse con la hija de una sirvienta y mi abuelo...

-iiiPero yo lo hice!!! -clamó Marian.

Andrew abrió los ojos y observó a su madre.

-No entiendo.

-Andrew, tu madre era la sobrina de una ayudante de cocina.

-Madre, ¿eso es cierto?

Marian asintió.

-Mi padre era empresario, murió un año después que yo nací debido a un accidente, mi madre se sostuvo por un tiempo hasta que agotó lo que le quedó de dinero, así que empezó a trabajar como empleada en una casa, cuando yo cumplí los diez años mi madre enfermó, como no tenía más familia que mi tía, que en ese entonces trabajaba aquí, me trajo a vivir aquí, cuando cumplí los trece años empecé a ser la doncella de Carolina, ya éramos amigas desde antes. Yo observaba a tu padre y a su amigo Richard siempre y me enamoré de él, sabía que no se iba a fijar en mí hasta que un día, cuando tenía dieciséis años, me escapé con Carolina al río y ellos llegaron ahí.

-No le había prestado atención a tu madre hasta ese día, al principio creí que solo era una calentura y tu madre también lo creyó, supongo que mi reputación no ayudó. -Hizo una mueca-. La empecé a cortejar y tardé al menos un año hasta que me dijo que sí, luego de la boda de Carolina y Richard, tu madre se fue con ellos a Francia y yo me reuní ahí con ella, ahí nos casamos, un año después tu abuelo nos encontró y volvimos aquí, ya tu hermano había nacido y te estábamos esperando.

-Sé que prometí no beber más, pero ¿puedo tomar algo?

-Hazlo, hijo, y de paso sírveme a mí.

-Quiere decir que lo que me dijo esa mujer era verdad, que tu tía trabajaba aquí.

-Sí, hijo, ella me daba galletas siempre.

-Entonces, ¿por qué nunca se lo dijeron a Antonio?

-No lo sabíamos, te lo vuelvo a repetir, mi padre se encargó de decirle que debía casarse con una mujer de sociedad, que las sirvientas solo servían para amantes, aunque se estuviera enamorado de ellas, ya que, si no, sería una vergüenza.

-La amante de mi abuelo era ...

Anthony asintió con la cabeza.

-Creo que la maldición de los Miller es enamorarse de una sirvienta, yo seguí mi corazón y ahora tú lo estás haciendo.

-Cuando me enamoré de ella no lo sabía, por eso Clara se alejó de mí.

-Simplemente la eligió tu corazón. Por cierto, Andrew, deberías contarle a esa muchacha sobre tu hermano, creo que es el momento, ahora ve, habla con ella y espero que te dé una oportunidad, realmente la quiero en la familia.

-Haré lo necesario para que se case conmigo, la amo y no la quiero perder.

-Está en mi habitación, Andrew -le indicó su madre.

Andrew asintió y se fue a buscar a Clara.

Clara estaba sentada en la cama admirando la habitación, había escuchado que junto a la recámara principal se encontraba otra, nunca imaginó que fuera tan grande, escuchó que tocaban la puerta y fijó ahí su mirada en ella.

-¿Puedo entrar? -preguntó Andrew temeroso.

-Sí, pasa.

-¿Estabas dormida? -Quiso saber.

-Sí, hace un rato desperté.

-¿Podemos hablar? -Estaba nervioso.

Clara asintió.

Andrew se acercó y se sentó a la orilla de la cama.

Clara le observó el labio roto y un pómulos y la barbilla roja e hinchada, pero no dijo nada sobre ello, en ese momento moría de ganas por cuidar de él.

-Ya Katherine me dijo que todo había sido un invento de esa

mujer.

-Perdón, mi amor, por no estar aquí en ese momento, por no protegerte, no quiero ni imaginarme cómo te sentiste al escuchar todo eso, debiste estar aterrada. Estuve a punto de matar a esa mujer. Te lo juro.

-Sí, me sentí muy mal, amenazó a mi bebé y lo único que se me vino a la mente fue huir para protegerlo. Y que tú te casarás con ella.

-Mis padres no lo hubieran permitido, sufrieron mucho por lo de mi hermano, como para que sucediera lo mismo conmigo, igual mi padre confió en mí y en que todo era un engaño.

-Oh, Andrew, fui una tonta, debí esperar y hablar contigo, pero estaba aterrada.

-Descuida, mi amor, solo dime que no voy a perderte.

-No, Andrew, no lo harás, te amo.

-Yo también te amo. -Le tomó las manos-. ¿Tienes algo que decirme? -Bajó la mirada a su estómago.

-Sí, Andrew, vamos a tener un bebé, mis náuseas eran debido a eso, tu madre me lo confirmó y no quería decírtelo hasta estar segura y ahora lo estoy. Vamos a ser padres -le dijo con lágrimas en los ojos y una sonrisa. Andrew la abrazó.

-Sebastián me sembró las sospechas y cuando desapareciste encontré la caja con los zapatitos, me volví loco al pensar que no solo te iba a perder a ti. -Andrew llevó la mano al estómago de Clara y lo acarició.

-Aún no se nota. -Clara subió su mano y acarició el pómulos rojo de Andrew-, ¿Te duele?

Negó con la cabeza.

-Espero que pronto se note, ya te puedo imaginar.

Andrew se acercó a ella y la besó, ambos se besaron como no lo habían hecho en días, diciéndose entre besos cuánto se extrañaron y cuánto se necesitaban.

-Clara, necesito hablar contigo, confesarte algo.

-Es malo.

-No, es sobre mi hermano.

-Andrew, si no estás preparado aún...

-Lo estoy y más con lo que me acabo de enterar, ya te contaré. -

Andrew se subió en la cama y sentó junto a Clara pasando la mano sobre su hombro para atraerla a él. Clara se acurrucó en su pecho.

-Mi hermano se suicidó.

Capítulo 28

-Después de terminar mis estudios en el extranjero regresé nuevamente a Londres, en el barco conocí a una muchacha, quedé muy impresionado con ella, me acerqué y establecimos una amistad durante todo el viaje, se llamaba Victoria, sus padres recién habían muerto en Norteamérica, por lo cual venía a buscar a su único pariente: un tío.

»Una noche antes de llegar a Londres dormimos juntos, ella ya no era virgen, según me dijo su prometido la abandonó, cuando desembarcamos quien me llegó a recoger fue mi hermano, ahí se la presenté y también la invité a cenar a la casa, ya que no tenía conocidos en Londres, ella me gustaba -Clara se movió incómoda y Andrew la apretó a su pecho-. Cuando ella conoció a mi familia se impresionó al saber que mi padre era duque y mi hermano además de vizconde, un heredero a ducado, esa noche después de la cena la vi coqueteando con mi hermano, días más tarde me dijo que no podía haber nada entre nosotros, ya que ella había conocido a alguien más, no le di mucha importancia, Sebastián acababa de volver también y decidimos que era momento de divertirnos.

-¿Sebastián ya sabía sobre Kathy?

-No, a Sebastián aún no le habían hablado del compromiso, unas semanas después Antonio llevó a Victoria a la casa y la anunció como su prometida, mi familia estaba contenta, me dolió, no podía creerlo, ya que Antonio había mantenido una relación desde adolescente con Kathleen, la nieta de la señora Reid, era preciosa, tenía trece años y mi hermano quince, él se empeñó en conquistarla hasta que lo logró.

»Llevaban años en una relación, a escondida, cuando regresé nuevamente aquí y la vi Kathleen aún no se había enterado de Victoria, hacía solo una semana que Antonio había estado aquí y habían estado juntos, ella confiaba en mí y me confesó que estaba

embarazada, no podía entender qué estaba haciendo mi hermano, aunque Kathleen aún no le había dicho de su embarazo, dos semanas después mi hermano trajo a Victoria y anunciaron el compromiso, ya podrás entender cómo se sintió Kathleen.

-Pobre, debió de estar destrozada.

-Lo estaba, días después, una noche discutieron y ella le confesó sobre el embarazo, y Antonio le dijo que no la iba a dejar, pero no podía casarse con ella.

Andrew guardó silencio un par de minutos, besó la sien de Clara, la trajo a él y la sentó en su regazo para tenerla más cerca.

-Esa noche Kathleen huyó de casa, su hermana vivía al este de Hampshire con su esposo, hubo una tormenta esa noche y el carruaje en donde viajaba se estrelló, Kathleen murió esa noche, cuando mi hermano se enteró se volvió loco, él realmente la amaba, solo con escucharlo hablar de ella se sabía. -Hizo una pausa y sonrió recordando a su hermano luego su mirada se entristeció-. No solo perdió a la mujer que amaba sino a su hijo.

»Una semana después, terminó su compromiso con Victoria y se hundió en la bebida. Quince días después se suicidó, había una cabaña en donde mi hermano se veía con Kathleen y pasaban tiempo juntos, ahí lo encontraron muerto.

-Oh, Andrew, qué triste. -Clara se enjuagó las lágrimas.

-Mi padre me culpó porque gracias a mí conoció a Victoria, siempre me decía que gracias a mí había llegado la desgracia a la casa.

-¿Y Victoria? ¿Qué fue de ella?

-Unos meses después se casó con un barón, estaba desesperada por buscar posición.

-¿Por eso tu padre decía que había perdido a su nieto?

-Sí, mis padres se enteraron de la relación de mi hermano y Kathleen después que ella murió, cuando Antonio les confesó el motivo por el que rompía el compromiso.

-¿Cómo lo tomaron tus padres?

-Por lo que me acabo de enterar, mis padres le hubieran dado el

consentimiento, supongo que no pudo con la culpa y por eso se suicidó, después de eso regresé nuevamente a Norteamérica y Sebastián me siguió resignado, se acababa de enterar que estaba comprometido y no podía conocer a Katherine hasta que ella estuviera en edad para casarse.

-El conde fue muy astuto en eso, si no Katherine se hubiera casado antes o hubieran terminado por romper el compromiso.

Andrew sonrió.

-Si eso hubiera pasado, no te hubiera conocido.

-Eso no lo creo, en algún momento hubiera sucedido.

-Ahora estás aquí y no pienso perderte, por cierto, ¿sabías que mi madre era sobrina de la ayudante de cocina?

Clara abrió los ojos y dibujó una "o" en sus labios.

-Oh, no lo entiendo, Andrew.

-Hace unos días la mamá de uno de los arrendatarios me dijo que recordaba cuando mi madre entraba a robar galletas, que era la sobrina de una de las cocineras, y mi madre me lo acaba de confirmar, se escaparon y se casaron en Francia, ahí nació mi hermano.

-Al parecer a tu familia no le gusta la sangre azul -bromeó.

-Solo escuchamos el corazón, mi amor.

Andrew se movió y empezó a besarla suavemente haciendo que su cuerpo empezara a arder poco a poco.

-Andrew, estamos en la cama de tu madre.

-Cierto, pero te deseo tanto, estoy muy ansioso por hacerte el amor, tantos días sin ti son una tortura.

-Yo también te extrañé. -Sonrió coqueta.

-Por cierto, escuché algo de una celebridad, supongo que deberás cambiarte.

-Sí, pero parece que había algún problema con la habitación que estaba utilizando y ahí están mis cosas.

-Supongo que ya está limpia, me da un poco de vergüenza, pero me encerré ahí a beber, la habitación conservaba tu aroma.

Clara le acarició el labio donde lo tenía roto.

-Te perdono con la condición de que no vuelvas a beber.

-Te lo prometo, mi amor, no lo volveré hacer.

-Katherine, ¿podrías explicarme qué significa esto?

Clara abrió los ojos muy sorprendida al entrar al salón y encontrar en él a su modista, la señora Clarit. Katherine dibujó una sonrisa cómplice en sus labios y la señora Clarit la secundó, eso solo podía significar una cosa para Clara: un vestido nuevo.

Había pasado una semana desde que Clara había regresado a Richmond Manor y Andrew estaba desesperado, quería casarse lo antes posible, por lo cual le pidió ayuda a Katherine para que le ayudara a Clara con el vestido de novia, lo que esta le dijo que no se preocupara, que ya había pensado en eso, mientras sus padres se hacían cargo de los preparativos.

-Estás hermosa, Clara, hace mucho que no te veía, ya me explicó lady Katherine el motivo.

-Sí, hace mucho, ¿qué hace aquí? -aventuró.

-Katherine me escribió para preguntar sobre tu vestido de novia, me dio un par de indicaciones y he hecho uno de mis mejores trabajos, ya que he estado trabajando en él desde la última vez que estuvieron en la tienda, he venido a entallarlo y a acabar los detalles y así aprovecho vacacionar unos días en este clima tan delicioso.

La señora Clarit le hizo señas a una muchacha que entró junto a Marian llevando un vestido.

-Pruébalo, Katherine me comentó que subiste un poquito de peso, por lo cual lo dejé un poco flojo de cintura.

Clara tomó el vestido sin decir palabra alguna y lo observó.

-Se ve hermoso. -Acarició la tela-. Mucho más hermoso que en los bocetos.

-Así es, señorita Clara, le agregué unos detalles más.

-No perdamos más tiempo, ven, mi niña, todas te ayudaremos -le dijo Marian acercándose a ella.

Luego de algunas horas entre medidas, opiniones, té y risas, los últimos detalles del vestido ya estaban acordados, la señora Clarit

iba a aprovechar los días que fue invitada para terminar el vestido, aunque la boda aún no tenía fecha, estaba planeada para realizarse a más tardar un mes, se había planeado hacer una ceremonia sencilla, solo la familia y algunos amigos. Tanto los duques como Andrew estaban muy ansiosos.

-Andrew, puedo saber por qué llevaron todas mis cosas a tu habitación -preguntó Clara indignada, ya que nadie le dio razón.

-Yo se los ordené.

-¿Dónde dormirás tú?

-Contigo, por supuesto -replicó desinteresado.

-Andrew, aún no estamos casados -masculló.

-Hablando de eso, la boda será en dos semanas, le envié una carta a tus padres y llegarán en un par de días.

-Andrew, eso es muy rápido.

Andrew tocó el estómago de Clara.

-Esto también, tienes aproximadamente trece semanas, pronto se notará. Clara, ya nada nos impide que nos casemos. Sebastián se va quedar en Hampshire hasta que Katherine dé a luz, ya que está en su octavo mes, mandó a traer el médico de la familia y lo tiene encerrado en su casa, nosotros nos iremos de luna de miel después del nacimiento para que tengas unos días con ella.

-Creo que ya no puedo oponerme, ya todo lo tienen planeado y preparado, hasta el vestido.

-Mi amor, dice mi madre que te ves hermosa.

-Eso me dijeron todas.

-No lo dudo, mi amor. Tú eres la mujer más hermosa que conozco.

-Retomando el tema de la habitac...

Andrew se apoderó de sus labios hasta dejarla sin aliento.

-Mi vida, si no quieres ser sometida a tortura, te aconsejo que no discutas.

-¿Qué pensarán mis padres cuando nos visiten?!

-Que nos amamos, mi vida, y que, aunque se opongan, ya lo

nuestro es un hecho.

Debido a que decidieron casarse tan aprisa, por las circunstancias, no se realizó un baile en donde se anunciara el compromiso, cosa que ninguno de los dos quería, así que realizaron una cena junto a la familia de Clara y los condes de Rosethon que eran parte de la familia. Clara se había quedado muy sorprendida al ver a sus padres entrar en el comedor, vestidos muy elegantes, nunca en su vida había visto a su padre vestir un traje a la medida y su madre con un vestido como ese. La llegada de sus padres, dos días atrás, no había sido nada fácil, ya que su padre no solo quería castrar a Andrew, cuando se enteró que iba a ser abuelo, habían insistido en prohibir la boda hasta que Clara les dijo que Andrew era el hombre de su vida.

-Clara, te prohíbo que te cases con ese hombre, nos vamos a casa ahora mismo -ordenó.

-Padre, ¿podrías escuchar lo que vamos a decir? -replicó.

-No tengo nada que escuchar, es el hijo de un duque. ¡Por Dios!

-No le veo ningún problema -manifestó el duque.

-Yo sí, no estamos a su altura -concluyó-. ¡Esto es una locura!

-Padre, me casaré con Andrew porque lo amo y porque - balbuceó- vo-voy a tener u-un hi-hijo de él.

El padre de Clara se levantó y tomó a Andrew de la chaqueta.

-¡Deshonraste a mi hija! -rugió-. Natasha, espero que hayas traído mi cuchillo, ahora mismo castraré a este *caballero* por lo que le hizo a mi hija.

Andrew le sostuvo la mirada y el duque se levantó y puso la mano en el hombro.

-Vamos, hombre, deja al muchacho, él se va hacer cargo y remediar todo que hizo, se van a casar -afirmó.

El padre de Clara lo soltó y observó a duque muy serio.

-Usted es un duque, él lo será algún día. -Señaló a Andrew-. ¿Sabe todo lo que se dirá cuando se enteren que Clara es la hija de un cocinero?

-¿Qué mujer más afortunada? -replicó-. Mi esposa era sobrina de

una ayudante de cocina en esta casa y aunque no aprendió sus dotes en la cocina es la mujer más amorosa que pude haber encontrado entre todas esas mujeres falsas que buscan maridos.

Natasha y Dereck abrieron los ojos de la sorpresa.

-¿iQué acaba de decir!? -demandó Dereck.

-Que mi esposa era la doncella de mi hermana, y la sobrina de una de las muchachas de la cocina y a pesar de eso me casé con ella y hasta el momento la amo como el primer día y no me ha importado lo que puedan decir de eso.

-Clara, ¿cuándo pensabas decirnos? -indagó Natasha.

-Cuando se diera la oportunidad, madre.

El padre de Clara se dejó caer junto a Natasha.

-Entonces mi primer nieto será un duque -se dijo más para sí mismo-. Quería que mi nieto fuera cocinero como yo, ninguno de mis hijos siguió mis pasos.

-Mi estimado amigo, eso lo podemos solucionar, aún no conocemos ningún duque que sea buen cocinero -le dijo el duque con una sonrisa.

-Natasha, ¿te diste cuenta que vamos a ser abuelos? -indagó encimado.

-Sí, cariño, yo también lo escuché.

-Paso del enojo a la aceptación -le susurró Andrew a Clara, y ella sonrió.

-Creo que aún lo está meditando, espera, viene la celebración.

Dereck abrazó fuertemente a Natasha, luego a los duques y a Clara, por último, a Andrew.

-Aún no me caes bien, pero me acabas de hacer muy feliz. ¡Mi primer nieto!

-Ya me encargaré de caerle bien -le afirmó.

-Padre, ¿ya no lo vas a castrar? -bromeó.

-De momento no, pero si te hace algo, me las pagará.

-Me uno a ti, Dereck, si Andrew le hace algo a esa muchacha se las verá también conmigo, hacía mucho no me sentía tan feliz y en parte se lo debo a ella.

-Mi amor, estoy perdido, mis padres están de tu lado -se quejó.

Clara le regaló una sonrisa y discretamente lo besó en la mejilla.

Luego de la extraña charla, Marian secuestró a Natasha y el duque se quedó junto al padre de Clara. Andrew aprovechó y se llevó Clara hacia la habitación.

-Naty se ve hermosa -proclamó Katherine.

-Sí, lo está, jamás pensé ver a mis padres así, tan elegantes.

-Ese vestido era de mi madre, ya que a la señora Clarit no le dio tiempo de hacerle dos vestidos, tu madre es igual de testaruda y no quería ir, a tu padre le ayudó mi padre, pero ya sabes cómo es mi padre.

-Lo sé, están felices, Kathy -le aseguró dibujando una radiante sonrisa.

-No más que tú, Clara, en dos días serás oficialmente Clara Miller, vizcondesa de Bathampton.

-A Andrew no le gusta ese título.

-Tendrá que aprender a utilizarlo ahora que se casan, además Andrew no lo utilizaba, ya que no quería que alguna mujer se fijara en él por su título.

-Y la encontró, ya que eso es lo que menos me importa.

-Sí, por cierto, tu padre se lleva muy bien con el duque.

-Demasiado bien, ya tienen planeado el futuro de mi hijo, la próxima semana irán de caza, mi padre quiere preparar un plato exótico según él.

-Mi madre se volverá loca sin su cocinero, por suerte se quedarán esperando que nazca el bebé.

-¿Eduardo cómo está? -Desde que se había marchado no lo había visto, solo le había mandado una nota agradeciéndole lo que había hecho por ella.

-Bien, en unos meses viajará a España para comprar unos caballos y quiere unos árabes o algo así, pero me dijo que iba a asistir a la boda.

-¿Puedo robarte a esta hermosa mujer? -Sebastián se acercó a ellos.

-Claro, Sebastián, ¿qué hiciste con Andrew?

-Estaba mostrándole el salón del jardín a mis suegros, planea hacer algo igual en Worcestershire, aunque primero pidió mi consentimiento.

Después de la cena, los caballeros se habían reunido en la biblioteca y las damas en el salón.

-Mi madre sería feliz con un salón así.

-Sí, hermosa, y espero que tú también.

Sebastián se llevó a Katherine dejando a Clara sola, la duquesa, y su madre se encontraban tomando el té y su padre estaba en la terraza, observó al duque y al conde unírsele y buscó a Andrew con la mirada, lo sintió cuando se acercó a ella por la espalda.

-¿Sabes qué se me antoja en estos momentos?

Clara sonrió sintiendo el cálido aliento de Andrew mientras susurraba en su oído.

-No, ¿qué se te antoja?

-Llevarte a nuestra habitación y perderme en tu cuerpo.

-No es mala idea y a mí también se me antoja -le dijo coqueta.

Capítulo 29

-**H**ermosa, ¿te gustaría ir a Francia? -preguntó mientras jugaba con un mechón de cabello de Clara.

-He escuchado que es un lindo lugar. Sí, me gustaría.

Clara estaba acostada junto a Andrew con la cabeza en su pecho mientras los primeros rayos de sol se filtraban por las cortinas.

-Pensaba que nuestro viaje de bodas podría ser ahí, mi tía Carolina vive ahí con su esposo y su familia.

-¿Ella no vendrá a la boda?

-No, ha estado un poco enferma, así que prefiero que no viajen, sabes, no los veo desde la muerte de mi hermano.

-Eso fue hace mucho tiempo.

-Sí, recuerda que estuve en Norteamérica, ellos visitan a mis padres una vez al año. Richard es el mejor amigo de mi padre desde niños y ya conoces la historia de Carolina y mi madre.

-Yo no podría estar tanto tiempo separada de Kathy.

-Supongo que se acostumbraron. Carolina estuvo un buen tiempo aquí después de lo que sucedió y mis padres también viajaron una temporada, tengo entendido que aún conservan la propiedad en donde vivieron ahí.

-Me gustaría conocerlos y conocer el nido de amor de tus padres.

-Le preguntaré a mi padre, si aún la conservan nos quedaremos ahí.

-Me gusta la idea.

Clara bostezó.

-Mi vida, deberías descansar, no hemos dormido nada.

-Valió la pena, por cierto, estoy famélica.

-¿Quieres comer algo ahora?

-No, me siento demasiado cómoda aquí.

Dicho esto, cerró los ojos y segundos después Andrew notó su respiración acompasada, indicándole que se había dormido. Cerró

los ojos y pensó en lo feliz que se sentía con la mujer que amaba entre sus brazos y con su hijo creciendo dentro de ella, llevó la mano al vientre de Clara y así se quedó dormido.

Pasado del mediodía, cuando Clara bajó, se encontró a su madre en el salón del jardín.

-¿Te agrada el lugar? -Quiso saber Clara.

-Es muy bonita la vista y el aroma de las flores es muy relajante.

-¿Dónde están todos?

-Tu padre en la cocina enseñando no sé qué a la pobre cocinera, quería que preparara algo especial para mañana y los duques aún no bajan.

-Bueno, mi padre no tiene remedio, ama lo que hace y los duques deben estar reponiendo su tiempo perdido.

Natasha se sonrojó.

-Oh, bueno aún son jóvenes. Justin llega más tarde.

-Pensé que no vendría, qué suerte que obtuvo el permiso en el internado.

Natasha suspiró.

-No sé cómo es que me dejo influenciar tanto de los condes y bueno, tu padre también.

-Justin se está preparando muy bien en el internado, y no solo los hijos de los nobles estudian ahí.

-No, pero el conde se empeñó en meterlo al mismo que fue Eduardo y no nos deja hacernos cargo de los gastos.

-Bueno, mi hermano será un futuro empresario y no dudo que el futuro cuente con la ayuda de Sebastián, Eduardo o Andrew.

-Mis hijos -reflexionó-, mírate, una vizcondesa y futura duquesa y Justin siendo educado como un señorito de sociedad, solo mi Anne no quiso esos privilegios.

-Anne tiene educación, aunque no tanto como yo, ella prefiere jugar, dibujar y salir al mercado, no creo que le vaya mal en el futuro. Kathy se encargará de moldearla un poco, puedes estar segura.

-No tengo dudas, mi niña, va insistir, pero enamorada de ese

muchacho que hasta el momento no ha vuelto.

-Ya volverá, aún es muy pronto, no es un mal muchacho por lo que entiendo y Kathy le ofreció empleo a Anne, para él, para conversarla que se quedara y si no vuelve verás que Anne encontrará un buen muchacho.

-Mi pequeña Kathy siempre con sus cosas, ¿la vas a extrañar?

-Sí y mucho, de hecho, ya la extraño, yo estoy aquí y ella en su casa, pero creo que esto tenía que suceder en algún momento.

-Eso solo dependía del hombre con el que te casaras en este caso, Sebastián y Andrew son amigos, así que se verán con mucha frecuencia.

-Espero que así sea, aunque los duques quieren que permanezcan aquí durante el embarazo y cuando el bebé llegue, por al menos una temporada.

-Esté clima es maravilloso y que el bebé se críe aquí sería hermoso, pero estaríamos muy alejados de ti.

-Bueno, supongo que nos podríamos ir a vivir a Londres, ya que Andrew tiene negocios allá también.

-Sí, el chico recién contrató personal para su nueva casa.

-¿Nueva casa?

-Dios, creo que hablé de más, hace un tiempo el muchacho llegó con Sebastián y me pidió que le ayude a contratar personal y Sebastián me dijo que se iba a casar contigo y la casa era para ambos. Sebastián me envió la dirección y me dijo que me hiciera cargo de todo, tanto la limpieza como el acomodo del personal y que asignara una ama de llaves para que todo estuviera listo cuando ya estuvieran casados.

Clara sonrió.

-Supongo que es la casa que heredó con el vizcondado, perteneció a su hermano.

-Cuando regresen espero ayudarte con la decoración, aunque no hay mucho que hacer a menos que quieras cambiar algo.

-Y espero que cuentes conmigo, principalmente para la habitación del bebé -dijo la duquesa al entrar al salón-. En unos

minutos se servirá el almuerzo.

-Claro, ambas estarán ahí -afirmó Clara.

-¿Con que noche de caballeros? ¿Adónde irán?

Clara lo observaba con una ceja arqueada, mientras Johnson daba vueltas al alrededor de Andrew intentando ayudar a vestirlo, ese había sido uno de los entretenimientos de Clara desde el día que empezó a dormir en la misma habitación con Andrew, ya que Andrew odiaba que lo ayudaran.

-¡Maldición! Johnson, yo puedo solo, puedes retirarte. Por favor.

Johnson lo observó, se encogió de hombros y se retiró, Clara no pudo evitar reírse.

-Él solo hace su trabajo, y ahora me vas a contestar.

Andrew se acercó a ella mientras se amarraba la corbata y le dio un suave beso en los labios.

-Iremos a una taberna a beber un poco nada más.

-¿Solo eso? -Clara cerró el libro y lo puso a un lado de la cama.

-Sí, mi amor, solo eso, voy con cuatro hombres felizmente enamorados de sus mujeres y que te adoran y no creo que pueda hacer mucho con tu padre ahí. -Clara lo observó con unas dudas-. Y yo te amo a ti.

-Andrew, tú... bueno... ¿estarías con otra mujer...? -bisbiseó.

Andrew le dio un beso para callarla.

-Entiendo tus dudas, mi amor, pero no, tú eres la única con la quiero estar, y ahora terminaré de vestirme si no me quedará encerrado aquí junto a ti.

-Creo que ninguno te lo perdonaría. -Sonrió coqueta.

-Eso es cierto. -La besó nuevamente y se terminó de vestir.

-Andrew, esta noche no dormiré contigo -le advirtió-. Tu madre me dijo algo de descansar, así que me raptará.

-Las mujeres y sus cosas, ya veré la forma de encontrarte en la noche.

Dicho esto, la besó en la frente y se marchó.

-Mi buen amigo Sebastián, ¿qué te sucede? Apenas y has

probado la cerveza.

-Estoy un poco preocupado por Katherine.

-¿Le sucede algo?

-No, lo normal del embarazo, ha estado con calambres, según el médico ya se acerca la fecha del nacimiento.

-Estoy feliz de que estés aquí, pero si te preocupa puedes volver con ella.

Sebastián dibujó una media sonrisa.

-Si regreso me mataría, me exigió estar aquí, me dijo que me preocupaba demasiado.

-Entonces no te preocupes si ella dice que está bien es así, ¿no?

-Tienes razón, además no todos los días se casa mi mejor amigo, hermano y socio. -Observó a sus acompañantes-. Mira a esos viejos zorros, parecen adolescentes.

Andrew se echó a reír.

-Mi padre hace mucho que no salía y esta nueva oportunidad le ha sentado muy bien.

-Par de aburridos, son los más jóvenes y el dichoso novio y están aquí alejados. -exclamó el conde.

-Su hija me tiene un poco preocupado, es todo -le dijo Sebastián.

-Ella va estar bien, es fuerte, saludable y muy rebelde, no te creí capaz de llegarla a dominar.

-Aún no lo hago, solo la ama tal y como es.

-Andrew, ¿qué se siente casarse enamorado?

-¿Acaso vosotros no os casaron enamorados?!

Todos lo observaron y rieron a carcajadas.

-Muy enamorados -exclamaron todos a la vez.

Luego de llegar a la casa, Andrew entró a su habitación y encontró la cama vacía, salió nuevamente, encontró a su padre en el pasillo, caminó hacia él haciendo pucheros, gesto que le pareció cómico a Andrew.

-No está, ¿verdad?

Andrew negó con la cabeza.

-Mi madre la raptó.

-Y se encerró en la habitación, si sabes que me dejó puerta afuera, a mí -dijo resignado.

Andrew soltó una carcajada.

-Sospecho que no podremos colarnos, deben estar durmiendo juntas, lo mejor es dejarlas descansar, también nosotros debemos descansar, mañana nos espera un largo día y ya algunos de los invitados llegaron.

-Tienes razón, padre, ¿una última copa antes de dormir?

-Sí y así pienso dónde voy a dormir -bromeó.

A la mañana siguiente, Andrew no pudo ver a Clara ya que su madre la tenía raptada para prepararla para la boda. Andrew se sentía muy eufórico, a tan solo pocas horas Clara iba a ser oficialmente su esposa, la mujer que iba a estar a su lado por el resto de la vida. Luego del desayuno, se dirigió a su habitación para poder prepararse, en la casa ya se encontraban los invitados y estaba muy ruidosa, Andrew entró a su habitación seguido de Johnson quien iba a terminar de preparar el traje.

-Hoy te dejaré hacer tu trabajo sin protestar.

-¿En serio, milord? -preguntó emocionado, desde que había sido asignado a Andrew nunca lo dejaba hacer completo su trabajo.

-Sí, Johnson, me encuentro muy feliz y nervioso.

El ayuda de cámara sonrió y siguió preparando el traje de su señor. Andrew se dirigió hacia la cómoda y encontró una cajita con una nota, la tomó y la leyó.

Mi amor:

Lo había comprado hace mucho, pero debido a todo lo que sucedió me olvidé de dártelo, espero que te guste.

Te amo.

Clara

Andrew sonrió al ver el pequeño detalle, se terminó de desvestir y se metió en el cuarto de baño en donde Johnson ya le tenía el baño preparado.

-¿Es necesario que estén todas aquí?

Claro observó la habitación en donde se encontraba Amelia, Marian, Natasha, Katherine y Anne.

-Solo te ayudaremos a vestir -le dijo Katherine encogiéndose de hombros.

-No es necesario que lo hagan todas. Kathy, tú deberías estar descansado.

-Calla y métete en la bañera.

Clara observó nuevamente la habitación, Anne le estaba preparando el baño, Marian buscando la ropa, su madre estaba con el vestido y la condesa con algunas joyas.

-Va creciendo rápido -le dijo Anne mientras le lavaba el cabello.

-Sí, creo que será igual de grande que su padre.

Anne sonrió.

-¿Estás asustada? -Quiso saber Anne.

-Un poco, sí -reflexionó.

-Tenías razón, debería estar descansado, esas señoras no me dejan hacer nada.

Katherine entró en el cuarto de baño flotando la barriga y haciendo muecas de dolor.

-¿Te encuentras bien? -Quiso saber Clara al ver los gestos que hacía.

-Sí, es solo que desde anoche los calambres son más fuertes.

-Deberías de descansar, dile a la señora Reid que te prepare un té y llévate a tu madre, ¡por favor!

-¿Aún no ha comenzado y ya te está volviendo loca? -se burló-. Lo haré, sé lo insoportable que puede ser.

Luego de que Katherine saliera llevando a rastra a su madre, Anne ayudó a Clara a salir de la bañera y le ayudó a secar el cabello. Marian y Natasha la ayudaron a vestir y su madre recordó sus épocas como doncella peinándola. Marian le aplicó un poco de maquillaje y juntas quedaron encantadas al ver a Clara con su vestido de novia lista para ir al altar.

Capítulo 30

Andrew se encontraba en el altar junto a su padre, sin quitar la mirada de la entrada, después de que su madre y Natasha entraron en la capilla, dio un vistazo rápido a su alrededor y volvió a centrar la mirada en la entrada mientras acariciaba uno de los gemelos que Clara le había regalado, tenerlos le hacía sentir más cerca de ella y tranquilizar los nervios que lo estaban matando; era el primer regalo que recibía de ella y le había gustado mucho. Sebastián apoyó una mano en el hombro para llamar su atención.

-Sé lo que se siente y créeme, lo que viene es lo mejor que podrás sentir.

Andrew lo observó con una sonrisa.

Clara recién había recibido los últimos retoques de su madre y la duquesa quienes se retiraron dándole palabras tranquilizadoras. Clara se quedó junto a su padre en la pequeña habitación junto a la capilla, ya que sería él quien la entregaría.

-¿Lista, mi niña?

-Sí, padre.

-Nunca pensé que este día llegaría y me siento muy feliz y te prometo que no voy a llorar como lo hizo Alexander con Kathy.

-Puedes llorar, padre, pero no lo hagas ahora o también yo lloraré.

-Eduardo está afuera y quiere hablar contigo.

Clara observó la puerta.

-Dile que pase y me das unos minutos con él. Por favor.

Su padre asintió. Salió y tras de él entró Eduardo.

-Lamento molestar en estos momentos.

-Descuida, yo quería agradecerte y no había tenido la oportunidad de hacerlo. Kathy me sacó aquel día y

Eduardo se acercó a Clara y la silenció presionando sus labios a los de ella.

-Lo siento, quería sentir tus labios nuevamente, y no tienes nada que agradecer lo hice porque quería ayudarte y pasar tiempo contigo.

Clara se quedó muy sorprendida.

-Eduardo...

-Shhh, quiero que me prometas que, si en algún momento, él hace algo que te lastime, me buscarás.

-Eduardo, eres la segunda persona en que más confío después de Katherine, así que no dudes que si te necesito te buscaré.

Eduardo la abrazó fuertemente y luego salió de la pequeña habitación. Clara caminó hacia la puerta y le tocó el hombro a su padre para indicarle que ya estaba lista. Dereck le sonrió y le brindó el brazo del cual ella se agarró.

-¿Qué quería Eduardo?

-Brindarme su afecto de hermano -dijo casi en susurro.

Cuando llegaron a la entrada de la capilla, se detuvieron un segundo y Clara observó a todos los presentes, luego fijó su mirada en el altar donde Andrew la esperaba ansioso y con una radiante sonrisa en sus labios. Clara inició la marcha, sintiendo que caminaba entre las nubes, su sonrisa aumentó conforme se iba acercando a Andrew, al llegar ahí su padre se retiró mascullando una pequeña amenaza. Andrew se colocó junto a ella.

Andrew no podía entender la gran felicidad que sentía, su pecho iba a explotar de tanta dicha y amor, al verla pasar la entrada de la capilla, sintió cómo su corazón se aceleraba conforme ella iba avanzando. ¿Acaso podía acelerarse más? Al llegar junto a él sintió que todos sus sentidos estaban descontrolados.

-Estás hermosa -le susurró.

La ceremonia dio inicio, y todos los invitados escuchaban con atención al cura mientras disfrutaban de la pareja que en ese momento debía decir sus votos, cuando un chillido llamó la atención y todos centraron su atención en la fuente de tal sonido.

-Prosigan, no es nada. -Katherine inhaló profundo.

-Katherine, ¿te encuentras bien? -le preguntó Clara algo

asustada.

-Sí, no es nada -le dijo haciendo muecas y apretando la mano de Sebastián.

-Kathy...

-Sigan, por favor, ya están por terminar.

Andrew asintió al cura y volvieron a centrar su atención al altar.

-Hoy me siento la mujer más feliz del mundo, ya que por fin voy a estar al lado del hombre que amo y que robó mi corazón, sé que nuestro amor no tuvo un buen comienzo, pero eso nos demostró que era verdadero y eterno, te amo, Andrew Miller.

-Clara Williams, la primera vez que te vi no tenía intenciones de enamorarme y mucho menos de entregar mi corazón, bastó de una sonrisa para que te adueñaras de él y hoy...

Estaban por terminar los votos cuando escucharon otra exclamación.

-¡Mierda!

-Sebastián, ¿todo bien? -Quiso saber Andrew.

Sebastián negó con la cabeza y le susurró "terminen".

Andrew nuevamente asintió al cura, terminó sus votos y este terminó la ceremonia. Después de un rápido besó para sellar la unión, todos se reunieron alrededor de Katherine en donde un pálido Sebastián la estaba tomando en brazos para sacarla de ahí.

-¿Qué sucede? -Quiso saber Clara.

-Katherine acaba de reventar la fuente, hay que llevarla rápido a la casa.

Todos se quedaron muy sorprendidos.

Minutos más tarde, las sirvientas subían y bajaban las escaleras en la residencia de los Richmond en donde había sido llevada Katherine. El médico recién había llegado y la estaba atendiendo. Clara, la duquesa y la madre de Katherine estaban en la habitación mientras Sebastián hecho un manojo de nervios se encontraba encerrado en la biblioteca con el duque, su suegro y Andrew, que intentaban tranquilizarlo.

-Debo ir a ver qué está pasando.

-Primero tranquilízate, bebe algo.

-Andrew, llevan una hora allá arriba, no puedo hacerlo.

-Las mujeres duran mucho en eso, todo saldrá bien -le dijo el duque.

-Quiero estar junto a ella -dijo frustrado.

-Te acompaño -le dijo Andrew-. Primero, tranquilo.

Sebastián bebió un vaso de whisky y luego subió con Andrew, al llegar a la habitación tocó la puerta y la que salió fue la condesa.

-¿Puedo entrar?

-Espera un minuto, le diré al médico.

El médico salió y lo observó muy serio.

-¿Sucede algo? ¿Katherine está bien?

-Todo está bien, es una chica muy valiente, lo que sucede es que todo indica que son dos.

-¿Dos qué? -preguntó Sebastián confundido.

-Dos niños.

Sebastián palideció y se tambaleó. Andrew lo sostuvo.

-Acabamos de enterarnos, por lo cual el proceso llevará un poco más de tiempo, puede entrar si ella lo desea -le aclaró.

Katherine no podía creer lo que le acababa de decir el médico - dos niños-. Su única reacción fue ponerse a llorar, pero Clara la tranquilizó de inmediato, ya que tenía que estar muy fuerte para poder con tan dura tarea.

-El primero ya está en posición, solo haz lo que te pido.

Katherine asintió al médico el cual se retiró y salió.

-¿Es Sebastián? -le preguntó a su madre.

-Sí, quiere estar aquí junto a ti.

-Dígale que entre, por favor.

Sebastián entró a la habitación y se encontró a Katherine en un camisón con el cabello suelto y muy sudada, se movió rápidamente y se sentó junto a ella besándole la frente.

-¿Ya te lo dijo?

-Sí, hermosa.

Katherine pujó con la contracción.

Andrew bajó nuevamente a la biblioteca después de que su amigo entrara en la habitación, al llegar al último escalón se encontró con Eduardo.

-Su amor está lleno de peculiaridades.

-Eso lo hace diferente, ¿no?

-Supongo que sí. Aunque aún dudo que la hagas feliz.

-Yo creo que sí lo haré, ya que ahora es mi esposa.

-Cuídala -lo amenazó-, ya sabes, apenas le hagas algo que la lastime vendré por ella y no la volverás a ver nunca más en la vida -le advirtió.

-No haré nada que la lastime, la amo, cuidaré de ella y de nuestro hijo.

-Espero que sea así, ya que también la amo y estoy dispuesto a pelear por ella.

-Si no fuera por todo lo que está sucediendo, te daría un golpe.

-Encantado te lo devolvería -le dijo Eduardo con una sonrisa de bribón.

Siete largas horas habían pasado cuando los pequeños Beckham se dignaron a nacer, había sido un largo trabajo y Katherine se encontraba totalmente agotada. Sebastián estaba muy emocionado cuando el pequeño Beckham asomó su cabeza media hora antes y su llanto inundó la habitación, el pequeño de cabello castaño y ojos avellana les brindó su pequeña sonrisa a sus padres. Todo indicaba que tenía la misma sonrisa de su padre, quien, aunque se sintió desilusionado al no ver una niña, tomó al pequeño en brazos y le besó la frente. Era hermoso, era su hijo.

Katherine había descansado unos minutos admirando a su pequeño y luego la condesa se lo llevó para limpiarlo, segundos más tarde Katherine empezó nuevamente con contracciones, todo indicaba que la pequeña que al fin se dignó a nacer iba a ser igual de rebelde que su madre. La pequeña Beckham tenía el cabello color

miel y los ojos esmeraldas, lo que hizo que Sebastián llorara de felicidad al tenerla entre sus brazos, aún no podía creer que su mayor deseo se estuviera cumpliendo y que después de una pérdida fuera bendecido por dos hermosos niños. Besó a Katherine la cual estaba agotada y tuvieron a los bebés unos minutos entre sus brazos mientras los admiraban y los detallaban y luego se quedó profundamente dormida antes de decirle a Clara: -Lamento que mis niños quisieran ir también a la boda.

Clara sonrió y le dio un beso en la frente y luego salió de la habitación. Aún llevaba su traje de novia, ya que apenas llegaron se metió junto a Katherine en la habitación y no había salido de ahí, se encontraba agotada pero feliz, no solo se había casado con Andrew, sino que también había estado en el nacimiento de los pequeños, bajó las escaleras y se dirigió a la biblioteca donde asumió que estaba su esposo -sí, ya Andrew era su esposo-. De camino a la biblioteca vio unos pocos invitados reunidos en uno de los salones, la celebración de su boda había sido suspendida, aunque a los invitados podían disfrutar de la comida. Clara entró en la biblioteca y se encontró a Andrew jugando al ajedrez con su padre. Se quedó unos minutos en silencio observando la escena.

-Sabes, padre. -Andrew observaba una de las piezas que tenía en la mano con una sonrisa-. Mi amor es como este juego.

-No comprendo.

-Tuvimos muchas dificultades para que al fin pudiéramos estar juntos, se puede decir que tuvimos que mover bien las piezas correctas, empecé por buscar a Clara y debo admitir que fue mi jugada perfecta. Ya que gracias a ella hoy nos casamos. -Movié otra pieza-. Jaque mate.

El duque le regaló una sonrisa cariñosa.

-Perdón por la espera, mi amor. ¿Ya podemos celebrar por triple? Andrew la observó con una sonrisa, se puso de pie y la abrazó.

-¿Ya nacieron?

-Sí, Katherine se acaba de quedar dormida y Sebastián lloró al ver a la pequeña, son una pareja hermosa, pronto bajará Sebastián

para presentarlos, está tan emocionado.

-Se le cumplió su sueño de tener una niña.

-Sí, con los ojos esmeralda y el cabello color miel.

Andrew la besó.

-Supongo que ya es tarde para terminar la celebración, tú deberías comer y descansar, mi amor.

Clara negó con la cabeza.

-Comeremos, partiremos el pastel y daremos nuestro primer baile como esposos y luego. -Clara se puso de puntillas para susurrarle al oído y Andrew dibujó una sonrisa pícaro en sus labios.

El duque, quien había estado observando todo ese tiempo, sonrió.

-Bueno, padre, ya la escuchaste, reunamos a los que quedan para repartir el pastel y bailar.

Anthony se puso de pie y salió junto a ellos.

Después de que Clara y Andrew dieran su primer baile como esposos, un muy sonriente Sebastián llegó con ambos bebés en brazos debidamente limpios, mudados y con una muy preocupada abuela tras de él.

-Les presento a Santiago y Samantha Beckham, mis dos hermosos angelitos.

Todos los presentes se acercaron a Sebastián para admirar a los pequeños, y Andrew y Clara aprovecharon para retirarse a la habitación.

Al llegar a la habitación, Andrew le dio una vuelta observándola y admirándola en el traje de novia, el cual ya estaba un poco arrugado, luego se acercó a ella y la besó mientras sus manos se dedicaban a soltar las horquillas de su cabello, una vez suelto cayó a cascadas sobre su espalda. Andrew buscó los broches del vestido mientras Clara soltaba la corbata, durante el camino a la cama quedó la ropa esparcida y Andrew la tomó en brazos y la colocó sobre la cama y la terminó de desvestir. Andrew se colocó sobre ella y la besó deleitando su sabor, luego bajó a su oreja susurrándole promesas que la hicieron jadear, su boca formó un camino de besos

hasta sus pechos mientras sus manos exploraban sus rizos llegando a la humedad que lo hizo gruñir de anhelo, ambos estaban ansiosos y con deseos. Andrew lamió sus pechos y jugó con sus pezones hasta hacerlos endurecer, mientras su mano humedecía cada vez más aquello que deseaba ser llenando. Andrew se apoderó nuevamente de su boca, se colocó en medio de sus piernas y la penetró lenta y placentera haciéndola estremecer. Andrew la llenó de besos y caricias y ambos llegaron a su éxtasis. Satisfechos. Andrew se dejó caer sobre Clara, le besó el cuello absorbiendo sus pequeñas gotas de sudor y la llenó de besos, se acostó junto a ella y la acurrucó en sus brazos hasta quedar dormidos.

Andrew despertó y se encontró a Clara acurrucada en su pecho, sonrió al recordar que ya era su esposa, ya era lady Clara Miller, vizcondesa de Bathampton. Llevó una de sus manos al vientre de Clara en donde se formaba un pequeño bulto que le indicaba que ahí estaba creciendo el fruto de su amor, lo acarició y Clara se removi6 en sus brazos, le besó la frente y la escuchó suspirar. Andrew adoraba verla dormida en sus brazos, adoraba ver cada pequeño gesto, su inocencia, su dulzura, su sonrisa y sobre todo su mirada, esa que brillaba color plata fundida cuando lo veía a él, ella era su tormento y su felicidad. Hacía unos meses no se imaginó que esa mujer de la cual se había enamorado hacía más de dos años podría hacerlo tan dichoso y feliz, que sería capaz de hacerlo olvidar la amargura de su pasado y rescatarlo de la oscuridad, esa mujer que hoy tenía en brazos era la mujer que amaba, la mujer que iba a amar por siempre. Ya que ella era la que su corazón había elegido amar.

Epílogo

El llanto del niño se escuchó en toda la residencia Richmond. Andrew, quien ya se dirigía hacia la habitación donde su pequeño se encontraba con la niñera, entró y lo tomó en brazos; era un niño hermoso de cabello castaño y brillantes ojos grises.

Andrew le besó la frente y le hizo cosquillas en su barriga con la boca lo que hizo que el bebé soltara pequeñas carcajadas y así dejara de llorar. Andrew, satisfecho por su trabajo, le sonrió a la niñera, la cual aún seguía sorprendida al ver el trato que tenían con el niño, ya que no era común, había trabajado antes como tal y nunca había visto unos padres y abuelos tan amorosos, llevaba ocho meses trabajando para ellos y prácticamente solo velaba el sueño del niño, ya que cuando no eran los duques quien lo mantenían en brazos y lo mimaban, eran los vizcondes.

-Creo que tiene hambre, milord.

-Lo mismo me dijo mi esposa. Gracias, Susan, se lo llevaré a mi esposa.

La niñera asintió y salió de la habitación mientras Andrew le hacía cosquillas nuevamente al niño hasta hacerlo soltar sus dulces carcajadas.

-Bueno, mi pequeño campeón, es hora de comer, así que a buscar a mamá.

Andrew salió de la habitación con el pequeño en brazos y se dirigió al salón del jardín donde Clara y su madre se encontraban tomando el té.

-Nuestro pequeño tiene hambre -le dijo Andrew.

-Lo que imaginé -confirmó Clara.

Andrew se lo dio y Clara lo tomó en brazos. Minutos más tarde lo acomodó para amamantarlo; el bebé rápidamente devoró el pecho de su madre.

-Cada día está más hermoso -dijo la duquesa con una sonrisa

admirando al bebé.

-Creo que será igual de apuesto que el papá.

Andrew besó la frente de Clara.

-Y con tus ojos romperá muchos corazones.

-¿Debería ir eligiendo desde ya las empleadas más bonitas? - preguntó el duque desde la entrada del salón.

-Si nuestro pequeño Antonio sigue con la tradición, va a escoger la que elija su corazón -replicó Andrew.

-Así es, por cierto, cada vez llora más fuerte, lo escuché en la biblioteca.

-Sí, tiene buen pulmón, o está perfeccionando su forma de llamar la atención.

El pequeño soltó el pecho de Clara, soltó un suspiro de satisfacción, estiró la boquita, haciendo trompitas y luego sonrió, todos quedaron embelesados con la escena.

El pequeño niño había llegado a llenar de felicidad cada rincón de la casa, no solo con los duques sino con todos los empleados. Los padres de Clara se habían quedado unas semanas después del nacimiento y el padre de Clara había vuelto a la cocina solo para prepararle los mejores platos a su hija por haberle dado su primer nieto.

-¿Puedo cargarlo? -preguntó el duque.

-Padre, sabes que no tienes que preguntar.

Clara le dio el bebé al duque el cual lo acercó a la entrada que daba con el jardín y empezó a susurrarle, minutos más tarde el duque sonreía al ver al pequeño reír y balbucear.

-Sebastián y Katherine vendrán a cenar hoy -le anunció Andrew.

-Kathy me escribió que viajarían unos días a Hampshire y que vendría a visitarnos.

-Esta mañana me reuní con Sebas por un asunto de la naviera y los invité a cenar, los gemelos están enormes.

-Espero poder verlos.

-Mañana los iremos a visitar, ya que no creo que los traigan hoy.

-Sí, me parece bien, así Antonio visita a sus primos.

-Sé que te gusta estar aquí, pero debemos viajar a Londres por unos días.

-Mi amor, me gusta estar donde tú estás.

Andrew se sentó junto a Clara a admirar al duque con el niño.

-Cuando estés más grande te regalaré un pony y yo te enseñaré a montarlo, vas a ver lo bien que se siente cabalgar aquí y encontrar mujeres lindas en los alrededores.

El bebé, quien tenía una manita en la boca llena de baba, balbuceó, como si le contestara.

-Espero que no estés pensando en ver mujeres lindas, Anthony Miller.

El duque sonrió a su esposa.

-No, querida, yo tengo una de las mujeres más lindas y la hice mi esposa y la otra la tiene nuestro hijo.

La duquesa se acercó a él y le acarició la nariz al bebé que sonrió.

-Te llevaré también a cazar y tu otro abuelo te enseñará a cocinar lo que casemos. -Siguió Anthony hablando con el pequeño.

-Aún no me hago la idea de un duque que cocine -le dijo Clara.

-Bueno, las duquesas fuimos doncellas -le dijo Marian.

-Tienes razón, Marian.

-Me pregunto, ¿si los hombres tienes debilidad por las doncellas, las mujeres por qué la tendrán? -preguntó la duquesa.

-Por los lacayos -dijo el duque distraído haciendo muecas al bebé-. Aunque Richard no es un lacayo. -Recordó a su cuñado.

-Supongo que el día que llegue una niña a la casa despedirán a todo el personal masculino.

-El día que tenga una niña la encerraré en su habitación hasta que tenga cincuenta años -aseguró Andrew.

-Me gustaría ver eso -dijo con una sonrisa en sus labios, le tomó la mano y la llevó a su vientre.

Andrew la observó a los ojos y ella le asintió con la cabeza, llevó su dedo índice a sus labios indicándole que guardara silencio. Andrew sonrió y le dio un suave beso en sus labios, aún no lo

esperaba, pero lo emocionaba y lo hacía muy feliz. Ya que en mucho tiempo nunca se hubiera imaginado ser tan feliz de la forma que lo era, no solo había recuperado a su familia, también a la mujer que su corazón había elegido amar.

Era feliz junto a sus padres, junto a su hijo y junto a su esposa. Todos eran las piezas de su vida, las piezas que formaban parte de su jugada perfecta.

FIN

Nota de autora

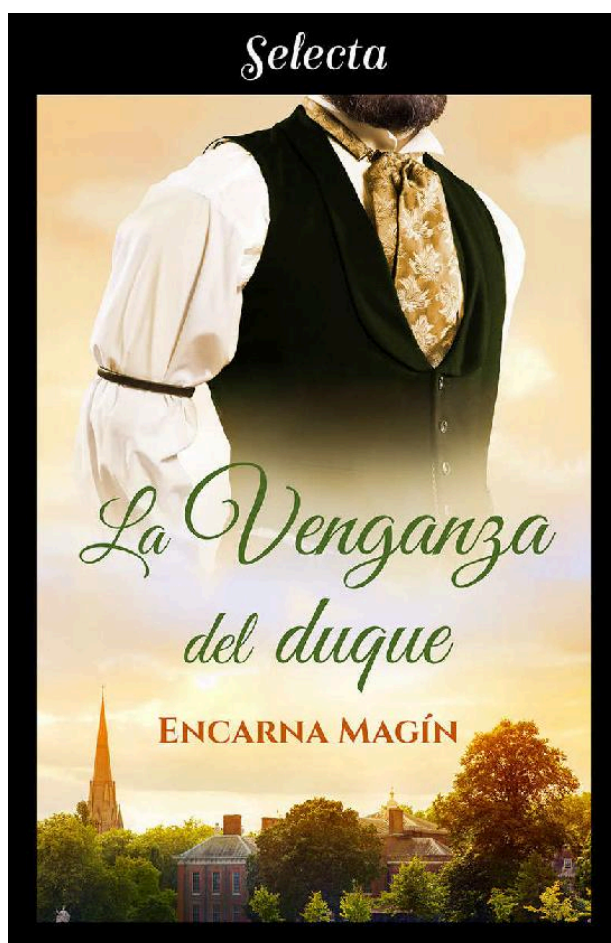
Cuando decidí que Andrew y Clara se enamoraran, no me pasó por la mente crear una historia solo para ellos, de hecho, no tenía la intención de que tuvieran una relación, pero son mis niños y los quería ver felices, y sé que Kathy me hubiese matado si no lo hubiera hecho así, por lo cual dije: ¿por qué no? Andrew y Clara se merecían un bonito amor y un final feliz, y así fue como nació *Mi jugada perfecta*.

Por un momento pensé en no seguir la historia y me sentí ahuevada, ya que, por un descuido mío, perdí mis notas en donde prácticamente tenía el libro finalizado, pero lo pensé mejor y le entré nuevamente y debo admitir que fue mejor que el primero.

Agradecimientos

Tengo varios amigos que de una u otra forma me han apoyado en mi sueño y me insisten en que siga luchando por él, por lo que les quiero agradecer su apoyo, pero especialmente a Astrid Zuñiga, quien me motiva día a día para que siga escribiendo.

Si te ha gustado
Mi jugada perfecta
te recomendamos comenzar a leer
La venganza del duque
de Encarna Magín



Capítulo 1

Essex, Inglaterra, enero de 1819

Ralf Barnes, séptimo duque de Giffod, daba su último paseo a

caballo. Al día siguiente partiría hacia Londres. Galopaba a lomos de su semental blanco por las tierras que circundaban el Giffod Castle: su residencia campestre en la que vivía entre finales de julio y enero, que era cuando no debía acudir a las sesiones del Parlamento.

Hacía frío y caía una llovizna que, poco a poco, lo iba empapando. Pero no quería dejar pasar la oportunidad de despedirse del que consideraba su hogar. En esas tierras se sentía libre y una persona normal, no como en Londres, donde la vida se convertía en un torbellino que lo absorbía en su dinámica social y política. Y lo agotaba, no físicamente, sino que lo llevaba a pensar que la vida y sus responsabilidades pesaban demasiado sobre sus hombros.

A veces, deseaba haber nacido en el seno de una familia humilde y haber crecido sin la presión de su título, sin la obligación de ser el mejor en todo, porque era lo que los demás esperaban de él; como una manera de homenajear a sus antepasados. Pero sobre todo, lo que menos soportaba era la obligación que conllevaba su título, esa presión por casarse y engendrar un heredero que continuara con la saga Barnes. ¿Cómo podría traer un hijo al mundo sabiendo de antemano lo que le esperaba? ¿Y cómo podría compartir la vida con una mujer escogida por su linaje y no porque la amara?

No estaba llevando muy bien haber cumplido veintiocho años, pues debía empezar a tomar la decisión de escoger esposa. Desde hacía un par de meses, eran demasiadas las veces que el duque pensaba en su futuro, como si hubiera una parte de él que intuyera que su vida estaba a punto de tomar un rumbo incierto cuando menos se lo esperara; e interiormente se revelaba contra ello. Estaba acostumbrado a controlarlo todo y no podía dejar de pensar en las sorpresas amargas que le podía enviar la vida.

Pese a que pronto oscurecería, decidió recorrer parte del estuario del Támesis, aún tenía algo de tiempo. Hizo virar su semental al este y galopó incansablemente por entre el bosque, después salió de la espesura verde y distinguió, en el horizonte, el mar del Norte. El olor a salitre fue destacado, cubrió sus fosas nasales, incluso notó su

sabor en el paladar. Desde allí, la majestuosidad de la naturaleza conmovía su alma y le mostraba lo pequeño que era ante el mundo, a pesar del poder y del dinero que tenía.

El estuario se desplegaba ante él, y sus ojos admiraron la belleza de un paisaje peculiar compuesto de aguas, arenas y pantanos. Las gaviotas planeaban por encima de la desembocadura del Támesis; ya pronto se retirarían debido a que la noche estaba al caer. Lástima que tuviera que regresar a Londres, porque si fuera por él, se quedaría allí de por vida. Pero su deber estaba con su linaje y en la vida que había heredado.

El duque de Giffod decidió dar la vuelta y regresar. El paisaje pantanoso que había en aquella zona y la escasa luz que empezaba a imperar en el ambiente no le ofrecían ninguna seguridad, y no quería padecer un accidente con su caballo. Hizo el mismo camino a la inversa, pero a galope tendido.

Todo lo que el équido recorría con sus veloces patas era de su propiedad. Los Barnes habían amasado una gran cantidad de dinero a lo largo de varias generaciones. Ralf no estaba siendo una excepción, y a sus veintiocho años era uno de los hombres más influyentes y ricos de Inglaterra por mérito propio. Si bien su padre Charles Barnes, sexto duque de Giffod, había dejado el listón muy alto -fue uno de los jueces más importantes del país-, su hijo lo estaba superando. Administraba las propiedades y la fortuna heredada con una habilidad encomiable. Había debutado en el mundo de los negocios con un éxito más que notable. Era inteligente y veía oportunidades para sus empresas incluso debajo de las piedras; en consecuencia, había hecho crecer la fortuna familiar en poco tiempo.

Además, estaba dedicando todos sus esfuerzos en destacar en la Cámara de los Lores y había empezado su carrera política con buen pie. Incluso el primer ministro lo tenía en gran estima y lo escuchaba. Cabe decir que era admirado y envidiado por gran número de *tories*. Muchos de ellos lo apoyaban en sus ideas, a veces revolucionarias, pero importantes para hacer el país más grande y

poderoso. Estaba llegando tan lejos su fama que en Londres nadie osaba mover un dedo sin su aprobación. Al parecer, el regente también lo tenía en consideración, que se traducía en invitaciones a eventos reales a los que muy pocos eran requeridos.

Sin embargo, nada de eso lo hacía feliz. Cargaba con el peso de su título y de una venganza que estaba a punto de culminar después de esperar ocho años. La primera parte ya había finalizado y había conseguido expulsar a Ernest Spicer, conde de Brithe, y a sus vástagos de la aristocracia. Ese maldito hombre era el responsable de que sus padres estuvieran muertos. Su buen amigo, Robert Myles, lo tenía todo preparado para llevar a cabo la segunda parte de su venganza. Pero eso sería cuando regresara a Londres. Deseaba terminar con tal cometido solo para poderse mirar orgulloso en el espejo, sintiendo que había hecho justicia. Entonces, su padre Charles y su madre Diana podrían descansar en paz. Y, tal vez, la tranquilidad que ansiaba su cuerpo viniera a él como premio. Pero hasta que no llegara el ansiado día, debía conformarse, porque precipitarse a esas alturas equivalía a fracasar, una palabra que nunca había saboreado.

Nada más regresó a su hogar de su largo paseo a caballo, le entregó las riendas a su mozo de cuadra. Después, se quitó el empapado traje de montar, se bañó y se vistió para cenar con su hermana Kassandra, marquesa de Hayben. Como a su ayuda de cámara le había dado descanso esa noche, se vistió con una camisa blanca de cuerpo suelto y mangas que terminaban con un pequeño puño con volantes. Complementó el atuendo con unos pantalones color avena y unas botas cortas. Siempre escogía colores planos con algún bordado discreto; tampoco sus ropas lucían adornos extravagantes, salvo el anillo de oro que llevaba en la mano derecha con el sello familiar: dos espadas cruzadas, y en medio de las hojas había una rosa.

En realidad, a Giffod le gustaba pasar desapercibido, algo que no conseguía debido a su magnetismo, a su elevada altura y a su gesticulación directa, con movimientos rápidos y precisos. Todo él

transmitía seguridad y contundencia, por ello sus discursos en la Cámara de los Lores eran largamente ovacionados y aplaudidos. Siempre acababa siendo el centro de atención acudiera a un baile, al Parlamento, a un paseo por el parque o a una simple cena. Era un hombre que imponía, un líder natural que muchos intentaban imitar y que nadie osaba contradecir. Las damas, tanto las casadas como las debutantes, solían perseguirlo; unas, para recibir sus atenciones dentro y fuera del lecho y, otras, intentando cazarlo como marido. Ralf admitía que, en general, las mujeres lo agobiaban. Motivos no le faltaban y siempre terminaba hastiado en todos los eventos a los que se veía obligado a acudir, y nada más se quedaba el tiempo necesario para cumplir como duque.

Ralf se estaba calzando sus botas cortas cuando percibió hilos de agua descender por su frente. Todavía tenía mojado su cabello liso negro, y utilizó una toalla para quitarse el exceso de humedad. Ni tan siquiera se miró en el espejo antes de salir de la habitación; nunca había sido un hombre vanidoso con su aspecto. La verdad era que no le hacía falta, su atractivo físico y un rostro de facciones varoniles no necesitaban de ayuda para resaltar por sí solos. Además, sus patillas y su mirada oscura y penetrante profundizaban dichos rasgos.

Antes de bajar al comedor, se despediría de su sobrino Edmund, de tan solo seis años de edad, que seguramente estaría a punto de acostarse. Se acercó a su alcoba, la puerta estaba lo suficientemente abierta para que se pudiera apoyar en el quicio; cruzó los brazos a la altura del torso.

Le gustaba observar esos momentos entre madre e hijo; le recordaba a su propia infancia. Nunca a él ni a Cassandra les faltó el amor de sus padres y solo les quedaban los recuerdos en el tiempo que eran una familia feliz. Se daba cuenta de que la infancia era una época que pasaba deprisa, tan deprisa que se le antojaba un suspiro. Cuando era pequeño, solo deseaba ser mayor para imitar a su padre; en cambio, en aquel instante, le hubiera gustado haber sido más consciente de su suerte y haber aprovechado sus primeros

años de vida para ser un crío despreocupado y feliz, con el único objetivo de subir a los árboles y tirar de las trenzas a su hermana.

Esbozó una tierna sonrisa mientras dejaba atrás los recuerdos y se centraba en el presente. Cassandra estaba sentada en la cama y arropaba a su hijo con cariño. De hecho, era algo que muy bien podía hacer la niñera, pero ella era una excelente madre que disfrutaba de su hijo todo lo que podía. El duque no pudo hacer otra cosa que sentir tristeza. A pesar de que el esposo de su hermana, Arthur, marqués de Hayben, hacía tres años que había fallecido de sarampión, ella seguía guardándole luto, un luto impuesto que su cuñado no merecía.

Lady Hayben tenía veintiocho años como él, pues eran mellizos. Aún ella podía rehacer su vida, pero se negaba a hacerlo. Maldito fuera Arthur una y mil veces, pues no podía desvelar su secreto sin lastimar a su querida hermana. A veces, pensaba que se había equivocado y que habría sido mejor que ella se enterara de la verdad, desde el primer momento en que descubrió la traición de Arthur. Aun así la prudencia ganó la partida y no dijo nada cuando lo tendría que haber hecho. No pudo, porque ella, por aquel entonces, lo amaba con locura, y para su desesperación seguía amándolo con absoluta devoción. Se enamoró de Arthur nada más lo vio en el baile de su debut, y se casaron rápido. Un amorío que mantuvo en vilo a las damas de la aristocracia y que fue noticia en las revistas femeninas durante mucho tiempo, donde se fueron desgranando los detalles de una boda con la cual toda dama noble soñaba.

De aquello no habían pasado muchos años, pero a él le daba la sensación de que había transcurrido toda una eternidad.

-Buenas noches, Edmund.

-iTío!

Literalmente, el infante saltó de la cama, se tiró a los brazos del duque y le rodeó el cuello. La risa del pequeño era contagiosa, y Ralf lo abrazó fuerte mientras se unía a la felicidad.

-¿Qué tal está mi León? ¿Qué has hecho hoy?

Por mucho que le doliera a Ralf, Edmund había heredado el pelo

pelirrojo y alborotado de su padre, eso le confería al niño el aire salvaje de un felino. Suerte que los ojos grises eran iguales a los de su madre.

-Hoy he aprendido a escribir la letra E de mi nombre -contó el crío.

-Espero que cuando regrese ya sepas escribir el mío.

-¿Es difícil?

Ralf dejó al niño en la cama, su hermana se levantó para proporcionarle espacio y que se encargara de arroparlo de nuevo.

-Es más corto que el tuyo.

-¡Oh, qué bien! También aprenderé a escribir el de mamá y el de papá. ¿Crees que si escribo las letras de papá en el Cielo vendrá a verme vestido de ángel?

-Vendrá a verte en sueños, hijo -intervino su hermana en un tono roto por el dolor-, y tú le enseñarás cómo de bien escribes su nombre.

-¡Sí! -exclamó el niño.

Ralf apretó los labios y ocultó su rabia. Edmund era demasiado pequeño para entender que Arthur era un miserable sin escrúpulos. Además, cuando murió, apenas tenía tres años; su mente no debía conservar muchos recuerdos junto a él. Aun así, su afecto por su progenitor seguía intacto, y más cuando tenía la certeza de que Cassandra le hablaba de él y se lo describía como el padre perfecto.

De soslayó, pudo apreciar las lágrimas sin derramar de lady Hayben, que brillaban bajo la luz de la velas. Si ella supiera la verdad que le había ocultado su amado esposo, sin duda escupiría sobre su tumba y nunca más lloraría por él. Pero contarle esa verdad suponía hundirla más y no podía arriesgarse a lastimarla; sería como rematar a un animal que estaba herido de muerte, y sufriría lo que nunca había sufrido. Solo esperaba que Arthur estuviera en el Infierno pagando por sus pecados. Pensar en ello era lo único que tranquilizaba su furia y que le daba fuerzas para no sacar a la luz sus mentiras ya mismo.

Giffod tapó al niño con el edredón de plumas y besó su frente

con afecto.

-No pensabas que me iba a marchar sin despedirme de mi León, estaremos una buena temporada sin vernos.

-¡No te marches, quédate con mamá y conmigo!

-Tengo que hacerlo, cuando seas mayor lo entenderás. Pórtate bien, eh.

Al niño se le escapó una risilla traviesa y se tapó la mano con la boca.

-Repíteselo, Ralf, ya ves que no te va a hacer caso -pidió su hermana, intuyendo que las travesuras serían el pan de cada día.

El duque le revolvió el cabello.

-Tu madre me escribirá si no te portas bien. Y si le haces caso, te traeré un regalo cuando regrese. Pero solo si te portas bien, ¿entendido?

-¿Grande? -preguntó abriendo los brazos, mostrando lo enorme que quería que fuera su obsequio.

-Será un regalo tan grande como tú.

Le dio un último beso, y él y su hermana salieron de la habitación; la niñera se quedó con el pequeño. Cassandra y Ralf avanzaron por el pasillo y llegaron a lo alto de una enorme escalinata tapizada con una excelente alfombra granate. Giffod Castle había sido reformado hacía poco, fue la manera que tuvo el duque de mantener entretenida a su hermana para alejarla de la tristeza. Esas tareas le encantaban a lady Hayben, lo cierto era que tenía un gusto exquisito. Había dispuesto de dinero más que suficiente, porque así lo resolvió Giffod, y ella no había escatimado en darle al castillo refinamiento y clase, digno de reyes. Sin embargo, las obras habían terminado y había dejado a la marquesa sin nada con que ocupar las horas, horas que se le hacían eternas.

-Kassandra, regresa conmigo a Londres -dijo Ralf en lo alto de la escalinata, le ofreció su brazo.

La dama posó con decoro su pequeña mano en el brazo de su hermano y descendieron.

-No insistas más, Ralf, no quiero ir a Londres y encontrarme con

algún malnacido Brithe. No los soporto. Me hace daño saber que el conde causó la muerte de nuestros padres.

Ralf conocía a su hermana. Si bien era cierto que ella odiaba al conde tanto como él, lo nombraba, simplemente, como excusa a su ausencia en Londres y para no tener que hablar del dolor que anidaba en su corazón por no tener a su esposo a su lado.

-Eso no va a suceder, marquesa, he conseguido que nadie lo invite a ningún evento. Pero eso ya lo sabes, no es ningún secreto. ¿O acaso es una excusa para no tener que acudir a bailes, o a la ópera que tanto te gusta o a los conciertos en Exeter Hall? Pronto empezará una nueva temporada. No irás sola, yo te acompañaré y podrás reencontrarte con gente querida, incluso puedes organizar cenas en casa, lecturas de poemas, sesiones de clases de pintura con Robert Myles, te gusta mucho pintar.

-Todo lo que necesito lo tengo aquí. Me he acondicionado una sala de pintura y sigo pintando.

-Lo sé, y nunca me has dejado entrar.

Ella suspiró cansinamente.

-Porque no hay nada que ver, me falta mucho para estar a la altura de Robert. Por cierto, dale recuerdos de mi parte cuando lo veas.

Detuvo a su hermano apretando su brazo, se puso de puntillas y besó su mejilla. No era la primera vez, y dudaba que fuera la última, que él insistiría en lo mismo.

-No te preocupes por mí, querido, estoy bien y vivo tranquila, que es todo lo que necesito ahora mismo. Piensa en ti.

Él arqueó una ceja.

-¿En mí? ¿Qué quieres decir?

-Necesitas un heredero, pero antes debes casarte. Busca esposa, Ralf, una digna de nuestro apellido y que nos traiga felicidad. Edmund necesita un primito.

Él carraspeó nerviosamente.

-Todavía es pronto -refunfuño, nada cómodo con ese tema.

-¡Por el amor de Dios, tienes veintiocho años! Empieza a ser más

tarde que pronto.

Él no contestó e instó a su hermana a reanudar la marcha. Llegaron al comedor, Ralf, todo un caballero, separó la silla para que su hermana se sentara. Después él hizo lo propio.

-Ya va siendo hora de que retomes tu vida -insistió el duque, dispuesto a hacer en entrar en razón a su hermana-, encerrarte no te hace ningún bien y no hará que él regrese, piensa en eso, ¿lo harás?

Ella se llevó la mano al relicario de oro que llevaba colgado del cuello, que contenía el retrato diminuto de su esposo fallecido. Al duque no le pasó inadvertido el mimo con que tocaba la joya, y tuvo que hacer acopio de su voluntad para no levantarse y quitársela. Sin duda, el lugar que merecía era un cajón oscuro y frío, lejos del corazón de su hermana.

-No hay nada qué pensar, Ralf.

No quiso añadir nada más, miró de reojo a los criados vestidos con sus uniformes, color negro y bermellón, y pelucas blancas. A ella no le gustaba hablar de temas tan privados delante del personal de servicio, más que todo porque, después, los chismes corrían como la pólvora. Muchos de sus criados tenían familia en Londres y se carteaban con ellos. Bien sabía que entrarían en detalles y tratarían el tema como si fuera una novela. Aunque en parte también se beneficiaba, pues su doncella personal la mantenía al tanto de los chismes que circulaban por Londres.

Ralf dio la orden para que sirvieran el consomé. Luego había cordero estofado, pato aderezado con especias acompañado de zanahorias escabechadas y col confitada. De postre saborearían unos dulces de miel.

-Aún eres joven, Kassandra, tal vez sería mejor que yo te buscara...

Ella lo cortó de inmediato.

-¡No vayas por ese camino! -exclamó en un tono duro la marquesa, marcando cada palabra. No obstante, se dio cuenta de que no estaba siendo justa. Él solo quería lo mejor para ella, como

siempre había hecho, incluso antes y después de casarse, y cuando se quedó viuda también. De modo que suavizó su tono-. Eres el mejor hermano que una mujer pueda tener, pero, por favor, dejemos de hablar de ello... te quiero demasiado y no deseo discutir la víspera de tu marcha.

Ralf le sonrió antes de hablar.

-Si me prometes que lo pensarás.

El silencio fue toda respuesta, y Giffod decidió no insistir más, no por falta de ganas, sino porque ella llevaba razón: al día siguiente se marchaba y no quería hacerlo estando enfadados; a fin de cuentas, estarían semanas sin verse. Sin duda la echaría de menos, igual que a su sobrino. Con todo, tenía tantas ganas de destapar las mentiras de su cuñado que hizo un esfuerzo titánico por no explotar. Se preguntó si no sería eso lo que le faltaba a la marquesa para que tomara conciencia de los años que estaba perdiendo.

Muy a su pesar, reconocía que su hermana no estaba preparada todavía para escuchar la verdad; aún se aferraba a los recuerdos como el aire que respiraba. Confiaba que el día llegaría más pronto que tarde, pero se estaba impacientando, pues Cassandra era una mujer hermosa por mucho que se esforzara en esconderlo. Recordó cómo era antes: unos tirabuzones negros enmarcaban un rostro delicado que albergaba unos ojos grises preciosos, llenos de vida y felicidad. Además, a pesar de haber tenido un hijo y ser más alta de la media, su silueta seguía siendo estilizada. Su buen gusto para vestir siempre había sido comentado por la sociedad de Londres, y fueron muchos los pretendientes que mariposearon a su alrededor. Pero ella solo tuvo ojos para Arthur.

De hecho, Cassandra era la viva imagen de su madre de joven. Los cuadros que colgaban en las paredes de su residencia en Londres y en Giffod Castle todavía le quitaban el aliento por la similitud entre madre e hija. Sin embargo, se estaba dejando marchitar vistiendo ropas oscuras y peinándose con recogidos lóbregos; daban una imagen de ella triste, melancólica, como si su alma pesara en su interior y tuviera que arrastrar los pies porque

suponía una terrible carga. Todo un error cuando aún tenía una vida por vivir. Si ella quisiera, cualquier hombre la amaría con locura. Y él estaba resuelto a que así fuera, costara lo que costase. Esta vez se aseguraría de que fuera digno de su amor y entrega. No cometería el error de su padre, que, sin saberlo, dejó entrar en la familia a un miserable. Unos de sus cometidos, cuando empezara la temporada, sería evaluar candidatos para su hermana. De una manera u otra lograría que renaciera el amor de nuevo en su interior, que la hiciera olvidarse para siempre de su esposo.

Aunque pareciera extraño, y a pesar de estar en febrero, hacía una tarde agradable para tomar el postre en el exterior. Lady Helen Spicer y su padre, Ernest Spicer, noveno conde de Brithe, estaban en el jardín de Brithe House, su mansión de Londres, saboreando un té en unas tazas de fina porcelana, y una porción de tarta de limón. Todo un extra, ya que pocas veces se podían dar un capricho como ese. La economía familiar pasaba por un horrible momento y no podían permitirse gastar más de lo necesario, incluso habían tenido que tomar la decisión de cenar antes de que oscureciera para ahorrar en velas.

Una de las sirvientas dejó una bandeja, en la mesa de hierro forjado, con las últimas galletas que quedaban en la despensa, y se alejó camino a la cocina. Sin embargo, lady Helen Spicer estaba ausente mirando el té dentro de su taza. Apenas había comido durante la cena y tampoco había tocado su tarta; y su padre se estaba dando cuenta.

-Hija, esta mañana apenas has comido en el desayuno, y en la cena no has tocado lo que había en tu plato. Entiendo que estamos pasando momentos difíciles, pero dejar de comer para ahorrar no es la solución, bien lo sabes.

-¡No puedo casarme con el señor Jeremy Kendall! -exclamó de golpe, casi sollozando.

Los labios de Ernest se tensaron en una fina línea.

-¿Porque no pertenece a la nobleza? -le recriminó en un tono

ácido.

A Helen le sorprendió tal comentario y no dudó en defenderse educadamente.

-Padre, sabes muy bien que nunca me han importado los títulos.

El conde de Brithe hundió los hombros, se sentía nervioso y no debía descargar sus problemas con la hija a la que adoraba.

-Lo siento, Helen, no pretendo obligarte a nada, bien lo sabes. El señor Kendall tiene una naviera y es un hombre de negocios exitoso.

-También es un viejo libidinoso y violento.

-¿Y cómo lo sabes si no sales de esta casa? Solo lo haces para pasear conmigo. Como mucho le hablas a los patos y cisnes del parque a los que les das de comer -dijo con humor, intentado no parecer irritado-. Y tampoco tienes visitas.

Helen agachó la cabeza avergonzada. Una dama jamás discutiría con su progenitor, se debía limitar a obedecerlo y a agradecerle sus esfuerzos.

-He escuchado al servicio hablar de ese hombre -se defendió ella, se esforzó en mostrarse tranquila, muy diferente a como se sentía por dentro solo de pensar en casarse con Jeremy-. Y dicen que a su anterior mujer la mató a golpes. Su fama le precede, padre.

-A veces se me olvida que en las cocinas tienes tu segundo hogar.

El conde miró a su bella hija, no podía enfadarse con ella por querer averiguar la verdad a través de sus personas de confianza. Apenas hacía unos días había cumplido dieciocho años. Para él era el ser más hermoso de la Tierra, delicada como una flor de fino cristal. Contempló su suave perfil, y sus espesas pestañas parecían flotar sobre sus ojos grises. Llevaba su cabello rubio oscuro recogido en un rodete a la altura de la nuca y varios rizos caían libres por sobre la frente y cerca de las orejas. Tenía un aire de diosa romana, pero no solo era hermosa por fuera, sino que, dentro de su corazón, su belleza era aún más grande, infinita, diría él. El único defecto que se le podía atribuir era la pequeña peca en la parte superior de la mejilla derecha. Pero no le restaba belleza, si acaso le daba un aire

sofisticado.

Sin embargo, lo que más le gustaba de su hija era su sonrisa, una sonrisa que nunca desfallecía y que siempre mostraba ante las dificultades. Y desde luego que resultaba ser un bálsamo para su vieja existencia. Su pecho se hinchó de orgullo y decidió, en ese instante, que buscaría una solución para que su hija no pagara por sus errores.

Ella sentía los ojos castaños de su padre fijos en su persona y rehusó mirarlo, pues se sentía culpable al no querer aceptar tan tentadora oferta que sacaría a la familia de la miseria. Se dedicó a alisar la falda de su vestido batista blanco con rayas verticales azul pálido, de manga larga, escote alto y cintura imperio. Sobre los hombros se había colocado un chal de cachemir en un tono melocotón pastel.

Su padre pasaba por una situación financiera delicada, y sus negocios estaban en banca rota. Nadie le prestaba dinero y su hogar se resentía: empezaba a deteriorarse después de estar una década sin tocar ni una alfombra. Pero no era su culpa, sino del duque de Giffod, que se inmiscuía en los asuntos de su progenitor; incluso se atrevió a interferir en su educación. Aún recordaba cuando tuvo que dejar la academia donde la preparaban para convertirse en toda una dama. Nadie le dijo el motivo, ni su propio padre se atrevió a darle ninguna explicación. Solo le mencionaron en secreto que tenía que marcharse, porque el duque de Giffod así lo había requerido.

Al principio, le supuso un gran disgusto, no paró de llorar durante horas. Pero después no le importó y experimentó un gran alivio, incluso se relajó. En realidad no fue feliz en la Escuela de Señoritas los pocos días en los que estuvo, ya que nadie quiso ser su amiga y las profesoras se mostraban distantes y severas con ella. Por aquel entonces no entendía el motivo, pues no conocía el odio del duque hacia su familia. La hicieron sentir muy sola y abandonada; aun así, aquella soledad la hizo más fuerte y comprendió que la aristocracia era cruel. Suerte de los libros de su madre que guardaba en la biblioteca, en cuyas páginas daban extensos detalles sobre la

educación de una dama y había sacado todo lo que necesitaba saber. Además, había tenido la inestimable ayuda de su doncella personal, Margaret, que se había convertido en su mejor amiga y confidente.

De todos modos, lo que más le molestaba era no saber muy bien qué había pasado entre su padre y el duque de Giffod. Cuando le preguntaba, no osaba contarle nada y se sentía frustrada. Hubo un tiempo en que lo presionó para descubrir la verdad, con el fin de ayudar, sin embargo, desistió al recibir solo silencios. Ni tan solo su hermano Devon sabía lo que había sucedido entre los dos.

Pero atrás habían quedado esos días en los que se preguntaba por qué el duque odiaba tanto a su familia y por qué nadie se atrevía a recriminarle lo cruel que estaba siendo con los Brithe. Había llegado a la conclusión de que en el pecho de ese hombre debía haber una roca en vez de un corazón. Helen suspiró, a esas alturas de su vida había aceptado que la nobleza londinense carecía de compasión; solo se movía por dinero y estatus social.

A veces tenía una necesidad imperiosa de buscar al duque y pedirle que dejara a su familia en paz. En verdad no lo conocía, de vez en cuando leía los artículos que él escribía en los periódicos *The Times* y en el político *Quarterly Review*, cuando los cogía prestados de la biblioteca de su progenitor. No era que especialmente le gustara leer periódicos, pero su padre se había visto obligado a vender parte de los libros y no tenía mucho donde elegir. Nada en su hogar se estaba salvando de la venganza del gran duque de Giffod. Cabe decir que sus escritos en tan prestigiosos rotativos, de estilo directo, exigente y firme, le daban una idea de que se trataba de un hombre con un corazón duro como una roca. Pero incluso con ese carácter, le extrañaba que siguiera soltero, a pesar de tener, seguramente, a todas las damas casaderas pertenecientes a la aristocracia, de varios kilómetros a la redonda, detrás de él. Eso sin contar a las amantes o cortesanas a las que debía acudir. Sin duda, su lista sería enorme. No quiso pensar más en ese hombre; la irritaba y se centró en conversar con su progenitor de su futuro.

-Padre, siempre he hecho lo que me has pedido; aun así, me prometiste que me dejarías escoger a mi marido.

Alzó la cabeza y miró a lord Brithe, en busca de algún signo en su rostro que delatara que no cumpliría su promesa. En cambio, se encontró con una afectuosa sonrisa y una expresión compasiva en sus pupilas abiertas que le dio esperanzas. Bien sabía que una dama jamás osaría llevar la contraria y que acabaría resignándose a su destino. En el fondo, se estaba comportando como una cría malcriada al no querer aceptar la propuesta de matrimonio del señor Kendall. Su cometido en la vida era obedecer a su progenitor y, después, encomendarse en cuerpo y alma a satisfacer a su esposo, darle hijos y hacer del hogar un sitio feliz para él. Pero no podía evitar rebelarse contra las decisiones que marcarían su futuro. Y el señor Jeremy Kendall no era su futuro, sería como si la sentenciaran a muerte.

-Estamos pasando por momentos delicados, hija, nos sería de ayuda hacer un buen matrimonio, pero cumpliré mi palabra y solo tú escogerás a tu marido. Si te sirve de consuelo, he informado al señor Jeremy Kendall que no acepto su petición de casarse contigo.

Dio un sorbo a su té y vio de soslayo cómo su hija suspiraba aliviada.

-Gracias, padre. De todos modos, sé que no había sido idea tuya, sino de mi hermano. Espero algún día ser feliz al lado de un hombre que me ame como tú a mi madre, y recordaré que esa felicidad te la debo a ti.

Helen se echó al cuello de Ernest y lo besó en la mejilla con afecto. Si no fuera por esos momentos, a lord Brithe se le haría muy difícil seguir viviendo, por lo que se le llenaron sus ojos castaños de lágrimas. El carácter jovial e inocente de su damisela lo cautivaba, y no dudaba que resplandecería siempre, a pesar del mundo injusto y gris en el cual vivían.

Sin embargo, muy a pesar del conde, pues nunca había tenido valor de confesarlo, Helen no sabía que no era a su madre Kathleen a la mujer que amó de verdad. La perdición del conde fue un amor

platónico que lo había llevado al desastre. Brithe recordó cuando conoció a Diana, la duquesa de Giffod y madre de Ralf Barnes, en una recepción real; en aquella época ya estaba viudo. Por su difunta esposa siempre sintió afecto y respeto, de hecho, fue un matrimonio por conveniencia. Pero sus sentimientos por la duquesa eran de amor, un amor etéreo, sin malicia alguna. Su mirada era la dulzura personificada y su rostro el poema más hermoso. Se sintió atraído por ella, pero no de lujuria, fue una adoración nacida de su alma por una mujer cuyos ojos brillaban amor y cuya boca sonreía como los ángeles. Siempre supo que era inalcanzable, por lo que nunca se planteó conquistarla o tocarla, aun así no impidió que su corazón le escribiera versos de amor.

No obstante, ella estaba casada con Charles Barnes, el duque de Giffod, un juez ambicioso que conseguía lo que quería. Creyó que ese hombre, más pendiente de hacer crecer su legado y concentrar todo el poder a su alrededor, no la merecía, y empezó a escribirle cartas anónimas de amor. Todo empeoró cuando quiso comprar Sython Palace, era una de las mejores mansiones de Londres que requería una profunda restauración, pues estaba en ruinas. Había planeado regalar Sython Palace a su hija cuando se casara. Llegó a un acuerdo que se firmó, pero el duque utilizó su poder e influencia, hizo desaparecer los documentos y se compró el palacio. No pudo evitar entrar en cólera, pues no soportó que ese hombre fuera feliz con la mujer que él amaba en secreto y, encima, vivieran en el lujoso hogar que iba a ser para Helen. Prometió vengarse y decidió hacerlo enseguida.

Aún se acordaba del día que acudió a los juzgados de Westminster y entró en el despacho del duque. Le exigió que le devolviera la propiedad, pero el juez, muy seguro de su estatus, se rio en su cara y él no pudo dejarlo estar. Explotó, y la venganza se adueñó de su mente y de sus palabras. Sin ni siquiera medir las consecuencias, le escupió en la cara que tenía un idilio amoroso con su esposa. Por supuesto que el duque no le creyó, ¿quién lo hubiera hecho?, pero le aseguró que tenía pruebas. Sin saber si las cartas

habían sido destruidas o no por ella, confesó que estaba mantenido correspondencia con la duquesa y que se encontraban en secreto. Y que cuando encontrara las cartas de amor que le había enviado, sabría que no mentía. Pretendía solo desquitarse, hacer que la duda se convirtiera en un gusano en su interior que lo devorara lentamente.

No supo lo que sucedió después, ni si el duque había encontrado las cartas de amor. Ninguna información llegó a sus oídos. Hasta que al cabo de pocos días, se enteró de que la duquesa murió por causas naturales. Sin embargo, los cotilleos decían que se había suicidado. Al año siguiente fue el duque el que falleció en un accidente de caballo. Desde entonces, sus hijos lo culparon de las dos muertes, y Ralf, el nuevo duque de Giffod, no había escatimado esfuerzos y le había hecho la vida imposible, hasta el punto de arruinarlo y condenarlo a él y a sus vástagos al ostracismo.

La verdad era que no sabía con certeza lo que había sucedido después de su visita al juez. No se vieron nunca más, pero siempre dio por hecho, o su corazón se lo insinuaba, que la muerte de la duquesa había sido por su culpa, fuera un suicidio o no. Su furia había sido tan grande, tanto, que cometió un error y una mentira había terminado en tragedia. No había podido evitarlo, y los remordimientos de conciencia se apoderaron de su persona día y noche. Al principio, la furia de Ralf la creyó un castigo digno por su mentira. Pero después, al cabo de pocos años, pensó que sus hijos estaban pagando por algo que no habían hecho y que el nuevo duque no estaba siendo justo. Intentó hablar con él, pero nunca quiso recibirlo.

Y los años habían pasado y el resultado final era que nadie quería relacionarse con su hija Helen, a pesar de que ella era una muchacha buena, bella e inteligente, sin ningún pecado sobre su conciencia. Estaba a punto de comenzar su primera temporada y nunca recibiría invitaciones a bailes, y menos aún recibiría una propuesta de matrimonio decente. Era lo que más le costaba aceptar: su amada hija estaba pagando su terrible error, y él no

tenía recursos suficientes para enfrentarse a una familia con tanto poder y dinero.

Además estaba cansado de vivir. A sus sesenta años se sentía viejo por dentro y por fuera y no quería morir sin dejar a Helen en buenas manos. Lo había perdido todo, solo le quedaban sus dos hijos y la casa en la que vivían, que se estaba cayendo a pedazos. A duras penas podía pagar la comida que ponía en la mesa, y lo peor de todo era que nadie le fiaría para adquirir más alimentos. Además, había tenido que prescindir del mayordomo, del ama de llaves y del ayuda de cámara. Y los pocos criados que quedaban, poco a poco, se marchaban a ocupaciones mejor retribuídas.

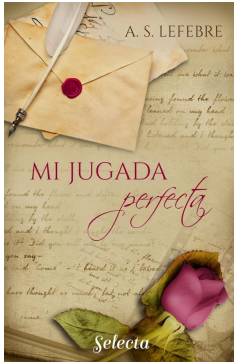
Pero, por si sus problemas todavía no fueran suficientemente angustiosos, aún había uno mucho peor: su hijo Devon, vizconde de Kirthon, se había dejado arrastrar por la bebida y por el juego. Se había convertido en un cadáver andante, obsesionando con casar a su hermana con el mejor postor, fuera un delincuente o un sanguinario. Cualquiera que pagara un buen precio sería lo suficientemente bueno para ella. De ningún modo quería morir y dejar en manos de Devon el futuro de Helen.

El conde se llevó la mano al pecho. Le dolía, no había día que su corazón no le advirtiera que se estaba agotando y que pronto se detendría. Lo más sensato sería acudir al médico, pero no tenía dinero con que pagar sus servicios. Apretó los dientes y disimuló el dolor que le sobrevino en el tórax, por nada del mundo Helen debía enterarse, de modo que forzó una sonrisa.

Pero los gritos que de pronto llegaron del interior del hogar advirtieron a padre e hija que Devon había regresado a casa. Como sucedía cada día, no sabían con qué humor regresaría después de pasar la noche fuera en algún tugurio jugando a las cartas o apostando en las peleas de gallos. Sería un milagro que los tratara con afecto, algo que nunca se había dado desde que el juego y el alcohol lo habían conquistado.

**Dos corazones dispuestos a luchar por su amor
contra el estatus social.**

**¿Podrá el amor ir más allá de los límites que
marca la aristocracia?**



Andrew Miller había jurado no enamorarse nunca,

ya que en el pasado una mujer lo había traicionado con su hermano y su mejor amigo. Su juramento se viene abajo cuando conoce a una humilde joven de ojos grises de la cual queda perdidamente enamorado, sin saber sus orígenes ni su estatus social.

Clara Williams era la doncella, pero también la mejor amiga de Katherine Rushmore, hija de condes, quien insistir en hacerle un pequeño lugar en sociedad. Tras una salida, Clara conoce al hombre que le robará su corazón..., pero este será un amor imposible.

Después de varios encuentros casuales Andrew decide confesarle sus sentimientos a Clara sin tener en cuenta sus orígenes, por lo que ella huye y empieza a evitarlo por temor a ser rechazada, ya que él es un noble.

Dos años después, Andrew regresa en busca de Clara y esta decide confesarle su verdad, lo cual los lleva a luchar contra todas las reglas sociales y a enfrentar a sus familias para así realizar una jugada perfecta en la que el amor será el vencedor.

A. S. Lefebre. Tica de Nacimiento, y devoradora de libros, los mejores días de su adolescencia los paso escribiendo, pero no fue hasta que leyó su primera novela romántica que decidió escribir su propia novela y darles vida a sus personajes con el fin de conquistar el corazón de sus lectores.

Edición en formato digital: agosto de 2020

© 2020, A. S. Lefebre

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, . Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN:

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[Mi jugada perfecta](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

[Nota de autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre A. S. Lefebre](#)

[Créditos](#)